

# ALMANAQUE

DE LA

# Ilustracion



EL LIBRERO  
MADRID.

ADMINISTRACION  
*Carretas*, 12, Pral  
MADRID

1884







ALMANAQUE

DE

# LA ILUSTRACION

PARA EL AÑO DE

1884

ESCRITO POR LOS SEÑORES

ALAS (D. Leopoldo «Clarín»), BUSTILLO (D. Eduardo), CAMPILLO (D. Narciso),  
CAÑETE (D. Manuel), CASTELAR (D. Emilio),  
CASTRO Y SERRANO (D. José de), CAVESTANY (D. Juan Antonio), FERNANDEZ BREMON (D. José),  
FERNANDEZ FLOREZ (D. Isidoro), LANDERER (D. José J.), MADRAZO (D. Pedro de), MAS Y PRAT (D. Benito),  
NOVO Y COLSON (D. Pedro de), PALACIO (D. Manuel del),  
PEREZ ECHEVARRÍA (D. Francisco), SBARBI (D. José María), THEBUSSEM (El Doctor),  
VALERO DE TORNOS (D. Juan), VELARDE (D. José) y VIDART (D. Luis).

---

AÑO XI.

---



MADRID,  
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE LOS SUCESORES DE RIVADENEYRA,  
IMPRESORES DE LA REAL CASA.  
Paseo de San Vicente, núm. 20.

1883.



ALMANAQUE

# LA ILUSTRACION

PARA EL AÑO DE

1884

Es propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

AÑO XI



MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE LOS SEÑORES DE MICHARDY

EN LA PLAZA DE SAN VICENTE, NUM. 20

1883

1884









«LA ODALISCA.»  
(ACUARELA DE BENLLIURE.)



# IN EXCELSIS.

## GRAN FANTASÍA PARA 1884.



El gallo canta tres veces.

Los justos duermen..... y siguen durmiendo. Sólo San Pedro, el portero de la ciudad, alza la cabeza, herido por aquella voz estridente. Desde que en el Mundo, y en la noche de la Pasion, negó á Cristo, no puede oír sin estremecerse, el canto del gallo. Le es antipático: le recuerda su delito.

Se levanta, abre una ventana del precioso kiosko que sirve de porteria, y mira al firmamento..... Amanece.

No amanece como en la Tierra, por un lado solo, sino por todos. Un círculo de soles se alza con lentitud; la ciudad parece estar colocada dentro del aro de una lucerna.

—¡Qué gente!—exclama San Pedro, despues de haber estado un ratito con los codos apoyados en el barandal de la ventana.—¡Serán capaces de dormir todo el dia si se les deja! Habrá que enviarles los chiquillos para que se despierten.

Y cierra la ventana y coge una especie de mosquitero hecho de cintas de colores, y sale de la porteria con semblante de pocos amigos.

—¡Arriba, dormilones, arriba! grita sacudiendo zurriagazos á diestro y siniestro;—ya es hora de levantarse y acudir á la obligacion.

Un enjambre de niños con alas revolotea confusamente sobre la cabeza del Apóstol, asustado por los gritos y los golpes. Al fin se posan de nuevo, unos en la techumbre de la porteria, otros en las ventanas, y los demas, sencillamente, en el suelo.

Se desperezan, se pasan las manos por los ojos, y muchos, los más dormilones, llenan de picardias al Santo.

—No es hora todavía—exclama un angelote, lloriqueando.

—Viejo chocho—murmura otro.

—¡Compañeros—prorrumpe un *bebé* que tiene un ala torcida—es preciso que celebremos un *meeting* para pedir la abolicion del zurriago!

—¡Vamos, vamos!—grita San Pedro.—¡Id y despertad á las vírgenes y los mártires, como es vuestro oficio, si no quereis que os coja y os desplume un ala!

La bandada de ángeles se dispersa en todas direcciones; pero, eso sí, murmurando siempre.

—¿Qué quieres esperar—dice un angelito á su pareja—de un hombre que no dejó casa ni oficio por Jesus, hasta que Jesus le dió una pesca abundantísima en el sitio mismo donde acababa de tender inútilmente las redes? ¡Así se convierte cualquiera!

(Dios permite la murmuracion á los ángeles. Siendo Él tan excelente como es, no podia privarles de un placer tan delicioso.)

Los ángeles están muy ocupados. Sólo Dios en el Cielo se permite el lujo de no hacer nada. Nubes de ángeles cruzan por el espacio. Cualquiera diria, al verlos perderse en espirales, que van de paseo..... No tal; van, por mandato divino, á visitar los mundos.

Los ángeles son espíritus invisibles, segun ciertos autores, y cuerpos diáfanos, segun otros. En lo que todos convienen es en que son superiores al hombre. No existen desde la eternidad, pero son bastante antiguos. Sus perfecciones son muchas, como creados para habitar el cielo, rodear el trono de Dios, cantar sus alabanzas, ser sus mensajeros, acompañar las almas de los que mueren en la divina gracia, traer á los mundos las palmas de los mártires y las vírgenes, inspirar buenas ideas á los hombres, pesar en la balanza de la justicia eterna las virtudes y los pecados, y cumplir, en fin, otras muchas comisiones y oficios. La nobleza de su origen y su misma belleza física trastornó á bastantes de ellos en otro tiempo, hasta el punto de imaginarse superiores al mismo Dios, y se rebelaron contra Él. El Señor hizo un ejemplar, y desde entónces el Cielo es una balsa de aceite..... Muy al contrario de lo que pasa en la Tierra, y sobre todo en España, donde cada ocho años hay un pronunciamiento.

Los ángeles son hermosos; por lo ménos, bonitos. Unos tienen dos y tres órdenes de alas, y las alas sembradas de ojos; otros sólo un par de ellas, como de mariposas. Éstos van vestidos de blanco con cinturones de oro recamados de gruesas amatistas y esmeraldas; aquéllos de azul con estolas, bordadas tambien de piedras finas. Los que no llevan estandartes, llevan palmas ó báculos, guirnaldas ó canastillos de flores. Su vuelo no puede compararse al de las aves, porque ellos vuelan trazando luminosos círculos de incomparable gracia; y el dia que hay fiesta en el Cielo, porque ha entrado un justo—lo cual ocurre ya muy pocas veces—todo el Cielo arde en chispas.....

—Estamos en las primeras horas del primer dia de 1884. El Paraíso despierta. La Tierra duerme.—En el Paraíso amanece más temprano.

Las puertas de la ciudad se abren, y los justos salen á pasearse por los alrededores; sencillamente vestidos, con ligeras telas. El conjunto resulta muy pintoresco. Se pasean y conversan, cada cual con su igual, buscando preferentemente á sus paisanos..... En medio de una plazoleta hay un grupo de bienaventurados, que parece haberse declarado independiente. Es un grupo de catalanes.

Por lo demas, todos los justos hablan en el Cielo de lo mismo que hablaban en la Tierra..... de su propia persona.

La mañana se ofrece deliciosa; los horizontes se tornaso-



lan con diferentes matices de púrpura y oro; los pájaros revuelan; el vientecillo murmura, y murmuran también las vírgenes y las santas..... Todo es orden, compostura y formas escogidas. Ni el más ligero disturbio altera la serenidad de aquel esparcimiento.—No hay agentes de orden público.

Sin embargo, acaba de ocurrir algo importante, excepcional. Los ángeles mayores y menores cortan el aire con rapidez inusitada y se dirigen al centro de la ciudad divina, en el cual, sobre cien bellísimos palacios, se eleva el Tabernáculo en que reside el Creador. Los justos preguntan, indagan y se estremecen de curiosidad. ¡Un acontecimiento en el Cielo, donde no ocurre nada nunca! Todos afluyen al centro del Paraíso.

¿Qué habrá ocurrido?

La administración celestial es bastante perfecta. Viene á ser como la de España. Un Ministro de la Gobernación, español, tan excelente, que perdió las elecciones, se fué, cuando murió, derecho al Paraíso, en el cual entró sin las ceremonias preliminares por esta circunstancia especial. El Padre Eterno le tomó tanto cariño, que le dejó satisfacer sus aficiones administrativas, y al poco tiempo reinaba en la máquina gubernamental el más bello desorden.

Pues bien, este justo había dispuesto que el alumbrado de los mundos subcelestes se ejerciese por ángeles de su elección, los cuales debían ser reemplazados cada año, y había encargado del Sol, para 1884, á un angelillo simpático y travieso, por el cual tenía debilidad, en razón de que se parecía mucho á un hijo que había dejado en el Mundo con chichonera y grado de coronel de ejército. Este angelillo estaba tan lleno de su influencia, que se permitía desmanes de consideración y tenía escandalizado y revuelto aquel lugar beatífico.....

Su retrato y antecedentes.—Tiene seducción en su cara, en su acento y en sus formas sociales. Es ingenioso, chistoso, servicial, y corta un pelo en el aire. Saber no sabe gran cosa; pero tiene númen, y donde no llega su adivinación llega su audacia. Así es que discute con los más sabios doctores y les arrebató el aplauso en los concursos. Es, sobre todo, un intrigante de primera; muy dulzón con amigos y adversarios, y muy elocuente, porque siempre le habla á cada uno de su interés, sin grandes escrúpulos de conciencia, con tal de conseguir sus propósitos. Su actividad es prodigiosa; tanto, que todos los años tiene que pedir un suplemento de alas.—No sólo en el Cielo, se ve en la Tierra esto muchas veces. Los políticos sabios, formales, los verdaderos hombres de Estado, son oscurecidos por intrigantillos boquidulces, metesillas y sacamuertos, que nada saben de alta política, pero que saben mover los hilos de los *fantoques*.

En el Cielo hay una tradición que se refiere á este ángel.

Pues la tradición dice que el mejor retrato de este angelito está en la Tierra. En el Museo de Pinturas de Madrid puede verse entre los niños alados que rodean las Concepciones de Murillo. Hé aquí el caso:

Una tarde del siglo XVII (*ayer*, en la existencia de los ángeles), nuestro revoltoso bajó á Sevilla; porque le gustan mucho las guitarras y los cantares. Cantaba una morena ciertas coplas, con tanta gracia, y al mismo tiempo con un dejo de tristeza tan hondo, que él suspendió el vuelo, sentándose en el alféizar de una gran ventana para oír mejor el canto. Por desgracia, se había olvidado, en su placer, de hacerse invisible; una mano le cogió por detrás de los alones, y poco después estaba sujeto en un sillón de baqueta y grandes clavos, dentro del estudio de *El Pintor de las Vírgenes*.

—¡El Cielo me le envía, sin duda!—exclamó aquel buen católico.—Después que le copió varias veces, y cuando se le hubo aprendido de memoria, abrió de nuevo la ventana y le permitió volver al Cielo.—Por eso los ángeles del pintor sevillano son ángeles, pero ángeles traviesos.

Y por eso á este ángel le llaman en el Cielo el *Ángel de Murillo*.

Y ahora bien, volvamos á preguntarnos: ¿Qué había ocurrido?

Lo siguiente:

San Pedro en persona había despertado al angelito, el cual, por de pronto, se había hecho el sueco. San Pedro había repetido la amonestación otras dos veces, sin resultado; pero creyó ver que le hacía guiños indecorosos, y entonces le cogió con la mano izquierda por un alon, le alzó y suspendió en el aire á conveniente altura, y le aplicó la derecha con estrépito en la parte más mórbida de su cuerpo divino.

El angelito no formuló una queja. San Pedro estaba dentro de sus atribuciones.

—¡Vaya V. á encender el Sol, señorito!—le dijo San Pedro.

Pero el ángel le contestó sencillamente:

—¡No me da la gana!

—¿Cómo?—repuso maquinalmente San Pedro.

—Que este año no se enciende el Sol. Yo soy el encargado, y no quiero. ¡Clarito!

El viejo se quedó aterrado.

Desde la rebelión de Luzbel no había ocurrido caso semejante. La obediencia es en aquel paraje de santidad un placer, y no ya los espíritus que llenan altísimas misiones, sino hasta los que en las celestiales cocinas limpian las baterías de oro y las vajillas de diamante, están muy contentos.

Pasado el primer momento de estupor, San Pedro creyó que esta audacia del chicuelo tendría ramificaciones. Acaso estaba dirigida por aquel ex-ministro español que había perturbado la mansión de la bienaventuranza. ¿Cómo recibiría el Sér Supremo la noticia de esta rebelión sacrilega? Posible es que el angelito fuese castigado inexorablemente: posible es también que esto originase la caída del privado. Corrió, pues, con satisfacción censurable á dar este disgusto al Padre Eterno. No se detuvo en el camino más que media docena de veces para comunicar á otros tantos amigos de confianza la noticia, encargándoles mucho que la esparciesen, y que soliviantasen los ánimos.

El portero no dudaba de la justicia del Señor; pero, en fin, trataba de evitar que se empastelase el asunto.



No es cosa tan fácil entrar en Palacio.....

En torno hay arcángeles con arcos y flechas, formando como un primer recinto; despues otro círculo de la celestial milicia cruza sus largas picas; despues un más tupido cordón de soldados vibra sus flamíferas espadas, y en las puertas, hermosos gigantes, de nervudos brazos, alzan y bajan á són de trompeta los puentes levadizos. ¡Siempre cuesta mucho trabajo ver á los reyes, y siempre están rodeados de militares! Pero, en fin, con una buena recomendacion, ó siendo persona principal, se logra verlos así en la Tierra como en el Cielo.

Más dificultades tuvo que vencer el Apóstol, dentro ya del palacio; porque las armas se rinden más fácilmente que la etiqueta. Al fin y al cabo, fué pasando de gentilhombre en gentilhombre, y de una en otra cámara, haciendo reverencias y recibiendo saludos en el honroso trayecto de unos cuantos kilómetros. Por desgracia, el Señor estaba en la estufa central—en la *serre*, como dicen los justos á la moda. Eden indescriptible.

Un ángel, resplandeciente como un *sprit* de pedrería, le cortó el paso, con las alas abiertas.....

— ¡Su Majestad no está visible! le dijo.

San Pedro se detuvo é inclinó la cabeza con dolor. Era la primera vez que el Maestro le negaba, como él le habia negado. Dos lágrimas surcaron sus mejillas, curtidas por las tempestades del lago de Genezareth.

— ¡El Sol no alumbrará ya la Tierra!—exclamó, volviendo melancólicamente sobre sus pasos.

Sus lágrimas hubieran dado compasion al mismo Luzbel, pero no la inspiraron á las bandadas de angelillos que cruzaban de árbol en árbol por el jardin, regalándose con fruta.

Le apedrearon con los huesos.

Le juzgaban caido.

Crece la marea; se condensan los vapores revolucionarios.— ¡Habrá sol!— ¡No lo habrá!— ¡Tiene razon!— ¡No la tiene!— Pero, en general, los bienaventurados están muy contentos de que haya motin.

El privado sufre una gran perturbacion mental ante un suceso tan grave. Se trata de un favorito, y hay que apoyarle; mas por el buen parecer, forma una junta de varones eminentes que entiendan del asunto.

El ángel rebelde es llamado á dar explicaciones. Sus explicaciones constituyen un discurso. Este discurso es muy elocuente y produce gran sensacion.

Oigamos:

«— Señores — dice — espero que me hagais justicia: para eso sois justos. Mi resolucion es irrevocable. ¿Sabeis á qué obedece? A mi conocimiento del Mundo, de cuyo alumbrado se me encarga, y que yo pienso dejar á oscuras. Permittedme una mirada retrospectiva..... y un caramelo. (*Pausa.*)

»Hace dias me habeis destituido de un cargo importante. Yo era pesador de almas. ¡Mal empleo, señores! Estos funcionarios dimiten casi todos. Al poco tiempo de ejercerle contraen como una especie de tristeza negra..... ¡Es tan doloroso para un ángel llenar por sus propias manos el Infierno! Y ¿qué hacer? Todos cuantos llegan son peca-

dores empedernidos. ¡Ya, por costumbre, la misma balanza se inclina del platillo del Mal ántes de echar en él los pecados! (*Emocion.*)

»El primer dia encontré divertida la tarea: se me presentó un público bastante variado: un torero, que habia muerto al dar un quiebro; un canónigo, que no hacía más que suspirar y darse golpecitos en la panza; un duque, que preguntó dónde esperaban los nobles; un socio del Casino de Madrid, que preguntó por el treinta y cuarenta; una *cocotte*, algunos timadores y dos artistas coreográficos, suicidas por amor. (*Risas.*)

»(*El ángel pide un vaso de agua con azucarillo.*)

» Pero en mi cargo de pesador de almas fuí sintiendo aumentarse mi desprecio por la humanidad. ¡Tan pocas virtudes! ¡Tantos pecados! Así es que yo, muchas veces, al terminar la faena del dia, decia, pensando en el hombre: ¡Mal barro, lodo más bien, escoria! ¡Miles y miles de años há que fué poblada la Tierra y alumbrada del Sol; miles y miles que la razon humana presiente y busca los principios de moral y justicia: la Tierra misma se ha trasformado; donde hubo desiertos hay naciones; donde hubo naciones hay desiertos; la caravana muere de sed donde el pescador, en la aurora del Mundo, tendia sus redes, y mañana Madrid, París y Lóndres serán ciudades de corales y madreporas!..... ¡Todo ha cambiado, todo cambiará, ménos el hombre! (*Aprobacion.*)

» Si el Sol vuelve hoy á iluminar la Tierra, ¿serán los hombres dichosos? ¿Cómo han de serlo? Los hombres todo lo pueden, ménos ser felices..... Ellos apuntalan lo caído y derriban despues lo que apuntalan; ellos tuestan ó guillotinan á los reformadores, y coronan sus estatuas luego; ellos rezan, pero no creen; ellos declaran inviolable la propiedad, y roban; se casan, y adulteran; buscan el oro, supremo dispensador del bien, y le derrochan en el mal. ¡Al cabo de tantos siglos, civilizaciones y filosofías, el fuerte oprime, el débil sufre, la mujer sólo es buscada para el placer, se edifican cárceles, se alzan patibulos, y la paz no es más que un descanso en la guerra.....! ¡Y dicen los hombres de Estado de esas sociedades que sus principios y sus leyes son las únicas aceptables y posibles.....! ¡Será verdad, pero ya lo veis, con esas leyes y con esos principios cada dia entran ménos almas en el Cielo! (*Sensacion prolongadísima.*)

»(*Otro caramelo.*)

» ¡Sabedlo! Dios no reina en el Mundo; sólo reconocen su existencia los poetas, para tener el pretexto de debutar con un himno en su alabanza. Los sabios no le reconocen aún, si bien dicen que ya van explicándosele; y los mismos curas sólo se preocupan de llegar á ser canónigos ó capellanes de honor. ¡Ah, señores! bajo la influencia de estas consideraciones, no podia estar contento en mi destino, y pensé dimitir..... Pero llegó ántes mi destitucion, injusta.....

» *Una voz:* ¡Justísima!

» ¡Á eso voy! Se me acusó de irregularidades en el peso; se dijo que los padres, los hijos y hasta los parientes de los santos de mi devocion entraban por la puerta del Cielo como por la de su casa. ¡Ah, señores! repito; el Mundo está de modo que si no se hace la vista gorda, no entrará en el Cielo nadie! (*Señales de asentimiento.*)

» Fuí destituido y se me dió un ascenso; se me encargó del Sol para el año que hoy nace de 1884..... El Sol, señores, no



es, como los sabios se imaginan, un globo de hielo resplandeciente, ni un golfo de llamas; es una luminaria más en la gloria del Señor; un pobre farolillo de esta gran iluminación veneciana. Ayer se apagó; hoy debe ser nuevamente encendido; ya se acerca la hora; ya esperan los mortales su luz y su calor..... ¡Yo le encendería gustoso si debiera alumbrar sociedades virtuosas y pueblos dichosos; pero me niego á dar sus hermosos resplandores al egoísmo, al crimen y á la infelicidad! ¡Negra y eterna sombra cubra para siempre mundo tan despreciable!» (*Agitaciones en los bancos; silbidos; aplausos, tumulto.*)

El orador recibe las felicitaciones.

No hay Sol. Ya está decidido. No le merece la humanidad.

¡Qué triunfo para el orador!

Sin embargo, los bienaventurados que tienen familia en la Tierra no pueden menos de atribularse, y acuden á Dios en alzada.

Dios les recibe bondadoso y sonriente.

—No tengais cuidado—les dice.—Si todos los hombres fueran buenos, la felicidad existiría en la Tierra, y no tendría razón de ser este Paraíso. ¡Habrá Sol.....! Al menos este año..... para castigar la rebeldía de ese picaruelo. ¡El lo encenderá ahora mismo, por sus propias manos!

Los justos forman corrillos para comentar los sucesos. San Pedro, satisfecho de que Dios haya castigado la rebeldía del ángel, se inclina ya en favor del víctima.

—¡Este Señor es demasiado bueno!—exclama.—Después de todo, el chico lo hacía por el bien de los hombres. Yo no sé cómo ellos mismos no están cargados ya del Sol..... ¡Vaya una vida!—Invierno: los ricos, chimeneas, abrigo de pieles, teatros, bailes; los pobres, hambre, miseria y frío. Verano, los ricos á las estaciones de baños europeos; los pobres, hambre, miseria y calor. Y lo mismo siempre: la venida de los Reyes Magos, en Enero; locos que se disfrazan, en Febrero; coquetas que oyen sermones, en Marzo; muchachas que salen á coger flores, en Abril; estudiantes que pasean por el Retiro, en Mayo; mi verbena con sus turcas y garrotazos correspondientes, en Junio; más y más verbenas, en Julio; la siega, en Agosto; la fruta, en Setiembre; la vendimia, en Octubre; coronas y lágrimas conmemorativas, en Noviembre, y el año, por fin, concluyendo entre chicharras é indigestiones. Y todos los días vestirse, comer, beber, trabajar, leer los periódicos, adular, engañar al prójimo, seducir á la prójima, perder una ilusión y recibir un desengaño. ¡No sé cómo ellos mismos no piden que les apaguen el Sol!

El ángel que tuvo á su cargo el cuidado del Sol, entrega al ángel de Murillo los útiles de entretenimiento y limpieza.

Como el nuevo empleado tiene la cara muy triste, su compañero procura convencerle de que no es tan malo el empleo.

—Siempre es una satisfacción—le dice—hacer el bien, y tú le harás con sólo alumbrar la Tierra.—La noche es tan mala, que Dios la llenó con el sueño. Tú eres algo pesimista; el hombre mejora: sus ideas y sus sentimientos cada día son más razonables..... ¡En los tiempos primitivos era un animal salvaje; en la antigüedad y en la Edad Media, un tirano ó un siervo; hoy es un sabio y un sér libre!

—No digas tonterías—le interrumpe su compañero, disponiéndose á limpiar la Gran Linterna—su sabiduría consiste en declararse nieto del mono, y su libertad en morir de hambre en los campos y de asfixia en las minas.

—Eres pesimista—repito:—durante mi año se ha progresado bastante, y durante el tuyo se progresará más..... Ya no se quebrantan los principios de la moral sin escándalo y sin protesta; ya la guerra misma no se hace en nombre de los monarcas, sino de los pueblos; la idea de la patria cede ante la de la humanidad, y la humanidad se complace en la idea de constituir una sola familia. La ciencia y la industria difunden el bienestar, abaratando la vida; todos los hombres comen bien, se divierten, tienen un duro en el bolsillo y gastan levita y sombrero de copa. Algo les falta, pero lo tendrán si se les ayuda un poco. Después de todo, son fáciles de contentar: Su mayor placer vas á proporcionárselo. ¡Cómo se alegran por la mañana cuando abren la ventana de su chirivital y entran en él los rayos del sol, y cuando reparan que al dulce calor de esta farola maduran las espigas en los sembrados y las frutas en los árboles! ¡Triste es, sin duda, alumbrar crímenes; pero te alegrarás mucho de haber encendido el Sol cuando veas á los amantes en los jardines, á las multitudes en los paseos y las romerías; á las locomotoras cruzando la Tierra; á los vapores surcando los mares! Yo le encendí siempre gustoso tan solamente por enviar uno de sus rayos á las oscuras y húmedas prisiones..... y ver resplandecer los cadavéricos rostros de los encarcelados con inefable alegría!

—Confieso..... que me enterneces..... Prometo cuidar del Sol lo mejor que me sea posible.....

—Además..... con franqueza: los hombres progresan tanto, que inventarían otro Sol si se le negásemos!

—¿Qué dices?—exclamó el ángel de Murillo—¡eso sería para nosotros más humillante que alumbrarles!

Los angelitos se rien mucho.

Acaban de saber que el encargado de alumbrar la Tierra, al encender el Sol, se ha quemado los dedos.

Amanece.....

ISIDORO FERNANDEZ FLOREZ.





# PRELIMINARES.

## AÑO RELIGIOSO.

### CÓMPUTO ECLESIASTICO.

Áureo número. . . . .	4	Indiccion romana. . . . .	XII
Epacta. . . . .	III	Letra dominical. . . . .	f e
Ciclo solar. . . . .	17	Letra del martirologio romano. . . . .	c

### FIESTAS MOVIBLES.

Dulcísimo Nombre de Jesús. . . . .	20 de Enero.
Septuagésima. . . . .	10 de Febrero.
Sexagésima. . . . .	17 de Febrero.
Quincuagésima. . . . .	24 de Febrero.
Miércoles de Ceniza. . . . .	27 de Febrero.
Pascua de Resurreccion. . . . .	13 de Abril.
Patrocinio de San José. . . . .	4 de Mayo.
Letanias. . . . .	19, 20 y 21 de Mayo.
Ascension del Señor. . . . .	22 de Mayo.
Pascua de Pentecostes. . . . .	1 de Junio.
La Santísima Trinidad. . . . .	8 de Junio.
Santísimo Corpus Christi. . . . .	12 de Junio.
Dominicas entre Pentecostes y Adviento. . . . .	25
Santísimo Corazon de Jesús. . . . .	20 de Junio.
Purísimo Corazon de María. . . . .	22 de Junio.
Fiesta de la Preciosísima Sangre de Jesucristo. . . . .	6 de Julio.
San Joaquín, padre de Nuestra Señora. . . . .	17 de Agosto.
Nuestra Señora del Rosario. . . . .	5 de Octubre.
Patrocinio de Nuestra Señora. . . . .	9 de Noviembre.
Adviento. . . . .	30 de Noviembre.

### TÉMPORAS.

I. — El 5, 7 y 8 de Marzo.	III. — El 17, 19 y 20 de Setiembre.
II. — El 4, 6 y 7 de Junio.	IV. — El 17, 19 y 20 de Diciembre.

### DIAS DE AYUNO.

Todos los de Cuaresma, excepto los Domingos.  
 Los Viérnes y Sábados de Adviento; advirtiendo que cuando la fiesta de la Purísima Concepcion de Nuestra Señora cae en Viérnes ó Sábado, se anticipa el ayuno al Juéves precedente.  
 La Vigilia de Pentecostes (con abstinencia de carne). . . . . 31 de Mayo.  
 Miércoles, Viérnes y Sábado de las cuatro Témporas.  
 Vigilia de San Pedro y San Pablo (con abstinencia de carne). . . . . 28 de Junio.  
 De Santiago Apóstol. . . . . 24 de Julio.  
 De la Asuncion de Nuestra Señora (con abstinencia de carne). . . . . 14 de Agosto.  
 De Todos los Santos. . . . . 31 de Octubre.  
 De Navidad (con abstinencia de carne). . . . . 24 de Diciembre.  
 Tambien es ayuno con abstinencia de carne el Miércoles, Juéves, Viérnes y Sábado de la Semana Santa. 9, 10, 11 y 12 de Abril.

ADVERTENCIA. Ningun dia de ayuno se puede promiscuar carne y pescado, y durante la Cuaresma, ni aun los Domingos.  
 Debe renovarse la Bula todos los años en la época de su promulgacion, y los que no la renueven deben guardar abstinencia todos los dias de ayuno, los Domingos de Cuaresma y los Viérnes del año.

### VELACIONES.

Se abren el 7 de Enero y el 21 de Abril, y se cierran respectivamente el 9 de Febrero y el 29 de Noviembre.

### DIAS EN QUE SE SACA ANIMA.

El 10 de Febrero; el 4, 15, 16, y 23 de Marzo; el 4, 5 y 16 de Abril, y el 5 y 7 de Junio.

## AÑO ASTRONÓMICO.

### POSICION GEOGRÁFICA DE MADRID.

Latitud. . . . .	40° 24' 30" N.
Longitud. . . . .	0 <sup>h</sup> 10 <sup>m</sup> 4 <sup>s</sup> ,2 al E. del Observatorio de San Fernando.

### ENTRADA DEL SOL EN LOS SIGNOS DEL ZODIACO.

En Acuario, el 20 de Enero.	En Leo, el 22 de Julio. — <i>Cánticula.</i>
En Piscis, el 19 de Febrero.	En Virgo, el 22 de Agosto.
En Aries, el 20 de Marzo. — <i>Primavera.</i>	En Libra, el 22 de Setiembre. — <i>Otoño.</i>
En Tauro, el 19 de Abril.	En Escorpio, el 22 de Octubre.
En Géminis, el 20 de Mayo.	En Sagitario, el 21 de Noviembre.
En Cáncer, el 20 de Junio. — <i>Estío.</i>	En Capricornio, el 21 Dic. — <i>Invierno.</i>

### CUATRO ESTACIONES.

PRIMAVERA. — Entra el 20 de Marzo á las 4 h. y 30 m. de la mañana.  
 ESTÍO. — Entra el 20 de Junio á las 12 h. y 44 m. de la noche.  
 OTOÑO. — Entra el 22 de Setiembre á las 3 h. y 6 m. de la tarde.  
 INVIERNO. — Entra el 21 de Diciembre á las 9 h. y 18 m. de la mañana.

### ECLIPSES DE SOL Y DE LUNA.

MARZO 26. *Eclipse parcial de Sol*, invisible en Madrid.  
 El eclipse empieza en la Tierra á 16<sup>h</sup> 56<sup>m</sup> 1, tiempo medio astronómico de Madrid, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 13° 32' al E. de Madrid y latitud 53° 44' N.  
 El medio del eclipse se verificará en la Tierra á 17<sup>h</sup> 47<sup>m</sup> 3, y el lugar que verá la máxima fase en el horizonte se halla en la longitud de 4° 6' O., y latitud 72° 3' N.  
 El eclipse termina en la Tierra á 18<sup>h</sup> 38<sup>m</sup> 6, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 111° 12' O. y latitud 87° 10' N.  
 Valor de la máxima fase aparente para la Tierra en general, 0,149; tomando como unidad el diámetro del Sol.  
 Este eclipse será visible en una pequeña parte de Europa y de la América Septentrional, en parte del Océano Atlántico y del Mar Polar Ártico.  
 ABRIL 10. *Eclipse total de Luna*, invisible en Madrid.  
 Principio del eclipse á las 9<sup>h</sup> y 38<sup>m</sup> de la mañana.  
 Principia el eclipse total á las 10<sup>h</sup> y 36<sup>m</sup> de la mañana.  
 Medio del eclipse á las 11<sup>h</sup> y 32<sup>m</sup> de la mañana.  
 Fin del eclipse total á las 12<sup>h</sup> y 18<sup>m</sup> del día.  
 Fin del eclipse á las 1<sup>h</sup> y 26<sup>m</sup> de la tarde.  
 El principio de este eclipse será visible en casi toda la América Septentrional, en una gran parte de la Meridional, en casi toda la Australia, en una pequeña parte del Asia, en el estrecho de Behering, en todo el Océano Pacífico, en una pequeña parte del Atlántico, en gran parte del Mar Polar Antártico y en parte del Ártico.  
 El fin de este eclipse será visible en gran parte de Asia, en la Australia, en una pequeña parte de la América Septentrional, en las Islas Filipinas, en el estrecho de Behering, en gran parte del Océano Pacífico, en casi todo el Índico, en gran parte del Mar Polar Antártico y en parte del Ártico.

El primer contacto de la sombra con la Luna se verificará en un punto del limbo de ésta que dista 86° de su vértice austral hácia Oriente (vision directa).  
 El último contacto de la sombra con la Luna se verificará en un punto del limbo de ésta que dista 61° de su vértice boreal hácia Occidente (vision directa).  
 ABRIL 25. *Eclipse parcial de Sol*, invisible en Madrid.  
 El eclipse principia en la Tierra á 0<sup>h</sup> 45<sup>m</sup> 4, tiempo medio astronómico de Madrid, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 78° 30' al O. de Madrid, y latitud 59° 9' S.  
 El medio del eclipse se verificará en la Tierra á 2<sup>h</sup> 31<sup>m</sup> 5, y el lugar que verá la máxima fase en el horizonte se halla en 8° 18' de longitud E., y latitud 70° 53' S.  
 El eclipse termina en la Tierra á 4<sup>h</sup> 17<sup>m</sup> 6, y el último lugar que lo ve se halla en 16° 6' de longitud E. y latitud 33° 8' S.  
 Valor de la máxima fase aparente para la Tierra en general, 0,758; tomando como unidad el diámetro del Sol.  
 Este eclipse será visible en una pequeña parte de África y de la América Meridional, en gran parte del Océano Atlántico y en una pequeña parte del Mar Polar Antártico.  
 OCTUBRE 4. *Eclipse total de Luna*, visible en Madrid.  
 Principio del eclipse á las 8<sup>h</sup> de la noche.  
 Principio del eclipse total á las 9<sup>h</sup> y 1<sup>m</sup> de la noche.  
 Medio del eclipse á las 9<sup>h</sup> y 47<sup>m</sup> de la noche.  
 Fin del eclipse total á las 10<sup>h</sup> y 34<sup>m</sup> de la noche.  
 Fin del eclipse á las 11<sup>h</sup> y 34<sup>m</sup> de la noche.  
 El principio de este eclipse será visible en toda Europa y África, en casi toda el Asia, en gran parte de la Australia, en las Islas Filipinas, en todo el Océano Índico, en gran parte del Océano Atlántico y del Mar Polar Ártico y en parte del Antártico.  
 El fin de este eclipse será visible en Europa, África y en la América Meridional, en parte de la Septentrional, en gran parte de Asia, en todo el Océano Atlántico, en gran parte del Índico, en una pequeña parte del Pacífico, en gran parte del Mar Polar Ártico y en parte del Antártico.  
 El primer contacto de la sombra con la Luna se verificará en un punto del limbo de ésta que dista 83° de su vértice boreal hácia Oriente (vision directa).  
 OCTUBRE 8. *Eclipse parcial de Sol*, invisible en Madrid.  
 El eclipse principia en la Tierra á 10<sup>h</sup> 5<sup>m</sup> 1, tiempo medio astronómico de Madrid, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 135° 37' al E. de Madrid, y latitud 63° 28' N.  
 El medio del eclipse se verificará en la Tierra á 12<sup>h</sup> 3<sup>m</sup>, y el lugar que verá la máxima fase en el horizonte se halla en la longitud de 126° 22' al O., y latitud 71° 33' N.  
 El eclipse termina en la Tierra á 14<sup>h</sup> 1<sup>m</sup>, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 130° 39' al O., y latitud 33° 22' N.  
 Valor de la máxima fase aparente para la Tierra en general, 0,642; tomando como unidad el diámetro del Sol.  
 Este eclipse será visible en gran parte de Asia, en parte de la América Septentrional, en el Océano Pacífico del Norte y en parte del Mar Polar Ártico.



# ALMANAQUE PARA EL AÑO 1884.

	ENERO.			FEBRERO.	
Otros del Sol.		Ocasos del Sol.	Otros del Sol.		Ocasos del Sol.
H. M.		H. M.	H. M.		H. M.
7.23	1 Márt. <i>Fiesta.</i> LA CIRCUNCISION DEL SEÑOR, y san Fulgencio Ruspense, obispo.	4.45	7.10	1 Viér. San Ignacio, y san Cecilio, patron de Granada, obispos y mártires.	5.19
7.23	2 Miérc. La Aparicion de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza, san Isidoro, obispo y mártir, y san Macario, abad.	4.45	7.09	2 Sáb. <i>Fiesta.</i> LA PURIFICACION DE NUESTRA SEÑORA, y san Cornelio Centurion, obispo.	5.20
7.24	3 Juév. San Antero, papa y mártir, y santa Genoveva, virgen, patrona de París.	4.46	7.08	3 Dom. San Blas, obispo y mr., y el beato Nicolas de Longobardo.	5.21
7.24	4 Viér. San Tito, obispo, y san Aquilino y comps., mrs.	4.47	7.07	4 Lún. San Andres Corsino, obispo, y san José de Leonisa, cfr.	5.22
7.24	5 Sáb. San Telesforo, papa y mártir, y san Simeon Stilita.	4.48		☾ <i>Cuarto creciente</i> , á las 5 h. y 42 m. de la m., en <i>Tauro</i> .	
7.24	6 Dom. LA EPIFANIA Ó LA ADORACION DE LOS SANTOS REYES, y el beato Juan de Ribera, arzobispo de Valencia.	4.49	7.06	5 Márt. Santa Agueda, virgen y mártir, y san Pedro Bautista y 25 compañeros, mártires del Japon.	5.23
7.24	7 Lún. San Julian, mártir, y san Raimundo de Peñafort.— <i>Abrense las velaciones.</i>	4.50	7.05	6 Miérc. Santa Dorotea, virgen, y san Teófilo, mártires.	5.25
7.23	8 Márt. San Luciano, presbítero, y compañeros, mártires.	4.51	7.04	7 Juév. San Romualdo, abad, fundador de los Camaldulenses, y san Ricardo, rey de Inglaterra.	5.26
7.23	9 Miérc. San Julian, mártir, y su esposa santa Basilisa, virgen.	4.52	7.03	8 Viér. San Juan de Mata, fundador de los Trinitarios.	5.27
7.23	10 Juév. San Nicanor, diácono y mártir, y san Gonzalo de Amaranate, confesor.	4.53	7.01	9 Sáb. Santa Apolonia, virgen y mártir.— <i>Ciérranse las velaciones.</i>	5.28
7.23	11 Viér. San Higinio, papa y mártir.	4.54	7.00	10 Dom. <i>de Septuagésima.</i> Santa Escolástica, virgen, y san Guillerme, duque de Aquitania.— <i>Anima.</i>	5.29
7.22	12 Sáb. San Benito Biscop, abad, san Arcadio, mártir, y san Martin, canónigo de Leon.	4.55	6.59	11 Lún. San Saturnino, presbítero, y compañeros, mártires, y los beatos siete Siervos de Maria, fundadores.	5.31
	☉ <i>Luna llena</i> , á las 3 h. y 12 m. de la tarde, en <i>Cáncer</i> .			☉ <i>Luna llena</i> , á las 4 h. y 33 m. de la m., en <i>Leo</i> .	
7.22	13 Dom. San Gumersindo, presbítero, y san Siervo de Dios, mártires.	4.56	6.58	12 Márt. Santa Eulalia de Barcelona, virgen y mártir, y la primera Traslacion de san Eugenio, arzobispo de Toledo.	5.32
7.22	14 Lún. san Hilario, obispo y doctor, y san Félix de Nola, presbítero y mártir.	4.57	6.57	13 Miérc. San Benigno, mártir, y santa Catalina de Rizzis, virgen.	5.33
7.22	15 Márt. San Pablo, primer ermitaño, y san Mauro, abad.	4.58	6.55	14 Juév. San Valentin, presbítero y mártir, y el beato Juan Bautista de la Concepcion, fundador.	5.34
7.21	16 Miérc. San Marcelo, papa y mártir, y san Marcelo, obispo.	5.00	6.54	15 Viér. San Faustino y santa Jovita, hermanos, mártires.	5.35
7.21	17 Juév. San Anton, abad.	5.01	6.53	16 Sáb. San Julian y 5.000 compañeros, mártires.	5.37
7.20	18 Viér. La Cátedra de san Pedro en Roma, y santa Prisca, vg. y mr.	5.02	6.51	17 Dom. <i>de Sexagésima.</i> San Julian de Capadocia, mártir.	5.38
7.20	19 Sáb. San Canuto, rey, san Mario, santa Marta, san Audifaz y san Abacuc, mártires.	5.03	6.50	18 Lún. San Eladio, arzobispo de Toledo, san Simeon, obispo y mártir, y san Teotonio, confesor.	5.39
7.19	20 Dom. El Dulcísimo Nombre de Jesus, San Fabian, papa, y san Sebastian, mártires.	5.04	6.49	19 Márt. San Gabino, presbítero y mártir, y san Alvaro de Córdoba.	5.40
	☾ <i>Cuarto menguante</i> , á las 5 h. y 9 m. de la m., en <i>Libra</i> .			☾ <i>Cuarto menguante</i> , á las 2 h. y 58 m. de la m., en <i>Scorpio</i> .	
7.19	21 Lún. San Fructuoso, obispo, san Augurio y san Eulogio, diáconos, y santa Ines, virgen, todos mártires.	5.05	6.47	20 Miérc. San Leon y san Eleuterio, obispos.	5.41
7.18	22 Márt. San Vicente, diácono, patron de Valencia, y san Anastasio, mártires.	5.07	6.46	21 Juév. San Félix y san Maximiano, obispos.	5.43
7.17	23 Miérc. San Ildefonso, arz. de Toledo, y sta. Emerenciana, vg. y mr., patrona de Teruel.— <i>Fiesta en el arzobispado de Toledo.</i>	5.08	6.45	22 Viér. La Cátedra de san Pedro en Antioquia, y san Pascasio, obispo.	5.44
7.17	24 Juév. Nuestra Señora de la Paz, y san Timoteo, obispo y mártir.	5.09	6.43	23 Sáb. San Pedro Damiano, obispo, cardenal y doctor, santa Marta, virgen y mártir, y santa Margarita de Cortona, penitente.	5.45
7.16	25 Viér. La Conversion de san Pablo, apóstol, y santa Elvira.	5.10	6.42	24 Dom. <i>de Quincuagésima.</i> San Modesto, obispo.	5.46
7.15	26 Sáb. San Policarpo, ob. y mr., y santa Paula, viuda, romana.	5.11	6.40	25 Lún. San Matias, apóstol, san Cesáreo, confesor, y el beato Sebastian de Aparicio.	5.47
7.14	27 Dom. San Juan Crisóstomo, ob. y dr., y san Julian y comps., mrs.	5.12	6.39	26 Márt. San Alejandro, obispo.	5.48
7.13	28 Lún. San Julian, obispo y patron de Cuenca, san Valero, obispo de Zaragoza, san Tirso y comps., mrs., y la Aparicion de santa Ines, virgen y mártir.	5.14		☉ <i>Luna nueva</i> , á las 6 h. y 20 m. de la t., en <i>Piscis</i> .	
	☉ <i>Luna nueva</i> , á las 4 h. y 47 m. de la m., en <i>Acuario</i> .			27 Miérc. <i>de Ceniza.</i> San Baldomero, confesor.— <i>Principia el ayuno de cuaresma.</i>	5.49
7.13	29 Márt. San Francisco de Sales, obispo y doctor, fundador de la Orden de la Visitacion de Nuestra Señora.	5.15	6.37	28 Juév. San Roman, abad.	5.50
7.12	30 Miérc. San Lésmes, abad, patron de Búrgos, y santa Martina, virgen y mártir.	5.16	6.36	29 Viér. Santos Macario, Rufino, Justo y Teófilo, compañeros, mrs.	5.51
7.11	31 Juév. San Pedro Nolasco, fundador de la Orden de Nuestra Señora de la Merced, y santa Marcela, viuda.	5.17	6.35		

## MARZO.

6.34	1 Sáb. El santo Angel de la Guarda, y san Rosendo, obispo.	5.52	6.09	17 Lún. San Patricio, obispo y confesor.	6.09
6.33	2 Dom. <i>I de Cuaresma.</i> San Lucio, obispo.	5.53	6.07	18 Márt. San Gabriel, arcángel, y el beato Salvador de Horta.	6.10
6.31	3 Lún. Santos Emeterio y Celedonio, mrs., patronos de Calahorra.	5.54	6.06	19 Miérc. San José, esposo de Ntra. Sra., patron de la Iglesia universal, y el beato Juan de Santo Domingo, mr.	6.11
6.30	4 Márt. San Casimiro, príncipe de Polonia, y san Lucio, papa y mártir.— <i>Anima.</i>	5.55		☾ <i>Cuarto menguante</i> , á las 10 h. y 58 m. de la m., en <i>Sagitario</i> .	
	☾ <i>Cuarto creciente</i> , á la 1 h. y 18 m. de la t., en <i>Géminis</i> .			20 Juév. San Niceto, obispo, y santa Eufemia, mártir.— (PRIMAVERA.)	6.12
6.28	5 Miérc. San Eusebio y compañeros, mártires.— <i>Témpora.</i> — <i>Ayuno.</i>	5.56	6.04	21 Viér. San Benito, abad y fundador.	6.13
6.27	6 Juév. Santos Victor y Victoriano, mártires.	5.57	6.02	22 Sáb. San Deogracias y san Bienvenido, obispos.	6.14
6.25	7 Viér. Santo Tomás de Aquino, confesor y doctor, y santas Perpétua y Felicitas, mártires.— <i>Témpora.</i> — <i>Ayuno.</i>	5.58	6.01	23 Dom. <i>IV de Cuaresma.</i> San Victoriano y compañeros, mártires, y el beato José Oriol, presbítero.— <i>Anima.</i>	6.15
6.23	8 Sáb. San Juan de Dios, fundador, san Julian, arzobispo de Toledo, y san Veremundo, abad.— <i>Témpora.</i> — <i>Ayuno.</i> — <i>Ordenes.</i>	5.59	5.59	24 Lún. San Agapito, obispo y mártir, y el beato José Maria Tomasi, cardenal.	6.16
6.22	9 Dom. <i>II de Cuaresma.</i> Santa Francisca, viuda, romana, san Paciano, obispo, y santa Catalina de Boloña, virgen.	6.00	5.57	25 Márt. <i>Fiesta.</i> LA ANUNCIACION DE NUESTRA SEÑORA Y ENCARNACION DEL HIJO DE DIOS, y san Dimas el Buen Ladrón.	6.17
6.20	10 Lún. Santos Meliton y 39 compañeros, mártires en Sebaste.	6.01	5.56	26 Miérc. San Braulio, obispo de Zaragoza.	6.18
6.19	11 Márt. San Eulogio, presbítero, y san Vicente, abad, mártires.	6.03	5.54	27 Juév. San Ruperto, obispo.	6.19
	☉ <i>Luna llena</i> , á las 7 h. y 25 m. de la n., en <i>Virgo</i> .			☉ <i>Luna nueva</i> , á las 5 h. y 33 m. de la m., en <i>Aries</i> .	
6.17	12 Miérc. San Gregorio Magno, papa y doctor.	6.04	5.51	28 Viér. San Sixto III, papa, san Cástor y san Doroteo, mrs.	6.20
6.15	13 Juév. San Leandro, arzobispo de Sevilla, san Rodrigo y san Salomon, mártires.	6.05	5.49	29 Sáb. San Eustasio, abad.— <i>Ordenes.</i>	6.21
6.14	14 Viér. Santa Matilde, reina, y la Traslacion de sta. Florentina, vg.	6.06	5.47	30 Dom. <i>de Pasion.</i> San Juan Climaco, abad.	6.22
6.12	15 Sáb. San Raimundo, abad, fundador de la Orden de Calatrava, san Sisebuto, abad, santa Leocricia, virgen y mártir, y san Longinos y compañeros, mártires.— <i>Anima.</i>	6.07	5.46	31 Lún. Santa Balbina, virgen, san Amós, profeta, y el beato Amadeo de Saboya.	6.23
6.11	16 Dom. <i>III de Cuaresma.</i> San Julian de Anazarbo, mártir.— <i>Anima.</i>	6.08			



ABRIL.		MAYO.	
Ortos del Sol.	Ocasos del Sol.	Ortos del Sol.	Ocasos del Sol.
H. M.	H. M.	H. M.	H. M.
5.44	6.24	4.59	6.55
5.43	6.26	4.58	6.56
		4.57	6.57
5.41	6.27	4.56	6.58
5.39	6.28	4.54	6.59
5.38	6.29	4.53	7.00
5.36	6.30	4.52	7.01
5.34	6.31	4.51	7.02
5.33	6.32	4.50	7.03
5.31	6.33	4.49	7.04
5.30	6.34	4.48	7.05
		4.47	7.06
5.28	6.35	4.46	7.07
5.27	6.36	4.45	7.08
5.25	6.37	4.44	7.09
5.23	6.38	4.43	7.10
5.22	6.39	4.42	7.11
5.20	6.40	4.41	7.12
5.19	6.41	4.40	7.13
5.18	6.42	4.39	7.14
		4.38	7.15
5.16	6.43	4.38	7.16
5.15	6.44	4.37	7.17
5.13	6.45	4.36	7.17
5.12	6.46	4.35	7.18
5.10	6.47	4.34	7.19
5.09	6.48	4.34	7.20
5.07	6.49	4.33	7.21
		4.33	7.21
5.06	6.50	4.33	7.22
5.05	6.51	4.32	7.22
5.03	6.52	4.32	7.23
5.02	6.53		
5.01	6.54		

JUNIO.

4.32	7.24	4.29	7.32
4.31	7.25	4.29	7.33
4.31	7.25	4.29	7.33
4.30	7.26	4.29	7.33
4.30	7.27	4.29	7.33
4.30	7.27	4.29	7.33
4.29	7.28	4.29	7.34
4.29	7.28	4.30	7.34
		4.30	7.34
4.29	7.29	4.30	7.34
4.29	7.29	4.30	7.34
4.29	7.30	4.31	7.34
4.29	7.30	4.31	7.34
4.29	7.31	4.31	7.34
4.29	7.31	4.32	7.34
4.29	7.32	4.32	7.34



JULIO.		AGOSTO.	
Ortos del Sol.	Ocasos del Sol.	Ortos del Sol.	Ocasos del Sol.
H. M.	H. M.	H. M.	H. M.
4.33	7.34	4.57	7.15
4.33	7.34	4.57	7.14
4.34	7.34	4.58	7.13
4.34	7.34	4.59	7.12
4.35	7.33	5.00	7.11
4.35	7.33	5.01	7.10
4.36	7.33	5.02	7.08
4.37	7.32	5.03	7.07
4.37	7.32	5.04	7.06
4.38	7.32	5.05	7.05
4.39	7.31	5.06	7.03
4.39	7.31	5.07	7.02
4.40	7.30	5.08	7.01
4.41	7.30	5.09	6.59
4.42	7.29	5.10	6.58
4.42	7.28	5.11	6.57
4.43	7.27	5.12	6.55
4.44	7.27	5.13	6.54
4.45	7.26	5.14	6.52
4.46	7.26	5.15	6.51
4.47	7.25	5.16	6.50
4.47	7.24	5.17	6.48
4.48	7.24	5.18	6.47
4.49	7.23	5.19	6.45
4.50	7.22	5.20	6.44
4.51	7.21	5.21	6.42
4.52	7.20	5.22	6.40
4.53	7.19	5.23	6.39
4.54	7.18	5.24	6.37
4.55	7.17	5.25	6.36
4.56	7.16	5.26	6.34
<b>SETIEMBRE.</b>			
5.27	6.33	5.41	6.08
5.28	6.31	5.42	6.06
5.28	6.29	5.43	6.05
5.29	6.28	5.44	6.03
5.30	6.26	5.45	6.01
5.31	6.25	5.46	6.00
5.32	6.23	5.47	5.58
5.33	6.21	5.48	5.56
5.34	6.20	5.49	5.55
5.35	6.18	5.50	5.53
5.36	6.16	5.51	5.51
5.37	6.15	5.52	5.50
5.38	6.13	5.53	5.48
5.39	6.11	5.54	5.46
5.40	6.10	5.55	5.45



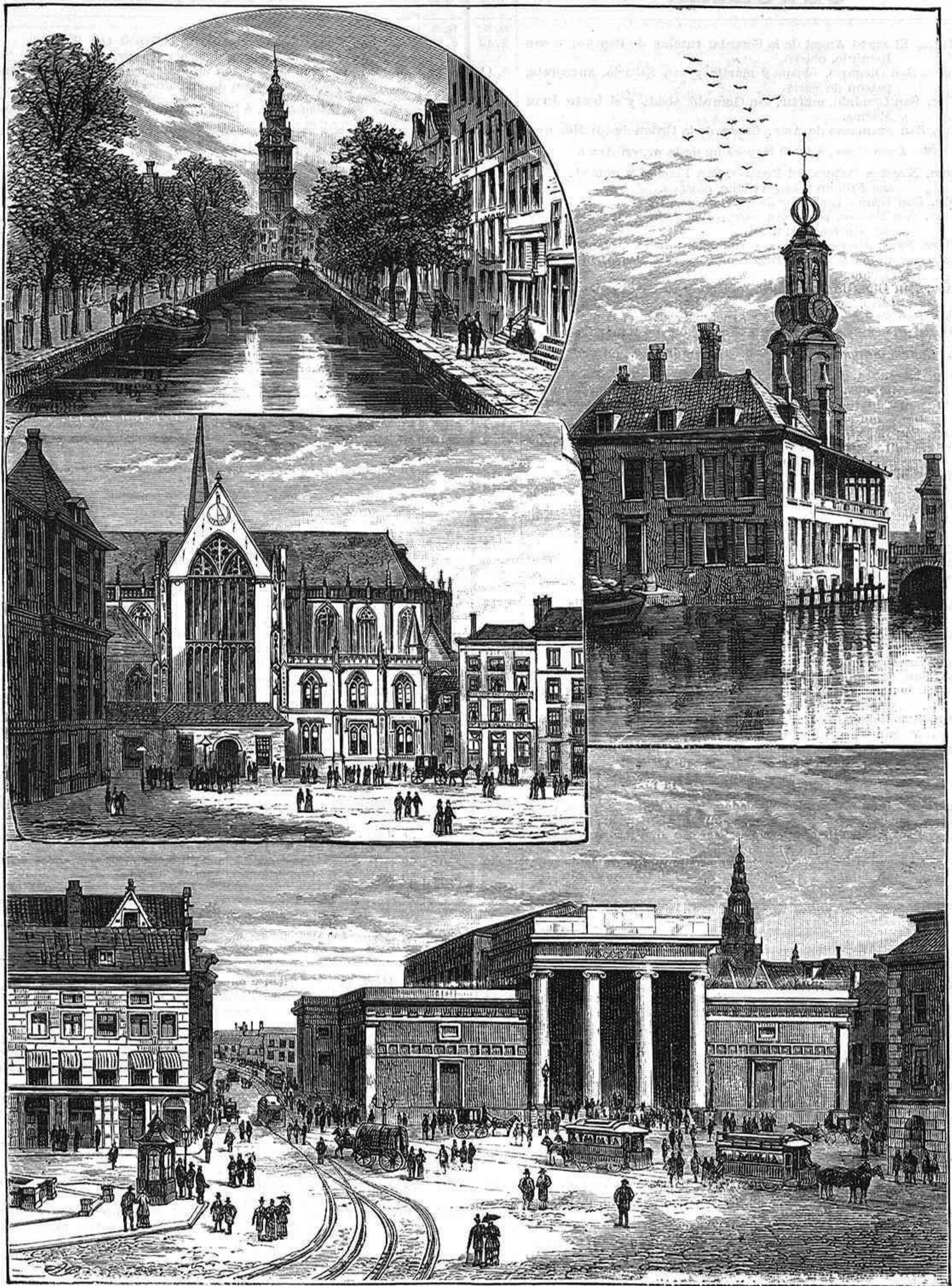
OCTUBRE.		NOVIEMBRE.	
Ortos del Sol.	Ocasos del Sol.	Ortos del Sol.	Ocasos del Sol.
H. M. 5.56	1 Miérc. El santo Angel de la Guarda, tutelar de España, y san Remigio, obispo.	H. M. 6.29	1 Sáb. <i>Fiesta</i> . LA FESTIVIDAD DE TODOS LOS SANTOS.
5.57	2 Juév. San Olegario, obispo y mártir, y san Saturio, anacoreta, patron de Soria.	6.31	2 Dom. Santa Eustoquia, virgen y mártir.
5.58	3 Viér. San Cándido, mártir, san Gerardo, abad, y el beato Juan Macías.	6.32	3 Lún. La Conmemoracion de los Pielos Difuntos, los Innumerables mártires de Zaragoza, y san Ermengol, obispo.
5.59	4 Sáb. San Francisco de Asis, fundr. de la Orden de los Menores. ☉ <i>Luna llena</i> , á las 9 h. y 45 m. de la n., en <i>Aries</i> .	6.33	☉ <i>Luna llena</i> , á las 8 h. y 22 m. de la m., en <i>Tauro</i> .
6.00	5 Dom. Nuestra Señora del Rosario, San Plácido y comps., mrs., san Froilan y san Atilano, obispos.	6.34	4 Márt. San Carlos Borromeo, arzobispo, san Vidal y san Agri- cola, mártires.
6.01	6 Lún. San Bruno, fundador de los Cartujos.	6.35	5 Miérc. San Zacarias, profeta, y santa Isabel, padres de san Juan Bautista.
6.02	7 Márt. San Marcos, papa, san Sergio y compañeros, mártires, y san Martin Cid, abad.	6.36	6 Juév. San Severo, obispo y mártir, y san Leonardo, confesor.
6.03	8 Miérc. Santa Brigida, viuda y fundadora de la Orden del Sal- vador ó de los Brigitanos, y san Pedro, mártir de Sevilla.	6.38	7 Viér. San Florencio, obispo, y san Ernesto, abad.
6.04	9 Juév. San Dionisio Areopagita, obispo, y santos Rústico y Eleu- terio, mártires.	6.39	8 Sáb. Los santos Severo, Severiano, Carpóforo y Victorino, her- manos, mártires.
6.05	10 Viér. San Francisco de Borja y san Luis Beltran, confesores.	6.40	9 Dom. El Patrocinio de Nuestra Señora, la Dedicacion de la Basilica del Salvador (San Juan de Letran), en Ro- ma, y san Teodoro, mártir.
6.06	11 Sáb. San Fermin, obispo, y san Nicasio, obispo y mártir. ☾ <i>Cuarto menguante</i> , á las 2 h. y 14 m. de la t., en <i>Cáncer</i> .	6.41	☾ <i>Cuarto menguante</i> , á las 10 h. y 58 m. de la n., en <i>Leo</i> .
6.07	12 Dom. Ntra. Sra. del Pilar de Zaragoza, san Félix y san Cipria- no, obs. y mrs., y san Serafin de Montegranario, cf.	6.42	10 Lún. San Andres Avelino, y los santos mártires Trifon, Respi- cio, y Ninfa, virgen.
6.08	13 Lún. San Eduardo, rey de Inglaterra, san Fausto, san Jenaro y san Marcial, mártires.	6.43	11 Márt. San Martin, obispo, y san Mena, mártir.
6.09	14 Márt. San Calixto, papa y mártir.	6.44	12 Miéro. San Martin, papa y mártir, san Diego de Alcalá, y san Millan, presbitero.
6.10	15 Miérc. Santa Teresa de Jesus, virgen y fundadora de la Des- calcez carmelitana, y patrona de las Españas.	6.45	13 Juév. San Eugenio III, arzobispo de Toledo, san Estanislao de Kostka, y san Homobono, confesor.
6.12	16 Juév. San Galo, abad, y santa Adelaida, virgen.	6.46	14 Viér. San Serapio, mártir, san Lorenzo y san Rufo, obispos.
6.13	17 Viér. Santa Eduvigis, viuda, y la beata Maria de Alacoque.	6.47	15 Sáb. San Eugenio I, arzobispo de Toledo, mártir, y san Leo- poldo, confesor.
6.14	18 Sáb. San Lucas, evangelista. ☽ <i>Luna nueva</i> , á las 12 h. y 17 m. de la n., en <i>Libra</i> .	6.48	16 Dom. San Rufino y compañeros, mártires, y santa Ines de Asis, virgen.
6.15	19 Dom. San Pedro de Alcántara, cf., patron de Coria.	6.49	17 Lún. San Gregorio Taumaturgo, obispo, san Acisclo y santa Victoria, mártires, y santa Gertrúdis la Mag- na, virgen.
6.16	20 Lún. San Juan Cancio, presbitero, y santa Irene, virgen y mr.	6.50	☽ <i>Luna nueva</i> , á las 5 h. y 57 m. de la n., en <i>Escorpio</i> .
6.17	21 Márt. San Hilarion, abad, santa Ursula y compañeras, virgenes y mártires.	6.51	18 Márt. La Dedicacion de las Basilicas de san Pedro y san Pablo, en Roma, san Máximo y san Roman.
6.18	22 Miérc. Santa Salomé, viuda, santa Nunilo y santa Alodia, vir- genes y mártires.	6.52	19 Miérc. Santa Isabel, reina de Hungría, y san Ponciano, papa y mártir.
6.19	23 Juév. San Pedro Pascual, obispo y mártir, san Juan Capistra- no y san Servando y san German, patronos de Cádiz.	6.53	20 Juév. San Félix de Valois, fundador de la Orden de la Santisi- ma Trinidad.
6.20	24 Viér. San Rafael, arcángel, y san Bernardo Calvó, obispo.	6.54	21 Viér. La Presentacion de Nuestra Señora, san Rufo y san Es- téban, mártires.
6.21	25 Sáb. San Crisanto y santa Daria, san Gabino, san Proto, san Jenaro, san Crispin y san Crispiniano, todos mártires, y san Frutos, confesor, patron de Segovia.	6.55	22 Sáb. Santa Cecilia, virgen y mártir.
6.22	26 Dom. San Evaristo, papa y mártir, san Luciano, san Marciano, san Valentin y santa Engracia, mártires.	6.56	23 Dom. San Clemente, papa, y santa Felicitas, viuda, mártires.
6.23	27 Lún. San Vicente, sta. Sabina y sta. Cristeta, hermanos, mrs., pa- tronos de Avila y de Talavera de la Reina.	6.57	24 Lún. San Juan de la Cruz, san Crisógono, mártir, santa Flora y santa Maria, virgenes y mártires de Córdoba.
6.24	☽ <i>Cuarto creciente</i> , á las 4 h. y 40 m. de la m., en <i>Acuario</i> .	6.58	25 Márt. Santa Catalina, virgen y mártir.
6.25	28 Márt. San Simon y san Judas Tadeo, apóstoles.	6.59	☽ <i>Cuarto creciente</i> , á las 10 h. y 1 m. de la n., en <i>Piscis</i> .
6.26	29 Miérc. San Narciso, obispo, y san Marcelo Centurion, mártires.	7.01	26 Miérc. Los Desposorios de Nuestra Señora, y san Pedro Alejan- drino, obispo y mártir.
6.27	30 Juév. Santos Claudio, Lupercio y Victorio ó Victórico, márti- res, y el beato Alonso Rodriguez.	7.02	27 Juév. San Facundo y san Primitivo, hermanos, mártires.
6.28	31 Viér. San Quintin, mártir, y la Conmemoracion de la batalla del Salado.— <i>Ayuno</i> .	7.03	28 Viér. San Gregorio III, papa.
			29 Sáb. San Saturnino, obispo y mártir.— <i>Ciérranse las velaciones</i> .
			30 Dom. <i>I de Adviento</i> . San Andres, apóstol.

DICIEMBRE.

7.04	1 Lún. Santa Natalia, viuda.	4.35	7.17	16 Márt. San Valentin y compañeros, mártires.	4.35
7.05	2 Márt. Santa Bibiana, virgen y mártir, san Pedro Crisólogo, obis- po y doctor, y santa Elisa, virgen y mártir. ☉ <i>Luna llena</i> , á las 6 h. y 45 m. de la n., en <i>Géminis</i> .	4.34	7.17	17 Miérc. San Lázaro, obispo y mártir, y san Franco de Sena, con- fesor.— <i>Témpora</i> .— <i>Ayuno</i> .	4.35
7.06	3 Miérc. San Francisco Javier, confesor, san Claudio y santa Hila- ria, mártires.	4.34	7.18	☽ <i>Luna nueva</i> , á la 1 h. y 10 m. de la t., en <i>Sagitario</i> .	
7.07	4 Juév. Santa Bárbara, virgen y mártir, y el beato Francisco Gal- vez, mártir del Japon.	4.34	7.18	18 Juév. La Expectacion de Nuestra Señora, vulgarmente Nuestra Señora de la O.	4.36
7.08	5 Viér. San Sabas, abad, y san Anastasio, mártir.— <i>Ayuno</i> .	4.34	7.19	19 Viér. San Nemesio, mártir.— <i>Témpora</i> .— <i>Ayuno</i> .	4.36
7.09	6 Sáb. San Nicolas de Bari, arzobispo de Mira.— <i>Ayuno</i> .	4.34	7.19	20 Sáb. Santo Domingo de Silos, abad.— <i>Témpora</i> .— <i>Ayuno</i> .— <i>Or- denes</i> .	4.37
7.10	7 Dom. <i>II de Adviento</i> . San Ambrosio, obispo y doctor.	4.34	7.20	21 Dom. <i>IV de Adviento</i> . Santo Tomás, apóstol.— <i>INVIERNO</i> .	4.37
7.11	8 Lún. <i>Fiesta</i> . LA INMACULADA CONCEPCION DE NUESTRA SE- ÑORA, patrona de las Españas.	4.34	7.20	22 Lún. San Demetrio y compañeros, mártires.	4.38
7.11	9 Márt. Santa Leocadia, virgen y mártir, patrona de Toledo. ☾ <i>Cuarto menguante</i> , á las 11 h. y 16 m. de la m., en <i>Virgo</i> .	4.34	7.21	23 Márt. Santa Victoria, virgen y mártir.	4.38
7.12	10 Miérc. La Traslacion de la santa Casa de Loreto, san Melquiades, papa y mártir, santa Eulalia (ó Olalla) de Mérida y santa Julia, virgenes y mártires.	4.34	7.21	24 Miéro. San Gregorio, presbitero y mártir.— <i>Ayuno con abstinencia de carne</i> .	4.39
7.13	11 Juév. San Dámaso, papa.	4.34	7.21	25 Juév. <i>Fiesta</i> . LA NATIVIDAD DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, y santa Anastasia y 270 compañeros, mártires. ☽ <i>Cuarto creciente</i> , á la 1 h. y 7 m. de la t., en <i>Aries</i> .	4.39
7.14	12 Viér. Nuestra Señora de Guadalupe de Méjico, san Hermóge- nes y san Donato y compañeros, mártires.— <i>Ayuno</i> .	4.34	7.22	26 Viér. San Estéban, proto-mártir.	4.40
7.14	13 Sáb. Santa Lucia, vg. y mr., y el beato Juan de Marinoni, cf.— <i>Ayuno</i> .	4.34	7.22	27 Sáb. San Juan, apóstol y evangelista.	4.41
7.15	14 Dom. <i>III de Adviento</i> . San Nicasio, obispo y mártir, san Espiri- dion y san Pompeyo, obispos.	4.35	7.23	28 Dom. Los santos Inocentes, mártires.	4.41
7.16	15 Lún. San Eusebio de Vercelli, obispo y mártir.— <i>Ayuno</i> .	4.35	7.23	29 Lún. Santo Tomás Cantuariense, obispo y mártir.	4.42
			7.23	30 Mart. La Traslacion del cuerpo de Santiago, apóstol, patron de España, y san Sabino, obispo, y compañeros, mártires.	4.43
			7.23	31 Miérc. San Silvestre, papa y confesor, y santa Melania.	4.44



# HOLANDA.



## VISTAS DE AMSTERDAN

1. Iglesia de South.—2. Torre de Mint.—3. *Dam Square*.—4. Bolsa.



# LOS ELEMENTOS.



N uno de los precedentes hermanos de este *Almanaque*, hicimos una especie de estudio sobre LAS ESTACIONES, para rectificar una equivocacion muy esparcida por el mundo, acerca del frio del invierno y del calor del verano. Allí quedó demostrada la tesis de que; sean cualesquiera los accidentes exteriores que influyan en la parte bruta del sér racional, el verdadero frio es el que persigue al hombre en la estacion calurosa, y el verdadero calor el que experimenta y disfruta en la estacion fria.

No vamos á insistir en el propio asunto, ni á imitar la dialéctica empleada entónces, al ejercer ahora un poco de crítica sobre LOS ELEMENTOS. Nuestro propósito de hoy es sublevarnos contra la tendencia de la civilizacion contemporánea, á desterrar la poesía de todas las cosas, lo mismo las que se refieren á las impalpables dotes del espíritu humano, que á las tangibles maravillas de la Naturaleza.

Efectivamente: no hay nada tan del gusto de los sabios, como enmendar la plana á lo reconocido. Porque un filósofo de la antigüedad discurrió que en el mundo no habia más que cuatro elementos, aire, agua, fuego y tierra, y que sobre ellos giraba todo el mecanismo del globo terráqueo, sus colegas comenzaron desde entónces á rebelarse contra tan aguda teoría, para hallarle tildes á la gloria del filósofo y motivos de arreglo á la obra de la creacion.

Tomando por elementos los cuerpos simples, y hallándose con que no eran simples los elementos de Aristóteles, arinconaron la tierra, el fuego, el aire y el agua, yendo en busca de un Sr. Circonio, de un Sr. Molibdeno, de un señor Cadmio y de otros varios personajes de este jaez, á los cuales declararon cuerpos simples y elementos de vida, hasta que, con nuevos datos, se descubra que tampoco son simples, y que los simples son los que tomaron por elementos á la simplicidad.

Hoy ya las gentes vulgares nos hemos descartado de todas esas andróminas, y convenido en que no hay ni ha habido nunca más que cuatro elementos, aire, agua, fuego y tierra, á cuyo influjo vivimos, con cuya compañía caminamos, y de cuya existencia obtenemos los recursos y ventajas indispensables para nuestra existencia propia. Lo único que hemos alterado es la utilizacion de esos magnificos elementos, descartando de ellos la parte grosera y casi salvaje con que vinieron al mundo; educándolos, civilizándolos, aristocratizándolos, ni más ni ménos que como se educa á un tigre ó como se catequiza á un antropófago.

Siguen, pues, siendo los únicos elementos de la constitucion humana, los cuatro elementos de Aristóteles: el aire que respiramos, el agua que bebemos, el fuego con que nos

abrigamos y la tierra sobre que dormimos. Todo lo demas son sutilezas escolásticas, y vamos á probarlo con un sombrero estudio sobre el aire y el agua.

Tal vez en otra ocasion nos ocupemos del fuego y de la tierra.

## EL AIRE.

El aire debió ser en su origen el grito de la Naturaleza recién nacida.

Cuando el mundo salió de su estado embrionario y comenzó á amamantarse con la sustancia caótica que al decir de los geólogos produjo su existencia, el aire fué indudablemente la primera manifestacion de su vitalidad: su llanto ó su palabra. Gritase de verse sólo, llorase de dolor ó se regocijara de alegría, con la voz de los vientos expresó el mundo que entraba en el ejercicio de sus funciones planetarias.

Y ¡qué terrible resonar sería el de sus primeros alaridos! Recuérdese como zumba cualquier soplo de aire en un cuarto deshabitado, y júzguese del estruendo del vendaval al revolcarse sobre la tierra vacía.

Su choque contra las montañas, enardeciendo su furor con el obstáculo, y produciendo nuevos gritos en las concavidades, lo llevaria desalado al mar á estrellarse sobre la superficie de las aguas, de donde un tercer grito, más pavoroso aún, hubo de contribuir á que se formase el primero y más solemne concierto de la creacion.

Poblado despues el mundo por plantas y animales, aunque huérfano del hombre todavía, el aire debió ser el podador de los bosques, el segador de los campos, el propulsor de las humedades de la tierra, y el vehículo por donde las semillas de la vegetacion, viajando y confundándose, dierran origen á formar las especies y á difundir la abundancia por medio de esas bodas invisibles que los átomos celebran en el espacio.

No fué, pues, una atmósfera tranquila lo que se le preparó al hombre para vivir bañado en su elemento; porque una atmósfera compacta y sin oleaje, lejos de dar vida daria la muerte: fué el aire en el vacío quien, con su natural vaiven, produjo las corrientes que purifican el pasto de la respiracion, que atraen ó repelen las nubes para fertilizar el suelo, y que influyen en la temperatura para adaptarla á las necesidades del sér viviente.

Si no temiéramos remontarnos demasiado en los vientos de la petulancia científica, seguiriamos en su carrera á un glóbulo de aire. Intentémoslo, siquiera sea con brevedad.

El sol, al iluminar y calentar el mundo, enrarece la atmósfera que lo rodea, y produce vacíos por donde el jugueton globulillo se desliza, blandamente primero, bullicioso despues, segun le presta ocasiones de moverse el espacio. Su



excesiva sutileza, y el afán de llenar los huecos, lo llevaría fuera de la atmósfera, á ese vacío sin fin en que se agitan otras atmósferas y otros mundos siderales, si la rotación de la tierra no lo ligase con los demás glóbulos en madeja continua, como la que forma el humo de un cigarro al elevarse por encima de los fumadores. El sol aviva ó modera su lumbrera al compás de su marcha ó la de los lugares á que alumbraba y calienta; en cuyo juego, produciendo espacios variables, á veces leves, á veces hondos, ya corre el globulillo en forma de brisa, ya con caracteres de viento, ya con ímpetus de huracán, encontrándose y tropezándose con los otros glóbulos, sus predecesores, que, en su lucha incesante, comprimen la nube húmeda y derraman el agua, acumulan electricidad y engendran el rayo, huyen despavoridos y lanzan el trueno, ocasionando ese sublime horror que al vulgo le parece inexplicable, cuando no cólera celeste; pero al que deben sus vientos de vida los pobladores de la zona tórrida, y su fertilidad y su existencia feliz los habitantes de estas zonas templadas que ocupamos nosotros: Tal es la carrera del glóbulo de aire.

Vemos aquí, por consiguiente, que el aire fué un elemento, y elemento principalísimo de la constitución del mundo. No vamos á seguir minuciosamente su historia, por que esto es ajeno á nuestro actual propósito, cuya tendencia se limita á considerar el uso que han hecho los humanos de los dones matrices de la Naturaleza. El aire, además, no tiene historia; pues, como todos los elementos de la creación, nació con ella concluida, y no está obligado á otros progresos que los que el hombre arranca de su inmutable origen.

En efecto: si el aire pudo serle enfadoso al hombre primitivo sobre la tierra deshabitada, en cambio fué el que le indicó el camino del mar. Cuando las hojas de los árboles se movían hácia un punto y se llevaban tras de sí á las ramas; cuando las aves hendían el espacio merced á sus velas de plumas; cuando el propio hombre era impulsado á moverse en dirección á su cabellera agitada por los vientos, debió bastarle un tronco carcomido y una piel curtida para aventurarse á caminar sobre el agua.

Si fué una mujer la que lo intentó, ¿por qué no había de serlo? la curiosidad y el aire la llevaron á otras orillas. Si fué un hombre, el Velloco de Jason ó un interés análogo, hubo de conducirlo en alas de sus mismas vestiduras. El aire siempre.

Pero, acaso, ¿no fué el aire el primero que le puso las frutas en la boca? ¿Cómo supo la criatura humana que el brote de ciertos árboles era comestible y estaba maduro, hasta que el viento lo depositó á su lado mientras dormía? ¿Cómo se decidió á comer peces sino cuando lo ola batida por el aire se los trajo á sus pies? ¿Cómo hubiera cogido al ave, sino enredándola en la maquinilla admirable de su volar?

Lo segundo que hizo el hombre con el viento, y cuenta que no pretendemos seguir aquí rigorismos cronológicos, fué obligarle á voltear las aspas del molino para obtener la harina que le diera el pan. Los que se quejan de la inclemencia de los aires en la llanura, que mediten en que sin ellos comerían el grano como los brutos, los habitantes de las pampas de América, de las sabanas de Holanda, de los páramos de España y de los desiertos de África. No hay civilización sin molienda, y no hay molienda posible en una

gran parte del globo sin esas ráfagas de viento que en ocasiones maldecimos porque nos arrebatan el sombrero de la cabeza ó un papel de las manos. Ya, ántes de pulverizar el fruto, el aire había separado en la era el precioso alimento de los hombres de la ruin comida de las bestias.

Después de darles á los humanos pan, el aire les ayudó á establecer la industria. Con su influjo ardió la fragua y permitió que se moldeasen los metales para convertirlos en instrumentos útiles; al ímpetu del soplete sobre la luz, hizo el platero la soldadura, esmaltó el oro y fabricó la filigrana; con su potencia se incendió el alto horno, se saneó la mina y se purificaron los albergues de la muchedumbre. El aire viste nuestro cuerpo, despeja nuestra frente y vigoriza la sangre de nuestros pulmones.—¡Oh aire! «¡Qué sería del mundo sin tí!» ha dicho un gran filósofo.

Y no sólo influyó en la parte material y bruta de la vida humana, sino que acudió al sustento de la parte moral, idealizando los sonidos. La gran conquista del hombre sobre el aire, en cuanto adquirió ciertos elementos de cultura, fué encerrarlo en unos tubos de plomo y producir el órgano. Aquel viento glacial de las montañas, aquel simoun abrasador de las llanuras, aquel huracán furioso de las tempestades, se sometió sumiso al fuelle de un instrumento musical, y entonó solemnes himnos á su creador.—*Laudate Deum in organo.*—Ya el pastor había agujereado la caña, ya el cazador había taladrado el cuerno, ya el guerrero había herido el espacio con las resonancias del metal; pero estuvo reservado al hombre religioso, al monje tal vez, reunir en una sola todas las conquistas del aire sobre el sonido, y crear á sus expensas el instrumento de los instrumentos.

No ha de envanecerse, con todo, el hombre de esta gran victoria de su imaginación. El aire por sí solo le había trazado la senda de la armonía, y apuntado los preliminares de la música.—Pues qué, ese soplo de viento que nos hablaba en la habitación vacía, ese susurro de los valles, esa cadencia de los bosques, ese sonoro eco de las montañas, los rebramidos angustiosos del propio mar, la tremenda disonancia del mismo trueno, ¿no dieron al espíritu humano la norma de sus conquistas musicales? ¿Qué hizo Orfeo sino imitar con sus dedos el arpa eólica?

El hombre, pues, imitando á la Naturaleza y domesticando los elementos de que se compone, redujo el aire á todas las servidumbres de la sonoridad. Desde la flauta hasta el bombardino, que son el piar del pájaro ó el rebramar de la fiera; desde el oboe hasta el clarín, que son el acento de la voz enamorada ó el grito de guerra que enardece al bruto, todas las modulaciones que denotan afectos, entusiasmos, pesares ó alegrías, todas las obtuvo con impulsos de aire, más ó menos violentos, más ó menos educados. Secularizó el órgano, y lo trajo al salón; quiso popularizar el armonio, y le inventó un manubrio; hoy quiere que el aire cante y que pronuncie por medio de figuras mecánicas, y pronunciará y cantará. Ya ha comenzado á hablar el fonógrafo.

Mientras tanto, la ciencia lo toma también á su servicio. Lo encierra en una locomotora y le hace tirar de un tren de camino de hierro; lo comprime en unos tubos subterráneos y le obliga á llevar cartas y telegramas; lo monta en un alambre telefónico y le hace correr enormes distancias con la palabra viva; lo azota con unas paletas giratorias y le hace trabajar en las fábricas, en las tahonas, en los lavade-



ros, en los hospitales, en los cafés, en los teatros, ya para despelusar telas, ya para espolvorear harinas, bien para secar ropa, para desinfectar habitaciones, para desahumar, para refrescar atmósferas. ¿Qué decimos? El célebre padre Secchi inventa sus no ménos célebres *cucharas*, y obliga al aire á escribir por sí mismo con lápiz y en un papel la crónica perpetua de sus oscilaciones.

Una cosa le falta al aire todavía, ó mejor dicho, dos, y vendrán con el tiempo, como que ya apuntan en el laboratorio científico de las novedades: la primera es constituir con su influjo exclusivo un sistema medicinal. Ha habido una medicina que todo lo buscaba en la tierra; ha habido una medicina que todo lo refería al fuego; hay al presente una medicina que todo lo compone con agua: ¿cómo, pues, no ha de haber dentro de poco una medicina cuya farmacopea vaya á buscarse en el aire? Construiránse magníficos establecimientos donde por todos lados haya tubos, agujeros, aspas y silbos: allí se suministrarán baños de aire, aire en chorros, aire en duchas, aire en llovizna, aire en insuflaciones, aire localizado para apósitos, compresas y sinapismos; en suma, allí se ejercerá la *aireoterapia*. No tememos pronosticarlo.

La otra aplicación que al aire reserva el hombre, es suspenderse de su sutileza y volar sobre él. ¿No vuelan los pájaros? Vedle cómo hincha la odre, cómo amarra á su base una barquilla, cómo se mete dentro para constituir el alma de esa nueva ave á quien quiere dar númen y condición certera de caminar. Ya ha caminado, pero á costa de su vida. El aire en sus corrientes le contraría, como contrariaba el agua con sus ondulaciones á los primeros navegantes que se lanzaban á ella sin brújula y sin carta. Hoy se está en el período de la investigación sobre el aparato, aún cuando en nuestro sentir fuera preferible que precediese á éste el profundo estudio de la *aireografía* y el hallazgo de una nueva estrella polar en los cielos del éter.

Cuando el aeronauta, suspendido en las nubes, pueda desarrollar el mapa de los vientos y consultar el aireómetro de las presiones atmosféricas, entónces dominará al aire, como el navegante ha dominado al agua, consiguiendo, no una vana conquista de amor propio, como algunos suponen, sino hacerse completamente dueño de la Creación, y digno de vestir las alas de esos querubines cuya imagen se apropia en la pinturas celestes.

No creemos que esto sea fabricar castillos en el aire.

## EL AGUA.

Oxígeno, hidrógeno y algunas otras sustancias de menor cuantía, hé aquí lo que los sabios han descubierto en el agua. Ningun misterio profundo, ninguno de los antiguamente llamados secretos de la Naturaleza existe en ese aire líquido, en ese diamante descuajado que con tanta profusión circula por nuestro globo. Cualquier aprendiz de químico puede fabricar agua tan buena ó mejor que la de los manantiales, y esto con exactitud matemática, como manco de botica que confecciona una receta.

Verdad es, sin embargo, que aún no llenan con ella más que dedales, y que ya pudieran las criaturas morir de sed, sin que probablemente se atreviesen á gustarla. Pero sabe-

mos punto por punto de qué se compone, y que no es elemento, ni cosa que lo parezca; es decir, que no es simple, que no es primer principio. Quedamos enterados.

Meditemos ahora en esa mancha azul que cubre las tres cuartas partes del mapa-mundi, la cual puede envolver seis veces á la tierra y disolverla en su fondo como una píldora, y convengamos en que debe ceder su puesto elemental al señor Silicio, al Sr. Paladio ó al Sr. Terbio, cuya influencia en el globo terráqueo, de puro simples que son, nadie se atreverá á desconocer.

En medio de todo, no van descaminados los que tal dicen, pues el agua efectivamente no es elemento que pertenezca á nuestro mundo: es ella de por sí un mundo diverso que se toca con éste que habitamos, y que se instituyó para vivienda y desarrollo de los peces. Si el hombre ha creído que el mar se ha hecho para él, es porque cree que está fabricado en su obsequio todo lo que le rodea. El sol, la luna, las estrellas, el vacío, cuanto descubre con su vista ó adivina con su entendimiento se lo refiere y apropia, como heredero único de la Creación. Nosotros sospechamos, sin embargo, que si en el mundo del mar se piensa, hipótesis que exponemos *salva fide*, habrán de reírse mucho de nuestra petulancia los sabios de pescado.

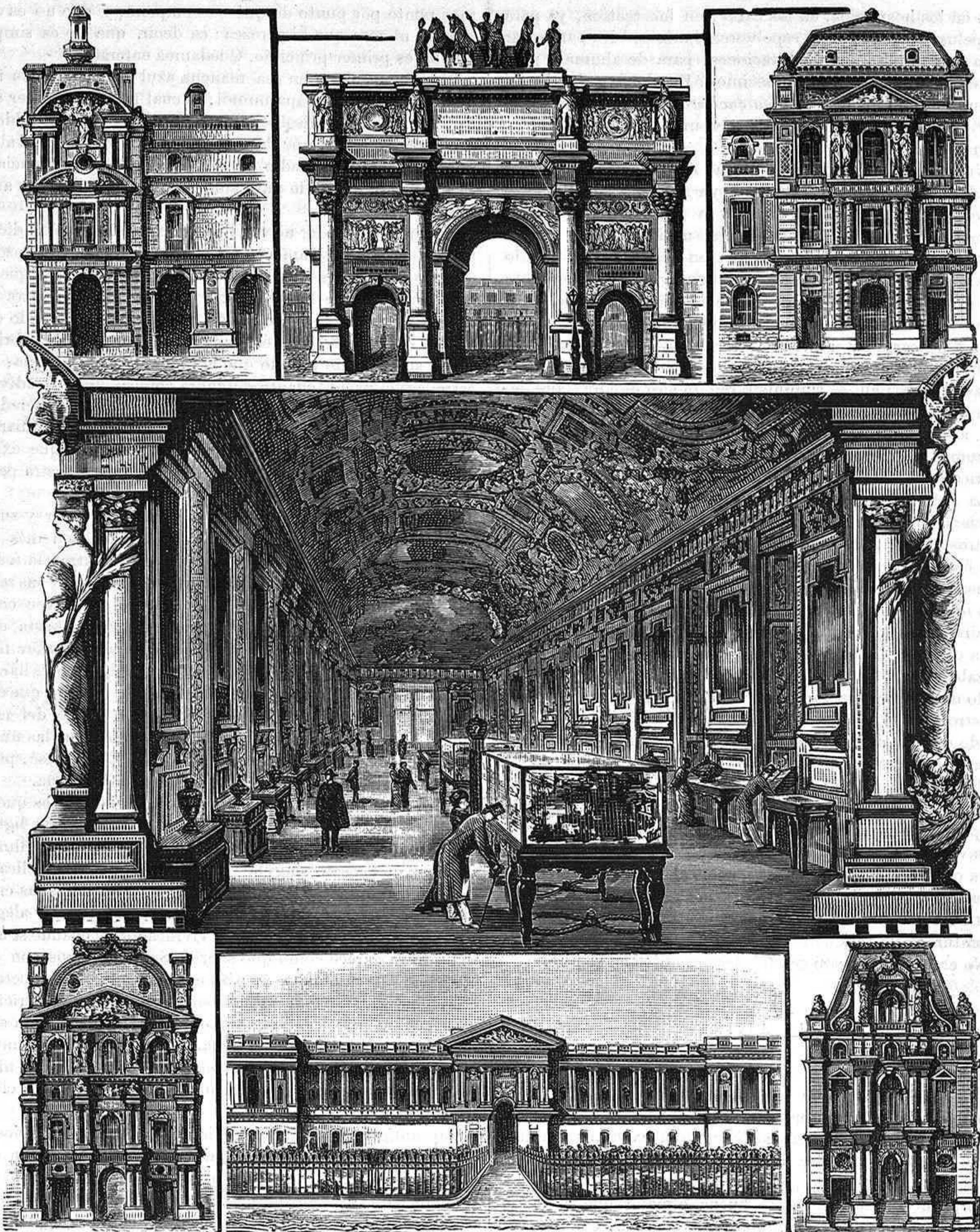
Ese mundo posee una fuerza vegetativa anterior y superior á la nuestra; sus medios de reproducción son más expeditos y numerosos; de sus entrañas no se extrae la materia bruta, sino el coral fabricado y la perla pulida; sus razas son tan múltiples como prodigiosas, desde el cetáceo enorme en cuya comparación el elefante es pulga, hasta esos infinitamente pequeños que tiñen con su muchedumbre todo un océano. Lo que el mar suda es lo que los hombres llaman agua, y se convierte en ríos, en torrentes, en lagos que cruzan y reblandecen el globo entero. Con el hálito del mar, con el humillo escapado de su aliento, se forman las nubes que humedecen y fertilizan la tierra toda. Conténtese, pues, el hombre con creer que el mar es el padre del agua.

Pero ¡qué hija! Posee el agua todos los encantos que la razón ha atribuido después á la belleza absoluta. Es ligera, trasparente, suave, simpática, de apacible color, de limpia esencia, de aspecto singular y único. Su gusto es delicado, su acción pronta y segura, su amalgama con todas las creaciones naturales, instantánea y feliz. Tiene el andar alegre, el hablar armonioso, el respirar vivificador, y cuando se asoma y mira parece como que sonríe. Sus atractivos son tan grandes, que el hombre se pára en cuanto la ve, se acerca á ella, y no se mueve de su lado sin prodigarle una caricia ó apetecer sus nupcias. Ninguna obra de la Creación ha sido ménos controvertida que el agua. Desde el origen del mundo nadie ha dudado de su inocencia, ni de su virtud, ni de su influjo saludable, ni de su misión purificadora para el sér humano.

Los antiguos verifican con ella sus abluciones religiosas, rocían con ella sus víctimas para el sacrificio, lustran sus altares con ella, y con ella consagran sus viviendas y sus pueblos para librarlos del mal. Los cristianos, sin rechazar estas costumbres gentílicas, ántes bien, como reconociendo que no pueden proscribirse, purifican con agua gregoriana sus templos profanados, enaltecen al hombre en su nacimiento con el agua del bautismo, signan su rostro con el agua bendita al penetrar en la iglesia, y con el hisopo im-



# EL PALACIO DEL LOUVRE (PARÍS).



1. Pabellon de Rohan. — 2. Arco del Corroussel. — 3. Pabellon de la Biblioteca. —  
4. Galeria de Apolo en el Louvre. — 5. Pabellon de Richelieu. — 6. Fachada del antiguo Louvre. — 7. Pabellon Turgot.



pregnada de agua santa bendicen al cadáver en su sepultura.

Ya se ve: el hombre reconoce que en las aguas del útero flotaba nuestro cuerpo al nacer; que las aguas pericardiacas moderan y dulcifican los impulsos constantes de nuestro corazón; que las aguas del trabajo ennoblecen nuestra frente dignificando la existencia, y que las aguas de nuestros ojos, al ablandar las sequedades del espíritu, son el emblema de las ternuras y sentimientos del alma. ¿Dónde hallar, pues, símbolo más propio de purificación?

El agua, así observada por su influjo moral, es ya un agente considerable del ser humano; pero bajo su aspecto físico es más que agente, es coautora de vida. Si el aire invisible que nos rodea sirve de alimento á nuestros pulmones hasta el punto de que sin él cesarian por extenuacion los movimientos vitales, el agua invisible que nos circunda sirve de bebida á nuestro órganos hasta el punto de que sin ella pereceriamos en la sequedad de plantas sin jugo. Nosotros no vemos esa atmósfera líquida sino cuando se condensa en lluvia material; pero ella existe de continuo alrededor nuestro, girando en maravillosa rotacion á la manera de las bandas del aire. Veamos cómo se verifica este fenómeno.

El sol evapora y eleva aguas del mar á las alturas frías de la atmósfera; en esas alturas se congela ó solidifica el agua, formando nubes, que impelidas por el viento se posan sobre los montes; nieve ó hielo contenido en las nubes, la tierra absorbe sus humedades á influjo del calor otra vez; las montañas destilan entónces agua en su interior ó la precipitan en torrentes por su exterior, produciendo los manantiales, las cascadas, los ríos, que corren en plano inclinado fertilizando el suelo, hasta que encuentran su salida nuevamente en el mar; vuelve á absorberlas el sol, sigue la cadena, y como los arcaduces de una noria que cogiendo el líquido de las profundidades de un pozo lo voltean y derraman cerca del pozo mismo, para que despues de humedecida la superficie torne por absorcion á su seno, así los misteriosos arcaduces de la Naturaleza están volteando constantemente el agua alrededor del hombre, extrayéndola del infinito pozo de los mares.

¿Qué labor tan admirable y tan cariñosa en beneficio de los seres vivientes! Á ella debemos la ductilidad de los glóbulos del aire, la templanza de los rayos del sol, la frescura de los granos de la tierra; cuyas revelaciones exteriores se ofrecen con inexplicable encanto á nuestros ojos en los diamantes del rocío, en las perlas de la escarcha, en lo que los labriegos apellidan lágrimas de la Aurora.

El hombre, por su parte, ha correspondido al amor del agua ofreciéndole albergues que la equiparan casi á una divinidad. Al agua se le construyen preciosos paseos que se llaman canales, bellas estancias que se llaman aljibes, ostentosas residencias que se llaman estanques, y templos y palacios en que la fantasía artística ha desplegado sus galas, como lo denotan los acueductos de Palmira y de Atenas, de Constantinopla y de Roma, de Segovia y de Mérida. No hablamos de las termas latinas ni de los baños árabes, por si esos monumentos se dirigian más al fausto y comodidad del que los levantaba, que á la grandeza del precioso líquido que circulaba en su interior.

Pero donde el agua ha alcanzado su apogeo y producido

un arte propio para su gloria, es en la creacion de la fuente. Llamámosla creacion, porque el hombre no ha inventado la fuente, sino en vista de los modelos de la Naturaleza. Cuando el caño brotó hácia la altura, y abriéndose despues descendió en espirales sobre la tierra, horadando su base á manera de taza, tapizando con verdura su pié á manera de zócalo, y dando ocasion con la presencia de las flores y de los arbustos á que se formára el oasis, bastóle al artifice fabricar unos tubos para dar permanencia á lo fortuito, así como al artista imitar la ornamentacion que tenia delante para reproducir con ingenio humano la encantadora fuente de los prados y de los bosques. Cuando el caño brotó sobre la cúspide de la roca, y precipitándose hácia abajo produjo la cascada, en cuya base la tierra horizontal formó con sus remansos la laguna, artifice y artista no tuvieron más que revestir el muro y encauzar el brote, para que con las blancas espumas, los saltos caprichosos y los alegres ruidos, vitalizados por la ninfa que vierte el cántaro, por el mascarón que vacía sus fauces, por el grifo que desafía los chorros, por tritones, monstruos y endriagos que se revuelcan entre las masas líquidas del aluvion, adquiriese monumentalidad culta el salvaje aunque ya de suyo magnífico monumento del agua desbordada.

La fuente fué desde su origen una revelacion de belleza y de gloria. En los primeros tiempos tomó nombres sagrados de los lugares donde aparecia; más tarde marcó con su presencia sucesos históricos; por último, ha llegado á ser pedestal y ornamento de apoteosis humanas. ¿Qué privilegio es éste, para que un cuerpo incoloro, insustancial é insípido, se armonice con las más nobles y trascendentales ideas? Las piedras no son artísticas hasta que se labran, los metales no son artísticos hasta que se cincelan, las maderas no son artísticas hasta que se esculpen. ¿Qué privilegio es éste del agua, para que comience á ser artística desde que corre? ¿Por qué una fuente dedicada á la Virgen y á los Santos es una digna fuente, y dedicada á los héroes y á los conquistadores es digna fuente también, y dedicada á los sabios y á los filósofos es asimismo digna ofrenda de la admiracion y entusiasmo públicos? No queméis mirra ante un guerrero, ni dediquéis flores á un navegante, ni derrameis perfumes á los piés de un historiador; pero colocad bajo los bustos del historiador, del navegante ó del guerrero unos caños de agua, y habréis fabricado su digna apoteosis.

¿Por qué? Nosotros no nos atrevemos á dar una respuesta, pero sí á aventurar una teoría. El agua no es incolora, ni inodora, ni insípida, como dicen las gentes: lo que hay es que las gentes desconocen el color, el sabor y el olor del agua. Su aspecto, simpático á la vista y placentero á todas las miradas, indica que tiene el más dulce de los colores; su exhalacion, asimilable á todos los olores, y no enfadosa á ninguno, indica que posee el más fino de los olores; su gusto, delicioso para todas las fauces y preconizado hasta el delirio por los sedientos, indica que lleva en sí el más satisfactorio de los sabores. Si no tiene color, ¿cómo la vemos? Si carece de olor ¿cómo la sentimos? Si está exenta de sabor, ¿cómo exclamamos al acabar de beberla: «¡qué rica!»!

Pues bien: esa diafanidad de aspecto que nos hace creerla incolora; esa simplicidad de hálito que nos hace creerla



inodora; esa sutilidad de gusto que nos hace creerla *insaborada* ó insípida, son precisamente las causas de su constante y universal prestigio.

Si en efecto no tiene color, por eso se amalgama con todos los tonos de la luz; si carece de olor, por eso no repugna á ningun sér viviente; si se halla exenta de sabor, por eso no está sujeta al capricho más ó ménos delicado de ningun gusto. Aplicad, pues, á la composicion artística un elemento que á todos regocija, que á nadie ofende, y cuyo honor y mérito son indiscutibles; aplicadlo, decimos, á cualquier apoteosis humana, ya se dirija ésta á enaltecer lo moral ó lo físico, bien se refiera á lo que sólo percibe el sentimiento ó á lo que es producto de la razon, y en todas ocasiones lo veréis armonizando los cuadros, como ningun otro elemento de la Naturaleza.

¿Y trabajadora? Cuando se pasea por el canal, mueve la aceña del molino; cuando corre de más alto, voltea la turbina de la fábrica; cuando reposa en el estanque, cria peces; cuando se remansa en la laguna, ahorra caudal para los tiempos de seca; cuando se refugia en monumental depósito, templada su calor y aclara su sustancia para entregarse fresca y pura á los deseos del hombre.

¿Y saludable? Ella se encierra en la misteriosa botica de las montañas, y absorbiendo de aquí para allá átomos metálicos, se los disuelve con maternal disimulo para suministrarlos sin repugnancia al enfermo. Ella se esconde en doméstica cuba, y sorprende al amanecer con vivificantes chorros el cuerpo del anémico para proporcionarle reaccion y vida. Ella por sí sola, sin amalgamas y sin violencias, careciendo de propiedades físicas, como dicen, y no figurando en la escala de las combinaciones abstrusas, constituye la mitad del alimento de los seres, más de la mitad de los recursos higiénicos, el todo en el aseo de la vivienda, en la salubridad de la poblacion, en la fertilidad de la comarca.

¿Y social? Á las aguas se retira el que ha pensado mucho y necesita un descanso para su imaginacion. Á las aguas se acoge el que ha trabajado con exceso y necesita reposo para sus fuerzas. En las aguas terminan las convenciones sociales, se acortan las distancias de alcurnia, se da tregua á las codicias del vivir, y se simula el generoso sueño de la fraternidad humana.

Pero esto del lado social no puede ni aún indicarse, sin extender el vuelo á otras regiones. El agua, que desde el principio del mundo nos da vida, da su propia vida en los momentos presentes por nuestra grandeza. El agua al morir, porque hasta el agua muere; al evaporarse con el calor social, indicó al hombre, levantando la tapa de la marmita, que aún al desaparecer podia servirle; y encerrada en la locomotora, mueve el tren que cruza la tierra, y encerrada en el buque, mueve la hélice que surca los mares, y dócil á las faenas de la casa y del campo, impulsa los mecanismos

de la industria, ejecuta las labores agrícolas, emancipa á la fuerza muscular de la servidumbre del trabajo, multiplica hasta el infinito las fuentes de la produccion, y constituye la gloria más preciada del siglo XIX.

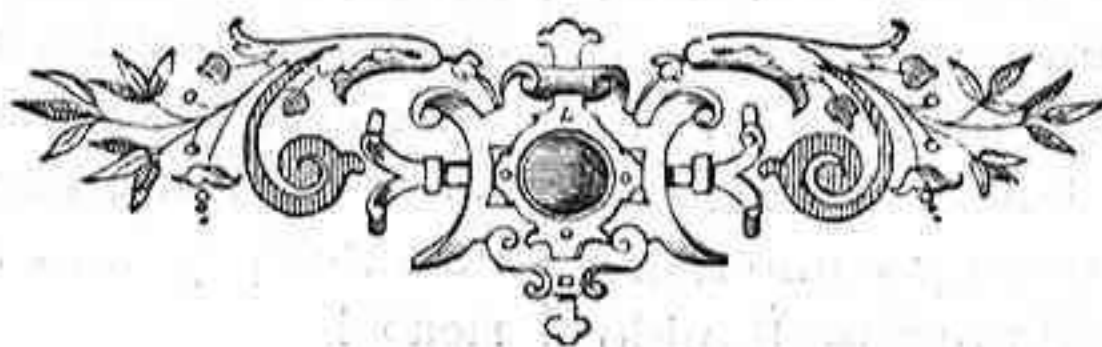
¡Ah, poetas, poetas! ¿Por qué no habeis cantado todavía el Aire y el Agua? Vosotros cantais el aquilon y la tormenta, los huracanes y las tempestades, los vicios necesarios y los trastornos incorregibles de esos dos potentes elementos. ¿Por qué no cantais su calma y sus virtudes? ¿Por qué no cantais la alegría de la flor al recibir las primeras gotas de rocío, el aroma de la tierra al sentirse humedecida por la lluvia, el enloquecimiento del pájaro al extender sus alas para que el agua las refresque, el júbilo sonoro del propio aire, y su expansion vivificadora, al contacto nupcial de su dulce compañera?

Pasais la vida entonando tiernos epitalamios al consorcio del Sol y de la Luna, y refundiendo en ellos la amalgama viril y tierna de la Creacion, sin caer en que esas nupcias pertenecen al órden quimérico de vuestra fantasía; pues si de matrimonio material se trata, el del Sol y la Luna, que pocas veces se encuentran juntos, debe contarse entre los matrimonios desavenidos. Las nupcias verdaderas en los espacios inconmensurables son las del Aire y el Agua, que no las cantais, sin duda, porque los novios carecen de corporeidad, de facciones y de luz. Tuvieran el Agua y el Aire rostro y cabellos, aunque el rostro fuese de manchas y los cabellos de rayos, que ya habriais celebrado, poetas, su matrimonio, con frases tan encomiásticas como el de la Luna y el Sol.

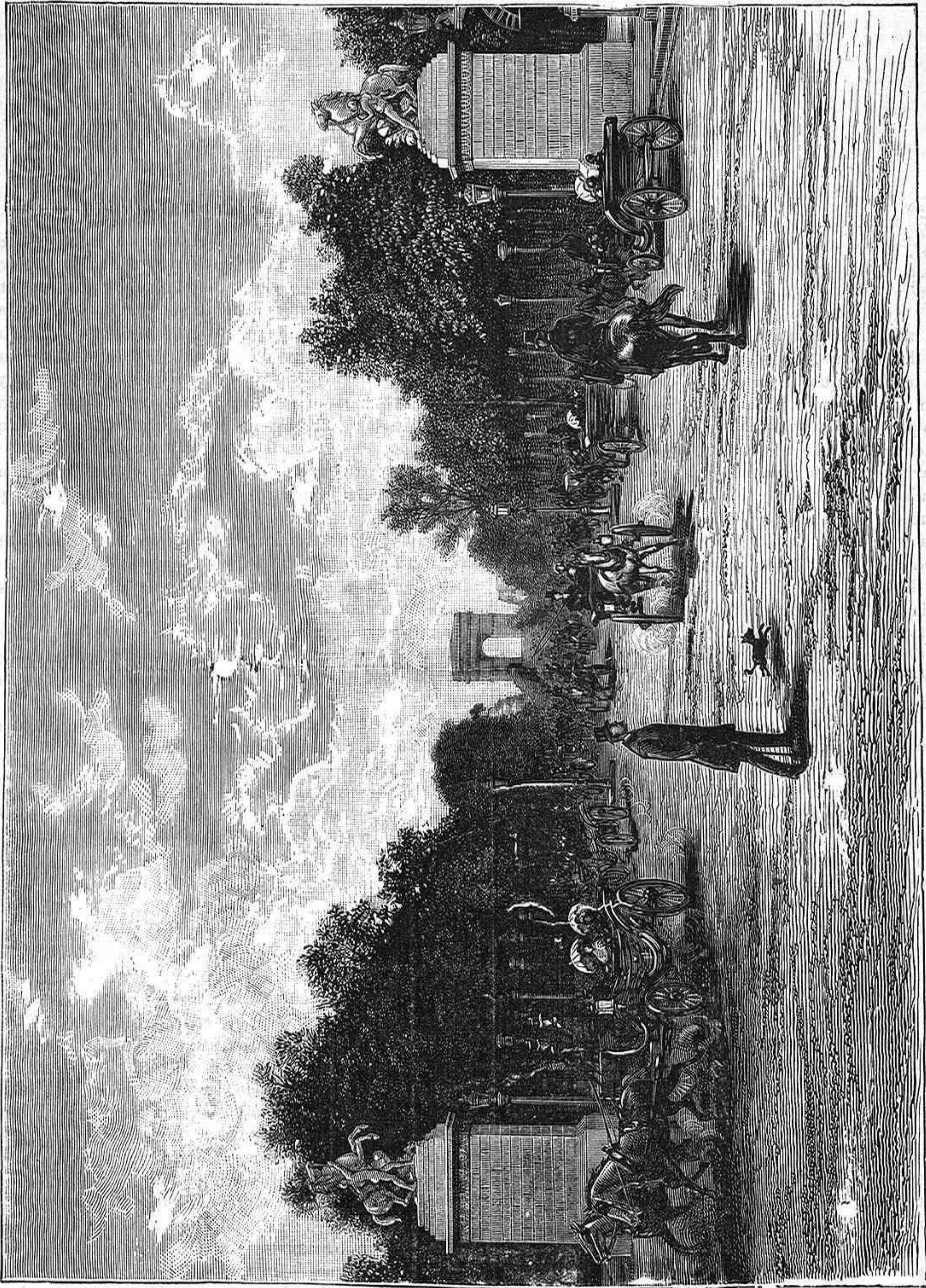
Lo que no haceis vosotros, sin embargo, lo hacen los historiadores y los filósofos. En la Biblia se llama al aire *el espíritu de Dios*, y un sabio de la antigüedad griega le apellida *el origen de todas las cosas*. En cuanto al agua, divinizada en los tiempos primitivos, objeto de veneracion universal, reconocida como madre y componente de cuanto existe, hasta el punto de que algun filósofo célebre haya creído que aún en nuestra alma hay agua; encomiada por la ciencia, requerida de amores por el pueblo que la pide de rodillas á Dios, y que en ciertos parajes áridos la ofrece tiernamente como regalo de bodas, para probar que donde acude el agua todo estará abundante; en cuanto al agua, repetimos, no ha quedado pensador, ni naturalista, ni astrónomo que deje de exponer en honor suyo una frase, un concepto, un discurso á veces, en que la poesia supera á la severidad del raciocinio.

Y es que mientras por el mundo ruedan agua y aire, todos los seres que gozan vida, presididos por la criatura humana, se verán impulsados á agradecer y ensalzar esos dos inestimables dones de la Providencia.

JOSÉ DE CASTRO Y SERRANO.







PARÍS. — PERSPECTIVA DEL ARCO DE TRIUNFO DE LA ESTRELLA, DESDE LA PLAZA DE LA CONCORDIA.



## POQUITO Á POCO.



**F**UERA del *dos y dos son cuatro*, y de algunos otros axiomas de igual calibre, dignos del muy famoso Pero Grullo, todas las demas cosas de este bajo mundo tienen su pro y su contra, siendo por lo tanto discutibles y opinables. De aquí las pandillas, banderías y partidos en que, divididas, luchan las naciones; de aquí también que al tratarse en cualquiera Junta de algun punto concreto, resulten casi tantos pareceres como personas hay presentes con voz y voto, y gracias si el escribiente ó portero no se acerca también para meter baza y echar su cuarto á espadas, ó á copas, que no siempre las espadas son triunfos.

Pero entre las raras cosas en que casi todos convienen, una de ellas es en que las malas noticias deben darse á los pacientes con suma lentitud, de manera homeopática, ó como suele decirse *poquito á poco*. Créese con tal procedimiento mitigar la dureza del golpe; aunque yo imagino que es mucho peor asesinar al prójimo á puros alfilerazos, que traspasarlo de súbito á la primera lanzada. Por algo dice el refran, *á mal camino andarlo pronto*. No lo anduvieron en la ocasion presente, y aquí encaja de molde el principio de mi historia, que es como sigue:

Nos figurarémos, en primer lugar, un pueblo serrano de la provincia de Cádiz. Un poco más limpio ó sucio, más grande ó chico, es semejante á todos los de su género de la misma comarca. Por otra parte, su descripción no es necesaria para el caso. Lo importante es decir que ante la anchurosa puerta de un vetusto meson aparece al comenzar mi cuento un grupo numeroso de bípedos y cuadrúpedos: éstos son mulos enormes, cargados como camellos, y no bajan de cinco; aquellos están detras, y son hombres y mujeres que rodean al Mahoma ó conductor de la caravana, diciéndole mil impertinencias, y haciéndole mil encargos para Sevilla, lugar adonde dirigia su expedicion. Al compás de las campanillas de los mulos, que, impacientes por salir andando, sacudían la cabeza, oíase este coro:

— Señor Pablo, que no se le olvide á osté traerse la faja y las espuelas.

— Señor Pablo, que el pollero y el manton sean de lo más fino.

— Señor Pablo, aquellos dos amigos de Triana, que estén sanos, y que sean bien hondos, y que tengan sus labores. Hay que liarlos en paja, y así no se quiebran.

— Que las ligas sean verdes y con su propio letrero, señor Pablo.

— ¡Ay, señor Pablo! que vaya osté al cuartel del Cármen y vea osté á mi pobrecito Juan, y si le hace falta dinero le da osté hasta cuatro pesetas.

— Memorias al Moreno, señor Pablo.

— Señor Pablo, buen viaje y buena vuelta.

Y el señor Pablo, mientras fumaba un negro chicote y lanzaba al aire bocanadas de apestoso humo, capaces de promover la tos á un santo de piedra, escuchaba á unos y otros, recibía, contaba y guardaba en un cabo de su faja el importe de los encargos, y miraba sus robustos y lustrosos mulos con igual satisfaccion que puede mirar un padre á sus gallardos hijos. Iba ya á emprender la jornada, y ya en su diestra blandía el olivo, símbolo de su oficio y autoridad, cuando, toda sudorosa y jadeante, llegó una mujer á quien las demas del corro miraron con respeto y lástima; cuya mujer, que parecia de fina clase, aunque vestida pobremamente, llamó aparte á nuestro héroe, y con miradas de súplica, le dijo:

— Por el amor de Dios, señor Pablo, que el pobrecito de mi sobrino es muy sentido, y no le vaya V. á soltar la noticia como quien dispara un trabucazo, porque entónces se muere de repente.

— No hay cuidao, señora, que yo suelte ese trabucazo, ni le suceda nada al estudiante. Pues si lo conocí que cabía debajo de mi sombrero y lo quiero como á las niñas de mis ojos!

— Le digo á V. esto, señor Pablo, y se lo encargo tantas veces, porque ¡como es V. tan bruto!

— Doña Dolores, muchas gracias por el orsequio. ¡Yo bruto! Eso consiste en la inorancia de osté, que apenas á tenio el honor de tratarme jasta ahora. Pues si le voy á ir metiendo la noticia con un pulso y un tilin, que ni lo va á sentir siquiera, y quizá se chupe los deos de gusto.

— ¡Por Dios, señor Pablo, con mucho tiento, poquito á poco!

— Descuide osté, doña Dolores, que yo tengo mucha concupisencia y mucha maña para toitas las cosas. Y hasta la vista, caballeros.

La recua se puso en marcha. Los mulos hacían sonar sus campanillas; el tío Pablo, ó señor Pablo, fumaba su chicote, y paso á paso, dejaron atrás el pueblo, que, á la espalda de una loma, desapareció del todo.

Iba mi cosario, ó *corsario*, segun le decían sus convecinos, ignorantes de que, á veces, una sola letra cambia por completo el valor de una palabra, distraído profundamente. Al avanzar por la carretera de Sevilla no miraba los vallados que separaban las heredades, los árboles tan verdes y pomposos, las piaras de ganados que por aquellos campos apacentaban, los pajarillos del aire, ni las nubes del alto cielo. Parecía muy absorto en sus reflexiones, y cualquiera hubiese jurado que al andar dormía, ó que con la mirada vuelta hácia adentro y recogida en sí, como los moros cuando rezan, procuraba verse lo interior y registrarse



estómago y las tripas. No solamente los poetas soñadores y los filósofos sabi-hondos, meditan y se abstraen del mundo externo; también los ignorantes, aunque sean arrieros ó cosarios, caen y se abisman, á veces, en el sétimo pozo de las cavilaciones sin fin.

Como todo lo que principia también acaba, y como para andar un camino, por largo que sea, no hay más que ir echando un paso tras otro y no pararse, resultó lo que naturalmente debía resultar; esto es, que el señor Pablo se halló en Sevilla con su cuadrúpedo acompañamiento. Hizo con puntualidad los diversos encargos confiados á su eficacia, y, por último, recogió al estudiante para volverlo al pueblo natal, donde solía pasar los meses de vacaciones.

Como es natural, lo primero que preguntó el señorito don Antonio, que así se llamaba el estudiante, fué por su familia y casa; pero el cosario, con la mayor frescura, le dijo que no había novedad. Pasando de lo general á lo particular, insistió el estudiante en sus preguntas:

—¿Y mi padre?

—¿Y mi madre?

—¿Y mis hermanas?

—¿Y mis tías?

—¿Cómo están los campos?

—¿Y el molino?

—¿Y el ganado? etc., etc., etc.

Y á todo contestaba imperturbable el cosario.

—Sin novedad.

—Pero, tío Pablo, le he preguntado á usted mil cosas, y en los días que en Sevilla hemos estado y en más de la mitad del camino que ya llevamos de vencida, sólo me responde usted *sin novedad, sin novedad*, y siempre lo mismo. Hombre, se parece usted al bombo de la retreta: *bum, bum*, y no más que *bum, bum*. En la cara le conozco á usted que hay algo, que tiene algo que decirme, aunque estando en casa todos buenos y siendo abundante la cosecha, no se qué significan esos tapujos y esos belenes.

—Antoñito, de véras, de véras que tú eres más súpito que la misma pólvora. Eso debe de consistir en que sólo tienes veinte años: no, diez y nueve, pues estamos á principios de Junio, y no cumples todavía los veinte hasta la Virgen de Agosto. De seguro, cuando llegues á los cincuenta como yo, y hayas corrido medio mundo como yo, y tengas canas como yo, se te apaciguará el carácter del temperamento del genio, y no te impacientarás, y aguardarás á que te expliquen las cosas para enterarte de ellas; que por mi fe te aseguro, que para saber malas noticias siempre hay tiempo de sobra, y siempre es temprano para decirlas.

—Pero ¿qué malas noticias son esas, tío Pablo?

—Nada, casi nada; sino que yo no sirvo para afligir á nadie. Vamos, ¿te acuerdas de Michichi? ¿De aquel gato medio pelado ya, y sordo y casi ciego de puro viejísimo, que siempre estaba durmiendo en tu casa, junto al fogon, en una silla?

—¿Pues no me he de acordar? Y ¿qué le ha pasado?

—¡Toma! que ya el pobrecito..... el infeliz gato..... ¡ay!..... ha fallecido.

Y el tío Pablo puso una cara tan compungida y lastimosa como si hubiese muerto la mitad del linaje humano.

El estudiante se echó á reír y dijo alegremente:

—¡Vaya una desgracia! ¿Y para salir con semejante

adefesio anda usted con tales preparativos y pone esa cara de agonizante? ¿Nunca hubiera creído que fuera usted tan blando de corazón, tío Pablo.

—Es que yo me intereso por todas tus cosas; porque casi te he visto nacer, y te conozco desde que eras tamaño como un pepino, y te hice bailar sobre mis muslos mientras tú me pegabas unos tirones de las patillas..... En fin, si me da lástima del pobrecito gato, no es porque muriese, pues ya sé que todos somos mortales, sino porque acabó achicharrado como San Lorenzo, que ni los pelos se han vuelto á encontrar del infeliz animalito. Y ya ves que esto no es cosa de risa.

—Es verdad; pero quisiera yo saber cómo y cuándo se achicharró ese pobre animalillo.

—¿Cómo se había de achicharrar? Quemándose desde las orejas hasta la punta del rabo. Me parece que no hay otro modo. Ahora, el cuándo es capítulo aparte. Pues hará de ello unos quince días, eso es, justamente. Me acuerdo muy bien, por la casualidad de que á la par del gato ardiéron asimesmo el mastin y los perros de caza, que estaban encerrados; y se me figura que sucedió otro tanto con las mulas y los bueyes. El caso es que no quedó bicho ninguno.

—¡Los perros, las mulas, los bueyes!..... ¡Pero, tío Pablo, eso es una barbaridad que no puedo creer! ¿No conoce usted que para tanto era preciso un incendio, que hubiera devorado la mitad de la casa?

—Pues lo mismo digo yo: que si no fuera por el incendio, de seguro que no perecen esos animalitos. Ahora seguirían viviendo tan gordos y tan hermosos. En particular, dos de las mulas eran como castillos, y ¡qué poder! No las había tan buenas mozas en toda Andalucía, ni quizá en toda España. Yo las quería como si fueran personas de mi familia. Pero el fuego es un elemento atroz; si lo dejan, se traga el mundo.

—¡Con que hubo incendio!— exclamó el estudiante asustado.— ¡Con que se quemó media casa!

—¡Media casa, hijo mio! Y también la casa entera, y además..... además..... Pero ya tengo dicho, que no sirvo yo para afligir á nadie. Esto de dar malas noticias y de ir contando tragedias..... vamos, que no es para mi genio. Aquí cierro el pico y se acabó la historia.

El estudiante se había puesto pálido, tan pálido como un difunto. Aquella cadena de desgracias le aturdió y mareaba. Presentia por desenlace cosas horribles. Desde lo alto de su montura inclinábase á un lado y otro, y parecía que iba á desmayarse. Acudióle solícito el tío Pablo, que era hombre corpulento y forzudo, y, como quien toma en brazos á un niño, le cogió con ambas manos por la cintura y le puso en tierra, diciéndole cariñoso:

—Vamos, Antoñito, vamos: ya siento haber abierto la boca. ¡Valor! No te pongas malo en mitad del campo. Aquí tienes la bota: bebe. Para estos casos no hay remedio mejor en ninguna parte del mundo.

Y como el estudiante rechazase la bota, añadió el arriero:

—Te digo que bebas..... Así..... Anda..... otro latigazo..... Eso es, y que al demonio se lo lleve el demonio. ¡Pues no faltaba más sino que trayendo yo aquí una bota medio llena de bálsamo de la gloria, sin contar el pellejo que viene detrás en ese macho, fueses tú á ponerte enfermo y desma-



yarte como una señorita! ¿Lo ves? Ya tienes un color muy distinto. Y si apechugáras con otro buen trago.....

—Entonces tomaria una borrachera y tendria que tenderme aquí ó caminar atado sobre el mulo. Por Dios, tío Pablo, ya estoy sereno y puedo escucharlo todo. No me asesine V. de esa manera, y dígame de una vez todo lo que haya.

—Eso no puede ser; que yo no soy ningun trabuco para disparar toda la carga á un tiempo. Y luego las recomendaciones que me hicieron en el pueblo ántes de salir, diciéndome á coro: —¡Que la noticia es atroz! ¡Que se la vaya usted dando al estudiante poquito á poco! ¡Que no tengamos otra nueva desgracia! Y esetra: vamos, lo que se encarga en estas ocasiones: ir metiendo la púa con mucho miramiento y muchísimo pulso. ¿Estamos?

—Por los clavos de Jesucristo, tío Pablo, ó tío Verdugo, que va usted á tener la culpa de que yo reviente. ¿Se quemó la casa entera con los muebles y animales que estaba dentro? Pues si se salvaron las personas, del mal el ménos. ¿Hay algo que añadir?

—Te diré. Como el incendio fué tan grande que las llamas casi alcanzaban la pared de la iglesia de enfrente..... Y mira tú que hay distancia! Lo ménos cuarenta pasos. Y quizá, quizá haya cincuenta. Pues, como ardia todo con tal furia, se hicieron cenizas tambien las dos casas de junto, que tambien eran tuyas, pues teniais las tres mejores fincas del pueblo. ¡Si hubieses visto qué espanto! ¡Qué viento atizando las llamas! ¡Qué crujir las paredes y las vigas! ¡Qué jumazo tan negro y tan espeso! Te digo que la plaza Mayor parecia el infierno propio. Y todo por un triste cirio que prendió alguna chispa en las bayetas negras.....

—¡Cirios, bayetas negras en mi casa! Mi madre..... mi padre..... ¡Oh, Dios mio!

—Es verdad. Lo acertaste. La pobrecita de tu madre era la difunta. ¡Y qué buena señora! ¡Cuidado, que hay malas lenguas en el pueblo! Pues nunca oí decir de ella sino alabanzas. Y ¡qué caritativa! Los pobres no han de poder olvidarla mientras vivan. Ánimo, Antoñito, siempre es un consuelo el ser hijo de una santa.

—¡Ay, madre mia! Pero si me parece increíble, hallándose tan saludable, tan robusta que parecia una jóven! Y así..... tan de pronto..... Yo no sabia ni que estuviese enferma.

—¡Qué habias de saber! ¡Si no lo estaba! Si la mató como un rayo la noticia del suicidio de tu pa..... ¡Maldita sea mi lengua! Ya la solté. Antonio, Antoñito, no te apures. Mira que este mundo es un valle de lágrimas, y pasan las cosas como si estuviéramos soñando. Mira que yo no tengo hijos, y lo mio es tuyo. Mira que.....

—¡Mi padre suicidado! ¡Mi madre muerta! ¡El incendio devorándolo todo! ¡Ay, yo me muero! Mas ¿por qué se quitó la vida mi infeliz padre, un hombre tan bueno, tan cristiano, que no lo habia mejor?

—Pues, por lo mesmo que era tan bueno, lo engañaron como á un chiquillo, sacándole cuanto caudal tenia en metálico, y ademas el importe de dos haciendas que últimamente habia vendido. Figúrate que hay una Sociedad que está en todas partes como la sarna; en Madrid, Sevilla, Málaga, Cádiz, Córdoba..... en fin, te repito que está en todas partes; y esta Sociedad dice, que, por cada cien duros que le entre-

guen, da treinta y cinco de rédito ó cuarenta; y como si esto pudiera ser, algunos llevan cuanto tienen al olor de la ganancia, que es el anzuelo con que los pescan; y sé de quien ha malbaratado sus cuatro terrones, y sus olivos y sus yuntas de bueyes, y hasta los colchones de las camas; y ya todo hecho dinero, á ponerlo todo á renta; y despues de tener bien repletos sus baules, arcas y cofres, la tal Sociedad dijo: caballeros, se acabó la broma: me declaro en quiebra, no pago, me comí el parné y cada bicho tire por donde pueda. Esto es lo que pasó: tu padre y otros mil perdieron su caudal de la noche á la mañana. Unos se conformaron á la fuerza; otros se chiflaron y volvieron locos; algunos se pegaron un tiro, y tu padre creo que hizo estas dos cosas, pues se quedó como traspuesto durante algunos dias y luego fué cuando..... Pero, señor, ¿no es fuerte cosa que si robo yo un triste pañuelo de á dos reales voy preso, y para los que roban millones y hunden centenares de familias en la miseria no ha de haber el menor castigo? ¿Esto es razon? Y si esto es malo y malísimo y una infamia por donde quiera que se mire, ¿por qué no se remedia? Yo creo que con cinco ó seis docenas de tunantes que colgaran de una buena soga por el pescuezo se arreglaba la dificultad. Pero los ahorcados no habian de ser unos cuantos raterillos miserables; sino pajarracos de los gordos, de los más gordos. ¿No te parece? ¡Si cayeran entre mis uñas!..... Pero, Antoñito, hombre, ¿no dices nada? ¿En qué estás pensando?

El estudiante parecia no pensar, ni sentir, ni querer ninguna cosa. Por su palidez y su inmovilidad se le hubiera creído muerto. Obedecia como un autómeta al vaiven de su cabalgadura. Por más preguntas que le hizo el tío Pablo no contestó palabra, ni aún despegó los labios. Afortunadamente ya estaban muy cerca del pueblo.

Cuando llegaron no advirtió el huérfano las miradas de curiosidad y lástima que todos le dirigian. Se dejó llevar á una humilde casa: era la de su parienta, de aquella señora que tanto encargó al cosario le fuese dando la infausta noticia con las mayores precauciones. Allí permaneció dias y meses alelado, absorto, insensible. Comia poco, no hablaba nada y pasaba toda la noche y gran parte del dia tendido sobre la cama y con los ojos abiertos. Finalmente, se quedó como imbecil. Hacía cuanto le mandaban, sin contestar nunca. Alguna lesion interna del cerebro habia paralizado en él á un tiempo el sentimiento, la voluntad y la inteligencia. Era como un reloj que, entorpecido ó roto el muelle, se queda parado.

Á la muerte de su parienta, le recogió cariñosamente el tío Pablo, quien desde niño le quiso mucho. En casa de su protector falleció á poco, sin dolores ni agonias, como lámpara que se extingue. Desde su vuelta al pueblo no habia preguntado jamas por su novia, ni por sus hermanas. Era un cadáver que respiraba y se movia.

Algunas veces el anciano párroco, hablando con el arriero del estudiante, á quien tambien conoció muy pequeñito, le decia:

—Yo tengo mis dudas, tío Pablo, sobre si á usted le corresponde su tanto de culpa en la enfermedad y muerte del pobre Antoñito, que en paz descanse y santa gloria haya. Quizá usted le soltaria la noticia de sus desventuras como quien descarga un trabucazo, y ya se ve..... la sorpresa..... el dolor..... pero sobre todo, la sorpresa.....

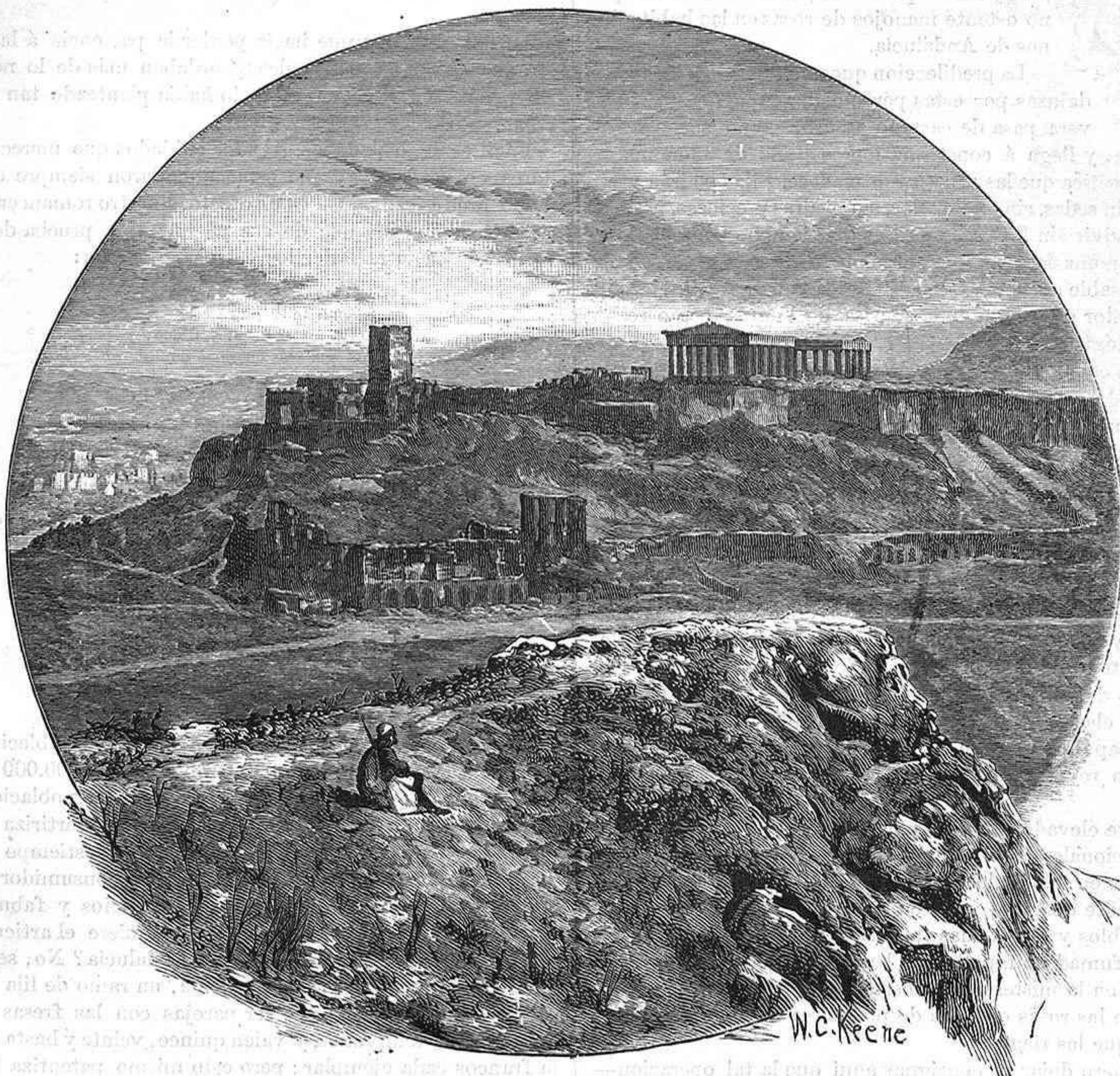


—Señor Cura, por el amor de Dios y de su Madre Santísima, no me queme su mercé la sangre con semejantes escrúpulos. Ya su mercé me ha dicho lo mesmo doscientas veces, y otras doscientas y algunas más le he asegurado que si Antoñito se quedó alelado y se murió despues, fué porque Dios lo quiso, como quiso tambien que su padre perdiera los dineros y se matára, y su pobre madre acabára del susto, y se quemáran las casas, y los muebles, y las mulas, y los bueyes, y hasta el gato sarnoso que estaba siempre durmiendo en la cocina. Todo esto ocurrió á gusto de Dios,

porque Dios lo quiso, si, señor Cura; y en cuanto á la noticia, como yo soy hombre de mucha consideracion y circunferencia, me la guardé en el pecho todo el tiempo que pude, y cuando no hubo más remedio que desembucharla, entónces la desembuché, con grandísimo tiento y equilibrio, en pequeñas diócesis, comenzando por lo ménos, y luégo apretando y apretando, como quien mete una barrena POQUITO Á POCO.

NARCISO CAMPILLO.

Madrid.



VISTA GENERAL DE ATÉNAS.— (De fotografia de los Sres. Firth y Compañía.)



# ROSAS DEL TIEMPO.

## I.



UANDO se acerca Mayo, no hay plato de pederal, jarro de porcelana, ni talla de barro que no ostente manojos de rosas en las habitaciones de Andalucía.

La predilección que muestran las niñas andaluzas por estas perfumadas hijas de la primavera pasa de castaño oscuro, como suele decirse, y llega á constituir una especie de monomanía poética que las ofusca y desvanece. Ellas podrán vivir sin sedas, sin terciopelos, sin piedras preciosas, pero no pueden vivir sin flores. Las rosas del tiempo, como llaman por antonomasia á las que abren en Abril y Mayo, son su indispensable adorno; Grecia y Roma no dieron mejor lugar á la flor que nació de la sonrisa de Vénus, como rezan las mitologías.

Si á la caída de una tarde de primavera se os antoja cruzar por el barrio de Triana ó de San Bernardo, veréis rebotar las macetas en las ventanas y en las azoteas, y habréis de oler á esencia de rosa. Entre las verdes rejillas asoma la cabeza de la *flamenca*, que tiene un jardín en el cabello; su cuerpo desaparece tras los rosales, como si de propósito hubiese buscado un baluarte de espinas y de hojarascas.

De los terrados nada hay que hablar; interminables líneas de tiestos de todos tamaños aparecen escalonados sobre los pretilos y balaustradas, con grave riesgo de la cabeza del transeunte, haciendo el efecto de los verjeles aéreos de Babilonia ó de Ninive; en ellos hay flores de todos colores y de todas clases; pero el rosal perfumado del tiempo, el rosal de capullos sonrosados y aromáticos, descuella siempre como rey de aquellas plantas que conversan con las nubes.

En este elevado depósito, que está junto al cielo, se cortan las tradicionales *marías*, es decir, los grupos de rosas que colocados en triángulos de caña forman el anagrama florido de la Madre de Dios, y sirven de principal adorno en cruces, retablos y hornacinas familiares; de allí se coge el fresco y perfumado pimpollo que ha de entregarse como prenda de amor en la misteriosa celosía; de aquellas macetas, en fin, salen las rosas que han de prenderse en los cabellos de la niña que las riega.

No quiero dejar de consignar aquí que la tal operación—la de regar las flores—fué siempre grata á nuestras hermosas, que suelen aún entablar con tal motivo sabrosos diálogos de balcon á balcon, de terrado á terrado ó de ventana á ventana. Los cuentos populares conservan en su primitiva sencillez estos diálogos, sostenidos á veces con príncipes ó pájaros verdes que venían á esconderse por arte mágica en-

tre las hojas, y que solían preguntar á las encantadoras jardineras:

Niña que riegas la albahaca,  
¿ Cuántas hojitas tiene la mata?.....

Difícil problema que hacía perder la paciencia á las muchachas casaderas, las cuales recordaban más de lo necesario al pájaro ó al príncipe que lo había planteado tan malévola y volutamente.

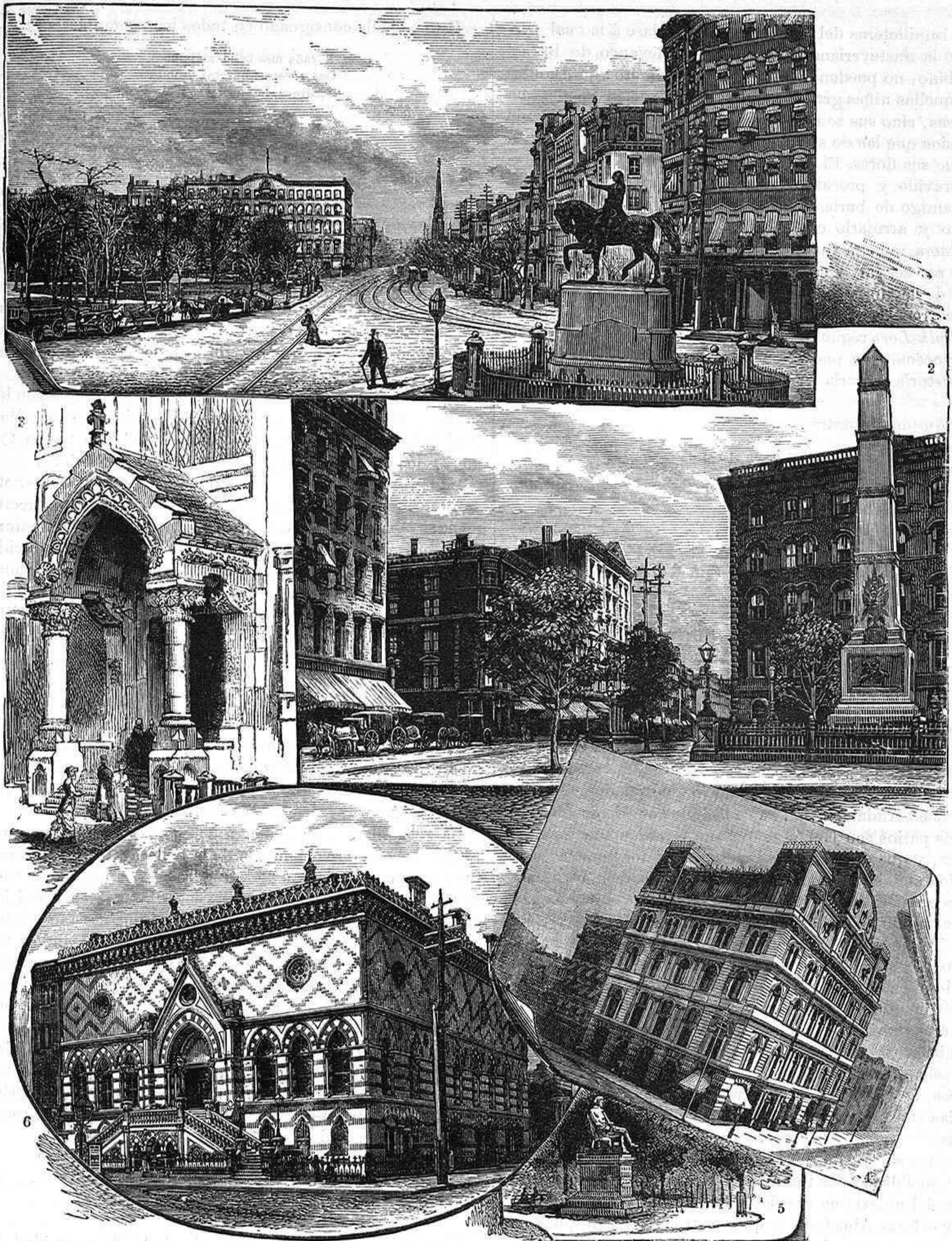
Fácil es deducir de los grandes cuidados que merecen las flores en Andalucía, que éstas abundaron siempre de un modo prodigioso, y así es en efecto. Nuestro romancero morisco tiene en cada una de sus páginas una prueba de esta verdad, y basta recordar los versos siguientes:

La mañana de San Juan  
Salen á tejer guirnaldas  
Zara, mujer del Rey Chico,  
Con sus más queridas damas  
Que son Fátima y Xarifa,  
Celinda, Adalifa y Zaida,  
De fino cendal cubiertas,  
No con marlotas bordadas;  
Con almaizates bordados,  
Con muchas perlas sembradas,  
Descalzos los albos piés,  
Blancos más que nieve blanca.  
Llevan sueltos los cabellos,  
No como suelen tocadas,  
Y más al desden la Reina,  
Por celosa y desdeñada.....  
Y estando de varias flores  
Las moras ya coronadas,  
Con lágrimas y suspiros  
Á todas la Reina habla.

Aseguraba *Le Figaro*, hace poco, que hay establecimientos en París que venden anualmente de 300 á 500.000 francos de flores. Esto no es extraño; París es la población de las extravagancias, y del mismo modo que martiriza lilas, tulipanes y camelias para hacerlas crecer á destiempo y ponerlas pálidas ó encendidas al capricho del consumidor, suele dar á flores y frutos precios acomodaticios y fabulosos. Mas ¿de esto ha de deducirse, como quiere el articulista, que en París hay más flores que en Andalucía? No, seguramente. Una rosa reina, una gardenia, un ramo de lila blanca, podrán en ocasiones correr parejas con las fresas ó los melocotones tempranos, y valen quince, veinte y hasta treinta francos cada ejemplar; pero esto mismo patentiza la carencia de la flor ó de la fruta de que se trata. En Andalucía las flores se compran siempre, á pesar de verlas brotar hasta en las balaustradas. Concedemos, sin dificultad, que esas 2.000 fábricas y 30.000 obreras de que nos hablan pueden surtir de flores á media Europa, supuesto que se trata de rosas de trapo y de violetas de papel pintado.



# AMÉRICA DEL NORTE.



## VISTAS DE NUEVA-YORK.

1. *Union Square*.—2. Monumento de Worth.—3. Pórtico de la iglesia de *Heavenly Rest*.—4. Templo masónico.—  
5. *Madison Square*.—6. Academia nacional de dibujo.



Las ramilleteras del Arno, esa ilustre clase á la cual perteneció la trasteriana Floria, primer devaneo de Rafael de Urbino, no pueden competir con los floreros de Andalucía. Aquellas niñas graciosas y decidoras suelen vender, no sus rosas, sino sus sonrisas; explotan más las clavellinas de sus labios que las de sus cestas; enajenan más bien sus gracias que sus flores. El florero de Andalucía, por el contrario, atrevido y procaz, zumbon y dicharachero, provocador y amigo de burlas, que suele dar el cesto por un vaso de vino y arrojarlo con mimbres y todo á las plantas de la primera morena que encuentre al paso, vende su mercancía por ser tal, y sólo debe á la hábil y primorosa colocación de las flores y á sus originales pregones el favor de la concurrencia.

El *Folk-Lore* regional ha recogido algunos de estos originales voceos, que por su genialidad y gracia hacen época en la historia literaria de los sucesores de Rinconete y Cortadillo.

Hé aquí una muestra :

Un jardín llevo en el brazo :  
 Marvalocas, sensitivas,  
 Marimofias, siemprevivas ;  
 Llevo las flores de *laso* ;  
 Llevo reseda, jazmines ;  
 Llevo la rosa de *sera* ;  
 Llevo treinta primaveras,  
 Cogias de mis jardines ;  
 ¡ Jazminillos, nardos y flores  
 De toos colores !

Estos pregones, que tienen un ritmo especial, varían hasta lo infinito. Quijada, el célebre vendedor de flores sevillano, tuvo el honor de pregonar sus rosas, más de una tarde, en el palacio de San Telmo, á orillas del Guadalquivir, ante la bella niña Mercedes de Orleans, que luégo fué Reina de España.

Para tener una escasa noción de lo que pueden abundar las flores en Andalucía, no hay más que considerar que sus extensos patios son jardines, que sus terrados son jardines también, y que, no obstante habitar entre dos florestas, son pocos los andaluces acomodados que no poseen estufas y verjeles en abundancia.

En la capital de Andalucía, los jardines del Alcázar, los de San Telmo, y otros muchos que podríamos citar, comenzando por la antigua morada de los Duques de Alba y terminando en la histórica casa de *La Estrella de Sevilla*, dan claro testimonio de que no hemos olvidado la tradición oriental. El árabe andaluz dormía la siesta bajo los naranjales y se bañaba en estanques cercados de boj y de romero. Las tardes solían trascurrir para él, rodeado de cantarinas y recitadores, cerca de las bullidoras fuentes; escanciando las colmadas copas y recreándose en ver asomar las primeras estrellas.

Una casa sin jardín llegó á ser una guarida incomprendible en aquellos lejanos tiempos en que resonaba la melancólica voz del muezín en el celebrado alminar que adornó con doradas esferas Abu-Leis, y que se trocó poco después en campanario. Aun en el barrio judaico, donde las casas, estrechándose contra sí mismas, parecían querer robarse el espacio mutuamente, se veían asomar por las ciegas tapias las cabezas de los cipreses y de las palmeras.

Esto se halla consignado en todos los poetas árabes :

Nada más bello, andaluces,  
 Que vuestras huertas frondosas,  
 Jardines, bosques y rios,  
 Y claras fuentes sonoras.  
 Eden de los elegidos  
 Es vuestra tierra dichosa ;  
 Si á mi arbitrio lo dejarán,  
 No viviria yo en otra (1).

En las descripciones de las casas y palacios hechas por los poetas islámicos, tienen principal parte los patios adornados de plátanos y arrayanes, los huertos bordados de naranjales y granados; los verjeles, en fin, donde las flores abundaban tanto, que daban suficiente materia para llenar albercas de agua de rosa, en las cuales se hundían diariamente las esculturales formas de las odaliscas béticas.

Las maravillas que en los antiguos tiempos ofrecieron los jardines arábigos pueden colegirse recordando el de Ibu-Abdalazis en Valencia, que fué para el Cid una nueva Capua, y los de la favorita Az-Zahra, cerca de Córdoba.

La hermosa tirana de Abderraman III, deseando ver un paisaje nevado en Andalucía, hizo que su regio amante mandase plantar de almendros los alrededores de Medina-Az-Zahra: cuando éstos florecieron, el efecto producido por sus blancos ampos colmó la ansiedad de la caprichosa favorita.

Para imitar las auroras boreales, hubiera bastado al califa omniada cubrir de granados un buen espacio de la campiña cordobesa.

## II.

La predilección de las andaluzas por las rosas está plenamente justificada, si se considera que viven en el país de las flores, y que las que nos ocupan gozaron notables preeminencias desde los primeros tiempos.

La rosa blanca, dedicada á Vénus y grata á Maya ó á Flora, fué siempre el símbolo de la belleza y de la juventud, tuvo por cuna los labios de la madre de los amores, y mereció cubrir la olímpica mesa de los dioses. El ala del jugueteón Cupido — dice Ausonio — tocó á una copa de néctar — que debió de ser tinto, seguramente — y volcándola sobre el mantel etéreo, formado de blancas rosas, le manchó de cabo á rabo: desde entónces hubo rosas con color y con perfume, y pareció de buen agüero derramar el vino sobre las mesas (2).

Más elegiaco y melancólico es el origen que señalan á las rosas encarnadas la mayor parte de los mitólogos. Vénus, acudiendo presurosa á socorrer á Adónis, herido de muerte, se desgarró el talon con las espinas de un rosal, y las rosas todas quedaron teñidas de color de sangre.

Garcilaso, contando gravemente el suceso, dice que

Las rosas blancas por allí sembradas  
 Tornaban con su sangre coloradas.

Estas dos versiones explican, sin duda, la necesidad de

(1) Schack, traducido por Valera.

(2) Esta superstición se conserva aún en muchos pueblos de Andalucía.



las coronas y guirnaldas de rosas en los festines greco-romanos, y la perseverante costumbre de derramar flores sobre las sepulturas. Vulgarizadas tales prácticas en Oriente y Occidente, vemos á Alcibiádes caer beodo sobre el lecho derramando el ánfora adornada de rosas purpúreas, á Octavio Augusto dejar su corona de flores sobre la tumba de Alejandro Magno, y el gran sacerdote de Israel ornarse con ellas para verificar los sacrificios. El brahman no se atreve á cortarlas por no ahuyentar su espíritu, el hebreo las coloca piadosamente en la sepultura de Job, el egipcio las ofrece á Isis y á Apis, y el persa y el asirio se ungen con su esencia el cabello y la barba. Con las rosas se hicieron en la antigüedad unguentos, vinagres y aceites, mezcláronse con el vino, y se les asignaron notables virtudes medicinales.

Homero y Pindaro, Horacio y Ovidio conocieron el valor de la rosa y arrojaron acaso el laurel al sentir sus suaves pétalos sobre la frente. Tibulo y Catulo hubieran dado la mejor de sus elegías por una copa de vino de Chipre y una corona de rosas del Atica.

Sin embargo, el verdadero cantor de las rosas, el entusiasta apologista de la flor de Vénus, fué el anciano de Theos, el travieso Anacreonte.

«Nada le importaban las cosas de Gíges, rey de los Sardiós; jamás le molestó la envidia, nunca envidió á los tiranos. Le importaba el unguir su barba con unguento, el coronar con rosas su cabellera. Le importaba lo de hoy; lo de mañana ¡quién sabe!» (1).

Por eso cantaba: «Al cincelar esta plata, Hefasto, hazme, no una armadura, ¿qué tengo yo que ver con los combates? sino una copa profunda, adornada con verdes cepas y rientes racimos.» Por eso, con encantadora marrullería, decía á las jóvenes que le rodeaban: «No me huyas porque ves mi cabellera blanca; no desdeñes mis caricias porque te acompañe la flor brillante de la hermosura. ¡Repara, en las guirnaldas, cuán bien sienta entrelazar los blancos lirios con las rosas!»

Si se exprimieran los textos griegos de Anacreonte, ándarian vino y esencias: huelen y saben al ánfora y á la guirnalda.

Citaré su mejor apología de la rosa, que se halla en la anacreóntica v:

«Mezclemos con el vino la rosa, flor de los amores. Bebamos alegres, poniendo en nuestras sienes la rosa de bellas hojas. La rosa es la mejor de las flores, el cuidado de la primavera. Con rosas se deleitan los dioses; con rosas corona el hijo de Vénus su hermosa cabellera, para danzar con las Gracias. Coronémonos pues, ¡oh Baco! Cantando al són de la lira, bailaré en tu templo con la moza de hondo seno, coronado con guirnaldas de rosas» (2).

Los vicios del anciano de Theos se transmitieron acaso, con el Renacimiento, á los tiempos modernos. Mirabeau murió, según afirma Lamartine, pidiendo que unguieran su cadáver con unguentos, y que le coronáran de flores.

Del mismo modo que solían convertirse las rosas blancas en coloradas en la mesa del Olimpo, volviéronse rojas

más de una vez en los festines de Grecia y Roma, manchándose de vino y de sangre.

En los triclinios de Nerones, Tiberios y Lúculos, sobre cuyo frontispicio se ostentaba la rosa blanca, emblema del silencio, y en cuyos lechos de púrpura se permitía cambiar de corona, de copa y de esclava más de una vez, solían apagarse las lámparas alimentadas por aceites olorosos, romperse las ánforas adornadas de libres pinturas, y deshojarse estúpidamente las guirnaldas que ornaban las estatuas de los dioses.

Los vinos de Corcira, Chipre y Corinto; las ostras y los huevos de faisán; la carne de jabalí y los pernils de cordero; las langostas con salsa picante y las blandas lampreas; las peligrosas setas y la dulce miel del Himeto, ponían de continuo á los comensales en tan lastimoso estado, que solían confundirse con los músicos y danzantes que parodiaban en torno los juegos del Circo, y pisoteaban á las pobres rosas desprendidas de sus diademas.

Un episodio de estas cenas orgiásticas nos dará á conocer más gráficamente cómo se verificaba á veces el cambio de color de las rosas, ya indicado.

Cierta noche cenaba Lúculo en casa de Lúculo, como dijo el minucioso Plutarco. Nueve convidados, con blancas vestes, rodeaban al anfitrión, que, á pesar de las promesas hechas á Cicerón y á Pompeyo, sus comensales, había mandado preparar el salón de Apolo (3). Brillaban, pues, las lámparas, sostenidas por enormes quimeras, como si las hubiese animado el padre del día; relucía la vajilla salpicada de piedras preciosas, rebosaban las ánforas de Biblos y Nacos, aunque no faltaba el Theos grato á Anacreonte, y las auletridas griegas soplaban en sus dobles flautas, mientras los ágiles efebos preparaban la sagrada libación.

No habían comenzado los esclavos etíopes á dejar los mariscos sobre la mesa, ni á colocar las coronas de húmedas rosas sobre la cabeza de los convidados, cuando penetraron en el triclinio nueve hetarias vestidas con flotantes quitones, que se colocaron sonriendo á la derecha de cada uno de los comensales. Lúculo ocupaba el lecho más alto, y hubo de hacer lugar á la joven Myrra, llamada así por su perfumado aliento, su frente diáfana y sus formas aéreas y vaporosas.

No era Myrra una de esas hermosuras estatuarias que hacían las delicias de los festines greco-romanos; ántes, por el contrario, si la hubiera hallado Fídias en su camino, en vez de desnudarla como á Frinea, la hubiera envuelto en su manto confundiéndola con Psiquis, y temiendo robarle el polvo de oro de sus alas. Como hizo notar un chancero *parásito*, parecía una mariposa blanca, destinada á abrasarse en una de aquellas gigantescas lámparas de largo cuello.

El magnate la colocó familiarmente en su lecho, sin demostrar ser presa de ninguna emoción amorosa: Myrra era para él una flor delicada, cuyo perfume solía aspirar en sus horas de calma; una estrella apacible que se deleitaba en contemplar desde su terrado. La niña, por su parte, amaba á Lúculo con tal pasión, que consideraba como la suprema dicha el permanecer un momento á su lado.

(3) Cuenta Plutarco que la servidumbre de Lúculo, sólo con saber el nombre del salón donde quería cenar su señor, conocía la importancia que había de tener el banquete.

(1) Anacreóntica xv, Ayensa y otros.

(2) Ayensa.



Todas sus compañeras llevaban coronas de rosas de color; su corona era de blancas rosas, y su quiton, de fina lana, cubría del todo sus ideales formas, á pesar de la provocativa moda romana, tan preconizada por Ovidio. Myrra era una nota desafinada en aquel festin, en que sólo se rendía culto á lo material y lo tangible: Lúculo, para disipar sus miedos, la hizo apurar por dos veces su copa de vino de Chipre.

Comenzó la orgía; vaciáronse las primeras ánforas, y la confianza engendró la licencia en el espléndido triclinio; las músicas, las danzas, las representaciones procaces hicieron rápido el curso de las horas, y los esclavos retiraron el primer servicio, cambiaron las marchitas coronas é indicaron á las nueve hetarias que la clépsidra señalaba el término de su reinado pasajero al lado de los que compartían la mesa de Lúculo.

Las pobres jóvenes obedecieron sin vacilar y se prepararon á partir cubriéndose el rostro con los hymationes: sólo Myrra resistió á la orden cruel y abrazó las rodillas de Lúculo, bañando de lágrimas sus elegantes sandalias. La pobre niña se retorció por no dejar su puesto á la hermosa y desenvuelta frigia que venía á reemplazarla.

Lloró, suplicó, amenazó, hizo pedazos su cinturón dorado; todo fué en vano; dos nervudos etíopes levantáronla por fuerza del lecho, como si se tratara de un airon de plumas, y desaparecieron con ella tras las anchurosas arcadas. El rumor de los sistros y de los crótalos, los epigramas y las carcajadas, apagaron el eco de sus ayes y dieron motivo á las recién llegadas para hacer ostentación de sus gracias y de sus encantos.

Lúculo ofreció á la luna nueva su segunda libación.

Las viandas sucedieron á las viandas, los vinos á los vinos, las hermosas á las hermosas. Las lámparas chisporrotearon como si se arrepintieran de alumbrar tanta locura; los instrumentos músicos gimieron roncós y destemplados, como plañideras á las que no queda llanto que derramar; los bufones, bailarinas y aulétridas se acurrucaron confundidos junto á los pedestales. El festin había llegado á ese período extraño en que el ahito siente náuseas, el alegre se entristece, y el revoltoso dobla sobre el brazo la cabeza.

— ¡Hola, esclavos! — dice Lúculo, que vacila en su lecho de púrpura, y cuyos torpes ojos alcanzan, sin embargo, á ver la estatua del Silencio iluminada por las primeras luces del día. — ¿Dónde está Myrra? ¿Por qué no llega? ¿No os he dicho que quiero dormirme mirando sus ojos?.....

Los esclavos tiemblan: á la diestra de Lúculo se ostenta un tirso de oro y diamantes, que puede desgarrar como otras veces sus espaldas; trémulos y azorados parten en busca de la joven: Lúculo, entre tanto, presa del más profundo hastío, golpea con su sandalia bordada un hombro desnudo de mujer que le sirve de alfombra.

Pero los esclavos vuelven cabizbajos: no han hallado á la ideal hetaria en toda la villa. Lúculo se encoleriza, blande el temible juguete, y exclama:

— ¡Bárbaros, quereis dejarme morir de hastío! ¡Pronto, traédme la, ó por todos los dioses!.....

¡Gracias á Jove!..... Aparece en la arcada un atleta trayendo en sus brazos un bulto blanco, coronado de rosas. Sin desplegar los labios arrójalo entre atolondrado y confuso en los brazos del magnate.

Es Myrra, es decir, el cadáver de Myrra, cuya corona de blancas flores está teñida con su propia sangre.

### III.

Arrastrado suavemente por el plano inclinado de los recuerdos clásicos, me he olvidado un tanto de las pobres rosas del tiempo, que son objeto de estas líneas.

Las rosas, que tan principal parte tuvieron en todas las ceremonias de la antigüedad; que lo mismo perfumaron el lecho nupcial de Alejandro en Susa, que la tumba de Aquiles en Troya, fueron la presea más grata de los torneos de la Edad Media, el premio más codiciado de las justas literarias de Provenza, y el emblema más lindo y gracioso en las eruditas Córtes de Amor.

La invasión sarracena trajo al Mediodía de Europa nuevos incentivos para hacer amar las flores.

Los árabes se valieron de ellas para formar una especie de vocabulario amoroso que pudiera emplearse de terrado á terrado, y de mucharabieh á mucharabieh, y la introducción de los selanes ó ramos simbólicos fué el primer paso para vulgarizar el lenguaje de los colores y de las divisas, que tan en boga estuvo en los penúltimos siglos, como puede verse aún en nuestro Romancero.

Llevado el símbolo á la perfección, y combinándose el grupo y el color, no sólo en el salón, sino también en el búcaro y en la maceta, fué necesario un verdadero estudio para entender estas genialidades caballerescas, no faltando autores que se dedicáran á dar reglas prácticas para sembrar, con perfección ortográfica, la albahaca y los miramelindos. En el siglo XVI, el mantuano Fulvio Murato escribió su tratado *Dei colori e dei mazetti*, y en Andalucía era este lenguaje tan familiar, que no había doncella, por recatada que fuese, á la cual se ocultara que una rosa almizclada y una vesperina con otra rosa de cien hojas, rodeada de espinas, quería decir poco más ó menos lo siguiente: «Beldad caprichosa, me matas, pero te amo á pesar de tu crueldad»: locución tan atildada como propia de aquel siglo galante, al que debemos, entre otras lindezas, el haber atravesado los corazones con flechas y espadas, para colocarlos al descubierto sobre los pechos de las imágenes y bajo las firmas de las epístolas amatorias.

Para comprender la importancia que tuvo la rosa en el selan ó ramo simbólico, basta recordar las siguientes significaciones que se leen aún en los prontuarios relegados hoy al olvido, á pesar de haber hecho hasta principios del siglo las delicias de preciosas y currutacos:

Rosa abierta de cien hojas.....	Belleza.
Almizclada.....	Beldad caprichosa.
Del tiempo.....	Gracias tempranas.
De Alejandria.....	Esplendor.
Amarilla.....	Coqueta infiel.
De Bengala.....	Declaración completa.
Blanca.....	Castidad.
Marchita.....	Voto de castidad.

Á más de esto, la rosa representaba la primera hora en el reloj de Flora, recordándose acaso que la llevaba en su mano el Silencio, y que se grababa en el frontispicio de la sala del festin como emblema del misterio. El color de rosa





MARÍA BARKANY, CÉLEBRE ACTRIZ DRAMÁTICA ALEMANA.



mezclado con otros colores tuvo tambien el más gracioso simbolismo: rosa solo, significaba *amor*; con negro, *morir amando*; con blanco, *belleza sin igual*; con amarillo, *amor descubierto*.

La rosa, que reina aún en Andalucía, ha sido destronada en los grandes centros por el capricho de la moda, cediendo el cetro sucesivamente á la camelia, á la gardenia y á la violeta rusa; mas no por esto deja de preocupar la atencion de los botánicos de nuestro tiempo. Más de trescientas variedades, de gran valía, se conocen hoy en los jardines de París y Londres, y los nombres aristocráticos que ostentan dicen bien á las claras la predileccion de que son objeto nuestras flores favoritas.

En la Exposición celebrada recientemente en el palacio Alejandra, mil rosas ocupaban la nave central, disputándose la atencion de los amantes de las flores. Las vencedoras fueron las pertenecientes á la coleccion llamada «Mariscal Niel», procedentes de Oxford, con las que sólo compitieron las de la serie titulada «Duque de Teck», cuyo color de amaranto oscuro contrastaba notablemente con el amarillo cromo de sus compañeras.

Las variedades que en el llamado *Chalet de los Rosales*, residencia temporal de la reina Victoria, se cuidan con tan notable esmero, han dado su poético nombre á aquel modesto retiro, vencedor, sin embargo, del majestuoso castillo de Windsor, y en cuyas galerías de ladrillo cortado se solaza la Soberana, amiga de las rosas. Anémonas, claveles, geranios, campánulas, begonias y manglesias, beben tambien allí la luz del sol al lado de las rosas; pero éstas son las perpétuas tiranas de aquel lindo albergue, acariciado por las olas.

Los acaparadores de rosas, no contentos con haber arrebatado á la Naturaleza el secreto de *manchar* y *rizar* las hojas sin recurrir al gastado recurso mitológico del talon de Venus ó del ala de Cupido, asedian á las débiles plantas y las fuerzan á ser fecundas y á desarrollarse prodigiosamente.

En los New-Gardens Whitby de Londres existe en la actualidad un rosal mónstruo, plantado hace diez y ocho años, y cuya copa mide 102 piés de diámetro: si no son exageradas las relaciones que de esta prodigiosa planta nos hacen, se le pueden cortar, próximamente, cuatro mil capullos cada año.

En Andalucía, como en Niza, las rosas crecen espontáneamente, y áun cuando no abunden como en la Rumelia, porque no les dejan plaza las espigas y las amapolas, suelen perfumar las cañadas y coronar los collados. No se da el caso de segar las rosas en nuestros campos, pero podrian segarse en las ciudades, y si en Constantinopla se perfuman los baños y los camarines con esencia de rosa, en Córdoba y Sevilla sirven los rosales de pebeteros.

El celebrado D. Miguel de Mañara plantó por su propia mano en el Hospital de la Santa Caridad de Sevilla ocho de aquellas plantas, que se conservan en el santo asilo desde el siglo XVII, y que todos los años florecen. Hay quien las cree poéticas imágenes de plantas vivas que se marchitaron al calor de los besos del arrepentido Tenorio; pero en realidad no son otra cosa que el más bello símbolo del reinado de la rosa en nuestra privilegiada region.

Los poetas árabes andaluces no pudieron resistir á la tentacion de cantar á la rosa, y dieron á los antecesores de Rio-

ja la pauta de sus inspiraciones. Makkari cita una preciosa poesia, en la cual se considera á la rosa como á reina de las flores y fausto nuncio de primavera, á quien el cielo califica y adorna: Arolas conoció acaso esta cancion arábica, cuando dijo con refinado orientalismo, describiendo las gracias naturales de una sultana:

Sin ornatos es hermosa  
Bajo trasparente velo:  
¿ De qué vestiréis la rosa  
Mejor que la vistió el cielo?

No quiero extraviarme en esta nueva senda de rosas que se abre ante mi pluma, y voy á concluir apuntando una curiosa analogía que no puede dejar de consignarse, ya que pequé por carta de más en la segunda parte de este trabajo.

Aquí, como en Grecia y Roma, solian mancharse las rosas con sangre y convertirse el triclinio en lecho mortuorio. La gente de rompe y rasga celebraba casi siempre sus bodas en *días señalados*, es decir, en aquellos días en que la Iglesia conmemora alguno de sus altos misterios, y el banquete nupcial ofrecia ancho campo á las licencias y á las intemperancias.

El día de la Cruz, por ejemplo, *día señalado* del mes de las flores, verificábanse los más de los banquetes de boda, asistiendo á él las niñas andaluzas con rosas en el pecho y en el peinado, oliendo á gloria, como suele decirse, haciendo gala de sus dientes como piñones y de sus manecillas como almendras.

Los humeantes tasajos salian poco á poco de la caldera para repartirse como pan bendito; la bota corria de mano en mano como vieja buscona ó doncella andariega; las clásicas aceitunas desaparecian rodando; la madrina hablaba con el novio más de lo regular, y el padrino hacia la apoteosis de la novia entre sorbo y sorbo.

Desde la sala del banquete solia descubrirse el lecho nupcial—que por la mañana habian preparado las amigas de la novia, mereciendo el visto bueno de las comadres del barrio—con su imagen de Santa Rita á los piés y su San Rafael á la cabecera, con sus sábanas de bolero y sus almohadas con encajes, con sus columnas de pino de Flándes y su colcha de indiana de mil colores.

Solia acontecer de vez en cuando, y ésta es la particularidad que viene de molde á mi propósito, que el *peleon* se subiera á la cabeza y que *los jachares* de la novia y del novio levantáran la pasion dormida en alguno de aquellos pechos algarivos, soñadores y recelosos; entónces se rompian los vasos, crujian las sillas, rodaban las mesas, colgábanse del brazo los marseleses ó las chaquetillas jerezanas, y relucian las terribles navajas, remedo de aquellos cuchillos cachi-cuernos (1) introducidos en España por los moriscos, y cuyos muelles hacian, al abrirse, un ruido estridente.

Más de una vez cayó el rival incauto á los piés de la her-

(1) Del uso de los cuchillos cachi-cuernos habla así el Romancero del Cid:

Mátente con agujadas,  
No con lanzas ni con dardos;  
Con cuchillos cachi-cuernos,  
No con puñales dorados.

De donde se deduce, pues estas palabras iban dirigidas al Rey, que la navaja era arma vil y sólo usada por la gente de baja estofa.



mosa desposada; más de una vez la que creyó descansar tranquilamente en el lecho perfumado por las rosas que había de colocar en la talla ante el cuadro de la Madre de Dios, vió transcurrir la noche de claro en claro y se desprendió de los brazos de su esposo entre maldiciones y lágrimas; más de una vez, en fin, tuvo que ver asomar el primer reflejo del día, envuelta en su pañolón de Manila bordado, oculto el rostro entre las manos, adosada al muro de la cár-

cel como una figura de tapiz, mientras que algún romántico trovador, con grillete, cantaba desde el patio ó desde el calabozo:

¡ Á las rejas de la cárcel  
No me vengas á llorar;  
Ya que no me quites penas,  
No me las vengas á dar

BENITO MÁS Y PRAT.

Marzo de 1883



EL NIDO ROBADO.—(COMPOSICION Y DIBUJO DE BERVEILLIR.)



# EPISTOLA.

## AL MARQUÉS DE RONCALI.

Por fin tras largo y perezoso olvido  
 Torno á fiar á la inacorde lira  
 Mi sentimiento, al parecer, dormido.  
 Ya, como ayer, mi mente no delira  
 Ni apuro el goce de soñar despierto;  
 Sólo la triste realidad me inspira.  
 ¡La triste realidad! ¿Por qué el abierto  
 Horizonte, que dió á mis ilusiones  
 Espacio en que volar, está cubierto  
 De nubes densas?—¡Oh mágicas visiones  
 Del amor ideal!..... ¡Oh poesía!  
 ¡Oh dulces y sublimes ambiciones  
 Del alma!..... Os deshicisteis en un día,  
 Cual se deshacen en la dura roca  
 Las altas olas de la mar bravía.  
 Perdona, amigo, si á mi vez me toca  
 Lanzar al viento el ¡ay! desesperado  
 Que á risa, á veces, ó á desden provoca.  
 Soy un poeta más: un desdichado  
 Que entretiene su insípido presente  
 Con las dulces memorias del pasado.  
 ¡Y qué! ¿Será verdad? ¿Será que siente  
 El corazón el perdurable hastío  
 De una vida infeliz? ¿Quizás la mente,  
 Inútil ya para soñar, el frío  
 Halla doquier del desengaño artero  
 Y el mundo encuentra, á su pesar, vacío?  
 ¡Vacío! No, jamás.—Mientras ligero  
 Rayo de sol penetre en lo profundo  
 Del mar y llene el universo entero  
 De luz y de calor; mientras el mundo  
 Vea lucir tras la borrasca fiera  
 El iris de la paz, y del fecundo  
 Átomo surja la gentil palmera,  
 Y alce al espacio sus espumas la onda,  
 Su cima la gigante cordillera,  
 La nube su esplendor; mientras responda  
 El aura leve al bramador torrente  
 Y al ronco mar el pájaro en la fronda,  
 Y haya un rayo de luna, trasparente,  
 Que juegue en el cristal del manso río,  
 El mundo estará lleno eternamente  
 De la sombra de Dios; y ese vacío  
 Que el hombre suele hallar, será flaqueza,  
 Delirio vano ó criminal hastío.  
 Todo humano dolor, toda tristeza,  
 Todo terrible desengaño acaba  
 Donde esa sombra veneranda empieza.

La mente audaz que se remonta, esclava  
 De insensata ilusion, esteriliza  
 Cuanto llega á tocar, como la lava  
 Del Etna mugidor cuando desliza  
 Su corriente de fuego por el prado,  
 Trocándolo en horror, humo y ceniza.  
 Dejemos, pues, dejemos serenado  
 El pensamiento en la corriente pura  
 De la vida que Dios nos ha trazado.  
 No entreguemos el alma á la locura,  
 Que nunca hallaron alas las quimeras  
 Para llegar de Dios hasta la altura.  
 Las alas de la fe son más ligeras,  
 Con ellas puede el corazón librarse  
 Del hondo tedio y las angustias fieras.  
 Luchar en noble lid y remontarse  
 En busca de la gloria, es noble empeño  
 Á que todo mortal debe entregarse;  
 Mas ¡ay! la gloria terrenal es sueño,  
 Y aquel que, loco, en su ambición, se empeña  
 En ser un Dios al contemplarse dueño  
 De ansiados lauros, y medir desdeña  
 Su pequeñez con la extensión creada,  
 Ese no se remonta, se despeña.  
 Sigamos cautos la vital jornada,  
 Que en ella el noble corazón lo es todo  
 Si va hacia Dios; si á su capricho, nada.  
 Yo bien sé—¡cómo no! si ya su lodo  
 Salpica hasta mi faz—que la impudencia  
 Sabe hallar en el alma su acomodo;  
 Que tiene su mercado la conciencia;  
 Que se juzgan hidalgos caballeros  
 Por el falso esplendor de la opulencia;  
 Que son los más audaces los primeros,  
 Y que hace tiempo por doquier se mira  
 Vestido el vicio, y la virtud en cueros.  
 Mas sé también que sobre el mundo gira  
 El sol de la verdad; sobre el cuitado  
 La esperanza sin fin; sobre la ira  
 La compasión de Dios; sobre el pecado  
 El ¡ay! doliente que Jesús lanzara  
 Al dulce impulso de su amor sagrado.....  
 . . . . .  
 . . . . .  
 . . . . .  
 —Yo ante mis ojos vi, distinta y clara,  
 La gloria del cantor: no la maldigo  
 Si mostró su esquivéz. La mente avara



Pare su curso aquí, y el lauro amigo  
 Quede á las plantas de los más dichosos,  
 De mi ferviente admiracion testigo.

Del cielo los torrentes caudalosos  
 Unos paran en mísera laguna  
 Y otros en campos de verdura hermosos.

Y tú, feliz mortal, á quien fortuna,  
 Indócil casi siempre y caprichosa,  
 Prodigó su favor desde la cuna;

Que te ha dado una madre cariñosa,  
 Perpétuo bienestar, franca alegría,  
 Discreta, noble y bendecida esposa,

Y que lleva á tu hogar la poesía  
 De un hijo de tu amor, para que sea  
 Brillante luz de tu vejez un día;

Tú debes empapar la noble idea

En la esencia de Dios, para que el mundo  
*Digno también de su bondad te vea;*

Tú debes mitigar el ¡ay! profundo  
 Del mortal infeliz, volviendo al cielo  
 En copioso raudal de amor fecundo

El alto dón con que sació tu anhelo;  
 Tú debes hacer propias las ajenas  
 Lágrimas ¡ay! del triste sin consuelo;

Que si Dios, en lugar de amargas penas,  
 A raudales te ha dado el bien que tienes,  
 Tú debes derramarlo á manos llenas.

¡Amor y caridad! Con estos bienes  
 Sentirás los más puros regocijos  
 Y eterno lauro ceñirá tus sienes,  
 Que pasará á los hijos de tus hijos.

FRANCISCO PEREZ ECHEVARRÍA.

### BELLAS ARTES.



« EN LA PRADERA. »—(Cuadro de Henry Moore.)





LOPE DE RUEDA.

## ESTUDIOS ACERCA DE NUESTRA HISTORIA LITERARIA.

### LOPE DE RUEDA

#### Y EL TEATRO ESPAÑOL Á MEDIADOS DEL SIGLO XVI.

**A**SOMBRO causa la facilidad con que historiadores y críticos han aceptado y propagado las especies más erróneas acerca de la escena patria, en lo tocante á sus primitivos orígenes y á su desarrollo y carácter en el siglo XVI. Tomando por artículo de fe los vagos recuerdos de Cervantes y del donoso y ameno Agustín de Rojas, casi todos han seguido humildemente sus huellas, sin advertir que esta excesiva confianza podía separarlos del verdadero camino.

Levantada sobre tan deleznable cimiento la historia de nuestras representaciones cómicas desde la aparición de Juan del Encina, á fines del siglo XV, hasta la época de su

apogeo, entrado ya el XVII, difícilmente habría logrado resistir el soplo de la verdad. Así la vemos desmoronarse á medida que una crítica severa desentraña y depura los orígenes del teatro español, haciéndose cada vez más necesario reconstruir el edificio con los nuevos materiales allegados por la erudición y el buen criterio.

De las noticias autorizadas sin maduro exámen, hasta por maestros como Lista y Martínez de la Rosa, muchas se han ya quilatado y puesto á su verdadera luz, con demostración documentada y auténtica, en el extenso prólogo que acompaña á las *Farsas y Églogas* de Lucas Fernandez, publicadas por la Academia Española, y en el de la *Tragedia llamada Josefina*, impresa por la Sociedad de Bibliófilos. Pero como es imposible dar un paso en tan escabroso terreno sin



tropezar con datos y juicios equivocados, importa rectificar algunos muy admitidos al hablar de Lope de Rueda y del estado en que se hallaba por aquellos días el teatro nacional.

Tal es el fin á que se dirigen estos renglones, en los que necesariamente hay que dar á la investigación laboriosa, no siempre fácil, algo más que á los vuelos y arrebatos de la fantasía.

Como punto de partida cumple recordar aquí textualmente las palabras de Cervantes; las cuales desde que aparecieron en el *Prólogo al lector* puesto al frente de la imperfecta edición príncipe de sus *Comedias*, hecha en esta corte por la viuda de Alonso Martín el año de 1615, han sido el principal fundamento de cuanto se ha escrito de Rueda: «Los días pasados (dice aquel incomparable autor, regocijo de las musas) me hallé en una conversación de amigos donde se trató de comedias y de las cosas á ellas concernientes; y de tal manera las sutilizaron y atildaron, que, á mi parecer, vinieron á quedar en punto de toda perfección. Tratóse también de quién fué el primero que en España *las sacó de mantillas y las puso en toldo, y vistió de gala y apariencia*. Yo, como el más viejo que allí estaba, dije que me acordaba de haber visto representar al gran Lope de Rueda, varón insigne en la representación y en el entendimiento. Fué natural de Sevilla, y de oficio batihaja, que quiere decir de los que hacen panes de oro. Fué admirable en la poesía pastoril, y en este modo, ni entonces, ni despues acá, ninguno le ha llevado ventaja; y aunque, por ser muchacho, yo entonces no podía hacer juicio firme de la bondad de sus versos, por algunos que me quedaron en la memoria, visto ahora en la edad madura que tengo, hallo ser verdad lo que he dicho..... En el tiempo deste célebre español, todos los aparatos de un autor de comedias se encerraban en un costal, y se cifraban en cuatro pellicos blancos guarnecidos de guadamecí dorado, y en cuatro barbas y cabelleras y cuatro cayados, poco más ó menos. *Las comedias eran unos coloquios, como églogas, entre dos ó tres pastores y alguna pastora*. Aderezábanlas y dilatábanlas con dos ó tres entremeses, ya de negra, ya de rufián, ya de bobo y ya de vizcaino; que todas estas cuatro figuras, y otras muchas, hacía el tal Lope con la mayor excelencia y propiedad que pudiera imaginarse. *No había en aquel tiempo tramoyas, ni desafíos de moros y cristianos, á pié ni á caballo*. No había figura que saliese ó pareciese salir del centro de la tierra por lo hueco del teatro, *al cual componían cuatro bancos en cuadro, y cuatro ó seis tablas encima, con que se levantaba del suelo cuatro palmas*; ni menos bajaban del cielo nubes con ángeles ó palmas. *El adorno del teatro era una manta vieja, tirada con dos cordeles de una parte á otra*, que hacía lo que llaman vestuario, detrás de la cual estaban los músicos *cantando sin guitarra* algun romance antiguo. Murió Lope de Rueda, y por hombre excelente y famoso le enterraron en la iglesia mayor de Córdoba, donde murió, entre los dos coros, donde también está enterrado aquel famoso loco Luis López.»

Hasta aquí Cervantes.

El regocijado autor del *Viaje entretenido*, cuyo testimonio invocan también como grande autoridad casi todos los que hablan de Lope de Rueda ó se proponen dar idea del estado del teatro en vida de tan peregrino ingenio, se ex-

presa de esta suerte en su famosa *loa* escrita en alabanza de *la Comedia*.

«Y porque yo no pretendo  
Tratar de gente extranjera,  
Si de nuestros españoles,  
Digo que Lope de Rueda,  
Gracioso representante  
Y en su tiempo gran poeta,  
Empezó á poner la farsa  
En buen uso y orden buena;  
Porque la repartió en actos,  
Haciendo «*introito*» en ella,  
Que ahora llamamos loa,  
Y declaraba lo que eran  
Las marañas, los amores;  
Y entre los pasos de veras  
Mezclados otros de risa,  
Que porque iban entre medias  
De la farsa, los llamaron  
Entremeses de comedias;  
Y todo aquesto iba en prosa  
Más graciosa que discreta.  
*Tañían una guitarra,*  
Y esta nunca salía fuera,  
Sino adentro, y en los blancos,  
Muy mal templada y sin cuerdas  
Bailaba á la postre el bobo,  
Y sacaba tanta lengua  
Todo el vulgacho, embobado  
De ver cosa como aquella.»

Los datos reunidos en las anteriores citas son de dos clases: biográficos é históricos. Empezaré por hacerme cargo de los primeros, y después procuraré demostrar cuánto yerran aquellos escritores que únicamente se apoyan en los segundos al apreciar las circunstancias del teatro español y los medios materiales de que disponía en el siglo XVI.

Las noticias que nos suministra Cervantes dan á conocer la patria y profesión de Lope de Rueda; su extraordinario talento de poeta y representante; los papeles en que más sobresalía; la ciudad en que terminó su existencia, y el augusto lugar donde fué enterrado. Sin estas ligeras indicaciones de aquel portentoso ingenio, acaso ignorásemos todavía algunas de esas particularidades; pues si Amador de Loaysa, en el soneto que precede á la *Comedia llamada Eufemia*, declara que Rueda fué sevillano, y Francisco de Ledesma, en otro soneto impreso en la última hoja de la *Comedia llamada de los engañados*, dice que falleció en Córdoba; ni éstos ni Juan de Timoneda expresan en la edición de tales obras, hecha en Valencia el año de 1567 (la cual hasta ahora reconocen todos como edición príncipe), el primitivo oficio de aquél á quien su amigo y colector el mismo Timoneda, también poeta famoso de aquella edad, denomina con razon harta «*pielago de las honestísimas gracias y lindos descuidos, único y sólo entre representantes, luz y escuela de la lengua española.*»

De Cervantes, pues, que no de las antiguas ediciones de Lope de Rueda (rarísimas aun entre los más diligentes bibliógrafos), han ido todos copiando tales noticias de dos siglos y medio á esta parte; ya expresando de quién las tomaban, como Nicolás Antonio, ya omitiéndolo, como Arana de Valflora, Moratín, Colón y Colón, y otros. ¡Lástima que en tan dilatado tiempo no se creyese necesario recurrir á las fuentes para comprobarlas ó ampliarlas y esparcir alguna más luz sobre la vida del poeta!

Sólo un dato, con cierto carácter de auténtico, añaden los





BELLAS ARTES.—«¿VENDRÁ?»—Cuadro de C. Becker.—(De fotografía de la «Sociedad fotográfica Berlinesa».)



modernos biógrafos á los que nos suministra el inmortal autor del *Quijote*: y es, que en 1558 se hallaba Lope de Rueda en Segovia, donde el 15 de Agosto, día de la Asunción de Nuestra Señora, representó una gustosa comedia en las fiestas celebradas con motivo de la traslación del Santísimo Sacramento á la nueva catedral. El primero que da esta noticia, recogida en la *Historia de la insigne ciudad de Segovia*, fruto de la verídica y elegante pluma de Diego de Colmenares, es, si mal no recuerdo, el bibliotecario don Casiano Pellicer en su diminuto y superficial *Tratado histórico sobre el origen y progresos de la Comedia y del Historionismo en España*, bien que callando el día de la representación y equivocando el año, pues supone que se efectuó aquella sagrada ceremonia en 1557. Al rectificar el yerro, nuestro sabio D. Martín Fernandez de Navarrete añade estos renglones á continuación del texto de Colmenares: «Vemos, pues, á Lope de Rueda representando con su compañía en Segovia cuando Cervantes tenía once años de edad, y no sería extraño que, residiendo sus padres en Alcalá, hubiesen ido con sus hijos á ver unas funciones que de tal modo atrajeron gente de toda Castilla. En vista de esto es de inferir que Lope continuase sus representaciones por las principales ciudades comarcanas, como Toledo, Alcalá, y especialmente Madrid, donde se fijó la Corte hácia el año de 1560, y donde probablemente concurrió á oírle el famoso Antonio Pérez, como se infiere de dos lugares de sus cartas que explicó el Sr. Ríos, aunque equivocando la época.»

Corta edad era sin duda la de once años para que la retentiva de Cervantes hubiese podido entonces recoger y guardar los versos pastoriles de Lope de Rueda que aún recordaba en la vejez. Pero siendo muy verosímil, como indica Navarrete, que en los subsiguientes años recorriese el gran cómico sevillano las principales ciudades de Castilla, entre las cuales era importantísima por aquellos días la antigua Compluto, de quien se tiene por seguro que fué cuna y residencia del príncipe de nuestros ingenios, en ella pudo éste oírle recitar sus *coloquios* y *pasos* á la edad en que, despierta ya la inteligencia, se abre el corazón á toda clase de goces poéticos, dándoles acogida en el alma con entusiasmo juvenil que los grava para siempre en lo más íntimo de nuestro ser.

Envueltos aún en oscuridad los primeros años de Cervantes; teniendo visos de posibilidad la idea de que comenzara á estudiar en Alcalá de Henares, su patria, parece, en efecto, muy probable que allí ó en Madrid, donde la corte fijó su residencia por los años de 1560, es decir, seis años antes de aquél en que seguramente había fallecido ya nuestro gran Lope, le viese el futuro manco de Lepanto contrahacer las figuras del *bobo* y del *vizcaino*, admirando el atractivo de sus agudezas cómicas y deleitándose en aplaudirlas, cual si secreta voz le dijese que aquel festivo pintor de la naturaleza humana era uno de sus más ilustres precursores. También es presumible que le oyese recitar por entonces en alguna ciudad de Castilla el despues famosísimo secretario de Felipe II Antonio Pérez, fautor de tantas maldades y escándalos, el cual, segun observa Navarrete, no nació en 1544, sino en 1549; de donde resulta que al morir el gracioso autor de la *Medora* sólo tenía Pérez unos diez y seis años, y por lo tanto no estaba en edad ni en posición de hacer representar á Rueda en la corte, aunque el Barón de Schack

diga, con visible error, que lo cuenta en sus cartas el mismo Pérez.

La seguridad con que fija Moratín el año en que Rueda escribió cada una de sus piezas, estampando que corrió con su reducida compañía las provincias y principales ciudades de España, y enumerando las poblaciones de cuenta donde representó con extraordinario aplauso del público sus mismas obras, carece de sólido fundamento; no apoyándose, á mi ver, en cimiento más firme la terminante aseveración del propio Moratín, según la cual «floreció Lope de Rueda desde los años de 1544, en que empezó á darse á conocer, hasta el de 1560 en que probablemente murió.» Ni el texto de sus *comedias*, *coloquios* y *pasos* da luz para determinar con certeza en qué año se escribieron, ni hay documento conocido que acredite cuándo empezó á florecer en la escena el batihoja de Sevilla, aunque sospecho, con algun motivo, que hubo de ser antes de 1544; ni falleció en 1560, pues poseo un documento inédito donde consta que en 1561 representó en Toledo los autos del Corpus. Por grande que fuera la precocidad de Antonio Pérez, mal hubiera podido formar atinado juicio del mérito de Rueda habiendo éste dejado de existir antes de cumplir aquel doce años. Nuestro elegante Inarco Celenio (á quien siguen ciegamente D. Alberto Lista y D. Cayetano Alberto de la Barrera, y al que somos deudores de tantas curiosas noticias concernientes á los orígenes del teatro español) se habría hecho aún más acreedor al aplauso de los doctos no arrojándose á dar por cosa enteramente averiguada lo que en realidad no pasa de simple conjetura, y procurando en casos como el presente acreditar su dicho con pruebas capaces de disipar hasta la menor sombra de duda. Ningún esfuerzo para poner los hechos en su verdadero punto se hubiera estimado prolijo tratándose de Lope de Rueda, figura tan importante que forma época en la historia del teatro nacional. En estas materias siempre será para la buena crítica preferible omitir lo que no se sabe de fijo, ó declarar francamente que se ignora, á dar por exacto lo incierto y por seguro lo que aún está mal depurado.

En cuanto á mí confesaré con ingenuidad que ha sido inútil cuanto he hecho por adquirir en Sevilla y Córdoba noticias de Lope de Rueda que añadiesen algo á las ya vulgarizadas, ó que sirviesen cuando menos para demostrar su exactitud. Ni he tenido mejor fortuna en Segovia; antes bien se ha desvanecido en gran parte la esperanza que abrigaba al escribir el prólogo de las *Farsas* y *Églogas* de Lucas Fernandez. Entonces tuve ocasión de manifestar que habia efectuado más de un viaje á la ciudad del Eresma con el exclusivo objeto de inquirir si el archivo de su Catedral guardaba la pieza representada entre los dos coros por la compañía de Lope de Rueda en 1558, persuadido de que, existiendo, me permitirían copiarla. También deploré entonces amargamente no haber conseguido saberlo de positivo, ni logrado siquiera copia del título del poema, ni obtenido la menor noticia de los gastos ocasionados á causa de tal representación. Érame tanto más sensible el mal éxito de mis reiteradas gestiones, cuanto que un respetable amigo mío, dignidad entonces de aquella santa iglesia, me hizo entrever que la obra debía custodiarse allí realmente. Efectuado al fin en los primeros meses del año 68 un detenido y escrupuloso reconocimiento de los papeles relativos á la época en que se consagró y abrió al culto la nueva Catedral, me



persuadí de que no existe en su archivo la mencionada comedia.

Sin poner en duda el hecho de la representación, por referirlo un escritor tan puntual como Colmenares, hijo y cronista de aquella ciudad (el cual es de presumir que pudiera ver y registrar con holgura todos los papeles antiguos necesarios para entretener su historia), parece cosa extraña que en las *Cuentas de Fábrica* correspondientes al año de que se trata no se encuentre partida alguna relativa al coste del teatro erigido entre los coros, siendo así que aparece anotada en ella hasta la insignificante suma de dos ducados que en 27 de Agosto se dieron al campanero por tocar las campanas en las fiestas de la traslación, ni se halle en las actas capitulares (que registran determinaciones como la de 11 de Agosto para que viesan los Comisarios en qué sitio se colocaría un tablado donde el día 15 pudiera estar con comodidad la Condesa de Chinchón) rastro de acuerdo tocante á la comedia ejecutada en la iglesia misma, ni al contrato que naturalmente debió celebrar el Cabildo con el autor de la compañía llamada á representarla. De estos contratos de corporaciones eclesiásticas y seculares con los autores de compañías cómicas pudiera citar muchos ejemplos, y entre otros un memorial del italiano Mucio pidiendo al Ayuntamiento hispalense la paga de su compañía, que en 1538 (nótese bien la fecha) se había encargado de la representación de *autos en dos carros* por la estación del Corpus; curioso documento que existe en el Archivo municipal de Sevilla.

Sea de ello lo que fuere, ¿cómo no lamentar la pérdida de una obra que probablemente escribiría el mismo Lope de Rueda, y que, por la ocasión y el lugar en que hubo de representarse, debía pertenecer al género alegórico, tan común entonces en las fiestas eclesiásticas, como lo prueba el *entremés* ejecutado en nuestra Iglesia primada cuando en 1556 recibió el capelo el Arzobispo Juan Martínez Silíceo, maestro del gran Felipe II?

Si la *gustosa comedia* de la catedral segoviana llega á parecer algún día, me figuro que ha de dar á conocer una nueva faz del flexible talento cómico de Rueda, tal vez mostrando que quien tan admirablemente ponía de bulto los grotescos caracteres de que habla el autor del *Quijote*, era capaz de interpretar con igual primor otros de distinta naturaleza.

Pero dejemos el campo de las suposiciones y conjeturas, y veamos lo que hay de verdad en el bosquejo que Cervantes y Rojas hacen del teatro español en tiempos de Lope de Rueda. La opinión de tan esclarecidos autores, únicos á quienes suelen referirse los que tratan del asunto, era común á otros en los últimos años del siglo XVI y primeros del siguiente. Para convencerse de ello bastará poner atención en las *Alabanzas de la Comedia* que se hallan al fin de *Las seiscientas Apotegmas* de Juan Rufo, impresas en Toledo por Pedro Rodríguez en 1596, y de las cuales no han hecho mención nuestros historiadores literarios. Comparando con la pobreza antigua el esplendor y lustre de las comedias de entonces, en que, á juicio del discreto jurado, *raros escritores* sembraban sus riquezas

Cantando heroicas proezas  
Y á veces tiernos amores,

el poeta cordobés traza este lastimoso cuadro del estado de nuestra escena poco despues de mediar el siglo de oro de las letras españolas; cuadro anterior y muy parecido al que bosqueja el farsante madrileño en su *Viaje entretenido*:

« ¡Quién vió, apenas ha treinta años,  
De las farsas la pobreza,  
De su estilo la rudeza  
Y sus más que humildes paños!  
¡Quién vió que Lope de Rueda,  
Inimitable varón,  
Nunca salió de un mesón  
Ni alcanzó á vestir de seda!  
Seis pellicos y cayados,  
Dos flautas y un tamborino,  
Tres vestidos de camino  
Con sus fieltros gironados;  
Una ó dos comedias solas,  
Como camisas de pobre;  
La entrada á tarja de cobre,  
Y el teatro casi á solas.  
Porque era un patio cruel,  
Fragua ardiente en el estío,  
De invierno un helado río,  
Que aun agora tiemblan dél.  
Y porque estaba aún dudoso,  
Si un oyente siendo ilustre,  
Ú de razonable lustre,  
Incurría en licencioso.»

Por lo común estas noticias de Juan Rufo corren parejas con las de Cervantes y Agustín de Rojas, aunque en algo se acerquen más á la verdad. La prueba de cuánto se equivoca el autor de la *Austriada* al suponer que Lope de Rueda

Nunca salió de un mesón,

está clara y patente en el hecho de haber mostrado su talento aquel supremo representante en el lugar más augusto posible, en el interior de una catedral, el día de su solemne consagración. Ni hay para qué detenerse á rebatir la especie de que el insigne batilhoja

Repartió en actos la farsa  
Haciendo intróito en ella,

porque ya han deshecho esta equivocación de Rojas don Casiano Pellicer, Martínez de la Rosa, Lista, Schack y otros. Fuera de que con abrir las comedias de Rueda, divididas sólo en *escenas*, ó acudir á la *Propaladia* de Torres Naharro (á quien algunos historiadores del teatro suponen posterior al sevillano Lope (1), cuando floreció sobre cincuenta años antes), puede convencerse cualquiera de que el *intróito* era cosa corriente en comedias españolas desde fines del siglo XV.

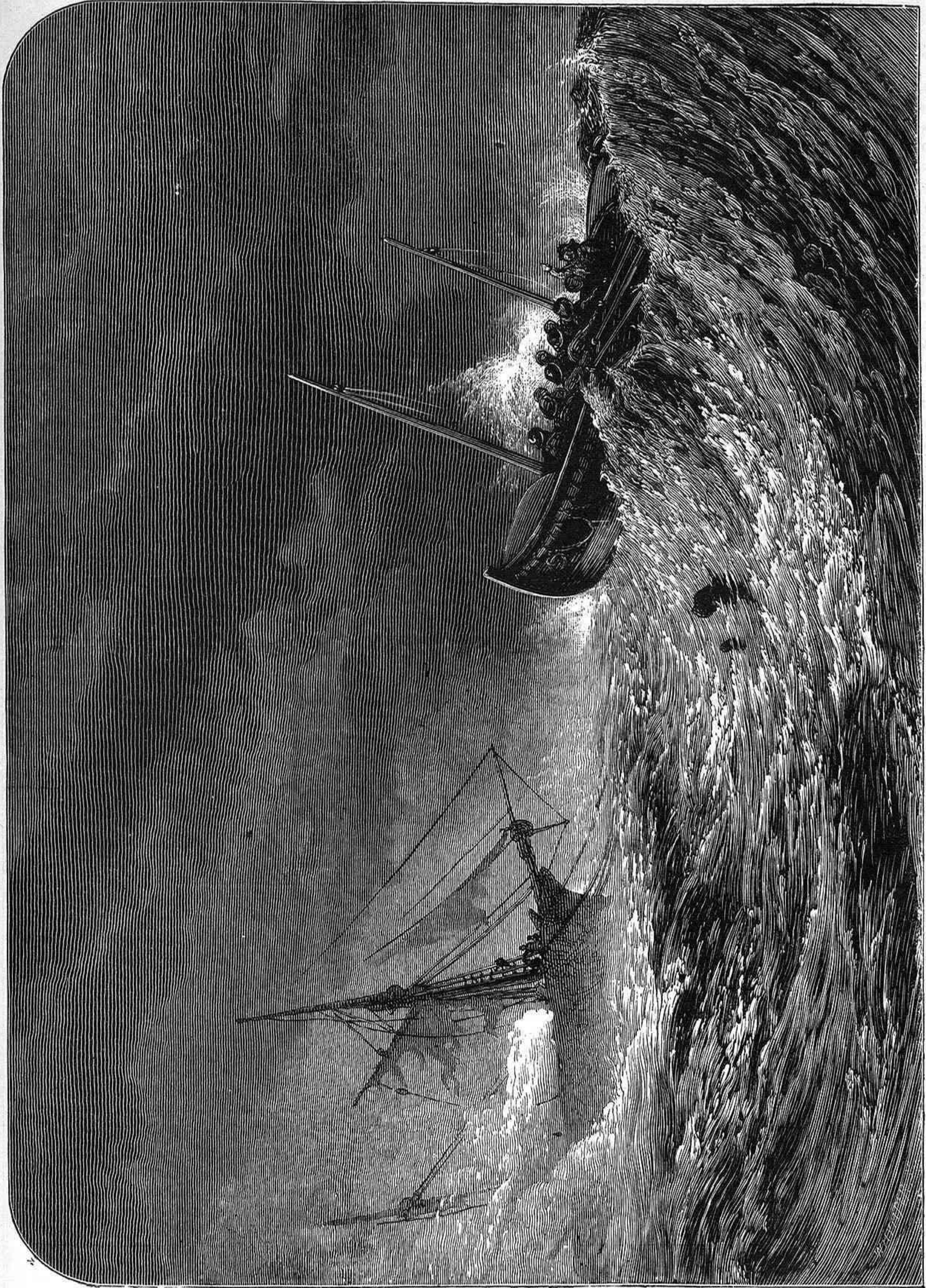
No, Lope de Rueda no fué el primero que *sacó las comedias de mantillas y las puso en toldo y vistió de gala y apariencia*, diga lo que quiera Cervantes. Lope de Rueda no

Empezó á poner la farsa  
En buen uso y orden buena

aunque lo afirme Agustín de Rojas y lo hayan repetido después casi todos, copiándolo unos de otros. Equivócanse grandemente aquellos que, por no pararse á reflexionar,

(1) En tan grave error ha caído también recientemente el benemérito escritor francés Germond de Lavigne, suponiendo que Torres Naharro *sobrevivió á Lope de Rueda*, y que hacia 1570 perfeccionó los teatros. Así lo afirma en el prefacio de *La Comédie Espagnole de Lope de Rueda*: Paris, 1883.





EL BOTE SALVA-VIDAS. — (ESCUOLA INGLESA CONTEMPORÁNEA.)



creen, con Martínez de la Rosa, que el testimonio del citado Rojas *tiene mucho peso en estas materias*, porque, según palabras textuales del autor del *Edipo*, «era muy avisado autor y representante, y poco posterior á Lope de Rueda, á quien probablemente alcanzaría en vida», y porque «son muy apreciables y dignas de crédito las noticias que dejó sobre el estado del teatro y de su profesión por aquellos tiempos.» El crédito que merecen las relativas á Lope de Rueda y á su época está á la vista.

Y se comprende bien que suceda así en muchos de los particulares que toca relativos á puntos relacionados con la historia del teatro; porque ni Rojas, que nació años después de muerto Lope de Rueda, se propuso más que hacer un libro para dejar *algun entretenimiento* á sus amigos, reuniendo en él las diversas *loas* que tenía compuestas y había recitado de pueblo en pueblo mientras vivió de la farsa, ni Cervantes aspiró en el *Prólogo* de sus Comedias á la puntualidad de historiador, sino á referir sencillamente los recuerdos de su juventud. Si en aquel escrito, donde empieza por declarar que va á salir algún tanto de su acostumbrada modestia, exagera la rudeza de anteriores representaciones, es, sin duda, para más encarecer la importancia de sus primeras obras dramáticas, y lo mucho que contribuyeron al progreso de la escena. Desahogo disculpable en quien, sintiéndose capaz de tan grandes cosas, se consideraba como arrojado del teatro, y veía convertidas sus comedias en blanco de amargas é injustas censuras.

Antes de Lope de Rueda había en España autores de obras representables, sin necesidad de recurrir al ya citado extremeño Torres Naharro (con cuyas comedias tienen las de aquél cierta esencial semejanza), que no le cedían en conocimiento de la naturaleza y del arte.

Partiendo del mismo punto, aunque en dirección más ideal, varios de esos ignorados ó mal juzgados predecesores del gracioso poeta y actor andaluz consiguen realizar una belleza á que debían dar posteriormente más brillo, mayor pompa y boato el Fénix de los ingenios y sus imitadores; pero sin aumentar quilates al mérito que la realizaba, y más bien haciéndole perder mucho del genial vigor y poética naturalidad. Á carecer de otros testimonios, la *Farsa en coplas*, de Alonso de Salaya, no citada por ningún bibliógrafo, y la *Tragedia Josefina*, de Miguel de Carvajal (impresa ya en 1535), desvanecerían sobradamente la infundada suposición que combató. La segunda, sobre todo, tiene escenas tan verdaderas, desarrolladas con tan bien imaginado artificio, escritas con tanta sencillez y ternura, que no hay en los grandes dramáticos del siglo XVII nada que las aventaje en retratar con delicado pincel los secretos impulsos del corazón. Si, pues, el teatro anterior á Lope de Rueda se ilustra con producciones de tamaña importancia, ¿puede sostenerse que este ingenioso tesoro de amenidad y de chistes *sacó de mantillas las comedias*, las cuales, sin necesidad de su ayuda, habían soltado hacía tiempo los andadores?

Innumerables son las piezas escritas con diversas denominaciones desde 1500 á 1560 que no pueden comprenderse en el número de los *coloquios como églogas entre dos ó tres pastores y una pastora*, en que, según Cervantes, se cifraban las comedias coetáneas del poeta sevillano. Á las que

registran los interesantes *Catálogos* de Moratín y de Barreira pueden añadirse las muchas desconocidas de ambos eruditos mencionadas en el *Prólogo* de las *Farsas y Églogas de Lucas Fernandez*; perteneciendo también á la época misma de Rueda las de su paisano Juan de Mallara, y la notable *Comedia de Sepúlveda*, que aún permanece inédita, y que se hubo de componer antes de 1547.

En varias de esas producciones, y muy señaladamente en la última, se emplea el resorte popular. Semejante circunstancia pone de bulto el yerro en que Ticknor incurre, no sólo cuando aventura que «exceptuando las representaciones dramáticas de carácter religioso, hechas bajo los auspicios de la autoridad eclesiástica, nada se había aún intentado en que tuviese parte el pueblo», sino al sostener que Lope de Rueda fué quien *acometió la empresa* de efectuar semejante cambio.

Y ya que incidentalmente ha salido á plaza la *Comedia de Sepúlveda*, escrita en galana prosa, cumple desvanecer aquí otro error acreditado por la docta pluma de Moratín. «La prosa familiar aplicada al teatro (dice el autor de *El sí de las niñas* refiriéndose á Lope de Rueda) no había tenido hasta aquella época escritores que la cultivasen, y este mérito le reservó la naturaleza precisamente en favor del que parecía menos dispuesto á conseguirle. Un sevillano, hombre del pueblo, sin maestros, sin estudios, aplicado á ganar la vida en un ejercicio mecánico, hizo en la escena española *una innovación* plausible y abrió á los autores dramáticos un *nuevo camino* que no acertaron á seguir.»

El nuevo camino de escribir las comedias en prosa no lo abrió Lope de Rueda. Moratín mismo da en su *Catálogo* idea de una comedia *Serafina* distinta de la de Torres Naharro, impresa en Valencia por Jorge Costilla en 1521; y si bien presume que nunca se representase composición tan obscena, hace notar que el autor *hubo de suponer que podría ponerse en el teatro*.

Además, la *Comedia de Sepúlveda*, también escrita en muy buena prosa, data, por lo menos, de la misma fecha que las más antiguas de Rueda; es, como ellas, imitación de las que producían entonces las musas italianas, dado que se asemeja en más de un punto á *El Nigromante* de Ariosto, y deja ver en su interesante diálogo tal vez más fogosidad y verdad afectiva, mayor conocimiento de los efectos escénicos, y no menor dominio en el manejo del idioma.

Demostrado ya que antes y en tiempo de Lope de Rueda contaba el teatro español con obras de igual ó más complicado artificio que las del famoso batihoja; siendo notorio que por aquellos días nuestros farsantes representaban la *Castidad de Susana*, interviniendo en la fábula *diez y nueve* personajes, y la *Tragedia de Lucrecia*, en que, amén de la heroína, se introducen ambos Tarquinos, Colatino, Lucrecio, Junio Bruto, Publio, Valerio y otros interlocutores; pudiéndose afirmar con pruebas irrefutables que las musas teatrales cultivaban entonces en nuestra patria, con más ó menos perfección, con mayor ó menor tino, y á veces con maravilloso instinto dramático, todos los géneros llevados con posterioridad al apogeo, ó desnaturalizados y viciados por el ansia de producir mucho prefiriendo la novedad y el vulgar efecto á la representación de figuras humanas dotadas de verdadera realidad poética, veamos si los teatros y el ajuar de las compañías eran como los pinta Cervantes.



El Barón de Schack tiene por probable que el autor del *Quijote* sólo viese representar á Lope de Rueda los *pasos* y *églogas* en verso, no las *comedias* y *coloquios* en prosa, con personal más numeroso y asuntos más variados, é inclinase á pensar lo contrario de lo que dice el príncipe de nuestros ingenios, porque en ciertas comedias, como *La Eufemia* y *Los Engaños*, de nada habrían servido los trajes pastoriles, y hubiera sido imposible representar *La Armelina* sin un aparato escénico más complicado.

La observación es muy justa. De poco habrían servido los cuatro pellicos blancos guarnecidos de guadamecí dorado, las cuatro barbas y cabelleras y los cuatro cayados de que habla Cervantes, para aderezar y caracterizar al feroz Tarquino, á la romana Lucrecia, á la bíblica Susana, ó bien á la doncella disfrazada de paje y á los galanes y caballeros de la *Comedia de Sepúlveda*. Cuatro míseros pellicos eran, en efecto, muy poca cosa para vestir á los diez y nueve interlocutores de la *Historia de Sancta Susanna* aunque se hubiese hecho con ellos lo que con las monteras de Sancho. Y no se alegue que nuestros representantes en todo pensaban en aquella era menos en poner en armonía el traje de las diversas figuras con el usado en los tiempos á que se refiere la acción. En este punto hay sin duda mucha diferencia entre lo que hoy se exige á los actores y lo que entonces pasaba con los farsantes; no siendo ni verosímil que pidiera nadie á sus vestidos histórica propiedad, cuando los príncipes de mayor ilustración no la echaban de menos en las tablas, lienzos y frescos de los más grandes pintores. Mas téngase por indudable que á la sazón existía en el atavío de los cómicos cierta propiedad relativa, fundada en la diversa condición social de los personajes.

Fuesen griegos ó romanos, modernos ó antiguos, y siempre acomodándose al uso corriente en cuanto á la forma, vestíanse el príncipe como príncipe, el soldado como soldado, el pastor como ovejero. Así lo dan á entender las viñetas ó figurillas que al frente y entremedias de las farsas impresas aspiraban á dar idea de los interlocutores, sin que pueda estimarse inexacta la observación porque en obras diferentes aparezcan reproducidas unas mismas láminas. Fuera de que no empleando vestimenta adecuada á la diversa condición de aquellos habría sido imposible representar ciertas escenas que se fundan en el cambio de vestidos, como acontece en la *Comedia de Sepúlveda* cuando el astuto Parrado se aprovecha de la ropa del Nigromántico para burlar á su celosa consorte. ¿Habría dispuesto una ley, promulgada en 1534 por el Emperador Carlos V y su madre D.<sup>a</sup> Juana, que lo prohibido y mandado en ella sobre el lujo de los trajes se entendiese asimismo «con los comediantes, hombres y mujeres, músicos, y las demás personas que asisten en las comedias para cantar y tañer», si todos los aparatos de un autor se hubiesen encerrado entonces en un costal, cifrándose en cuatro pellicos y en cuatro barbas y cabelleras?

Lo mismo que en esto se equivoca Cervantes al describir lo que eran nuestros teatros. No ya durante la primera mitad del siglo XVI, sino al principio del siguiente, cuando el monstruo de la naturaleza avasallaba la escena, llenando el mundo con la fama de su prodigiosa fecundidad, las compañías ambulantes improvisaban en pueblos y aldeas teatros tan humildes, y aún más, si cabe, que el descrito por el autor del *Quijote*. Y sin embargo, veinte años antes de esa época

se hacía un cargo al secretario Antonio Perez por haber tenido en las comedias, todo el invierno de 1581, «un aposento, aderezado con tapices y sillas, que le costaba cada día treinta reales», al cual asistió más de una vez con la Princesa de Éboli.

Cuando aún no se habían habilitado en Madrid para representaciones cómicas los corrales de la *Pacheca* y de *Burguillos*, existían ya en Sevilla y Valencia teatros estables de cierta amplitud, sin los cuales no se habrían podido representar las mejores obras de aquel tiempo. Desde el descubrimiento de América era Sevilla el lugar más populoso, de mayor comercio y más rico de España; y por consecuencia, junto con mayor ociosidad y disipación, había en él más incentivos para las artes agradables. La afición á las comedias fué siempre tan grande en la capital de Andalucía, que, no ya en teatros públicos, sino en casas particulares, se representaban allí desde el reinado de Carlos V en condiciones muy diversas de las descritas por Cervantes. El diálogo que sirve de introducción á la *Comedia de Sepúlveda* manifiesta que en Sevilla las comedias se ejecutaban por la noche, en casa donde solían desde muy temprano llenarse todos los asientos hasta el punto de haber de cerrar las puertas para impedir mayor afluencia de gentes, entrándose cualquier poetastro á ver la representación, como por derecho propio, con sólo haber hecho dos coplas mal trobadas ó torcidas, según dice uno de los interlocutores de dicha comedia. ¿Necesitaré esforzar el argumento, cuando viene á corroborar mi opinión el testimonio irrecusable, aunque desconocido hasta ahora, de un poeta cómico sevillano anterior á 1547?

Por lo mismo que en aquella edad pugnaba el teatro profano por sobreponerse al religioso, procurando anular su influjo en la multitud y cobrando cada día mayores vuelos, puede razonablemente presumirse que no desperdiciaría ocasión de utilizar para sus fines los elementos que daban tanto esplendor á las representaciones eclesiásticas. Cuáles eran estos poco después de mediar un siglo tan fecundo en maravillas, nos lo dice el *Auto de San Justo y Pastor*, compuesto por Francisco de las Cuevas, representado en las célebres fiestas con que recibió Alcalá de Henares en 1568 las sagradas reliquias de sus patronos.

Y pues ya hemos visto cuán erróneas son las noticias de que se han servido hasta hoy los que han tratado de este asunto, al apreciar lo que era el teatro español mientras vivió Lope de Rueda, fijemos la atención en sus obras.

Siendo, como es, el poema dramático expresión poética de la verdad humana, fácilmente se concibe que ningún otro le supere en importancia como documento histórico. No ya cuando el drama corresponde á su propio sér inspirándose y nutriéndose en el espectáculo de la vida real para depurarla y reducirla á formas artísticas cimentadas en base tan duradera, sino hasta en aquellos días en que se aparta del profundo estudio y atinada representación del hombre, procurando suplir con exuberante pompa lírica la carencia de pasiones y caracteres tomados del natural, siempre contiene alguna indicación, algún rasgo por donde venir en conocimiento de cómo pensaba y sentía el público llamado á juzgarlo, ó de cuál era el espíritu, cuáles las costumbres



predominantes en la patria del poeta. Se ha dicho, no sin razón, que si poseyéramos suficiente número de novelas y comedias griegas y romanas, por ellas habíamos de conocer la antigüedad mejor que por las bien compuestas historias de Herodoto y de Livio, de Xenofonte y de Tácito.

Las comedias, sobre todo, son como espejo donde más ó menos claramente se reproduce la fisonomía del pueblo á quien se destinan. De no ser así, el espectador que al verse moralmente retratado no se reconociese en el trasunto, acabaría por tener en poco el espejo y lo arrojaría con desdén. Esta índole esencial del drama, que lo hace de condición superior á los demás partos del ingenio, pues no hay ninguno que más necesite dar á los seres fantásticos espíritu y movimiento capaces de competir con la realidad y aventajarla poniendo en relieve las ridiculeces ó excelencias de las costumbres sociales, dice con harta elocuencia que ni la poesía lírica, ni la épica, ni la novela misma, que también ha de buscar en lo real su principal alimento, reflejan la vida interior del hombre con la claridad é intensidad del poema dramático, ni dan como él la clave para descifrar arcanos históricos de difícil explicación.

Lope de Rueda es ejemplo vivo de esta verdad.

Á diferencia de lo acaecido en Francia, donde el afán de imitar la literatura italiana sofocó desde los albores del Renacimiento el libre impulso de la inspiración nativa, nosotros, que seguimos también las corrientes de Italia por virtud de las conquistas del Gran Capitán y de las subsiguientes y cada vez más estrechas relaciones de España con tan hermosa península, tomamos no poco de su teatro; pero supimos acomodarlo mejor que los franceses á la propia índole, descartando de nuestras imitaciones el espíritu escéptico, frío y groseramente burlón que á principios del siglo XVI afeaba casi todas las comedias de los poetas italianos. No quiere eso decir que falten en nuestro antiguo repertorio dramático tristes ejemplos de la vergonzosa inspiración que se deleita pintando en toda su desnudez los horrores y fealdades del vicio; pero, por punto general, aún las más lúbricas piezas españolas de aquellos tiempos carecen de la diabólica intención que descubren las de Cecchi, Maquiavelo, Aretino y otros compatriotas suyos de alta nombradía. De ellos aprendimos el arte; á ellos imitamos directamente en la manera de disponer y desarrollar el drama; sus novelas y comedias dieron no pocas veces asunto á nuestros primeros vates. Mas á pesar de tenerlos por maestros (como todos ó casi todos los demás pueblos de Europa), nunca renegamos de las peculiares condiciones de nuestra genial inspiración, ni subordinamos á ideas extrañas nuestro modo de pensar, ni permitimos que el extranjero despotizase en nuestros usos y costumbres, ni llegamos á prescindir sistemáticamente del respeto debido á la religión de nuestros padres. ¡Cuánto mejor no hubiera sido, en vez de malgastar el tiempo y desaprovechar la erudición esforzándose inútilmente por demostrar que en materia de teatro llevamos á Italia la delantera (opinión sostenida con empeño por famosos eruditos españoles del siglo anterior y del presente), haber apreciado con espíritu sereno hasta qué punto nos fué entonces perjudicial ó ventajoso el influjo de aquella literatura! ¿Consiste acaso el patriotismo en halagar sin fundamento la vanidad nacional, exponiéndose á justas reconvenciones de los agraviados por tan temerarios juicios?

Timbres nacidos de la mentira ó del error no pueden honrar ni satisfacer á nadie.

La afluencia de mercaderes genoveses que mantenían trato y frecuente comercio con Italia, hizo aún más común en Sevilla el conocimiento de su idioma, y contribuyó también á difundir el deseo de estudiar la literatura de un pueblo que hablaba tan rica y hermosa lengua. Superior entonces el teatro italiano á todos los demás de Europa, aunque tocado, por desgracia, de mal espíritu, ¿cómo no había de introducir en el alma de los escritores sevillanos algo de su virus ponzoñoso, existiendo en aquel emporio de riqueza y cultura hombres como Rodrigo de Valero y el canónigo Juan Gil, vergonzantes partidarios y secretos propagadores de la secta luterana? Las comedias de Aretino, tan encomiadas é imitadas en la de *Sepúlveda*, formaban allí las delicias de casi todos cuantos escribían para la escena. ¿Y qué viene á ser, en resumen, el teatro de Aretino? La más acabada expresión de la licencia, que, sin atreverse á romper abiertamente con la fe religiosa, arraigadísima en el corazón de Italia, se aprovecha del grito de rebelión que halla tanto eco en algunos pueblos del Norte, no para desahogarse contra el dogma, ni acaso contra la Iglesia, mas para degradar ó envilecer las más elevadas jerarquías eclesiásticas, para romper la traba del respeto á la moral, á las costumbres, al honor, á la decencia, á todo lo que puede contener en límites decorosos al hombre sociable y distinguirlo de las bestias sujetas á los apetitos del vientre. ¡ Hermoso fruto, que produce la semilla protestante aún en países católicos!

Á las sugerencias de este mal espíritu debió ceder nuestro batihoja cuando escribió *las cosas no lícitas y mal sonantes* que quitó de sus comedias el ilustre colector valenciano Juan de Timoneda al «ponellas en orden y sometellas bajo la corrección de la sancta madre Iglesia.»

Á pesar de haber seguido tan de cerca á los italianos, Lope de Rueda es un poeta eminentemente español. Explícase este fenómeno considerando las varias fuentes en que bebió su inspiración, los diversos elementos que constituyen sus obras, y más que nada, quiénes fueron sus maestros. Extraña parecerá esta opinión al que recuerde lo que ha dicho Moratín. Segun él, Lope de Rueda fué un hombre del pueblo, *sin maestros y sin estudios*. Pero aunque fuera cierto, cosa punto menos que imposible de esclarecer (porque no han llegado á nosotros más noticias que las ya mencionadas, é ignoramos por completo los pormenores de su educación y juventud), siempre quedaría demostrado, por el mismo proceso de sus escritos, que no va fuera de juicio mi parecer.

Sin estudiar con ningún dómine ni cursar en ningún aula puede el hombre hacer estudios y tener maestros que influyan poderosamente en el desarrollo de su inteligencia, en la formación de su carácter y de su gusto, en la dirección y objeto de sus obras. Estos maestros (más eficaces, por lo común, que cualquiera otro) son los que él mismo se busca por la natural tendencia de su ingenio ó por la corriente de sus aficiones. De donde se deduce que Lope de Rueda tuvo maestros, y que, á fuer de discípulo aprovechado, los supo sacar airosos. Uno de ellos fué el teatro italiano, del cual, no sólo copió el argumento de sus cuatro comedias (hecho que me parece indudable, aunque no tenga todavía entera comprobación, y aunque historiadores y cri-





BELLAS ARTES.—«ESTUDIO» POR LERBACH.—(Grabado de Brend'amour.)

ticos le hayan buscado otra procedencia y distintas semejanzas), sino un cierto no sé qué de excesivamente artificioso en el giro y construcción de la frase cuando las personas que hablan se expresan en estilo levantado. El otro maestro de Rueda fué el famoso libro llamado *Celestina*, de quien dice un erudito alemán que, en la pintura de caracteres y en la propiedad del lenguaje puesto en boca de cada interlocutor, excede en mucho á cuanto nos ha quedado de escritores griegos y latinos. Modelo tan admirable despertó sin duda la vena cómica de nuestro sevillano, impulsándole

á buscar en la naturaleza (primero y principal maestro de quien recibió enseñanza) el prototipo de las figuras vulgares que tan fielmente reproduce y pone en relieve, ya en los pasos que forman *El Deleitoso*, ya en los que introduce en las comedias y coloquios pastoriles. Estas dos distintas influencias se dejan ver claro en sus obras; de tal suerte, que en el *Coloquio de Camila* y en el de *Timbria* hay pasajes que parecen de distintas manos. Tan grande es la diferencia entre el revesado lenguaje y estilo de *Socrato* y el sencillo de *Pablos Lorenzo*; entre el modo encopetado de



expresarse *Mesiflua*, y la encantadora naturalidad de *Ginesa* ó del simplicísimo *Leno*. En la pintura de estos caracteres vulgares, ni Cervantes mismo excede á nuestro poeta. Diríase que los fotografiaba moralmente, según se muestran parecidos á la realidad humana. De *Leno* y *Pablos Lorenzo* aprendió á estropear vocablos Sancho Panza, y á pesar de su extraordinario chiste, no excedió en gracia ni en donaire á sus humildes maestros.

Inclinado Lope de Rueda por natural disposición á lo verdadero, enemigo de lo falso, paga, sin embargo, tributo á la entonces predominante influencia de los libros de caballerías, en las disparatadas escenas de encantamientos que dan al *Coloquio de Timbria* tan extravagante colorido.

Schack encuentra en las obras de Rueda poca arte y poca poesía, porque pinta las personas con el carácter que tienen en la realidad. Precisamente por eso debió encontrarlas tan admirables Cervantes, el más gran conocedor y pintor de los misterios de la vida humana y de las virtudes, flaquezas y vicios de los hombres. Ni Plauto ni Lucas Fernández (que acaso le supera en retratar al *fanfarrón*) dan á conocer los varios matices de esta graciosa figura con el vigor y poética realidad con que los ofrece Rueda, ya le apellide *Vallejo*, como en *La Eufemia*, ya *Gargullo*, como en *La Medora*. Lo mismo sucede con las negras *Eulalia* y *Fulgencia*; con la *Gitana*, con el simple *Pajares*, con el paje *Grimaldico*, y con la mayor parte de las figuras que intervienen en sus diversas fábulas. Pero aunque menos acertado que en retratar á personas de la plebe, halla también acentos dignos y frases elevadas y tiernas cuando pinta situaciones ó personajes que lo requieren. No pudiéndosele imputar como vicio propio la extraña aparición de deidades paganas en simples comedias de costumbres (en *La Armelina* habla *Neptuno*, y la *Fortuna* en el *Coloquio de Camila*), por ser tan extravagante mezcla común á no pocas obras en la época del Renacimiento. Más atención y reflexión

merece el hecho, reiterado en tres distintas producciones de nuestro autor (*La Armelina* y los dos citados *Coloquios*), de prepararse al suicidio la heroína de cada cual de ellas, porque estando enamoradas intentan contrariarlas en sus amores. Juan del Encina había llevado también á tan criminoso extremo, por causas semejantes, á los protagonistas de sus églogas de *Zambardo y Cardonio* y de *Plácida y Victoriano*.

Por lo demás, ni la *Comedia Eufemia* tiene la chocante semejanza que Schack le encuentra con la novela de Boccaccio á que se refiere, ni proviene de otra novela de Bandello (á lo menos en nuestro Rueda) la *Comedia de los engañados*. El cómico andaluz imitó en ella fiel y directamente una pieza italiana, dividida en cinco actos, y generalmente desconocida, titulada *Gl'Inganni* (1); comedia representada en Milán ante la majestad de Felipe II, á la sazón Rey de Inglaterra, el año de 1547. Rueda hizo con esta obra lo que nuestro Ventura de la Vega en *La segunda dama duende* con *Le dominó noir* de Scribe.

El singular mérito de Lope de Rueda consiste en haber pintado al hombre con admirable y exquisita agudeza, no como lo soñaba, sino como lo veía. Si los escritores dramáticos que le sucedieron hubieran seguido por tal camino; si el maravilloso ingenio de Lope de Vega, de Tirso, de Calderón, de Moreto, no se hubiese apartado de esta senda, remontando la fantasía hasta perderse en las nubes sin hacer caso de la tierra, en vez de levantar el vuelo aguzando la vista para tenerla siempre, y muy principalmente, fija en el hombre hasta cuando se engolfaba en las mayores alturas de la exaltación poética, el teatro español del siglo XVII valdría más aún siendo tanto lo que vale.

MANUEL CAÑETE.

(1) *GL'INGANNI*, comedia del S. N. S. Recitata in Milano l'anno 1574. Venetia, MDLXVI.



MARINA. — (ESCUELA INGLESA CONTEMPORÁNEA.)



# ¿QUÉ HORA ES?

**N**o cabe duda de que la idea de establecer divisiones y subdivisiones en el tiempo, y por consiguiente, de medirlo, data de la aparición del hombre sobre la tierra, pues aunque no existieran documentos de la más respetable autoridad que así lo acreditan, la naturaleza misma de las cosas deja entrever que no ha podido ser de otra suerte. En efecto, las necesidades de la vida, dentro de las fases cambiantes que revisiten en cada momento histórico, entrañan un fondo común á todos los tiempos y lugares, y por eso la pregunta *¿qué hora es?* transmitida de siglo en siglo desde el albor de las sociedades, es una frase destinada á vivir tanto como la misma humanidad.

La primera medida sistemática del tiempo nació con los fundamentos de la astronomía. Los antiguos egipcios, que en este punto poseían ya conocimientos muy extensos, asignaban al año civil una duración de 365 días, y lo dividían en doce meses de treinta días cada uno, que se completaban al fin del año por cinco días ó *epagómenos*. Esta duración del año, aunque inexacta, puesto que su verdadero valor viene á ser, próximamente, de 365 días y un cuarto de día, fué admitida durante un trascurso inmenso, más bien á causa del respeto que inspiraba una regla sancionada por la costumbre y por los ritos sagrados de aquel pueblo, que á ignorancia del verdadero valor, pues no es de inferir que lo desconociesen, dado que llegaron á medir con bastante rigor otros períodos astronómicos de más difícil determinación.

Para comprender de qué modo se consigue determinar la duración del año, supóngase que se observa el momento en que el Sol, en su carrera anual aparente sobre la esfera celeste, pasa del hemisferio austral al boreal, tránsito que tiene lugar hácia el 21 de Marzo. Repitiendo la observación al año siguiente, se verá que entre las dos observaciones han transcurrido 365 días completos, más un cuarto de día, ó con toda exactitud, 365 días, cinco horas, 48 minutos y 47 segundos y medio. Hay que advertir que este valor no es el que resulta en un solo par de observaciones, como se acaba de describir, sino el promedio obtenido de un gran número de años, con lo cual el error que pudieran entrañar las observaciones queda así muy repartido ó sensiblemente anulado.

En lo que va expuesto no se ha dado al término *dia* otra significación que la que vulgarmente tiene. Trátase ahora de fijar bien las ideas sobre la verdadera significación de esta unidad fundamental del tiempo. Tomando las cosas en el sentido ménos técnico, puede decirse que *dia* es el intervalo que media entre dos pasos consecutivos del Sol por el

meridiano, ó lo que es equivalente, cuando se quiere una definición más acomodada á la práctica vulgar, el intervalo que media entre dos coincidencias sucesivas de la sombra de un gnómon sobre la línea de las 12 en un cuadrante solar; ó aún más simplificado: si sobre un piso bien horizontal se traza una recta que coincida con la dirección Norte-Sur ó meridiana, y en uno de sus puntos se levanta un estilete vertical, el *dia solar verdadero* de que aquí se trata, es el trascurso entre dos pasos sucesivos de la sombra sobre la expresada línea.

Suponiendo que se disponga de un reloj de máquina cuya marcha sea perfectamente uniforme, es decir, en que todas las causas de variación anormal, como son: la influencia del calor, que alarga más ó ménos el muelle ó el péndulo, el rozamiento desigual de los ejes y engranajes, etc., se hallen cuidadosamente corregidas, y si con un reloj que reúna tales condiciones, con un cronómetro, en suma, se mide el intervalo entre dos de los antedichos pasos, no tarda en percibirse que varía de una época á otra del año. La duración del día solar así definido no es, pues, constante; debiéndose esta variación, principalmente, á dos causas: 1.<sup>a</sup> á la inclinación del plano de la órbita aparente del Sol sobre el ecuador; 2.<sup>a</sup> á la desigual velocidad con que recorre esta órbita. La explicación del efecto que ambas causas producen no tiene mucho de complicada, si bien exigiría, para ser completa, una larga digresión, por cuyo motivo es preferible prescindir de ella, máxime cuando basta para el objeto aceptar la variación como un hecho, deducido por el procedimiento legítimo y esencialmente práctico de la observación cronométrica que se acaba de exponer.

Pero si la duración del día solar verdadero no es siempre la misma, se preguntará, ¿cuál es, en definitiva, el intervalo que responde á la expresada unidad? Nada más fácil que responder á esta pregunta. Para ello empíese por observar que aquellas diferencias no son muy considerables, y esto sentado, ocurre desde luego tomar la suma de duraciones de todos los días del año, dividirla por el número de los mismos, y obtener de esta suerte, en promedio, una duración que diferirá poco de la de un día dado, y que, por la razón misma de la sencilla operación aritmética de que procede, deberá llamarse *dia medio*; deduciéndose en consecuencia que el *tiempo medio* es el que hace relación á la unidad de este nombre.

Á poco que se reflexione no será difícil ir descubriendo que este día, y las veinticuatro horas en que se divide, diferirán, en general, del día y horas solares verdaderos, y que su existencia se funda, por decirlo así, en una especie de mecanismo celeste artificial; ni más ni ménos que si otro sol, que bien pudiera llamarse *ficticio*, puesto que no existe, ó con más propiedad *sol medio*, por el papel que desempe-



ña, se encargase de describir con movimiento uniforme su carrera aparente, encontrándose en todo momento delante ó detras del verdadero, segun que éste, por efecto de su marcha desigual, retarde ó acelere respectivamente su movimiento diurno. Tambien puede ocurrir que ambos soles tropiecen, lo cual tiene lugar cuatro veces durante el año, en cuyo caso el dia medio y el verdadero son de igual duracion y sus horas coinciden.

Despréndese de lo dicho que el sol verdadero efectúa, en general, su paso por el meridiano ántes ó despues que el ficticio, y como evidentemente el único objeto visible del cielo que puede utilizarse en estos casos es el primer sol, resulta que para hacer la referencia al tiempo marcado por el segundo, es indispensable conocer de antemano, para cada dia del año, lo que discrepa un paso de otro. Á llenar esta necesidad ocurre el cálculo matemático, por cuyo medio es dado construir tablas que den la diferencia del tiempo que ha de mediar entre ambos pasos, precisando los minutos y segundos que debe señalar, en adelanto ó en atraso, un reloj de máquina cuando el sol verdadero pasa por el meridiano, ó á *mediodía verdadero*. Por ejemplo, el 1.º de Enero de 1884 un reloj arreglado al tiempo medio debe marcar, en el momento en que dicho sol se halle en el meridiano, las 12<sup>h</sup> 3<sup>m</sup> 38<sup>s</sup>. Esta diferencia de 3<sup>m</sup> 38<sup>s</sup>, que se designa con el nombre de *ecuacion del tiempo*, va siendo mayor de dia en dia, hasta mediados de Febrero, en que llega á ser de 14 minutos y medio. Á partir de esta época disminuye, se anula por completo á mediados de Abril, y vuelve á hacerse sensible, aumentando gradualmente en sentido contrario, es decir, en atraso, hasta mediados de Mayo, en cuya época alcanza un máximo 3<sup>m</sup> 51<sup>s</sup>. Desde entónces disminuye poco á poco, se anula de nuevo á mediados de Junio, vuelve á establecerse en adelanto, alcanza un máximo

de 6<sup>m</sup> 15<sup>s</sup> en la última década de Julio, se anula el dia 31 de Agosto, se establece en atraso, llega á un máximo de 16<sup>m</sup> 19<sup>s</sup> á primeros de Noviembre, vuelve á disminuir, y se anula, en fin, hácia el 25 de Diciembre, á partir de cuya época se repiten otra vez las mismas fases. En donde se ve que en el trascurso del año hay cuatro máximos ó épocas de mayor diferencia entre el tiempo medio y el verdadero, á saber: dos en adelanto y dos en atraso, y cuatro épocas en que uno y otro tiempo van ácordes.

Tan breves detalles no bastan, en verdad, para dar á conocer el asunto en todos sus pormenores, pues para ello fuera necesario recurrir á demostraciones astronómicas impropias de este lugar, pero son más que suficientes para que la generalidad vaya entendiendo de dónde provienen esos adelantos y retardos que experimentan los relojes de pared y de bolsillo, áun los buenos cronómetros, que se supone han de poseer una marcha muy regular; y para que sepa manejar la tabla de la ecuacion del tiempo que suelen contener algunos almanaques, en donde se expresa qué hora ha de marcar un reloj á doce horas de tiempo verdadero. Hay que añadir que una misma tabla puede servir para muchos años, pues aunque en rigor la ecuacion del tiempo que corresponde á un dia dado, varia un poco de un año á otro, estas diferencias son insignificantes y siempre despreciables cuando se trata de arreglar un reloj para los usos ordinarios de la vida.

Esto entendido, hé aquí un resumen de la tabla, presentada de modo que puede saberse directamente la hora que debe señalar el reloj á mediodía verdadero. Para obtener la ecuacion, ó esta hora, en otro dia no indicado en la tabla, basta deducirla por una simple proporcion, tomando la de los dos dias más próximos, anterior y posterior, entre los cuales se halle aquél comprendido.

DIAS.	ENERO.	FEBRERO.	MARZO.	ABRIL.	MAYO.	JUNIO.	JULIO.	AGOSTO.	SETIEMBRE.	OCTUBRE.	NOVIEMBRE.	DICIEMBRE.
	h m s	h m s	h m s	h m s	h m s	h m s	h m s	h m s	h m s	h m s	h m s	h m s
1	12 3 45	12 13 48	12 12 33	12 5 59	11 56 59	11 57 31	12 3 30	12 6 6	11 59 58	11 49 44	11 43 42	11 49 8
5	12 5 36	12 14 14	12 11 42	12 2 47	11 56 34	11 58 10	12 4 14	12 5 48	11 58 40	11 48 30	11 43 43	11 50 43
10	12 7 44	12 14 28	12 10 29	12 1 23	11 56 15	11 59 6	12 5 3	12 5 12	11 56 59	11 47 6	11 44 2	11 52 54
15	12 9 38	12 14 22	12 9 7	12 0 4	11 56 9	12 0 8	12 5 40	12 4 21	11 55 14	11 45 53	11 44 42	11 55 15
20	12 11 15	12 13 58	12 7 39	11 58 54	11 56 17	12 1 12	12 6 4	12 3 16	11 53 27	11 44 53	11 45 43	11 57 42
25	12 12 33	12 13 17	12 6 7	11 57 55	11 56 39	12 2 16	12 6 15	12 2 0	11 51 43	11 44 11	11 47 5	12 0 12

Las nociones apuntadas suponen que se sabe determinar con suficiente exactitud el instante en que el Sol pasa por el meridiano. Algo se ha indicado más atras acerca del particular, pero sólo de un modo vago, que dista mucho de ser el que conviene á nuestro objeto, dado que quien se haya penetrado bien de aquellas nociones ha de desear naturalmente completarlas, iniciándose en la manera de determinar por sí mismo el meridiano, y de efectuar las observaciones con conocimiento de causa. Á este fin voy á exponer métodos prácticos tan sencillos, que no es dudoso serán inteligibles áun para aquellas personas que sólo posean los primeros rudimentos de geometría y geografía. Omitiré de intento el que consiste en servirse de una brújula, porque

debe saberse que la direccion de la aguja imantada difiere mucho de la del meridiano; además, aquella direccion varia con el tiempo, y es distinta en cada lugar de la Tierra.

Dispuesta horizontalmente, por medio de un nivel de aire ordinario, como el que usan los albañiles, una superficie plana *AB* (fig. 1.<sup>a</sup>), sobre la que se han trazado dos ó más circunferencias concéntricas *C* y *D*, levántese perpendicularmente desde el centro *O* un gnómon ó estilete *OE*, que puede ser una aguja larga de coser. Obsérvese por la mañana el momento en que el extremo *p* de la sombra arrojada por el gnómon toca una circunferencia, y márquese este punto con un lápiz; repítase la operacion por la tarde, sobre la misma circunferencia, divídase por mitad el arco *p q*

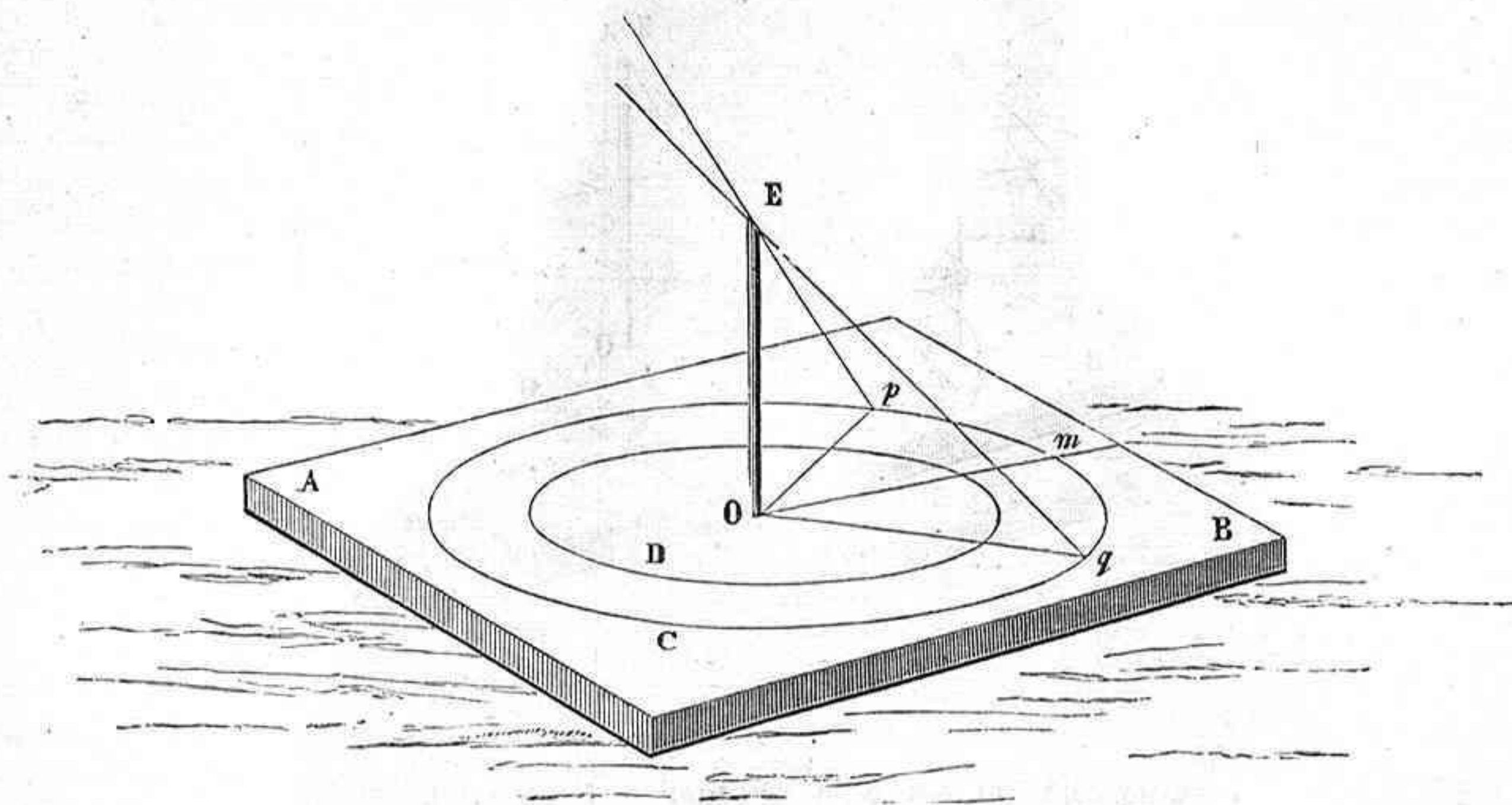




BELLAS ARTES.—«RECUERDO DE ESPAÑA.»—(Cuadro de Rougeron.—Grabado de Brend'amour.)



comprendido entre ambos puntos, y uniendo el medio  $m$  con el pié del gnómon, se tendrá la direccion del meridiano, ó sea la *meridiana*. Una sola circunferencia basta para obtener el resultado; pero conviene trazar dos ó más y repetir sobre ellas la operacion, á fin de que entre los diferentes resultados que cada una de ellas proporciona, discrepacias



que proceden de los errores inherentes á toda observacion, se pueda tomar un promedio y determinar la meridiana con mayor garantía de acierto.

Este procedimiento se funda en que las alturas del Sol, á un lado y á otro del meridiano, ó sea por la mañana y por la tarde, y á igual distancia del mismo, son iguales. De esta verdad, que es casi un axioma vulgar, se desprende, sin esforzar mucho el razonamiento, que las longitudes de la sombra del gnómon sólo pueden ser iguales ó tocar su extremo á una misma circunferencia cuando el Sol se halle á igual distancia, á uno y otro lado, del plano vertical ideal que pase por la meridiana. Es asimismo evidente que cuando el Sol se halle en este plano habrá llegado á su mayor altura sobre el horizonte, y por consecuencia, la sombra del estilete alcanzará entónces su mínima longitud. El procedimiento es susceptible del mayor grado de precision cuando se opera en los meses de Junio y de Diciembre.

Ocurre á veces que no es dado observar el paso del Sol por el meridiano, bien sea porque una nube lo impide, ó bien por inadvertencia, ó por cualquiera otra causa. Cuando se preve que dicha observacion no ha de ser posible, hay un medio de suplirla, para lo cual basta emplear el procedimiento siguiente, fundado en el que ha servido para trazar la meridiana. Anótese por la mañana la hora señalada por el reloj en el instante en que la sombra toca una circunferencia, y repítase la operacion por la tarde. Calculando la mitad del trascurso que media entre las dos horas anotadas, y añadiendo el resultado á la primera, se tendrá la que marcó el reloj en el momento del paso del Sol por el meridiano. Como la tabla da la que el reloj debió marcar en tal momento, la diferencia entre ésta, que es la exacta, y la del reloj, que se trata de saber si lo es, indica el error que éste afecta en adelante

lanto ó en atraso. Por ejemplo, el día 20 de Octubre señala el reloj,

en la primera observacion. . . . .	8h 20m 9s
en la segunda. . . . .	3 1 17

La diferencia de la primera á la segunda vale.. . . .	6 41 8
---	--------

pues hay que tener presente que para efectuar la resta se hace necesario añadir 12 horas á la segunda, toda vez que se han suprimido desde mediodia en adelante.

La mitad es. . . . .	3h 20m 34s
que añadida á la primera. . . . .	8 20 9

da para hora del reloj en el momento del paso	11 40 53
El Sol debió pasar en dicho dia, á. . . .	11 44 53
El atraso del reloj es, pues, de. . . . .	0 4 10

Corregido este atraso, adelantando las saetas de 4m 10s, se tendrá arreglado el reloj al tiempo medio.

Hay todavía otro procedimiento cuya parte teórica reclama mayor suma de conocimientos astronómicos que los dos precedentes, pero que, considerado en su parte práctica, que es la que aquí interesa, no tiene nada de difícil, siendo, en cambio, mucho más expedito que aquéllos, pues permite determinar directamente el mediodia medio, sin necesidad de recurrir á tablas especiales. Sirve al efecto una curva llamada *meridiana del tiempo medio*, en forma de 8 muy prolongado, cuya construccion se consigue por medio de las tablas adjuntas, que he calculado para las latitudes medias de la

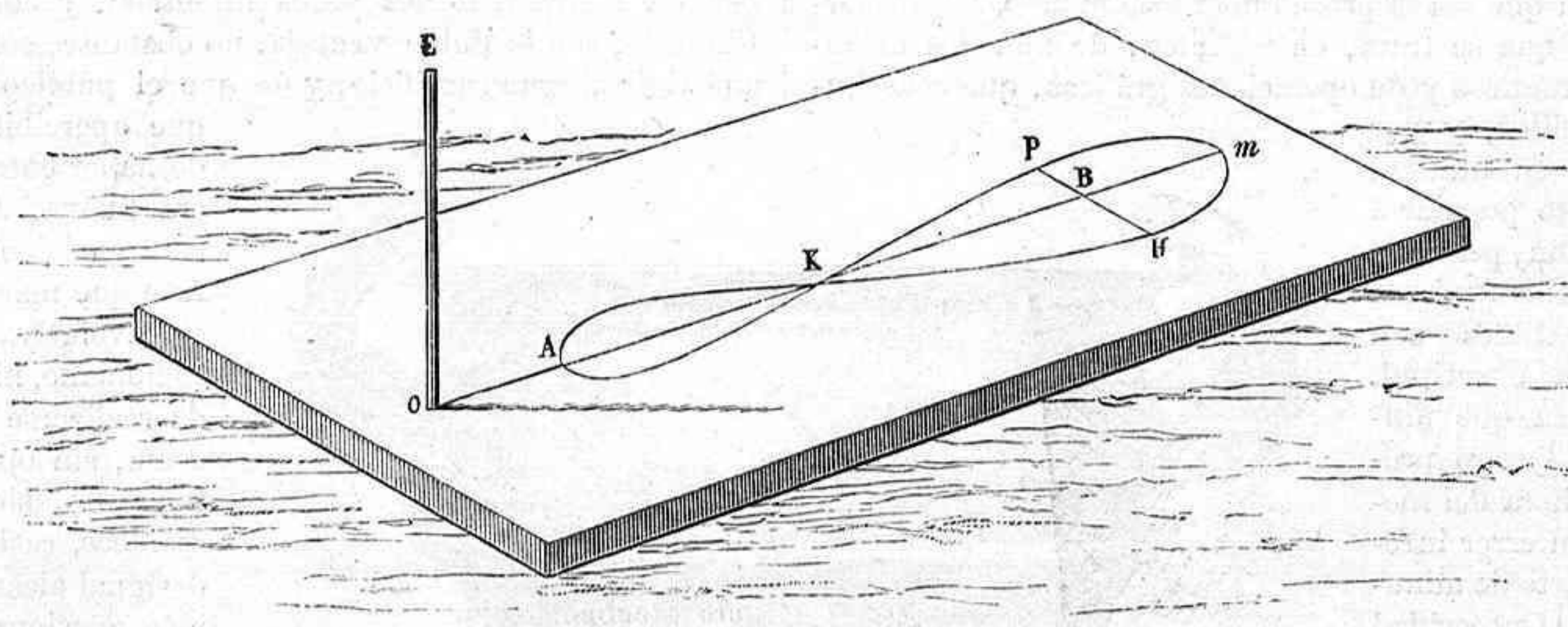


Península. Cada tabla consta de tres casillas: en la primera se dan las *abscisas*, ó dígase las longitudes que, á partir del pié gnómon, han de contarse sobre la recta meridiana; en la segunda y tercera, las *ordenadas*, ó distancias que á un lado y á otro de aquella recta, es decir, al Este y al Oeste, han de contarse para una abscisa dada. Obtenida la recta

LATITUD 39°			LATITUD 40°			LATITUD 41°		
ABSCISA.	ORDENADA.		ABSCISA.	ORDENADA.		ABSCISA.	ORDENADA.	
	ESTE.	OESTE.		ESTE.	OESTE.		ESTE.	OESTE.
47,7	0	0	51,5	0	0	54,2	0	0
51,2	1,8	0	55,5	2	2,3	61,8	2,7	3
60,6	2,5	2,8	64,4	3,6	3,5	67,5	3,4	4
63,2	2,6	4	67	3,8	3,4	70	3,2	3,7
75	1,8	3,9	81	3	2,6	84	2	2,7
95	0	3,2	99	0	0,5	103,3	0	0,5
101	0	0,5	104,5	0	0,6	108	0	0,9
141	7,2	0,6	144	7,5	7	147,8	8	7
191	15,2	7	195	17	13,9	197	16,6	13,6
225	18,5	14,6	236	20	17	245	22	17,3
232	19	17	244	21	16,5	352	22,5	16,9
273	17	16,5	305	16	10	304	18	14,7
326,5	5	15	338	6	0	355	6	0
329,5	2,5	0	341	3	0	358	3	0

meridiana *mo* (fig. 2.<sup>o</sup>) por los procedimientos descritos, considéresela como eje de abscisas, siendo punto origen el pié *o* del gnómon, el cual debe tener exactamente una longitud de 170 milímetros, suponiendo, por simplificar, que se toma por unidad de medida el milímetro. Elegida la ta-

bla correspondiente á la latitud más próxima á la del lugar donde se opera, se van tomando las abscisas *oB* y las ordenadas *BH*, *BP*, que allí se indican, se unen luego por un trazo continuo los extremos de éstas, y queda así construida la curva en forma de 8. Parece inútil indicar que en los pun-



tos en que la curva corta al eje de abscisas, las ordenadas son cero. El dato de la latitud puede adquirirse sobre un mapa de España.

Una vez delineada la curva con esmero, no hay más que observar cuándo pasa sobre ella la extremidad de la sombra, momento preciso del mediodía medio; pero como la sombra pasa diariamente, con solas cuatro excepciones durante el

año, sobre las dos ramas de la meridiana, cabe incertidumbre acerca de cuál de ellas es la que marca aquel momento, pues si es la del Oeste, el mediodía medio sucede ántes que el verdadero, y si la del Este, despues. Para evitarla, se hace necesario indicar sobre las mismas ramas los meses en esta disposición: del 25 de Diciembre al 15 de Abril, en la rama del Este, comprendida entre el extremo *A* de la curva más pró-



xima al pié del gnómon y la interseccion *K* con el eje de abscisas; del 15 de Abril al 15 de Junio, sobre la rama del Oeste, comprendida entre esta interseccion y el otro extremo *m*. De este dia al 31 de Agosto, y de aquí al 25 de Diciembre, se inscriben del mismo modo sobre las otras dos ramas, pero en órden inverso.

Si se quiere dar á la curva mayores dimensiones, basta tomar una unidad de medida mayor que el milímetro. Por ejemplo, dando al estilete una longitud de 170 centímetros, la meridiana resulta de 3 metros y medio. En tal caso es más conveniente adoptar otra disposicion, sustituyendo el gnómon por una placa metálica delgada, en la que se practica un agujero de un centímetro de diámetro, poco más ó ménos. La longitud de 170 centímetros se cuenta entónces sobre la vertical que ocuparia el gnómon, si existiese, situándose el orificio en su extremo superior. Si la placa se dispone en una ventana que mire al Mediodia, y se impide la entrada á toda otra luz que no sea la solar que pasa por el agujero, se obtiene el mejor efecto, aumentándose de un modo notable la precision de las observaciones. Ajustándose con escrupulosidad á todas estas prescripciones, se obtiene la hora con mucha aproximacion.

Como complemento á los procedimientos descritos, será útil indicar el que consiste en servirse de un sencillo instrumento construido por el fabricante Molteni, de Paris, que da la hora media con lá aproximacion suficiente, y cuyo coste es tan sólo de 75 francos. Este medio de conocer la hora pudiera, en cierto modo, ser considerado como ajeno á nuestro asunto, si no tuviera otro fin que obtener un resultado groseramente práctico ó con absoluto desconocimiento de la razon que lo explica; pero fijando la atencion en las consideraciones precedentes, no podrá ménos de aparecer con el carácter de natural complemento, puesto que deja entrever con toda claridad la relacion que enlaza la causa con el efecto.

Cualquiera que sea el procedimiento adoptado, debe tenerse en cuenta que se trata, en resúmen, de métodos exclusivamente prácticos y de operaciones gráficas, que constituyen su sencillez, y por consiguiente su utilidad para el objeto popular á que se destinan, pero que por esta sencillez misma son incompatibles con una rigurosa exactitud. Así se explica que ninguno de los cuatro proporcione la hora del mediodia con un error inferior á un cuarto de minuto. De aquí la necesidad de repetir durante algunos dias la observacion meridiana, para que sea dado conocer la marcha del reloj, pues si se quiere deducir tan sólo de dos ó tres dias consecutivos, sería fácil atribuir al reloj un defecto que en

realidad radica en el procedimiento. Por el contrario, cuando la marcha se deduce de dos observaciones separadas por un gran número de dias, diez, quince ó veinte, por ejemplo, el error inherente al procedimiento queda muy repartido y resulta insignificante. Únicamente despues de bien manifiesta la tendencia del reloj, en el sentido del atraso ó del adelanto, es cuando debe tocarse el registro.

Oportuno es consignar á este propósito que, por regla general, no existe en el mundo reloj alguno que pueda, con exactitud matemática, ajustarse al tiempo medio; y si esto sucede con los instrumentos mejor construidos, calcúlese lo que ha de suceder con los de uso ordinario. Lo que importa es que la variacion observada, cuando llegue á ser la menor posible, ó lo que es lo mismo, cuando el reloj alcance la mayor regularidad de que es susceptible, no exceda de un corto número de segundos por dia, y sea, sobre todo, sensiblemente constante, constituyendo así lo que se llama la *ecuacion del reloj*, porque mediante este factor será dado conocer la hora exacta en cualquiera época, sabiendo en un dia anterior cuál era el estado del instrumento. Por ejemplo, si el reloj quedó ajustado al tiempo medio á mediodia del 24 de Enero, y su ecuacion vale dos segundos en atraso, para tener la hora el 5 de Febrero habrá que añadir, á la que señale en este dia,  $2 \times 12 = 24$  segundos, que es lo que se ha atrasado en el intervalo de ambas fechas.

La necesidad de que los relojes públicos se rijan por el tiempo medio, y de desterrar para siempre la tradicional costumbre de hacerles seguir el curso del sol verdadero, es ya una simple cuestion de buen sentido. Y sin embargo, esta mejora, introducida en Paris á principios del siglo, y extendida de há tiempo á todas las grandes poblaciones de Europa, y áun á muchas de menor importancia, apenas es conocida todavía en España, pues á excepcion de alguna que otra capital populosa, no se ha adoptado en ninguna parte. La mejora es de un órden análogo al de la introduccion del sistema métrico, tantas veces intentada, y con dificultad admitida, con la doble ventaja, no obstante, sobre ésta, de no exigir ningun sacrificio, y de que el público no tendria

que apercibirse siquiera de haber entrado en una era nueva. Acaso entre las transiciones de fase á fase que marcan la marcha evolutiva del progreso humano, ninguna pueda realizarse á tan poca costa, sin oposicion, sin trastorno, sin esa lucha de ideas, casi siempre de desigual alcance, y tanto más apasionadas cuanto más pequeñas, de donde, con tanta frecuencia, lejos de brotar la luz, nace la densa oscuridad que á la verdad eclipsa.

JOSÉ J. LANDERER.

Tortosa, 1883.







BELLAS ARTES. — «COMENTARIOS.» — CUADRO DE KRAUS.

(De fotografía de la *Sociedad Fotográfica Berlinesa.*)



# LA RISA.

**L** principio fundamental de la *risa* estriba en la realizacion de un acontecimiento que choqua á nuestra naturaleza tanto más cuanto ménos lo esperábamos; á dicho supuesto deben referirse, si bien lo consideramos, todos y cada uno de los múltiples y diversos casos de esta índole, que se dan á cada momento en la vida de la criatura racional. En efecto: el hombre, único sér viviente que se *rie*, como es el único que habla y piensa, puede descubrir las causas de la *risa* fuera de sí mismo, así como dentro de su propia existencia; pero en uno y otro caso encontrará siempre el principio generador de semejante fenómeno en un choque inesperado entre el fenómeno realizado y la situación desprevénida en que le sorprendiera semejante suceso, ya resulte de las circunstancias, ora de la debilidad de nuestras facultades, ó bien de nuestra voluntad: de aquí se sigue, pues, que la *risa*, siquiera interna, siquiera, y esto es lo más comun, exteriormente manifestada por medio de ciertas contracciones que se manifiestan en el rostro, viene á ser, para explicarme filosóficamente, el resultado de una afirmacion y de una negacion, que recaen simultáneamente sobre un mismo supuesto; ó en otros términos: el choque, más ó ménos violento y agradable, que produce en nuestro espíritu el desengaño de haber atribuido simultáneamente á un mismo supuesto dos juicios contradictorios. Vamos, pues, á analizar, con motivo del asunto que ahora nos ocupa, alguna de las muchas ocasiones que en la vida se suelen presentar (porque no sería posible dar cabida aquí á todas ellas), y la conclusion de semejante análisis nos saldrá fiadora de la verdad que entraña el principio que acabamos de sentar.

Vemos á un enano que se baja para pasar por una puerta, y nos echamos á reir, sin querer. ¿Por qué? Porque le hemos visto hacer un movimiento que sólo lo efectúan las personas de estatura elevada, con cuyo motivo no podemos ménos de figurarnos, al pronto, que se trata de algun hombre alto; pero, al fijar la atencion en el sujeto, echamos de ver que sucede todo lo contrario. Entónces destruye en nuestro entendimiento la vista de su corta estatura el juicio que su ademán inadecuado nos habia sugerido; en una palabra: negamos lo que acabábamos de afirmar, y al supuesto que habia concebido nuestra mente, sustituimos en seguida el supuesto diametralmente inverso: de ahí el resultado del choque entre esas ideas opuestas, ó séase la *risa*, ó ya la *carcajada*, si es que dicho resultado se ha producido al exterior con carácter estrepitoso.

Vamos por la calle, en ocasion de ir delante de nosotros á pocos pasos, un individuo del sexo femenino, ó siquier *individua* (con perdon de la Academia, que sólo concede á



¡CARTA SUYA!

este vocablo la terminacion femenina en el estado adjetivo ó de calificacion), cuyo garboso continente, talle delgado, vestido costoso, etc., nos han hecho formar la idea de que aquella mujer es una *Vénus*. Aceleramos un tanto el paso, deseosos de ver aquella cara de cielo que nuestra imaginacion se ha forjado; pero ¡ay! al enfrentarnos con ella, nos encontramos con que se trata de una vieja fea y remilgada, con cuyo cruel desengaño no puede por ménos de asomar la *risa* á nuestros labios, ó séase de manifestar la *sonrisa*; operacion que por el bien parecer, tratamos de ocultar al objeto que nos la suscitó, volviendo el rostro á otro lado. ¿Cuál ha sido aquí el principio ocasional de nuestra *risa*? El haber afirmado simultáneamente del mismo supuesto estos dos principios contradictorios: que era jóven y hermoso, y que no era hermoso ni jóven.

Supongamos ahora que un tutor viejo y celoso acaba de cortar la cabeza de su retrato, hecho al óleo, de tamaño natural, por cuyo agujero asoma la cabeza á fin de ser testigo presencial, sin ser presenciado, de la conversacion que pasa entre su pupila y el pretendiente de la mano de ésta, cuya union quiere evitar á todo trance aquel Matusalen. Nosotros, que asistimos con la imaginacion á semejante imprevista

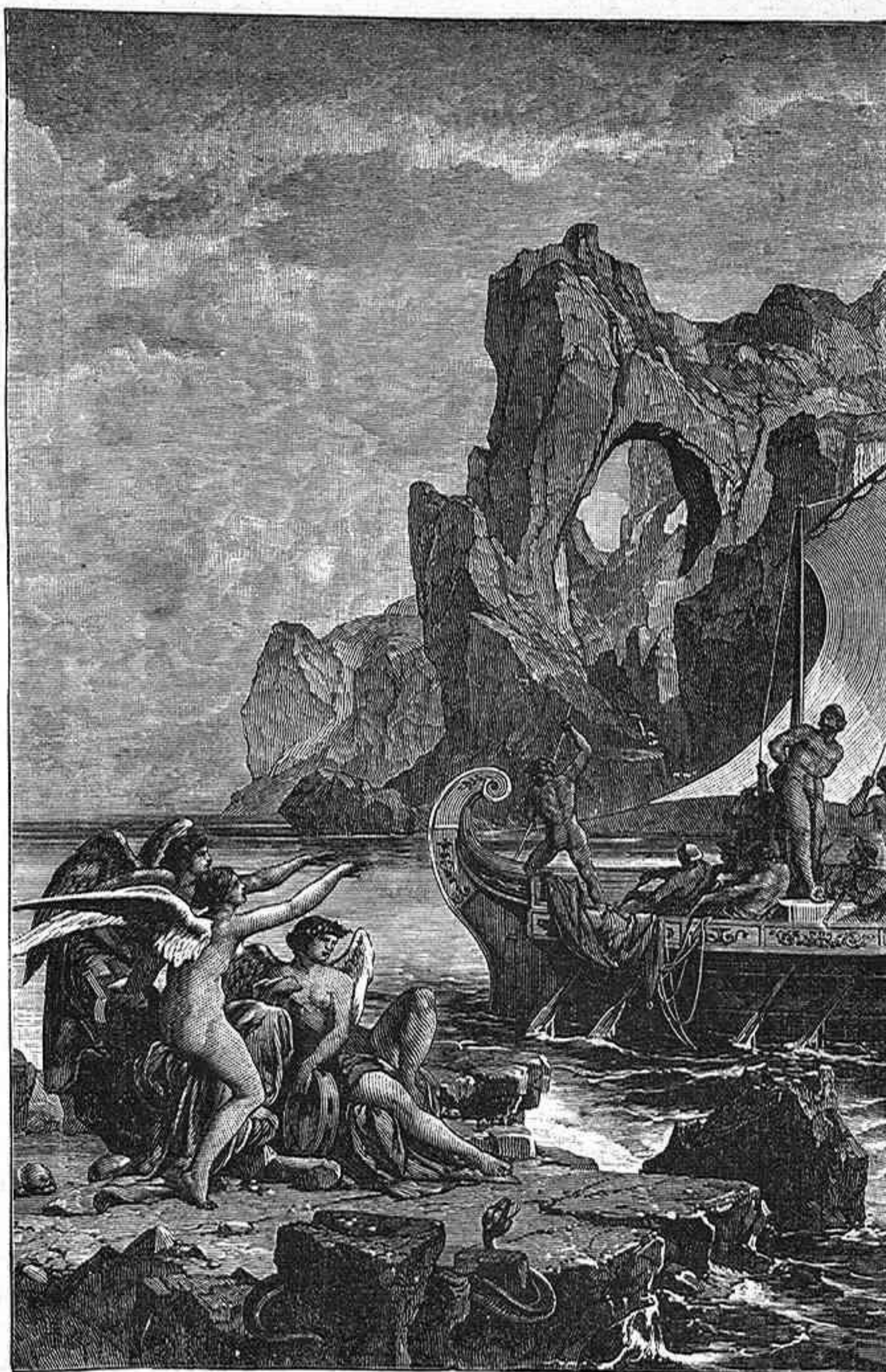


escena, vemos que, despues de haberse dicho mil ternezas y jurado eterna fe los idolatrados amantes, se encaran con el retrato del sujeto, cuya cabeza, real y verdadera, ni siquiera pestañea, y le apostrofan en los términos más duros por causa de ser rémora al cumplimiento de sus fervientes deseos; pero en seguida se pinta la risa en nuestro semblante, porque nuestro entendimiento afirma que aquellos incautos piensan estar dirigiendo la palabra á un retrato que no los oye, en tanto que la dirigen, realmente, á su original, que los escucha lleno de ira.

Vemos que cae una persona al suelo, y luégo nos echamos á reir involuntariamente. ¿Por qué así? ¿Será que la naturaleza humana es tan depravada de suyo, que se goza en el mal del prójimo?.... Nada ménos que eso; y la prueba de ello está en que no pocas veces el caido es motivo de risa para él mismo. La causa radica en que, siendo la postura propia de la criatura humana, cuando anda por sus piés, la vertical, choca á nuestro entendimiento la posicion horizontal que, repentina é inesperadamente, tomara ésta por medio de la caida: posicion tanto más risible, cuanto mayor ó más considerable es el número de los accesorios que la acompañan, como el quedarse con las piernas levantadas, el salir rodando largo trecho la peluca, ó desprenderse la dentadura postiza, etc., etc., etc.

Ancho campo ofrece, en verdad, la esfera de la literatura jocosa para excitar nuestra *risa*, ya que tan múltiples y variados son los recursos con que para ello cuenta. Así es que nos *reimos* siempre que una frase presenta doble sentido, por cuanto hace que operemos en la mente su significacion compleja, toda vez que habiendo pensado en un principio que afirma tal atributo de tal sujeto, salimos ahora con que lo que afirmaba era otra cosa; la mayor parte de los epigramas, retruécanos, *quid pro quo*, y otras composiciones de estilo festivo y chancero, ó satírico, no reconocen otro origen. Pongamos algunos ejemplos que así lo evidencien, y sea el primero el siguiente, que copio del número 39 de *El Telon*, periódico granadino, correspondiente al 30 de Abril del año de 1882. Intitúlase: DESILUSIONES; lleva la firma de *Fernando Mendoza*, y dice así:

- ¿Dónde está de mi amor la dulce prenda?  
 ¿Dónde está mi adorada?  
 ¿Dónde su linda boca, que suspira  
 Y perfumes exhala?  
 ¿Dónde están sus brillantes negros ojos,  
 Que iluminan mi alma?  
 ¿Dónde están sus cabellos abundosos  
 Y su tez nacarada?  
 ¿En dónde su cintura, que flexible  
 Se mece con las auras?  
 ¿En dónde de sus labios hechiceros  
 Las amantes palabras?  
 ¿Dónde está el dulce bien por quien suspiro?  
 ¿Por qué de mí se aparta?  
 ¿Por qué con sus amores, mis amores  
 Cariñosa no paga?  
 ¿Dónde está esa mujer? ¿Dónde se oculta  
 El alma de mi alma?  
 . . . . .  
 —¡Dónde ha de estar! sentada en la cocina,  
 Pelando las patatas.



ULÍSES Y LA SIRENAS. — (Cuadro de Federico Preller.)

Semejante salida de tono no puede ménos de hacer reir al filósofo más austero.

Á este género pertenece el siguiente chascarrillo que oí contar en mis mocedades:

Quejábase frecuentemente un sacristan al cura de su parroquia de que, cuando iba el monaguillo á la taberna por el vino destinado á la celebracion de las misas, siempre se empinaba una dosis más que regular del zumo de la vid, á juzgar piadosamente por la merma que ostentaba el frasco, junto con el olor que despedia su aliento. Juraba y perjuraba muy formalmente el chico al ser reprendido con tal motivo, diciendo, sin rebozo, que el sacristan faltaba á la verdad. Cansado éste de verse desmentido un dia y otro dia en presencia de su superior, y convencido, como si lo hubiera visto con sus propios ojos, de que no acusaba injustamente al chicuelo, propúsose cierto dia cogerlo *infraganti*, á cuyo efecto le buscó las vueltas y se puso en acecho, como gato que atisba al raton, esperando á que saliera del templo de Baco. Dicho y hecho: no bien hubo doblado la esquina el



gulusmero rapaz, cuando ; aquí me las den todas! se metió entre pecho y espalda su acostumbrado traguete. — «¡Ah, bribon! — le dijo el sacrismoche, asiéndolo por los cabezones : — ¿ jurarás ahora que no te bebes el vino cuando vas por él? — Sí, señor, lo juro y retejuro — repuso el muchacho con la mayor frescura del mundo ; — mal puedo beberme el vino cuando voy por él, por cuanto llevo el frasco vacío ; cuando lo bebo es á la vuelta, que entónces lo traigo lleno. »

El doble sentido que encierra el verbo *ir* en esta ocasion, es en lo que estriba el mérito del chiste, y el motivo que da márgen á la *risa* por parte del que lee ó escucha.

De un espléndido banquete  
Salía don Meliton,  
Y un grandísimo apretón  
En la calle le acomete.  
Alivio fué de su mal  
Un portal que abierto halló ;  
Pero el cuitado no vió  
Que era de un grande el portal.  
Á castigar su insolencia  
Sale el portero irritado,  
Y le dice : — « ¡ Descarado !  
Daré parte á su Excelencia. »  
Mas don Meliton con modo  
Al portero respondió :  
— « ¿ Qué dice usted ? ..... ¿ parte ? no,  
Puede usted dárselo todo. »

Aquí resalta el mérito de la agudeza, del juego de palabras consistente en *dar parte*, por *participe*, *hacer saber*, *poner en conocimiento*, y *hacer participar* ó *dar una porcion de alguna totalidad*.

Y cuenta con que escenas como éstas se representan en todas las lenguas del universo, cada una dentro de los límites de sus respectivos *plusiónimos*, razon por la cual no siempre se prestan á ser traducidas á otros idiomas (1). Sirva de ejemplo el siguiente caso :

Cuéntase del rey Estanislao de Polonia, que, en ocasion de estarle leyendo de noche un ayuda de cámara la vida de la bienaventurada María de Alacoque, como estuviera medio dormido el lector, al llegar á un pasaje en que se referia que Dios se le apareció *en sueños* (*en songe*) á su sierva, leyó *en singe* (*en figura de mono*). — « Sería *en songe* » — le hizo observar el Rey, no sin dejar de reirse ; á lo que repuso el paje sin manifestar la menor turbacion : — « *En songe*, ó *en singe*, lo mismo da ; porque como es el amo, podia hacer lo que tuviera por más conveniente. »

En resolucion, nos reimos al oír á un tartamudo, ó á un extranjero imperito en nuestra lengua, porque nos dan á entender suficientemente, aunque debido á distintas causas, que quieren expresar tal ó cual idea, si bien no se valgan

(1) Entiendo por *plusiónimo* la voz que tiene más de una acepcion ; circunstancia que, entrañando el equivoco, retruécano, ó juego de palabras, da márgen á una de las fases más divertidas del género festivo, á que tanto se presta nuestra lengua, y en cuya literatura ostenta tantos y tan preciados escritos. Y si no, ¿ qué es lo que excita á cada paso nuestra hilaridad cuando leemos el *Quijote*? Pues no es otra cosa que el contraste que resulta de la seriedad de su héroe y lo estrambótico de sus imaginaciones, puesto en parangon, ora con la marrullería, ora con la simplicidad de los demas personajes que intervienen en la novela, á que se agrega el mayor realce que comunica á la accion el lenguaje que de un modo tan inimitable supo apropiarse á semejantes circunstancias su inmortal autor.

rigurosamente de los signos que debieran ; como no hablan propia y adecuadamente, por más que den á entender de una manera inequívoca cuál es su pensamiento, nos echamos á reir tan luégo como hemos comprendido lo que nos quieren significar. Reimonos cuando hace un sujeto lo contrario de lo que cree, quiere, ó parece querer hacer, porque las circunstancias, esto es, su intencion verdadera, ó que se presume serlo, nos hacen juzgar que no practica tal cosa, y que, sin embargo, lo que tenemos á la vista nos demuestra palpablemente que la está haciendo. Basta, en su consecuencia, que una persona se proponga querer recatar un objeto de nuestra vista, para que nos echemos á reir cuando lo estamos viendo contra la voluntad del que lo esconde : prueba de ello, que nadie se rie cuando ve en el teatro las piernas de una bailarina, pero sí cuando una fatal ráfaga de viento alza ligeramente en medio de la calle las faldas de cualquiera mujer, mayormente si, en su empeño de ocultar las vestiduras interiores, descubre partes rotas ó nada limpias, que tan en contradiccion se hallan con el lujo que ostenta exteriormente. Reimos cuando un hombre habla consigo mismo en alta voz, porque lo que está diciendo nos hace presumir que él cree que nadie lo oye, y, no obstante, lo estamos escuchando. Reimonos cada vez que una persona chocha repite lo que anteriormente lleva dicho en infinidad de ocasiones, ó cuando un charlatan profiere palabras vacías de sentido, porque no podemos acabar de convencernos de que se hable para no decir nada, ó para decir lo que se lleva repetido hasta la saciedad, y vemos que, á pesar de todo, así sucede. Nos causan *risa* los gestos ó ademanes que pugnan con los sentimientos que otros signos nos hacen presumir en quien los usa ; porque, segun el testimonio del primer signo, afirmamos que existe en él tal sentimiento, al propio tiempo que, segun el testimonio del segundo, afirmamos que tal sentimiento no existe. Muévennos á *risa* los absurdos cuando, á pesar de ser evidentes, se presentan bajo la apariencia de proposiciones razonables ; mas no nos reimos cuando el descubrimiento de su falsedad nos ha costado grandes desvelos, ó bien cuando, por causa de tener la mayor confianza en el testimonio de la persona de quien se trata, estamos sobre aviso.

Y aquí doy punto, porque, de tanto *reir*, me duelen ya los ijares.

Por otra parte, ¿ quién sería capaz de dar cabida en un breve artículo á todas las causas motoras de la *risa*, y, *ainda mais*, autorizadas todas ellas con sendos ejemplos que las pusiesen de bulto y relieve? Sería necesario para ello un volumen algo largo de talle, y ni la ocasion, ni el tiempo disponible, ni nuestra falta de competencia nos permiten otra cosa. Á aquellos que disfrutando de semejantes circunstancias y prerogativas tengan gusto en llevar á cabo semejante obra, les recomendamos que no echen en olvido, amén de otras muchas, las siguientes consideraciones, para que las traten en toda su extension y lucidez : primeramente, la *risa* que excitan los farsantes y títeres políticos, con especialidad aquellos *parvenus*, como dicen los franceses, y para los que no encuentro traduccion más gráfica en nuestra lengua que la de *piojos resucitados*, que, salidos de la nada, se engrien y ahuecan tanto, que no hay dios que se acerque á ellos, porque el dios de los vientos los ha soplado. No echen luégo en saco roto el tratar del principio generador de la *risa* pro-



ducida físicamente por la excitacion de algun órgano corporal con el objeto de producir cosquillas, v. gr., en la planta de los piés, ó debajo del sobaco, ó ya en la garganta, diciendo á este último propósito: «¿Quieres ver un pajarito sin cola? ¡Mamola, mamola, mamola!» No digo yo sin cola; sin alas hemos visto volar en estos tiempos á algunos pajaricos, que no pajaritos; y no es chica *mamola* la que muchos de ellos, cada cual por su estilo, nos han hecho al escalar los puestos más elevados y pingües de la Nacion; á tales *avechuchos* los clasifica la Historia Natural en el orden de los *de rapiña*, y la ciencia del Blason los conoce con el calificativo de *rapantes*. Ni omita el tratar tampoco de la *risa sarcástica* y *sardónica*, así como de la *del conejo*. Dé tam-

ó bien cabida á ese fenómeno tan singular de ser contagiosa la *risa*, como sucede con el bostezo, con la particularidad de que no parece sino que el mismísimo diablo nos tienta de un modo especial en los lugares y actos más reverentes y serios, y cabalmente cuando más nos esforzamos por comprimir su rompimiento. Fenómenos son todos éstos dignos de ser tratados con la mayor lucidez y extension. Por último, no se deje en el tintero el tratar de las cinco clases á que puede reducirse la *risa*, glosológicamente considerada; ni tampoco deje de hacer digna mencion de aquellos guasones que, por reirse de todo, *se rien hasta de su sombra*.

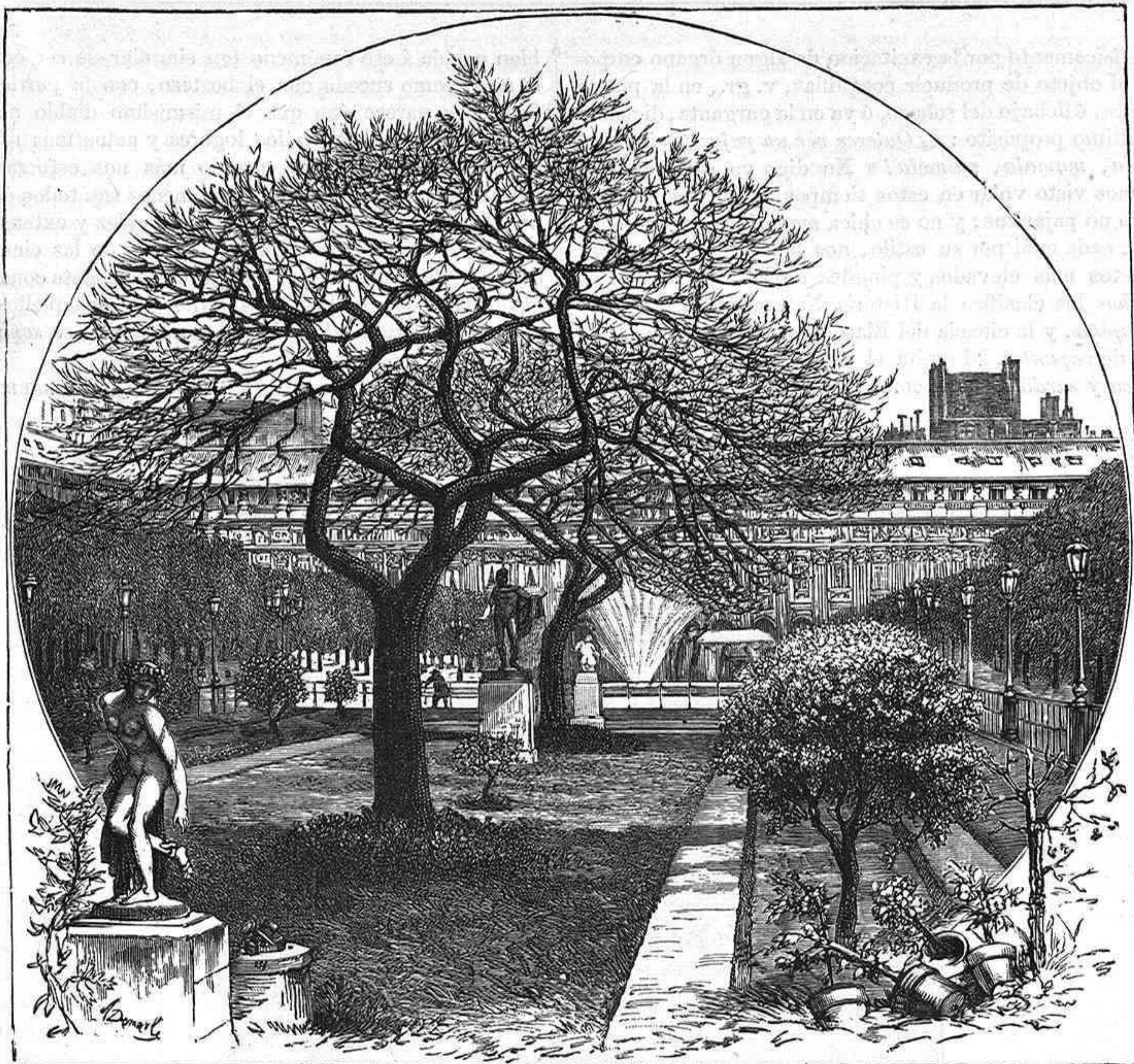
JOSÉ MARÍA SBARBI.



«COSETTE.»

(CUADRO DE G. GUAY.)





PARÍS.—JARDINES DEL PALAIS-ROYAL.

## ¡OH ÉXITO!

**K**DUARDO Aguirre siente dentro de sí mismo el mayor de los enemigos que puede tener el hombre del último tercio del siglo XIX. No hay equilibrio entre sus aptitudes y sus medios.

Para este demonio no hay más exorcismos que el éxito, y el éxito es más caprichoso que mujer andaluza.

Lector, no cabe duda; en todos los fines de la vida hay una constante cantidad de casualidades. En la lotería del mundo todos tomamos, al nacer, por lo menos un décimo.

o No es posible lograr el premio grande, y es muy dichoso el que obtiene una aproximación.

No temais que, á guisa de aprendiz de filósofo, vaya á *endilgaros* (sic) algunos, más ó menos eruditos, párrafos sobre determinismo y libre albedrío: no, basta á mi propósito hacer constar, y en esto me fundó en la conciencia universal, que en todos los resultados de la vida la casualidad entra por lo menos en un 60 por 100 del éxito obtenido.

Y el mundo, tan filósofo, con tanta conciencia como poco corazón, tan analítico de las causas, juzga siempre, en todos los casos, sólo por los efectos.

La moralidad atrae; todos rinden culto á la virtud de que carecen, sin duda porque la hipocresía siempre es un



homenaje que el vicio rinde á aquélla, pero ésta tampoco se aprecia más que por los resultados.

El éxito, hé aquí la fuente de la filosofía, la base de las leyes de la Historia, la de la vida.

Si Hernan-Cortés, despues de haber quemado las naves, no hubiera hecho su conquista, en lugar de un héroe hubiera sido un badulaque.

¡Cuántos en la vida moderna queman las suyas, y en lugar de pasar á la historia, mueren en el hospital ó en el presidio!

Pero volvamos á Eduardo Aguirre.

No penetremos en la historia de sus primeros años : basta á nuestro propósito saber que no fué rico *à priori*; es decir, que ni sus padres le dejaron una fortuna, ni le cayó la lotería, ni áun un negocio (que los negocios tambien caen).

No le tocó en suerte más que una *legítima ambicion*; es decir, hijo de familia acomodada (de esas que tienen siete individuos y cien duros al mes), siguió una carrera literaria, se codeó en academias y ateneos con los ricos *à priori*; y sintiéndose, por su educacion y sus hábitos, en condiciones de serlo *à posteriori*, se adaptó al medio ambiente; sintió legítima ambicion, porque el mundo legitima las ambiciones ilustradas; pero ni él, ni la moral, ni áun el Código, fijan el Pirineo que separa las fronteras de lo lícito y lo ilícito, para lograr aquella ambicion que legitima. Son tan frecuentes en la vida práctica las excursiones y las correrías de una á otra frontera, que es muy difícil saber quién vive en cada una de ellas; sobre todo cuando se pasa y se repasa esa línea con frecuencia. Vaya V. á fijar vecindad con exactitud y certeza. Eduardo vivió muchos años del lado de acá de la frontera.

Pero, como las escaseces, y más que ellas, el desequilibrio entre las aptitudes y los medios, engendran en la mayor parte de los casos gran predominio de la vida del espíritu sobre la de la materia y áun la del intelecto, y este predominio propende al amor y al sentimiento, Eduardo hubo de enamorarse, con la fatal coincidencia de que el objeto de sus ansias, hija tambien de una familia acomodada, no llevó al acerbo amor más que sus aptitudes y sus gracias.

Si en lugar de ser Antonia hija de una familia acomodada y distinguida, hubiera sido única de un comerciante rico, Eduardo hubiera acabado sus días siendo un buen ciudadano..... Pero no adelantemos los sucesos.

Eduardo se casó y abrió bufete; fué abogado de pobres, tan de pobres, que no logró que la abogacía le produjese una peseta. Vió con pesar que una gran parte del éxito de la profesion dependia de la posicion política del letrado; ¡cosa más rara! los abogados que habian sido ministros de Gracia y Justicia ó que podian serlo, parece que tenían un dón divino para convencer al tribunal. Se dedicó á las letras, hizo un drama, y sólo logró leerlo á uno de nuestros *primeros actores*, que le dijo que estaba bien escrito, pero que no *resultaba* para el teatro. Á todo esto tenía ya dos hijos, y como ambos cónyuges eran de familia distinguida, hubo que sostener lo que sus mayores llamaban *la decencia*; sostenimiento que produjo tres

pagarés, una escritura de depósito, dos juicios verbales y un desahucio paralizado, Dios sabe á fuerza de cuántos esfuerzos.

Eduardo no se desanimó: jugó á la lotería, entrando de aficionado en un periódico de oposicion política; allí, como tenía aptitudes, las desarrolló, y *bien pronto* fué un redactor importante y periodista conocido.

¡Animo, Eduardo! si el Ministerio cae, si vienen los radicales, gobernador de una provincia, diputado despues, y más tarde, quién sabe.....

Sólo estas esperanzas, que todos veian realizables, mejoraron algo su existencia.

El de los pagarés renovó, acumulando intereses; el casero pudo pagarse con el sueldo del periódico; y ciertos aires y medias palabras de ministra, que Antonia supo adoptar á tiempo, abrieron un crédito *en la tienda*.

La cosa marchaba: Eduardo brindó en un banquete que celebró el partido; los demas periódicos hablaron de él; hasta le convidaron á dos ó tres *sauteries* «á D. Eduardo de Aguirre y señora.»

Hubo que hacer un traje, y se hizo; Eduardo se lanzó al mundo político.

Durante este período de prosperidad nació el tercer hijo.

El mayor iba ya al colegio; y Eduardo tenía algunas canas en la barba.

Por entónces el de los pagarés renovados se cerró á la banda y comenzó una ejecucion.

Para otras atenciones hubo que tomar más dinero; el de



FRUTERO. — (Antigua escuela holandesa.)



la tienda no quiso fiar más; se murmuraba en la portería, y las gentes se decían al oído: «Aguirre tiene talento, pero gasta más de lo que tiene; me han dicho que le han protestado un pagaré.»

Principió el descrédito á cundir. El hombre, aunque *no tenga nada*, tiene obligación de no gastar más de lo que tiene; y esto, que es tan moral como difícil, colocaba á Eduardo en una posición sumamente lamentable.

Por entonces hubo que despedir una nodriza que había estado trece meses criando al chiquitín y á quien no se le había pagado ninguno. Se necesitaban 1.360 reales y hubo que tomar unos cuartos sobre los muebles, haciendo un documento de venta y otro de alquiler.

Y los radicales sin venir, y Antonia embarazada.

El descrédito marchaba á paso de gigante: *los santones* que sostenían el periódico de Eduardo, que no cobraba hacía cuatro meses, porque el partido *no podía más*, decían, hablando de él, «tiene mala cabeza, no piensa lo que hace.»

Se apeló á los grandes medios: se reempeñaron las papeletas del Monte, y aún se pidió dinero á algún amigo; pero el descrédito continuaba su obra.

Un carbonero *dió un escándalo* á la puerta de la casa; el carnicero no trajo más viandas; el de la ejecución embargó los muebles, que estaban vendidos al que prestó sobre ellos; el prestamista amenazó con una querrela, y Antonia dió á luz otro robusto infante.

Ya se murmuraba y decían las vecinas:

—No podía suceder otra cosa; aquellos vestidos que se

compró D.<sup>a</sup> Antonia para ir de reunión, habían de traer estos resultados.

Las criadas decían al portero:

—El señor del segundo no está nunca en casa.

Y hasta la verdulera dijo un día al mismo funcionario:

—Bien podía D. Eduardo pagarme 45 reales que me debe en lugar de venir por la noche en *simon* cuando vuelve del *papel* en que escribe: me lo ha dicho el sereno.

La sociedad, esa misma sociedad que encontraba legítimas las ambiciones de Eduardo, le arrancaba las tiras del pellejo.

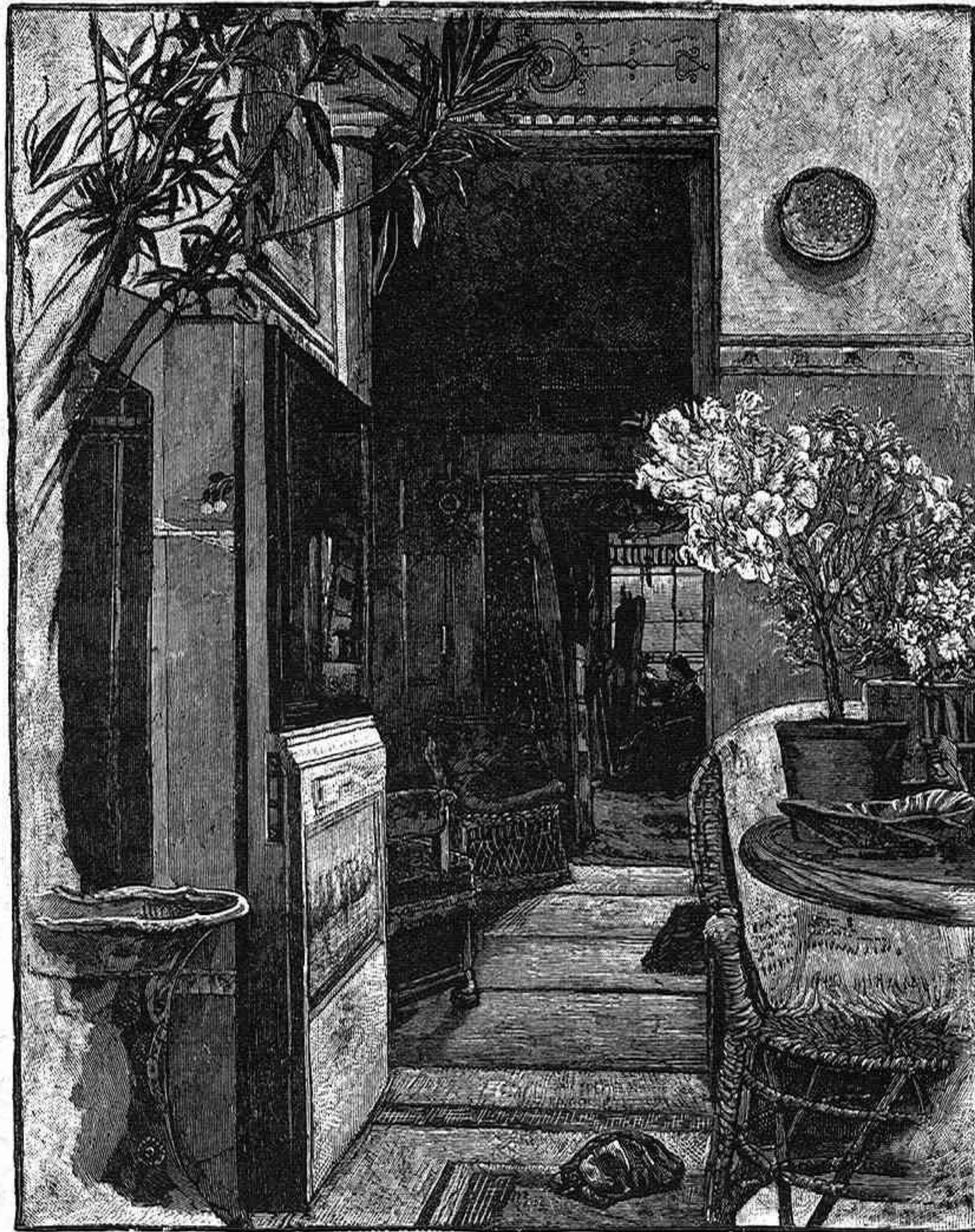
Eduardo tenía ya muchas canas en la barba.

Por aquel entonces llegó á Madrid el Sr. Smith (de la casa Smith, Gusme y Compañía) con la pretension de fundar un Banco Comunal.

Conoció á Eduardo en la repostería del Suizo, y un respetabilísimo banquero y hombre de negocios, que había de encargarse de hacer la emisión, les puso en contacto y encargó á Eduardo una campaña en favor del susodicho Banco.

La cosa no era moral ni justa: si se lograba, la flamante Sociedad iba á comerse todas las inscripciones intransferibles de los pueblos; pero podía defenderse, y Eduardo, que llevaba nueve meses sin cobrar, lo defendió en su periódico, y publicó doce artículos muy notables. Hizo además tres folletos, y redactó varios sueltos para los periódicos que publican reclamos pagados.

Smith entregó á Eduardo una cantidad no despreciable. Se consignó el importe de la ejecución, se pagó el de los muebles, se desempeñó todo lo empeñado; se pagó sin re-



ESTUDIO DEL CÉLEBRE PINTOR ALMA-TADEMA.



gatear á los proveedores y se dieron cuatro duros de propina al portero.

El prestamista ofreció sus servicios; el portero se descubría cuando pasaba Eduardo; y aquella verdulera de los 45 reales, un día que Antonia salía con la niña, se acercó á ésta, y dándole un beso, le dijo:

— Dios te bendiga, prenda, y te haga tan guapa como tu mamá.

En el Suizo decía un amigo de Eduardo, un hombre serio, de los que más le habían quitado las tiras del pellejo: — Aguirre tiene corazón y energía; no puede negarse que es hombre que vale y que irá lejos.

Eduardo decía para sus adentros: « el mundo principia á

sonreirme precisamente cuando he pasado y repasado la frontera de lo lícito: la campaña en favor del Crédito Comunal ha sido la venta de mi pluma, y lo que esta mala acción me ha producido me granjea el aprecio de las gentes. »

Hoy, que *he pagado*, soy ménos honrado que cuando *debía*.

Antonia, juzgando como todo el mundo por los resultados, y halagada por el éxito, principalmente en sus aspiraciones de madre cariñosa, porque con más medios hasta se es mejor madre, perdía, poco á poco, el sentido moral; y Eduardo, con sus aficiones de filósofo, acabó por decir: « Está visto, la base de la moralidad es la riqueza. »

J. VALERO DE TORNOS.



BELLAS ARTES. — « PERSUASION. »

(Cuadro de A. Muller.)





«VENUS Y ADONIS.»

(CUADRO ATRIBUIDO AL GIORGIONE.)

## ALBERTO STRUZZI Y SU EJÉRCITO.

### HISTORIA TRÁGICA DE UN JUGUETE DEL PRÍNCIPE DON FELIPE.

#### PROTESTA PRELIMINAR.

**T**ODOS los hechos que voy á referir, los personajes que en ellos intervienen, sus nombres, sus actos, son rigurosamente históricos. Con la competente vènia, saco estos hechos por primera vez á la luz pública, utilizando un curioso mazo de solicitudes, relaciones, memorias, cuentas, recibos, cartas de príncipes y grandes señores, consultas y resoluciones de altos cuerpos, y decretos auténticos de reyes, que se conserva en el Archivo de la Real Casa, reunido por el diligente y entendido jefe (1) á cuyo cargo está aquella dependencia, depósito inapreciable de sabrosas y desconocidas noticias. En mi narracion sólo son conjeturales ciertos pormenores que en nada afectan á la escrupulosa fidelidad con que reproduzco ó ex-

(1) El Sr. D. José de Gíemes Willame.

tracto lo consignado en papel y letra de principios del siglo XVII: mi contingente, pues, se reduce á ordenar y dar trabazon histórica á los datos recogidos, y viene á ser como el metal de que se vale el diamantista para engastar las piedras preciosas y dar forma á sus obras.

#### I.

##### UN CONVOY MISTERIOSO.

Allá por los años 1614, reinando de nombre en la vasta y esquilhada monarquía española la Sacra Católica y Real Majestad del Sr. D. Felipe III, y reinando y gobernando de hecho, por voluntaria abdicacion del indolente monarca, el Excmo. Sr. D. Francisco Sandoval y Rojas, Duque de Lerma, Sumiller de Corps y Caballerizo mayor, Regidor perpétuo de Valladolid y Madrid, Comendador mayor de Casti-



lla; Adelantado de Cazorla, general de la Caballería, dueño de las escribanías de Alicante y de las de Sacas de Andalucía, alcaide de Vélez y del castillo de Búrgos, feliz monopolizador de varias encomiendas y de los pingües productos de la almadraba de Valencia, señor de muchas villas y lugares en Aragon, Castilla y Navarra, árbitro de los empleos públicos, supremo dispensador de las mercedes del Soberano, administrador irresponsable de los tributos y de las rentas, descomunal sanguijuela del Estado, gran tahur, y engendro monstruoso y predilecto de la loca y caprichosa fortuna; el día 14 de Noviembre llegaban por el camino de Hortaleza á la puerta de Fuencarral, formando una especie de convoy, pero sin escolta, cuatro carros, tirado cada cual por cuatro grandes caballos frisonos; tres jinetes, dos de ellos criados por su aspecto, y el tercero herrador, montados en caballos de aquella misma raza y corpulencia, trayendo además del diestro el postrero otro caballo enclavado que venía cojeando; y por último, una jaquilla conducida por un mozo peaton.

En la referida puerta les salió al encuentro, á pié, un furriel de los archeros del Rey, el cual, acercándose al carro que se hallaba delantero, preguntó al conductor por la persona del Sr. Alberto Struzzi, gentilhomme de la casa de SS. AA. los Sres. Archiduques. Al oír su nombre, sacó la cabeza por la ventanilla del pescante, pronunciando con marcado acento italiano la palabra *servitor*, un hombre como de cuarenta y cinco años, cenceño, de nariz larga y boca rasgada, gesto apacible y mirada penetrante, cubierto con una gorra flamenca, calada hasta las cejas.

Paró el convoy, aproximóse cortésmente á la ventanilla el furriel, que declaró llamarse Pedro Dímas de Vissenacken, enviado del contralor D. Jerónimo de Quincoces: cambiaron él y Struzzi sus saludos, tuvieron un corto diálogo, y haciendo el noble viajero que el herrador montase en el caballo cojo que traía sin ensillar, cediendo el suyo al furriel archero, tomó éste el puesto de guía al lado del conductor del primer carro, y volviendo todos á emprender la marcha, bajaron por la calle de Fuencarral, la Red de San Luis y la calle de la Montera, á la Puerta del Sol, desde donde, por la Carrera de San Jerónimo, dirigieron el rumbo á la calle del Príncipe, haciendo alto en la conocida casa de huéspedes de César Acosta, que era la mejor de la villa.

Esperaba en ésta á los viajeros el dicho contralor Jerónimo de Quincoces, quien efectivamente habia mandado al encuentro de Struzzi y sus acompañantes al mencionado furriel de archeros; y la gente desocupada del vecindario, advirtiendo el recibimiento ceremonioso que hacía al gentilhomme de SS. AA. el empleado palaciego desde la puerta misma de la casa de su hospedaje, empezó á agolparse allí y á tratar de inquirir, por la catadura de las personas que iban bajando del carro delantero, único que traía gente, y por el contenido de los otros tres que le seguían, qué casta de pájaros era aquella, y con qué objeto venían á la corte.

Los viajeros que iba desembuchando el carro eran, además de Alberto Struzzi, que visiblemente hacía de jefe de la expedición, un caballero belga, gentilhomme de la artillería de Su Majestad en Flándes, llamado Juan Vander Elst; un furriel, también belga, á quien nombraban Ferdinand Jacquet, el cual habia corrido con el manejo y gasto de la trashumante casa de Struzzi durante el camino; dos

oficiales flamencos, platero uno, y otro ebanista, cuyos nombres eran Cornelis Van Grootveldt y Christian Vandepor; y bajó por último, en brazos de un criado, que le depositó blandamente en el suelo con el mismo esmero con que una acuciosa ama de llaves traslada de un lugar á otro un precioso tabor del Japon, un enanillo vivaracho y risueño, á quien apellidaban *Soplillo* cuando no le llamaban por su nombre de pila, *señor don Miguel*, regalo de S. A. la Infanta Archiduquesa D.<sup>a</sup> Isabel Clara Eugenia á su amado sobrino el príncipe D. Felipe. Hizo Soplillo una pirueta al tomar tierra, y corrió en seguida á encaramarse sobre la jaca, que, montada por el diminuto jinete, al lado de los descomunales caballos frisonos parecía un perro con un mono encima.

De los tres carros que seguían al primero no se apeó viajero ninguno: venían completamente cubiertos y cerrados por todas partes, denotando su exterior ser meros furgones cargados de efectos. Los conductores aguardaban la orden de lo que habían de hacer; la gente curiosa les preguntaba; ellos, que no entendían el castellano, no respondían, y estuvieron largo tiempo esperando, mientras Jerónimo Quincoces se entretenía con el fatigado viajero, que, para descansar, habia tomado asiento dentro de la casa en un banco de nogal del piso bajo; hasta que, por fin, salió el furriel, Pedro Dímas, con unos mozos, á quienes mandó desocupar los carromatos.— Sacaron de ellos hasta cuarenta y tantas cajas y fardos de gran tamaño, que fueron metiendo en la casa, guiándoles el dueño César Acosta; y en medio de la maravilla que produjo en la gente allí apiñada el ver en las cajas de dos de los carros el rótulo *Ejército del Príncipe nuestro señor*, y en los fardos del restante las palabras *Fuerte Real*, todo eran conjeturas acerca de lo que aquellos forasteros traían.

Aunque á la sazón España se mantenía en buenas relaciones con toda Europa, excepto con Saboya, pues en los Países-Bajos, desde que firmó Spínola en 1609 la *tregua de los doce años*, no se disparaba un mosquete, ni con Francia habia disgustos serios desde la muerte de Enrique IV, ni ya las naves inglesas, respetando el tratado de 1604, daban caza á nuestros galeones de América; la nación, recelosa siempre de nuevos rompimientos, veía con desconfianza que no se efectuaban los enlaces del príncipe D. Felipe con la princesa de Francia, y del rey francés con la infanta doña Ana, destinados á afianzar la paz, concertados y publicados hacía ya año y medio, y siempre diferidos bajo varios pretextos; y el pueblo de la corte, crédulo é ignorante como el de todas partes, al encontrarse súbitamente con algo que olía á extraordinario y con huéspedes flamencos dentro de casa, sin darse cuenta de si era ó no absurdo su juicio—que siempre lo más descabellado es lo que mejor recibe el vulgo—dió en propalar la especie de que el convoy de Struzzi se traía nada ménos que los archivos y caudales del ejército de Flándes, milagrosamente salvados de una derrota general, sufrida por Spínola en un repentino é inesperado levantamiento de las Provincias Unidas contra los españoles. No faltó quien acusase á Spínola de cobarde por haber favorecido y firmado la tregua; ni algun político de corrillo, de esos que la echan de listos, que viese en aquel convoy los preliminares de un ejército improvisado para el Príncipe, como la muchedumbre que nació de las piedras arrojadas por Deucalion y Pirra, para el día en que su edad le permitiese marchar á la reconquista de la tierra Santa.





«DESPUES DE MAESTRICHT.»—(ACUARELA DE MEJÍA.)



Introducidos los fardos y cajas en el hospedaje de Struzzi y de su gente, donde cuidadosamente fueron colocados y custodiados bajo llave, los carros desocupados, conducidos por el mismo furriel Pedro Dímas, emprendieron su desfile hácia la calle de Alcalá, y pararon, juntamente con la cabalgadura del enano, en el meson de Miguel Estéban, ya de antemano apalabrado, donde los veinte frisonos y la jaquilla quedaron repartidos en varias espaciosas cuadras, bien provistas de paja y cebada, de que inmediatamente y sin melindres tomaron posesion.

## II.

## EL ALOJAMIENTO DE STRUZZI.

Mejor que pudiéramos hacerlo nosotros, que acaso cederíamos á la tentacion de describir lo que no vemos claro, desfigurándolo, trazaré un papel viejo, digno de entera fe, el cuadro interior del aposento que, por la solícita prevencion del contralor Quincoces, vinieron á ocupar Alberto Struzzi, el enano D. Miguel Soplillo y los demas viajeros. Respondemos de la escrupulosa exactitud de la copia, en la cual, para que todo conserve su sabor antiguo, respetarémos hasta los graciosos dislates gramaticales del sujeto que redactó el documento. El cual dice así:

«X Memoria de la casa de la calle del Príncipe donde esta aposentado alberto astruzi, gentilhombre del Señor archiduque.

» En lo bajo, Sala y alcoba colgadas de guadamaçies y tablas y en el alcoba una cama con pabellon de damasco berde y cenefa de terciopelo, cinco Sillas y un banco de nogal y un bufete: esterado.

» El primer quarto: ay Sala y alcoba y otro aposento, la sala y alcoba colgada de guadamaçies con Sustablas de pinturas, Seis Sillas y cinco bufetes, y una Cama de damasco paxizo quees de Sebastian Juarez, y el pone colchones y Ropa: todo esterado y en el aposento de adentro una cama doblada.

» En el quarto alto las mismas piezas, colgado de guadamaçies y con sustablas y Seis Sillas y dos bufetes y una media cama de nogal con Ropa doblada, y otro aposento con otra cama doblada.

» Mas, en lo alto y en otros dos aposentos de los dos quartos cinco camas decriados con la del cochero.

» ay cocina y da todo el adrezo.

» y da Ropa para la mesa.

» y Caballeriza.

» Yo he bisto esta casa y los adrezos della, y la casa y toda la ropa es muy buena, y respeto de la ropa y alajas y serbizio de mesa y casa baldra mil reales cada mes, antes mas que menos. en Mad<sup>a</sup>. A 13 de Marzo de 1615.»

» Nicolas de Sevilla.»

«Y esto se entiende no contando la cama de damasco pajizo que se paga de por sí.»

Camas con pabellones, bufetes, bancos y sillas, guadamaciles y pinturas en las paredes, estera en el suelo: nada faltaba para un interior como hubieran podido figurarlo Pantoja de la Cruz ó Bartolomé Gonzalez. Algo más hubiera

debido pedirse en un mes de Noviembre—sobre todo la buena chimenea y los bien rellenos cojines—para un interior flamenco, cómodo y *confortante*; pero sabia Struzzi que no estaba en Brusélas, sino en Madrid.

Desde el 14 de Noviembre de 1613 hasta el 13 de Marzo de 1615, no es probable que ocurrieran mudanzas en esta habitacion, porque el enano Soplillo no abandonó la compañía de Struzzi hasta mediados de Abril de dicho año 1615, en que por orden del Rey pasó á vivir con el secretario Antonio de Losa.—Pero debemos advertir que aunque en la memoria de la casa de César Acosta que acabamos de copiar, no se expresa que perteneciese á Sebastian Juarez más cama que la de damasco pajizo, segun otros documentos que tenemos á la vista, tambien era suya, y se le tomó alquilada, la otra cama de damasco verde.

Esto de tomar camas alquiladas nuestros reyes para sus huéspedes, fué muy frecuente en los reinados de Felipe III y Felipe IV, áun á despecho de la abundancia que habia en otras cosas y del despilfarro con que se vivia. Ni áun para los príncipes extranjeros alojados en el Real Alcázar-Palacio solia haber camas, y si habia camas en la tapicería ó en el guarda-ropa, no habia colchones ni sábanas, y los particulares á quienes se acudia en tales apuros, hacian su agosto poniendo el precio de su alquiler por las nubes.

## III.

## LO QUE CONTENIAN LAS CAJAS Y FARDOS.

Es de saber que el rey D. Felipe III, aunque más inclinado á las cosas de devocion y de honesta holganza, y más aficionado á fiestas religiosas, fundaciones de conventos, carcerias y boscajes y brama de venados, que á negocios de Estado y defensa de sus vastos dominios, no dejaba de desear que su hijo D. Felipe se educase para príncipe guerrero; y con este buen propósito, un año ántes de los sucesos que vamos relatando, es decir, en 1613, queriendo que aquel niño, á la sazón de ocho años, pero perspicaz y de ingenio, segun su maestro D. Galcerán Albanel, entendiase lo que eran campamentos militares y cómo se formaban los escuadrones y se disponia la tropa para el asedio de los fuertes y la marcha en campaña, ordenó al marqués Ambrosio de Spínola que le enviase de Flándes un ejército de figurillas de movimiento, con sus diferentes cuerpos y pertrechos de artillería, conforme con una relacion que de Madrid se le mandó, redactada sin duda por algun general experimentado.

El Marqués, por la confianza que tenia en la persona de su paisano Alberto Struzzi, hombre de agudo ingenio, natural de Parma, empleado en el servicio de los Archidukes, le encargó la obra, en la cual comenzó á ocuparse desde Diciembre de aquel mismo año, terminándola en 1614, con gran satisfaccion del glorioso expugnador de Ostende y de los caballeros principales de la córte de Brusélas.—Aunque la empresa tenia un objeto que podia decirse de mera diversion y esparcimiento, no dejaba de ofrecer dificultades, y para proceder en ella con acierto, el sagaz italiano se hizo asistir de personas competentes, entre las cuales sobresalian el ingeniero Leonardo Lameri, que hizo la traza del *fuerte real* ó ciudadela; el guardajoyas de la Infanta Archiduquesa, Juan de Silva, que ideó las *muestras* (figurines diriamos



hoy) de los diferentes cuerpos de ejército, y el gentilhomme de la artillería, Juan Vander Elst, práctico en todo lo referente al servicio de las piezas y ordenación de los peones y gastadores.

Concurrieron á la construcción de la complicada máquina industriales y artesanos de toda especie, los más afamados del país. Veintisiete gremios, entre artes y oficios, cooperaron en tan empeñada obra: el escultor maestro Hans Avant; los entalladores de imágenes Nicolás Dienbone, Stephans Van Esther, el maestro Nicolás de Hoden, el maestro Martin Van Carter y maestro Jan Van Adams; los pintores Agustín Vander Verme, Jan Aripart ó Tupart y Gaspar Vanden Dris; los plateros Tomás Hannos, Garnier Strop, Artus Lagus, Jan de Güeldres, el maestro Daniel, Lucas Van Commel y Lucas Van Loen; el relojero Nicolás Vander Mer; un célebre espadero llamado Ambrosio; el afamado bordador maestro Antonio de la Barca; los arcabuceros Jan Mures y Antonio de Vaquer; los ebanistas maestro Han, Carlos Damt y Hans de Roens; el tornero Guillermo Mere; el fundidor Gaspar der Ertesten; los carpinteros Bernardo, Victorio y Gerardo Bernauvert; los escrineros ó fabricantes de escriños (cofretillos) Guillermo Guyff, Jaques Boxheimeq, Víctor de Amor, Jan Van der Bosch, Jan Peter Pert, el maestro Rombaud Van Gransvelt y Jaques Busque Hoven; los cuchilleros Marcelo Vanden Vercober y Peeter Giles; los sastres César Dodon, Pascual Trisple y Jacob Bolan; el estañero Frans Van der Berghem; el herrero Anton Bacuert; los guarnicioneros y silleros Hans Paris y maestro Gherard de Marneque; el constructor de tiendas de campaña Jan de Ghiesmustre; el maestro bastero Justo; los freneros Peter Mivohos y Giles Cuierts; los sombrereros Carlos de Conin y Guillermo de Guo; el carroceros Enrique Baujaene, el maestro carretero Melchor Acardo; el cestero y fabricante de barracas Jacques Van Binterneque; los maestros cordoneros Hans Ras y Michael de Buit, y hasta los libreros Rogier Bulpier, Ferdinand Chapelin y maestro Peeter Dotel: que también se hicieron libros para no sé qué servicio del ejército liliputiese.— Hay que agregar á este general concurso de artes y oficios, ocupado en la construcción del ejército para el príncipe D. Felipe, otros industriales cuyas obras no acertamos á definir. El curioso documento que nos suministra estos datos, menciona á cinco *maestros de custodias*, Jan Simion, Jorge Flingaert, Jorge Blengaert, Nicolás Canoens y Nicolás Causen. Acaso estos cinco artífices deberían reducirse á tres, si, como sospechamos, los apellidos Flingaert y Blengaert por un lado, y Canoens y Causen por otro, son unos mismos, con variantes introducidas por la impericia del amanuense. Como quiera, queda por averiguar qué participación tuvieron en la obra del ejército del Príncipe los maestros que trabajaban en hacer custodias. No aventuraremos explicaciones de capricho á falta de indicios en que fundar una conjetura admisible, y abandonamos este punto á investigadores más exigentes y descontentadizos.

Con lo que hicieron los demás artistas y artífices tenemos lo bastante para venir en conocimiento de que todos los objetos que componían aquel campamento de muñecos, los edificios, los árboles, las tiendas, las barracas y cuerpos de guardia, los hombres, los caballos y mulos, los cañones, bagajes y carros, las prendas del vestuario de los infantes, jinetes y soldados de todas las armas, los atalajes, arneses,

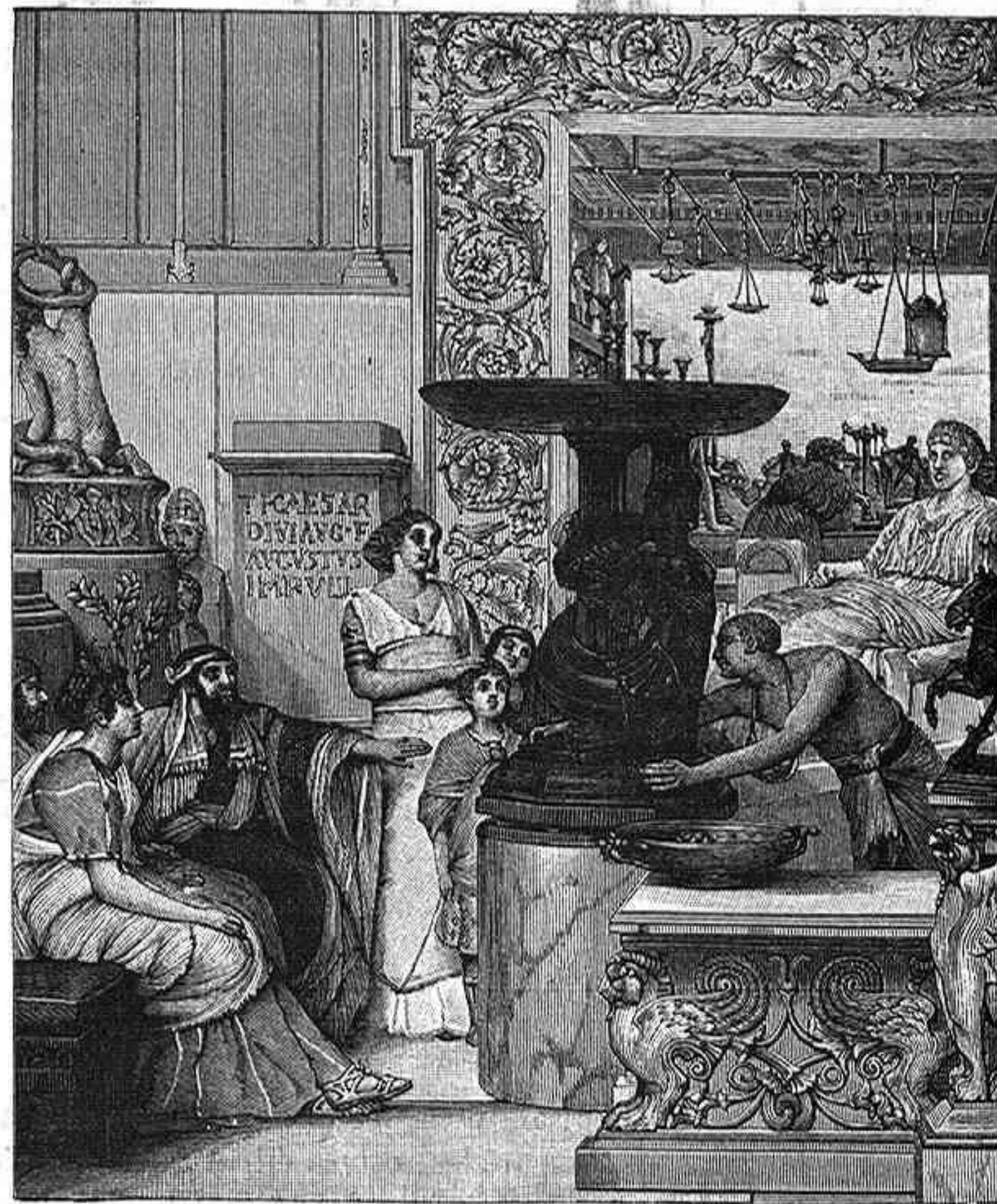
monturas, jaeces de las bestias de tiro y carga; los instrumentos bélicos, tambores, clarines, trompetas, pífanos, etc.; todo su personal y material, en suma, eran, como decimos hoy, otros tantos *objetos de arte*, pero de un arte tan esmerado y concienzudo, como puede colegirse de la siguiente descripción, consignada en un inventario inédito de las obras artísticas que decoraban las diferentes piezas del Real Alcázar-Palacio de Madrid en el año 1637, y que no podemos menos de copiar aquí:

« *Pieza alta sobre el pasadizo que va á la escucha del Consejo de Hacienda.*— Dos ejércitos que van marchando uno contra otro, puestos en forma de batalla, y detras los bagajes y carros, todo él de figuras de relieve de seis dedos de alto, en que ay varias piezas de artillería, y está imitado del natural, infantería y caballería y armas, todo ello sobre un tablado que tiene de alto dos piés y medio y la cubierta de corcho, sobre que están clabadas las dichas figuras.

» Mas, ay en el dicho tablado un campo aloxado, con tiendas, cuerpos de guardia y barracas, y la forma como se hace justicia á los soldados por el preboste general, y otra demostración de cómo se sitia y defiende un fuerte real que le divide con el campo un rio, y las figuras del tamaño dicho:

» Mas, en el terçero tramo de dicho tablado ay la forma como se gana una ciudad fortificada con su plataforma y reduitos, estradas encubiertas, esto de figuras pequeñas de un dedo de alto, de plomo, bañadas y pintadas de colores, y en la Ciudad sus fuertes, fosos y esquadrones, y en la plaza de armas un esquadron formado:

» Mas, ay en la testera de la dicha pieza otro tabladillo



TALLER DE UN ESCULTOR ROMANO, por Alma-Tadema.



donde están las tiendas de todos oficios y bibanderos con muchas figuras y otras cosas diferentes.»

Resulta, pues, del cotejo de este asiento con la relacion anteriormente extractada, que esas figurillas de seis dedos de altura estaban imitadas del natural con tan extraordinaria fidelidad y conclusion, que sus uniformes, sus armas, sus insignias y distintivos, y hasta los más pequeños accesorios, eran obra de los mismos oficiales de manos que hubieran podido emplearse en la confeccion del vestuario y equipo de un ejército real y verdadero; interviniendo ademas otros industriales ejercitados en más prolijas y diminutas labores, por no ser posible que los artífices de quienes son propias las ejecutasen en tan reducido tamaño. Así se explica que para el ejército que dirigia Struzzi suministrasen trabajos los plateros, los relojeros, los escrineros, los pintores y tallistas. Los plateros, ademas de los cañones y de las piezas menores del atalaje, como chapas, hebillas y ganchos, hacian los árboles de la parte montuosa del terreno; los relojeros, los estribos para la caballería; los escrineros, los resortes para el movimiento de las figurillas, y los pintores y tallistas otros objetos igualmente delicados y difíciles por la forma.

Para esta inmensa combinacion de objetos no bastó que Struzzi dirigiese personalmente los trabajos de muchos de aquellos oficiales, á quienes tenía en una casa que alquiló al efecto, montada como un vasto taller; sino que le fué preciso hacer viajes á Malinas, Ambéres y otros puntos para adquirir ciertos géneros y concertar diferentes servicios.

#### IV.

##### VIAJE DEL PEQUEÑO EJÉRCITO DE BRUSÉLAS Á MADRID.

Concluida la complicada obra—la *máquina*, como la llaman los viejos papeles que consultamos—con las tablas de corcho en que habian de hincarse las figuras, las cuales de por sí produjeron un equipaje de quince fardos, ocupando el ejército propiamente dicho más de treinta cajas, perfectamente arregladas por los empacadores Pierre Bosch y Orian Blasier (pues hasta los nombres de estos humildes jornaleros ha querido la suerte que salgan hoy á la luz de la publicidad, cuando tantos de habilísimos artistas anónimos yacen en el olvido); dispuesto todo, esto es, comprados los carros y los caballos para el transporte, hechos los ajustes con los conductores y mozos; elegidos los criados, y hasta uniformados, y obtenida por último la vènia de los Archiduques, aprovechando la infanta D. Isabel tan buena ocasion para enviar á Madrid el enano D. Miguel Soplillo, destinado á reemplazar en el entretenimiento del Príncipe al enano Bonamí, muerto pocos meses ántes y áun llorado por el augusto niño; emprendieron su viaje de Brusélas á la córte de España, modificando el plan primitivo de traer el ejército por tierra y el *fuerte real* por mar, Alberto Struzzi y su comitiva de altos, medianos y pequeños asistentes y servidores, los cuales salieron de Brusélas el dia 12 de Setiembre de 1614.

En el viaje de Flándes á España le ocurrieron al benemérito gentilhomme percances que no son para callados. Primeramente, por complacer al marqués Ambrosio Spínola, que se hallaba necesitado de dinero y no podia cómodamente distraer fondos de los destinados al ejército de los Países-Bajos, tomó Struzzi por su cuenta la compra de los carros y

del ganado, y la suma que se habia en un principio aplicado á la adquisicion de éstos, se adjudicó al gasto del camino, cuya duracion se presupuso de cuarenta y cinco días. Pero habiéndose luego ausentado de Brusélas el Marqués, tuvo Struzzi que comprar otro carro y ocho caballos frisonos más, el carro para traer el *fuerte real*, que se resolvió no viniera embarcado por temor de que se echára á perder con la humedad del mar, y los ocho frisonos, cuatro para este último carro, uno para el furriel Ferdinand Jacquet, hombre indispensable para suplirle á él en el gobierno del convoy, pues se hallaba con la salud quebrantada; otro para un herrador, tambien necesario, llevando tantos caballos, y dos de respeto.—Ocurrió despues que habiéndose alargado el viaje bastante más de lo que se habia calculado, pasó Struzzi algunos apuros: tuvo que detenerse en París tres días, para que descansase el ganado y para sacar el pasaporte del Rey de Francia; detuviéronle luégo otro dia en Perona los arrendadores del puerto (1), los cuales, no haciendo caso del pasaporte de su Rey, porque no expresaba que los derechos se asentasen por cuenta de S. M., le reclamaron el diezmo y se obstinaban en que habian de abrir las cajas y fardos. Á ellos nada les importaba que contuviesen mercancías ó presentes enviados por SS. AA. los Archiduques al Rey de España: pedian 800 escudos de derechos: Struzzi lo resistió enérgicamente, negándose á la apertura de los bultos; dijoles que se volveria á París por la posta á quejarse al Rey, y *al cabo de muchos dares y tomars* (escribe el mismo), *compuso el negocio en 50 escudos, de los cuales reclamó carta de pago y no se la quisieron dar, porque los repartieron entre el teniente de la villa y los arrendadores.* Perdió otro dia en Molina (Moulins), donde le sangraron dos veces é hizo herrar los caballos. Otro en Bayona, donde por las grandes dificultades que opusieron á que pasase por el puente de madera con los carros—cosa jamas permitida, pues todo cargamento de peso considerable se conducia en barcas, lo cual ocasionaba á nuestro convoy un gran trastorno para descargar los carros y volver á cargarlos—tuvo Struzzi que acudir al Gobernador, á quien no encontró sino al cabo de muchas horas, y fuera de Bayona, y sacarle una carta en que mandaba al teniente que le dejase pasar: novedad de que se indignó el pueblo, promoviendo un medio alboroto. Otro dia le fué forzoso detenerse en Irun para proporcionarse bueyes con que pasar la montaña, pues, siendo tan pesada la carga, no bastaban los caballos frisonos para subirla; y lo mismo le sucedió luégo en la cuesta de Salinas, despues de una enojosa avería ocurrida con un carro que se le rompió.—Detúvose otro dia en Vitoria, y allí le exigieron que pagase los derechos ó presentase pasaporte del Rey. El Marqués de Siete Iglesias habia escrito al de Spínola que le mandaba el pasaporte á Vitoria; pero el documento no llegó, y fué menester que el enviado italiano se dejase acompañar por uno de los

(1) Así lo dice textualmente una relacion de gastos presentada por Struzzi, que tenemos á la vista, certificada por el grefier Carlos Sigoney, en 25 de Marzo de 1634; pero incurrió en una equivocacion evidente el buen italiano, y lo peor es que no se puede subsanar. Perona no es puerto ni está en el camino de París á Moulins, sino en el de Brusélas á la capital de Francia; de consiguiente debió haberla nombrado ántes que á París.—Por otro lado, luégo se verá que el lance que refiere como acaecido en Perona, figura en otra relacion jurada del mismo Struzzi como ocurrido en Bayona, donde es más probable que sucediera.



MUSEO DEL PRADO.



«MATER DOLOROSA.»

(CUADRO DE BARTOLOMÉ ESTÉBAN MURILLO.)



arrendadores del puerto (sic) *quien, dice, me acompañó hasta Madrid á mi costa para sacar suplimento, como hizo, del Secretario Juan de Ceriza* (1).—Todas estas paradas dieron por resultado que, durando el viaje trece dias más de los que se habian calculado, se le aumentó tanto el gasto, que al llegar á Lerma, donde se hallaba el Rey, el cual le detuvo allí siete dias, sin duda por el placer que el Príncipe recibia de entretenerse con el enano, se vió en la precision de pedir dinero al Mayordomo mayor, marqués de Velada.

Muchos años después, en 1634, teniendo necesidad el mismo Struzzi de presentar relacion jurada de los gastos extraordinarios que habia hecho en su viaje desde Brusélas hasta Lerma, corrigió lo que tenia declarado en la otra relacion de que hemos sacado la sucinta historia de sus percances durante la conduccion del ejército de Flándes á España, porque escribió lo siguiente, que reproducimos al pié de la letra por el color local que revisten los sucesos que refiere: «Relacion jurada que yo Alberto Struzzi doy de los gastos estrahordinarios que he hecho desde Bruselas donde partí en doçe de Septiembre de seysçientos y Catorçe &..... Los quales gastos estrahordin.<sup>s</sup> no fueron comprehendidos en el conçierto que se hizo con el Contador del ejército de su Mag. Gonzalo Guerra de la Vega tocante a los gastos hordinarios como consta por su Certificacion.—Primeramente, en diez y siete de Sept.<sup>o</sup> Pagué en Perona a los Soldados del Castillo, y á los de la guarda de la Puerta, por sus derechos Simpoderlo escussar Diez florines de aquatro rs.—Mas, en nueve de Octubre en Petit Burdeus pagué a los marineros, por una Barca con la qual pasaron El Rio los Carros, Cauillos, y Gente hasta Bordeus, quarenta y seis florines y medio.—Mas, a diez y siete del dho. pagué Embayona a los arrendadores de las Alcaualas çinquenta escudos de a doçe rs. por composicion que hize con ellos, los quales pretendian El Diezmo, y querian abrir los fardos, no hauiendo hecho casso del Passaporte del Rey, respecto que en el no estaua especificado que los derechos se asentassen por cuenta de su Mag. y Pretendian Se les pagasse ochocientos escudos, y al Cauo de muchos dares y Tomares vine a componer los derechos en los dichos çinquenta escudos, de los quales pedí carta de Pago y nomela quissieron dar, porque selos Repartieron entre el tiniente de la Villa y otros.—Mas, pagué en dha. Bayona a los Soldados del Castillo treynta y siete florines y medio de sus derechos de Guarniçion.—Mas, pagué en dha. Vayona a los arrendadores de la Alcauala, del passage de los diezynuebe Cauillos (2) arraçon

de tres florines cada vno, que es la prematia; que haçen çinquenta y siete florines.—Mas, pagué ados Soldados de la dha. Villa quinze florines y medio, los quales el Gouvernador de la dha. Villa medió para que acompañasen los Carros hasta San Juan de Lux, para donde medió vna carta para el Tiniente p.<sup>a</sup> que dejasse passar los Carros Sobre la puente lo que jamas no se suele permitir, sino que todos Passan por barca, adonde fuera menester cargar y descargar, y tardar vn dia más.—Mas, a diez y siete del dho. pagué en dho. San Juan de Lux treynta y vn florines y medio por los derechos de la dha. Puente, sobre la qual passaron los dhos. Carros.—Mas, pagué Siette florines y medio al Comissario que vissitó El Passaporte del Rey, por sus derechos.—Mas, en Diezyocho pagué a los marineros por dos barcas Con las quales passaron los Carros y Cauillos el Rio de Irun setenta y çinco florines.—Mas, pagué en Irun ocho reales al vissitador de la Inquissiçion.—Mas, pagué en la dha. villa de Irun aunos labradores por quinze jugadas de Bueyes que passaron los Carros la montaña, por tres dias de yda y buelta, acaussa que por ser los dhos Carros tan Cargados fue ymposible que los Cauillos los pudieran llebar, ciento y siete florines Por conçierto que hiço el Correo mayor Juan Alvarez.—Mas, en diezynuebe pagué çinco florines aun labrador por el alquiler de un Carro de Bueyes que llebo los fardos de uno de los tres Carros que se rompio hasta llegar aun lugar adonde se adereçó.—Mas, En veynte y quatro pagué en Salinas sesenta y vn florines por otras onze jugadas de Bueyes para subir aquella Cuesta a veyntte y quatro Rs. cada vno.—La qual dha. Relacion vacierta y verdadera y los dhos. gastos los hiçe en la forma y Cantidad que en cada partida se diçe, y así lo juro en forma a Dios y avna Cruz, con la pena del trestanto al estilo de contaduria que me obligo apagar, si agora o en algun tiempo pareçiere lo contrario, y lo firmo en Madrid a xxj de febrero de 1634.—Alberto Struzzi.»

Dijimos que tuvo precision de pedir dinero al Mayordomo mayor, marqués de Velada. Dióle éste, de órden de S. M., doscientos ducados para que pudiese el convoy proseguir su camino hasta Madrid: donde entró en la forma que referimos al comenzar este relato, y sin nuevos percances, á excepcion de habersele inutilizado uno de los dos caballos de respeto, que era el que el herrador traia del diestro, el cual se enclavó por torpeza de un chispero intruso que se metió á hacer lo que no era de su oficio.

## V.

## PROMESAS Y PRENDAS DE UN DICHOSO PORVENIR.

Antes que dijéramos lo que contenian las cajas y fardos, en que la gente ociosa de la villa veia lastimosas reliquias de un imaginario desastre ocurrido á nuestras armas en los Países-Bajos, dejamos á Alberto Struzzi descansando de las fatigas del camino en su alojamiento y visitado por el contralor Jerónimo de Quincoces.

Era éste uno de aquellos hombres nacidos para esclavos y sin afectos propios, como hay muchos en los palacios, lisonjeros con todo el que tiene favor, y desabridos con el que carece de valimiento; y juzgando por el empleo que desem-

(1) No se comprende qué derechos de puerto le pudieron exigir en Vitoria. Además, si Struzzi, como se verá más adelante, no continuó su viaje seguido hasta Madrid, sino que le mandó el Rey detenerse algunos días en Lerma, tampoco se comprende cómo pudo venir acompañándole hasta la corte uno de los recaudadores. ¿Había éste de detenerse también en Lerma y esperar allí á que Struzzi fuese despedido para seguir luego con él hasta Madrid? ¿Había de venir el recaudador solo para obtener del secretario Juan de Ciriza el documento ó certificado que habría conseguido con igual facilidad donde se hallaba el Rey? La única explicacion de estas contradicciones que nos parece admisible, es que Struzzi, en el año 1634, á los sesenta ó más de edad, caduco, enfermo, entregado quizás á su mala estrella, escribía relaciones juradas de sus gastos abultando éstos, contradiciéndose, y confundiendo y tergiversando los hechos.

(2) Hemos repasado muy repetidas veces las relaciones de gastos y todas las cuentas en que se hace mencion de los caballos que compró y trajo Struzzi, y no hemos podido explicarnos por qué unos documentos traen veinte caballos, y otros sólo diez y nueve.



peñaba Struzzi en Brusélas, por las cartas que de los Archiduques traía, por la amistad con que le distinguía Spínola, por la buena acogida que el Rey, su favorito y el Marqués de Velada le habían hecho en Lerma, y por las órdenes terminantes del Mayordomo mayor de que se le hospedase cómodamente, se le regalase y se le asistiese con cuanto hubiera menester; juzgando, repetimos, que se las había con un personaje de cuenta, le prodigó en aquella breve entrevista toda clase de atenciones, inclusa la de mostrarle la más apacible y risueña fisonomía, haciendo gala de dos correctas hileras de blanquísimo dientes. Al despedirse de él con cien reverentes cortesías, le dejó la lisonjera esperanza de que los servicios que venía prestando á tan gran rey como el señor don Felipe III, y á tan amable príncipe como el Sr. D. Felipe, Domingo Víctor de la Cruz le serían muy en breve recompensados con señaladas mercedes.

No se hicieron esperar mucho tiempo los agasajos del sumiso servidor, oficioso intérprete de la voluntad de su dueño.

Miéntras los viajeros descansaban, los tres criados se instalaron en la cocina y prepararon una frugal refacción con las provisiones que traían. César Acosta los agasajó con una enorme costrada de pichones, digna de figurar en un bodegón de Van Essen, y con vino fresco, blanco de Rueda y tinto de Valdepeñas, y les suministró todo lo demás que hubieron menester: hizose comedor de un aposento del piso principal, donde había una cama, que se retiró por innecesaria; en su

lugar se colocó un aparador con la vajilla y la cristalería, y cuando la gana de comer empezó á poner en movimiento á los huéspedes, ya todo estaba arreglado.

Sentados á la mesa Struzzi, Soplillo, Juan Vander Elst, Ferdinand Jacquet y los dos oficiales Christian y Cornelio, dejémosles restaurar sus fuerzas, y que nuestra presencia no les sea molesta, por si alguno de los seis tiene la fea costumbre de derramar el vino ó chuparse los dedos. Como buenos flamencos beberán copiosamente, y el velicómen descansará poco sobre el mantel. Soy miope y no alcanzo á ver qué clase de *aderezo* les ha dado el dueño de la casa; pero me figuro que comen en platos de Talavera, pintados de azul y amarillo, y que el vidrio de los vasos es de regular transparencia.

Después de haber comido todos con buen apetito, la hartura hizo su natural oficio: quedó Struzzi entregado á un dulce sopor, sus comensales desfilaron, y él permaneció solo, arrellanado en un sillón de vaqueta, predispuesto por las melosas promesas del contralor Quincoces á dejarse mecer en los brazos de rosa de las más halagüeñas ilusiones. Entregóse, pues, á un sueño de bienandanza, durante el cual se abrieron ante su mente fascinada risueños y deslumbradores horizontes.

«Verdaderamente (supongo yo que se diría para sus adentros) he venido á caer en el regazo de la fortuna. Héme aquí recibido en palmitas por los más grandes señores del universo, el Rey de España y del Nuevo Mundo, el Príncipe, los Infantes é Infantas, el Duque de



EL REY DON FELIPE IV.—(CUADRO DE VELAZQUEZ.)



Lerma, el Marqués de Velada y todos los que comparten con el poderoso hijo de Felipe II el peso y la gloria de tan colosal monarquía. Los archiduques Alberto é Isabel me distinguen con sus favores; el invicto Ambrosio Spinola me enaltece con su confianza; este mismo hombrecito en miniatura que traigo á mi cuidado será mañana para mí un valedor seguro. Y no me importa que se murmure por ahí que España es un país pobre en medio de su fasto y ostentación; porque la gente granada vive aquí como no se vive en nación alguna. Mañana se efectuarán las bodas que han de estrechar la alianza de las dos monarquías más grandes del mundo—la española y la francesa—y ya se presiente el esplendor de que irán acompañadas. El Duque de Pastrana y Francavilla llevaba ayer al vecino reino, cuando fué allí á concluir las capitulaciones, una recámara de 125 acémilas cubiertas de terciopelo carmesí, chorreando plata y oro. ¡Qué soberbio espectáculo! Dícese que gastó en su embajada 200.000 escudos; y que el Marqués de Siete Iglesias, que fué á Fontainebleau á felicitar á los Reyes de Francia, dejó en manos de la Reina viuda y de las Princesas y damas una lluvia de alhajas de inestimable precio, piedras bezoares en escriños de plata, salvillas de oro y esmalte, objetos curiosos y riquísimos, encanto de los nacidos en la tierra para semi-dioses. Pues esta córte de Madrid, qué opulencia no desplegó con el enviado francés Duque de Umena (Mayenne), á quien, despues de regalarle en el camino con acémilas cargadas de vidrios de Venecia y barros peregrinos, recibió la villa con un lujoso cortejo de grandes, cual no se vió jamas en las córtes de los Faraones ni de los Reyes babilonios y persas; haciéndole luégo patentes el palacio Real sus deslumbradoras magnificencias en cuadros, estatuas, tapices, blandones de plata, alfombras y reposteros; en su ejército de titulados, señores y caballeros, damas y meninas, mayordomos y maceros, y toda clase de servidores de ambos sexos, guardia de archeros españoles y tudescos, carrozas, caballos, libreas, gualdrapas y penachos; y manteniendo, por último, la Real despensa á toda la gente que con él vino, por el eficaz ministerio de los guardamangeles, con provisiones de boca que ni soñaron siquiera los esclavos despenseros á cuyo cuidado corrió el bíblico festin de Baltasar. No me hallo, no, entre gente mezquina, aunque me digan que está arruinada.»

Pasarían luégo por su mente, exaltada con tan persuasivos recuerdos, los ricos presentes que hicieron en aquella ocasion al embajador francés y al secretario portador de las capitulaciones, el Rey y el de Lerma: figurábase tener ante sus ojos la cadena de diamantes y el trencellin tasado en 12.000 escudos, y los seis hermosos caballos con sus mantas de damasco carmesí, y la sortija de 3.000 escudos de valor, y los cien pares de guantes de ámbar, y los cincuenta coletos de lo mismo, y el fanaque de pastillas y pebetes, que tan celebrados fueron; y se regalaría el tacto y el olfato con la ropa blanca y perfumada que mandaron al de Umena la Duquesa de Pastrana y la Condesa de Valencia; y creería oír piafar y relinchar á los diez caballos con que le agasajaron los Duques de Maqueda y de Alba.—Vería también en el ameno campo de su fantasía las demas grandezas que habia leído, ú oído referir, de la córte de Felipe III: los costosos espectáculos de toros, cañas, comedias, máscaras y demas regocijos con que habia obsequiado á los emba-

jadores de Dinamarca; la *costa*, como se decia entónces, que se les hizo, ó sea la abundante mesa que se les sirvió; las cadenas de oro y los caballos que se les dieron; y luégo la bellisima y rica tapiceria de los *Siete planetas*, bordada sobre terciopelo carmesí, comprada por el Rey en 20.000 ducados, para enviarla al Rey de Persia con otros preciosos objetos, estimados en más de 80.000.—Presenciaría como en vision beatifica el divertido espectáculo de la mascarada que se hizo con motivo del nacimiento del hijo del Conde de Saldaña, en que 64 caballeros llevaron sobre sí, en sus trajes, un valor de más de 90.000 ducados; y la grandiosa ceremonia del bautizo del niño en la iglesia de San Andrés, donde cautivaba los sentidos el conjunto de las colgaduras y ricas alfombras, la fragancia de los pomos de aguas de olor, los resplandores argentinos de los braseros y blandones, los vistosos matices de los brocados, los reflejos de la gran pila de plata colocada sobre espacioso tablado en la mitad del templo; al par que los excitaba el cuadro seductor de las bien ataviadas señoras y damas de la Reina, que, á despecho de la pragmática sobre vestidos y joyas, realzaban sus naturales atractivos con los más vistosos aderezos.

Habria quizá momentos en que el buen Struzzi olfatearía y paladearía los sabrosos y delicados manjares de los cien platos que, sin contar principios ni postres, se sirvieron en las mesas que el fastuoso Duque del Infantado previno para las personas Reales y para las señoras y damas, y creería tener en sus manos (tanta era su afición á los objetos de arte suntuario) las mismas alhajas regaladas, con ocasion de aquella solemnidad, al Rey, á la jóven Reina de Francia, al Príncipe é Infantes y á las damas; es decir, que casi se imaginaria estar tocando y saboreando á su placer la riqueza y los primores artísticos de una imagen de Nuestra Señora, de oro y diamantes; de un escritorio con los cajones atestados de curiosidades de oro y piedras preciosas, de cien bandejas de plata colmadas de abanicos, varillas de oro, cintas, gorgueras, valonas y otros dijes.—«No estoy entre gente mezquina», creo yo que volvió á decir para sus adentros.

¿Cómo no habian de fascinar al pobre extranjero, acostumbrado á la vida de una pequeña córte, moderada y económica en sus gastos como la de los archiduques Alberto é Isabel, las indescriptibles magnificencias de nuestra aristocracia española? No ignoraba él lo que decian del desgobierno de España bajo el reinado de Felipe III nuestros enemigos los venecianos: sabía de memoria la pregunta y la respuesta que habia hecho proverbiales el embajador Simon Contareno: «¿Cómo se envían á Flándes tantos millones y á Alemania tantos socorros? ¿Cómo se han levantado en Italia tantos ejércitos y hace el Rey tantas mercedes, y fábricas, y gastos como en aquella corona se usan?—Pues esto se hace no pagando.» Pero veía al propio tiempo que si muchos grandes no pagaban, no era porque careciesen en absoluto de dinero, sino porque la prodigalidad y el desorden se lo quitaban de sus arcas cuando lo habian menester. Su perspicaz y nerviosa vista retrospectiva, aguzada por una incessante lectura, le ponía delante la fastuosidad española en toda su inmensa escala, desde el estrepitoso espectáculo oriental de las fiestas públicas en que se tira el dinero sin tasa ni concierto, con tal que deslumbre y anonade el esta-



llido de la bomba lanzada al viento, hasta el selecto y callado banquete del sibarita de gusto refinado, más costoso quizá por los primores artísticos que en sí reúne. Como ejemplo de lo primero, recordaria el recibimiento hecho en Valencia á la reina D.<sup>a</sup> Margarita de Austria, por las descripciones que habia leído de los magníficos arcos de triunfo, de las comidas, saraos, toros, fuegos, fiestas, torneos y cañas; de las riquísimas galas y aderezos, del lujo de carrozas y libreas, perlas y piedras preciosas, telas y brocados, que reyes y príncipes, damas y caballeros desplegaron en aquellos dias; y cómo sólo el Marqués de Dénia (ahora Duque de Lerma) gastó allí más de 300.000 ducados, sin contar las joyas que regaló á la comitiva de la Reina y del Archiduque, y cómo subió el gasto del Rey en aquella jornada á 950.000 ducados, y el de los grandes y señores de Castilla á más de 3.000.000. Como muestra de fastuosidad de selecto gusto sibarítico, pensó sin duda alguna, y hasta con espeluzos de placer, porque el buen italiano era inclinado como un ateniense á todo lo exquisito sin ostentosa pompa, en el banquete que ese mismo Duque de Lerma habia dado hacia cuatro meses al Cardenal de Este y al Nuncio de Su Santidad. Teníalo en la memoria claro y distinto como la imágen que se pinta en la cámara lúcida de la retina. El Cardenal y el Nuncio estaban solos en la mesa con el noble anfitrión, servidos por títulos y caballeros, todos descubiertos, entre los cuales se hallaban los hijos del Duque. Las mesas y aparadores estaban cubiertos de vajilla de oro repujado y esmaltado, obra de orfebrería milanesa, con peregrinos bajo-relieves atribuidos al Caradosso. Aquellos ilustres servidores desempeñaban su oficio con toda puntualidad y perfección. Sirvieron treinta platos de á seis, y con tal silencio, que parecia no haber nadie en la sala. Oíase sólo una agradable música, cuyos ejecutantes estaban ocultos. Despues se servía otra mesa para los dos obispos del Cardenal y para los títulos y caballeros que habian asistido á la mesa primera. Eran los comensales unos treinta, y los manjares exquisitos, no excesivos para que no causasen hastío. Luégo habia carrera de caballos delante de la huerta, con muy ricos jaeces, y el Duque daba un curioso cofre de la India al Cardenal, con ochenta pares de guantes, treinta cueros, otros tantos bolsicos y faltriqueras, y dos ó tres cajas de pastillas de olor de diferentes especies, y otras cosas preciosas; y el Cardenal de Toledo le enviaba un escritorio de cosas de olor y un vaso de plata dorado, engastada en él una piedra bezoar de gran tamaño. «Esto (se diría Struzzi) no se hace sin tener muchísimo dinero»; y decia bien, porque el Duque era uno de los hombres más acaudalados, no de España, sino de Europa; y opulentos eran también otros personajes que rivalizaban con los más grandes señores en ostentación y boato, tales como el licenciado Alonso Ramirez de Prado, del Consejo Real y del de Hacienda; D. Pedro Franqueza, conde de Villalonga y de Villafranqueza, Consejero de Hacienda también; D. Pedro Álvarez Pereira, del Consejo de Portugal; no pocos asentistas, y otras personas de inferior jerarquía. Aquellos *ilustrísimos ladrones*, como los llamaba el esquilmo pueblo, justamente quejoso de la carga de tributos con que se le agobiaba para que ellos estuviesen repletos, siempre pagaban lo que no podían sacar como regalo. No importaba, tratándose sólo del hecho de si en España habia ó no dinero, cómo se habian amasado aquellas riquezas: que al de Lerma y sus hijos les

hubiese valido 500.000 ducados (cinco millones y medio de reales) la expulsión de los moriscos, por el producto que se apropiaron de una parte de las casas de aquellos infelices, puestas en venta; que el Conde de Villalonga se hubiese enriquecido en el asiento hecho con los judíos de Portugal y con cohechos de á seis y siete mil ducados, y otros medios igualmente inmorales, no era asunto en que él tenia que entrometerse. Para el negocio que acá le traía, bastábale que aquí hubiera dinero y que, aunque se debiese, hubiera de qué pagar. Si ejemplos se oían de grandes escarmientos, también se pregonaban de grandes medros y de legítimas ganancias obtenidas al amparo de la vanidosa ostentación española. Sin salir de los Países-Bajos, donde él residía, público y manifiesto era que no les iba mal en sus relaciones con la entrapada corte de Felipe III á los artistas que para ella ejecutaban obras, á Rubens, á su maestro Otto Vœnius, á Dionisio Van Alsloot, á Peeter y Jan Brueghel, á Van Hellemont, á Gaspar de Crayer, á Momper, á Frans Franck, á Peeter Neefs, á Franz Pourbus, y á otros cuyas tablas y lienzos lucían más que en parte alguna bajo las doradas techumbres ó las pintadas bóvedas de los palacios de España.

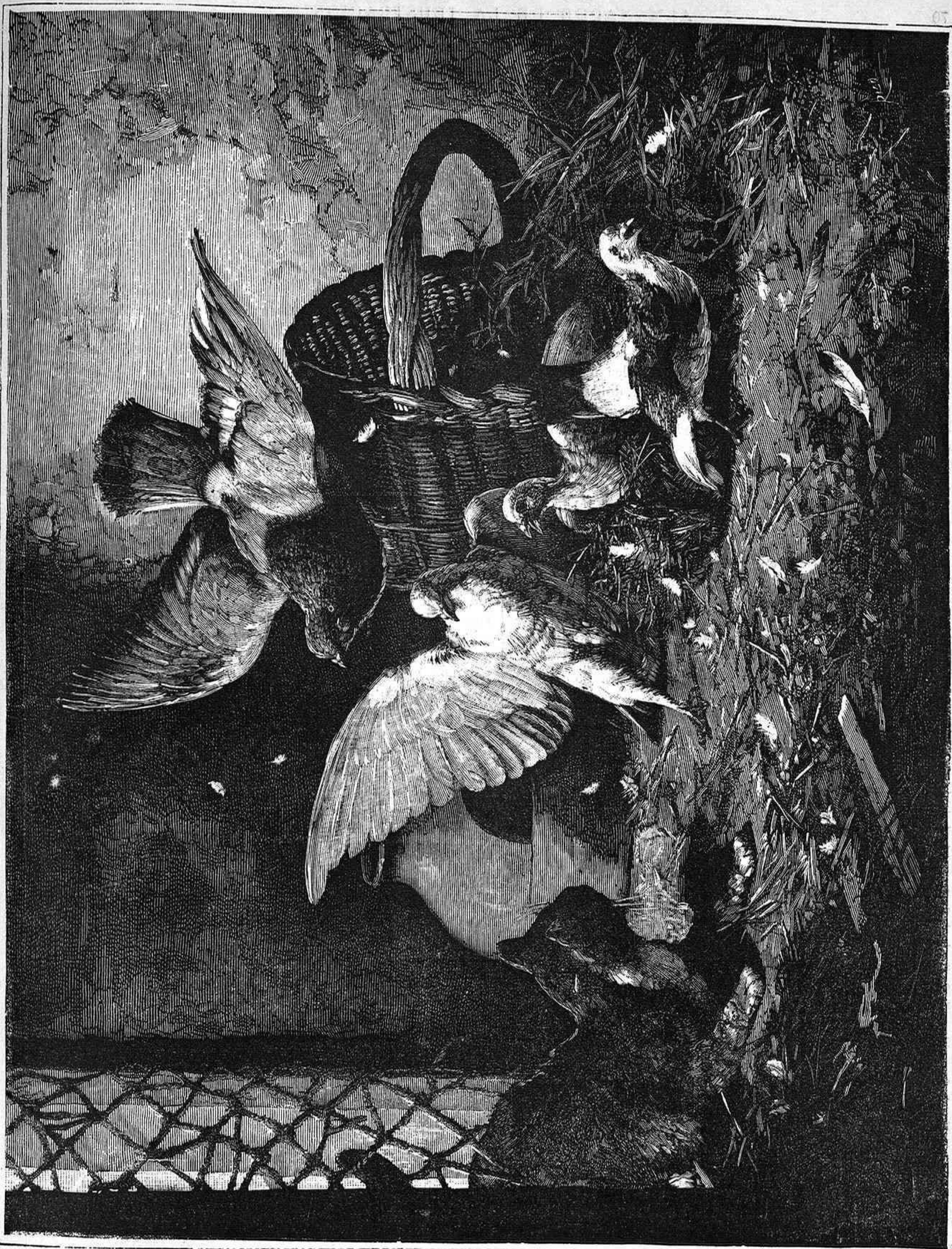
Interrumpióle en estas reflexiones la presencia de un guardamangel de Palacio, que, seguido de dos mozos cargados de banastas y sacos, le traía las provisiones de boca para el siguiente dia. Mandábalos el jefe de la despensa de S. M., de orden del Mayordomo mayor, comunicada por el contralor Quincoces. Entraron en la cocina, y empezando á desocupar los recipientes, invadieron su pequeña mesa, los vasares y hasta el fogón, con apetitosa vianda y pletóricas redomas, formando al vivo un bodegón que hubiera hecho honor al pincel de Brueghel ó de Snyders. Bajó Struzzi al ruido, tomó su capa brabantona para irse á dar una vuelta por la coronada villa, y echando al salir una cariñosa ojeada á las abundantes provisiones, murmuró risueño: «Decididamente, más vale servir á un pródigo entrapado, que á un ruin que entierra su dinero!»

Al poner el pié en la calle, con aire de hombre á quien mima la fortuna, los mozos portadores de aquel suculento contingente, que se anunciaba como pan de cada dia, terminaban su faena, dejando en el alojamiento de Struzzi y sus acompañantes diez y seis tortillas, sacadas de sus correspondientes fiambreras; veinticuatro panecillos, seis azumbres de vino comun, y muchas libras de carne de vaca, carnero y cabrito, gallinas, pollos y no sé cuántas clases de frutas de invierno (1). Como á excepcion de las tortillas, las raciones venian en crudo, en seguida le asaltó la idea de que iba á necesitar gente á propósito para montar en regla su cocina, y volviendo atras, llamó al casero y le encargó le buscara en seguida un despensero, un cocinero, un ayudante y un esportillero (2). El modesto gentilhomme habia cobrado humos.

(1) Existe el curioso documento de las provisiones que diariamente se le suministraban por la Real Despensa, y llama la atención que, enviándosele las raciones en crudo, le mandasen las tortillas hechas. Por cierto que éstas fueron al principio diez y seis, y luego, desde el 22 de Diciembre, se le bajaron á diez. Sería á petición del mismo Struzzi, el cual desde el primer dia manifestó al Marqués de Velada, por medio de Quincoces, que era excesiva la provision que le mandaban.

(2) Así lo declara él mismo en un memorial fechado en 16 de Abril de 1622, y dirigido al ministro del Bureo, designado para *ajustar y fenecer su cuenta*.





«ATAQUE Y DEFENSA.» — (CUADRO DE F. GIMENEZ. — De fotografía de Laurent.)



## VI.

## LA BENEVOLENCIA DE UN HOMBRE FELIZ.

Es ley de la humana naturaleza en los seres no pervertidos, que todo el que se siente satisfecho se explaye en sentimientos de benevolencia para con los que de él dependen. Alberto Struzzi se estimaba dichoso, y su primer impulso humanitario fué colmar á Soplillo de agasajos y pruebas de afecto. Hizo llamar á uno de los mejores sastres de Madrid, trajéronle á Andres Ximenez, y le encargó un traje de gala para el enano. Compró el sastre el género en la acreditada casa del mercader Duran Maurin: sacó de ella cuatro varas de perpetuan verdemar; una vara de tela ondeada del mismo color, cuajada de plata; de tafetan rosa seca, doblete de Granada, dos varas y cuarta; vara y tercia de ruanete; dos tercios de bayeta de Sevilla; vara y media de fustan; dos varas y tres cuartas de raso, color de rosa seca; doce onzas de caracolillos de oro y plata de Milan; media vara de angeo; once docenas de botones de oro, plata y seda; dos varas de listones; dos y media de felpa, rosa seca, de pelo largo, de Granada, y un fiador del mismo matiz. La obra de Andres Ximenez resultó ser un magnífico traje, compuesto de ropilla, calzon y ferreruelo verdemar, de hermosa y fuerte tela de lana, con jubon de estofa ondeada verde y plata, con sus aforros y pestañas de color de rosa seca; el ferreruelo con cuatro guarniciones de soguillas y pasamanos; la ropilla con dos, y ademas cuatro golpes; el calzon con cuatro guarniciones y golpes, y el jubon con su guarnicion de soguilla y caracolillo. Hizole tambien otro par de mangas de tabí de oro ondeado.

Con la ropa blanca, es decir, con la tela de Holanda para los bebederos y las valonas, las puntas de Flándes, las hechuras y el almidonado, corrió la *lingera* (1) flamenca Isabel Snuck, que tenía fama de primorosa; y los sombreros para el mismo D. Miguel, que fueron nada ménos que tres, uno negro con cairel de seda, otro negro tambien con caireles de plata, y otro de color, cairelado de plata y oro, los hizo el famoso sombrerero Lorenzo de Fuentes.

Y como el agua que rebosa de murrino vaso baña tal vez el humilde barro, la satisfaccion que inundaba el pecho del dichoso italiano se derramó hasta sobre la jaquilla que montaba el enano, para la cual encargó un jaez de gala, que costó un sentido. Afortunadamente, para estos gastos se hallaba autorizado por el Mayordomo mayor del Rey, de modo que cuando le conviniese no haberlos hecho de su bolsillo, podria reclamarlos.

(1) Hasta que cayó en nuestras manos el documento de que sacamos esta cuenta, no habiamos visto nunca usada la palabra *lingera* por lencera. *Lingera* viene sin duda alguna del frances *lingère*, como otra multitud de nombres de oficios y empleos que tambien se importaron de la vecina Francia en los siglos XVI y XVII. Pero da la casualidad de que la voz *linijera*, castellana pura (del adjetivo latino *linigera*, que se aplicaba á Isis por haber enseñado á los egipcios el uso del lino), se podría usar tambien correctamente para designar á la lencera; lo cual daría acaso pié á algunos para sostener que la voz *lingera* no es galicismo. En documentos del reinado de Felipe IV hemos visto con frecuencia llamar *labranderá* á la mujer que comercia con la ropa blanca y la arregla.

## VII.

## TAREAS DE ALBERTO STRUZZI EN MADRID.

Regresó el Rey, con sus hijos y servidumbre, de sus ocios en los bosques de Lerma para entregarse á los ocios de la córte, y mandó llamar á Alberto Struzzi, deseoso de ver instalada en el renovado Alcázar la máquina del ejército. No lo deseaba ménos el Principe, dispuesto con nuevos bríos á la diversion. La vida de campo le habia probado perfectamente; habiase fortalecido, y parecia salvado del linfatismo que predominó en su temperamento y tanto dió en qué pensar á su padre pocos meses atras, en cuyo tiempo, sólo el verse levantado del suelo en un carro en cierta comedia que representó en Palacio con sus meninos, haciendo él de dios Cupido y el condecillo de Puñoenrostro de diosa Vénus, le habia producido náuseas y vómitos. Habíanle agradado mucho en Lerma la figurilla, los modales, la voz y el gesto de su nuevo juguete humano, y agregábase ahora á este grato entretenimiento el del ejército de muñecos que le traian de Flándes para su instruccion y recreo. Todo anunciaba que daría muy pronto al olvido á su anterior favorito, con quien tan buenos ratos habia pasado. Hijo y padre propendian á iguales mudanzas: el hijo con sus enanos, el padre con sus privados. No era única *sabandija* (2) en Palacio Bonamí, como no era la única lapa el Duque de Lerma; hacíase preciso que fuesen alternando en el favor los más afortunados: á Bonamí le libró la muerte del disgusto de perderlo; ahora iba á sucederle Soplillo, que á su vez cedería el puesto á Calabacillas, ó á Sebastian Morra, ó al Primo, ó á cualquiera otro de los destinados á recibir la inmortalidad de los pinceles de Velazquez. En cuanto á los *privados*, el cansancio de tener siempre encima al Duque de Lerma empezaba ya á inclinar al padre hácia el desnaturalizado Duque de Uceda y hácia el ingrato Marqués de Siete Iglesias.

Presentóse en el régio Alcázar-Palacio Struzzi con el enano: recibieronle las personas Reales con todo el agasajo que permitia la etiqueta formalista de la casa de D. Felipe III, y ordenóle éste proceder inmediatamente á la instalacion del ejército traído de Brusélas, y que le llevase todos los dias á Soplillo para que se entretuviesen con él sus hijos. Al retirarse de la presencia del Rey, fué Struzzi á verse con el Mayordomo mayor, marqués de Velada, á fin de que le facilitase el carruaje que necesitaba para llevar diariamente á Palacio al enano y las cajas de las figuras, segun se fuese componiendo el ejército; y el Marqués, que era hombre de buena intencion y *de plática y cordura*, como decia de él el veneciano Contareno, no pudiendo por sí disponerlo, por carecer de atribuciones en la Real Caballeriza, le autorizó para que hiciese comprar un coche, tomando para él dos de los caballos que habia traído de Flándes. Así quedó concertado, y en su virtud se le libraron 200 ducados sobre el tesorero y maestro de la Real cámara, que cobró por Struzzi el furriel Pedro Dimas, y entregó á Pedro Jerónimo Royo, criado del Archiduque, el cual ajustó y compró en la calle de las Carretas una caja de coche, ni buena ni del todo mala, pero

(2) Nombre que daban á los enanos en los palacios.



servible para el objeto, aunque no para dar mucho lustre á la persona del gentilhomme de Sus Altezas. Éste, sin embargo, entregado á sus dulces ilusiones, hacía gustoso el gasto del cocher y de los caballos, con la esperanza de recobrarlo todo junto y con creces cuando S. M. le hiciese la merced—no bien determinada en su pensamiento—que de su grandeza y generosidad se prometia.

Es de advertir que como los veinte caballos que trajo de Brusélas eran suyos, desde que dejó de necesitarlos los fué á toda prisa enajenando: el dia 28 de Noviembre, es decir, á los catorce de haber llegado á Madrid, vendió seis al Marqués de Siete Iglesias, cuya fortuna tocaba á su cénit por aquel tiempo; el 2 de Diciembre vendió dos al grefier de S. M.; otros dos vendió al Conde de Salazar el dia 6 del propio mes; cinco el dia 13 á un canónigo de Toledo; el mismo Marqués de Siete Iglesias, que el dia 28 de Noviembre le habia comprado seis, volvió á pedirle otros dos el 15 de Diciembre. Se habia, pues, deshecho de diez y siete caballos y no le quedaban más que los dos que puso en su coche, y el caballo cojo inservible (1), cuyo paradero sería ir á mover alguna noria de las huertas del Manzanáres.

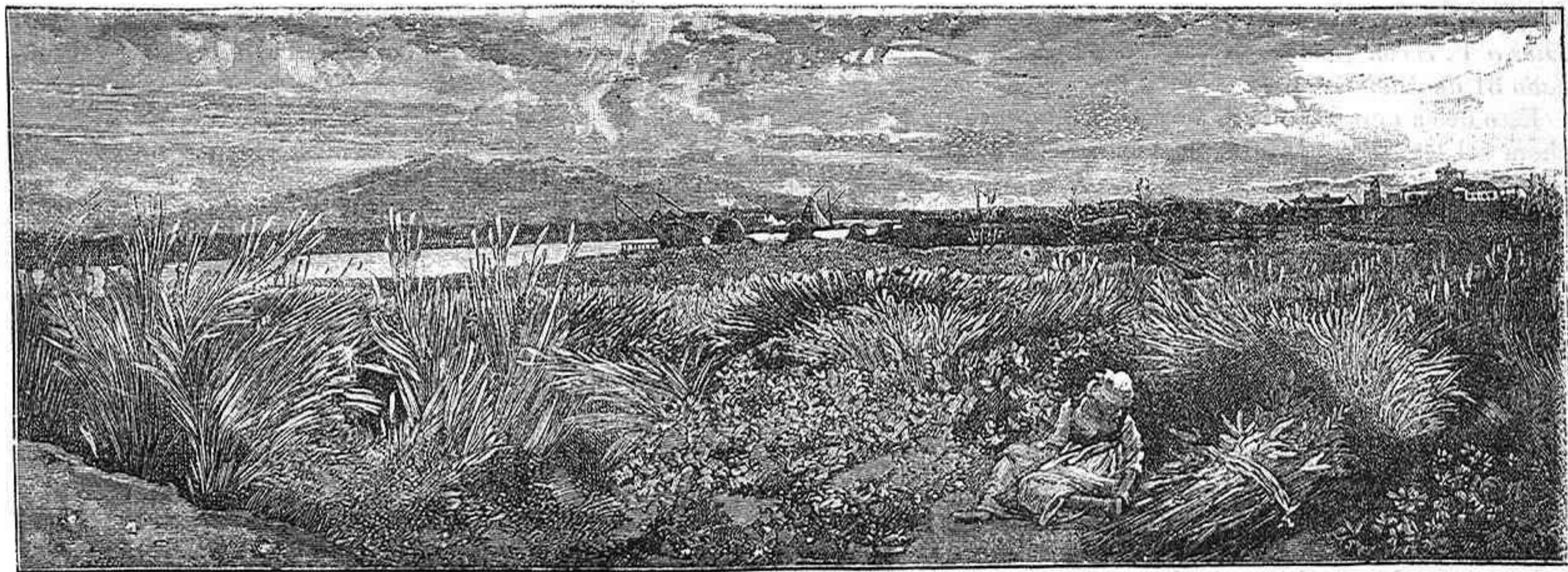
Con gran fe y entusiasmo, desde principios de Diciembre, puso manos á la obra de la instalacion del ejército en Palacio. Señaló el Rey para este objeto una pieza del piso principal, en el cuarto que se habilitaba para la Reina cuando murió aquella augusta señora, y allí lo colocó Struzzi, acudiendo diariamente al desempeño de su encargo con su auxiliar Vander Elst, los dos oficiales Christian y Cornelio, y tres criados. Al abrir las cajas, observó con pena que se habian roto ó echado á perder algunas figuras; pero entre el tallista y el platero las compusieron en seguida. Mayor fué su sentimiento al verse privado de la asistencia de su compañero Vender Elst, el experimentado gentilhomme de la artilleria de Flándes. Enfermó éste á los pocos dias de llegar

(1) En el documento original que lleva por cabeza *Relación del gasto que han echo en la villa de Madrid los veynte cauallos que Alberto Struzzi ha traído de Brusélas, etc.*, está equivocada la sexta partida, en la que se asienta que despues de vendidos, de los diez caballos que tenia el 8 de Diciembre, cinco á un canónigo de Toledo, le quedaron seis; siendo así que sólo le quedaban otros cinco.

á Madrid: la frialdad, más aún el destemple de este clima, le produjo tumores en el cuello, que degeneraron en dos parótidas, de las cuales no acertaron á curarle el cirujano del Rey, que le operó, ni los dos doctores que le estuvieron visitando, uno por espacio de quince dias, y otro durante algunas semanas. Falleció aquel buen hombre en 31 de Diciembre, y se le dió sepultura adelantando el gasto el jefe de la Comision. En la cuenta que Ferdinand Jacquet pasó á Struzzi con tan triste motivo, figuran, como honorarios de los dos médicos, 228 rs.; como pago al cirujano del Rey, 40 rs.; 16 rs. más para sangrias; 138 rs. por azúcar, limones, naranjas, bizcochos y *otros regalos de confituras*; 203 reales por el entierro, sepultura, cera y otros gastos; y 94 reales como adelantos que por orden de Struzzi habia hecho á Vender Elst el referido Jacquet, para que se proveyese de algunas *menudencias de vestidos y otras cosas*.

La complicada tarea de la instalacion del ejército duró unos tres meses; mas aunque la obra quedó muy á satisfaccion de las personas Reales y de todos los cortesanos que la vieron y admiraron, y que, maravillados de tantos diminutos primores y prodigios de paciencia, la aplaudian en todas partes, se observó que no se habia elegido bien el lugar para su colocacion, porque la pieza estaba mal techada y habia que echar abajo toda su cubierta para reformarla: de manera que cuando Struzzi se lisonjeaba de haber terminado su comision y de recibir la justa recompensa de sus desvelos, tuvo que renunciar al suspirado proyecto de volverse á Flándes honrado y satisfecho, y esperar á que se le diese la orden de emprender de nuevo la pesada ocupacion.

Corria el año 1615. Se designó para esto la llamada *Galeria del Cierzo*, que algun dia habia de hacer famosa el estudio del gran Velazquez, desde la cual se oteaba el nevado Guadarrama. Por desgracia, los dos oficiales auxiliares, el tallista y el platero, se habian ya despedido y regresado á su país. Desmontóse, sin embargo, la máquina con todo esmero, llevándose ordenadamente todas sus piezas al nuevo local, se armó por segunda vez el complicado juguete, y allí estuvo algun tiempo siendo la complacencia de los hijos del Rey y de la alta servidumbre, y causando el asombro de los criados de escalera abajo y de los extraños curio-



«BOCAS DEL ARNO.» — (CUADRO DE GIOVANNI COSTA.)



sos que lograban verlo. Mas tampoco en la galería del Cierzo resultó bien colocado el vistoso campamento: advertíase la excesiva frialdad de aquel sitio, y S. M. resolvió mudarle á otra parte. Pero las cosas en la Casa Real iban muy despacio.

Entre tanto debió hacer alguna insinuacion el sagaz aunque alucinado italiano respecto del considerable gasto que su imprevista detencion en Madrid le originaba, porque hallándose el Rey en Valladolid en Julio de ese mismo año 1615, firmó el Duque de Lerma el siguiente billete, dirigido al Presidente de Hacienda D. Fernando Carrillo: «*Su Majestad assido servido de haçer merced a Alberto Struçi Gentil hom. de la Cassa del Sor. Archiduque Alberto, de mill ducados de Ayuda de Costa por vna vez en conssideracion de sus servicios y de hauer entendido en la fabrica de un modelo del Exército y fuerte Real que ttrajo de flandes con el Enano, para el Principe Nro. Señor, y lo que ha ttrabajado y gastado en ello. V. S. hordenara que se le pague luego para que se pueda boluer a flandes. Dios g.<sup>de</sup> a V. S. Como desseo. En Valladolid 11 de Junio 1615.—El Duque.—Juan de Ceriza.—A don fernando Carrillo, Press.<sup>te</sup> del R.<sup>l</sup> Conssejo de Hazda.*» Desgraciadamente, la ayuda de costa no llegó á manos del interesado sino repartido en dosis, la última de las cuales cobró al cabo de tres años.

Trajo consigo el tiempo muchos y muy grandes sucesos, prósperos unos, adversos otros, ántes de que se hiciese la mudanza de la máquina. En la alta servidumbre de Palacio al Marqués de Velada habia sustituido el Duque del Infantado, hombre ostentoso y amigo de dominar, que blasonaba de íntegro y desinteresado, y tanto lo era, que á veces rayaba en áspero: el cual habia suprimido desde fines de 1616 el gasto de casa y raciones que se pasaban á Struzzi y sus servidores.

El dia 31 de Diciembre se encontró el pobre embajador—como le intitulan en sus cuentas los mercaderes y menestrales de quienes se habia surtido para poner de gala á Soplillo—con el siguiente oficio, que cayó sobre él como una bomba:

«*Estoy muy apesarado con vn orden que sea dado para que desde mañana domingo cesen las cosas que se daban a V. S. por quenta de Su Mag.—y aunque entiendo sera esto para haçer mayor socorro por otra parte, quisiera yo prosiguiera por mi mano hasta que V. S. se allara muy bien despachado y contento con la partida para su casa: lo qual deve estar muy propinquo. Sea tan Cumplido como yo desseo y guarde Dios a V. S. con grandes acrecentamientos. De Palacio. Sabado 31 de Dic.<sup>e</sup> 1616.—Hier.<sup>mo</sup> de quincoces.*»

Esto decia aquel lisonjero siervo del Marqués de Velada, ahora del Duque del Infantado, sabiendo perfectamente que el propósito del actual Mayordomo mayor del Rey era no hacer á Struzzi merced alguna.

El enano Soplillo, que acaso hubiera podido conjurar la tormenta interponiendo una apretada recomendacion del Príncipe, desde Marzo de 1615 no vivia ya con él: moraba en Palacio, en el cuarto del secretario Losa. Habian, pues, ocurrido grandes cosas: habian dado su fruto las intrigas palaciegas que encumbraban al conde de Olivares, D. Gaspar de Guzman, al puesto de gentilhomme de la cámara del Príncipe; habianse llevado á efecto por medio de las famosas *entregas*, hechas con extraordinaria pompa en el Bidasoa, los enlaces de las casas reinantes de España y Francia; iba á firmarse en Pavía el tratado de paz que desarmaba al turbulento Carlos Manuel de Saboya, negociado por el Rey de

Francia y mal recibido por el enérgico y victorioso Marqués de Villafranca, cuando en 1617 se comunicó al agraviado Struzzi el mandato de verificar la tercera colocacion del juguete del Príncipe.

Se fijó para éste una sala alta de la torre con ventana á la misma galería del Cierzo. Duró la operacion, que el inventor de la máquina llevó á cabo con cierto desaliento, hasta el mes de Agosto, y quedó, no obstante, formado el ejército con igual perfeccion que las dos primeras veces. Oigamos al célebre arquitecto, maestro mayor y trazador de las obras Reales, Juan Gomez de Mora, lo que certifica de estas traslaciones y de la última, que se verificó en 1619: «*En 20 de Junio de 617 edado Relaçion y Certifiçacion a Alberto estruci Jentilhombre de la cassa del Sor archiduque Alberto en Raçon de las ocupaçiones que ha tenido en esta corte para componer el exercito de figuras y fuerte Real y toda la maquina que trujo de flandes para el p.<sup>e</sup> n.<sup>o</sup> Señor, a la qual me Remito—y cómo el dicho exercito quando Su mag. bolbio de las entregas de françia, Se quito de la galeria del cierço donde estaba y se puso por mandado de su mag. en vna Sala alta que cae en la torre con bentana a la dicha galeria, adonde por su estrecheça estaba maltratado, y Visto por su mag. que se yba perdiendo, me mando antes que partiese para la jornada de portugal, Se mudase en Vna pieça grande queay Sobre el passadiço de la botica, donde al presente esta porque alli se biese y goçasse—y asimismo me mando que dijese a alberto estruci, que aun no era ydo por no estar despachado, que acudiese a tomar a componer el dicho exercito de forma que quedase acomodado para siempre—en cuio cumplimiento bolbio atrabajar y acompnerle asistiendo con los offiçiales necesarios, en que puso mayor Cuidado que antes por aber quebradose y saltado muchas cossas que fue forçosso açer de nuebo, y tambien por aberse puesto en diferente figura, el qual gasto se pago por quenta de su mag. menos la ocupacion de su persona y Criados, y entiendo por lo que bi que ano allarse el dicho alberto estruci en esta corte, fuera necesario ynbuar por él por la mucha yntelijencia que tenia como persona que le habia echo y fabricado por sus manos y orden desde sus principios—y por ser ansi lo firme apetiçion suya en M.<sup>a</sup> a 22 de diciembre de 1619.—Juan Gomez de mora.*»

De manera que el ejército del Príncipe tuvo en el Real Alcázar-Palacio de Madrid, desde 1614 hasta 1619, cuatro distintas colocaciones, en cada una de las cuales se emplearon por lo ménos tres ó cuatro meses. En esos cinco años no pudo Struzzi abandonar la Córte, continuaron sus gastos, mayores cada vez desde que el Rey no le pasaba casa y raciones, y como no habia recibido de Palacio más que los 200 ducados que le dió el Marqués de Velada y 1.000 que en Abril de 1615 le mandó dar el Duque de Lerma—y que no cobró hasta fin de Setiembre de 1618, despues de caer de la gracia del Rey aquel prepotente favorito y su hechura el Marqués de Siete Iglesias—crecieron sus apuros, y comenzó la triste historia de sus desencantos y desdichas.

## VIII.

### CÓMO SE PAGABA EN ESPAÑA EN EL SIGLO XVII.

Alberto Struzzi, como muchos italianos, habia venido al mundo con una maravillosa intuicion de cuantas nociones



constituyen el saber humano. No sólo era hombre de ingenio para todo lo mecánico y práctico, sino también de verdadero y profundo talento para lo científico y especulativo.

Mientras el Rey le detenía en Madrid sin hacerle la merced que le estaba prometida, y sin despacharle para que pudiera volverse á su casa, empleaba sus ocios en meditar

acerca de los más graves negocios de Estado, y escribió entonces multitud de memorias (*avisos*, como decían en aquel tiempo) dirigidas, ya á S. M. sobre el modo de sustentar el ejército de Flandes por medio de repartimientos; ya á la Junta de población para fundar en estos reinos *Montes de Piedad* á imitación de los que había en los Estados de Flandes, y para aumentar en Castilla y Aragón las fábricas de lanas hasta el punto de proveer á las Indias y á los Países Bajos; ya al Consejo de Hacienda sobre el consumo de la moneda de vellón y el ajustamiento de la plata con el oro; ya al padre confesor del Rey, Fr. Luis de Aliaga, sobre el comercio, en forma de ingenioso Diálogo, que por dos veces se mandó imprimir; ya al Bureo sobre el desempeño del Real patrimonio: asuntos todos que preocupaban á la sazón, y muy justamente, los ánimos de los más juiciosos y experimentados políticos y economistas (1). Y no era él de esos arbitristas vulgares ó soñadores á quienes se recibe con compasiva sonrisa y expresivos guiños en las oficinas de la

(1) Sorprende que de estos trabajos tan interesantes apenas haya quedado huella en nuestra historia. Nuestro erudito colega el Excmo. Sr. D. Manuel Colmeiro tuvo solamente noticia del *Diálogo sobre el comercio*, y hace de él una relación sumaria y un cumplido elogio en su interesante *Biblioteca de economistas españoles de los siglos XVI, XVII y XVIII*, publicada en 1861 en el tomo I de *Memorias de la Real Academia de Ciencias morales y políticas*.

Administración pública; por el contrario, sus trabajos siempre excitaban seriamente la atención de los hombres entendidos, á tal punto, que su aviso sobre el sostenimiento del ejército de Flandes, leído en una junta que se celebró en la sala del confesor del Rey, fué aprobado por el Consejo de Estado y remitido á la infanta D.<sup>a</sup> Isabel Clara Eugenia

para que allí se pudiese por obra el repartimiento, y sobre él se calcó el arbitrio que S. M. mandó proponer en las Cortes de Aragón.

Su aviso sobre

*Montes de Piedad* fué tan perfectamente recibido, que ordenó D. Felipe III se fundase uno en Madrid para remedio de los pobres y necesitados, ofreciendo la Villa para su creación un auxilio de 200.000 ducados. Y el que escribió sobre fomento de la industria de las lanas cayó tan bien en la Junta de la población, que inmediatamente nombró una comisión que se ocupase en plantearlo. Siempre se había distinguido Struzzi por su sagacidad y por la abundancia de los recursos que en los casos difíciles le sugería su ingenio; así que desde el año 1588, por



« MADONNA » por Miguel Ángel.

consideración á haber sido empleado en cosas del servicio del Rey (Felipe II), de importancia, secreto y confianza (2), venía gozando una pensión de 25 escudos mensuales, que al fallecimiento de aquel monarca le fué perpetuada por su sucesor.

Claro es que no por ocuparse en proyectos de beneficio público había de descuidar sus asuntos personales: activábalos, en efecto, ora gestionando el cobro de un antiguo cré-

(2) Lo cual constaba de una certificación expedida por Cosme Massi, secretario del Duque de Parma, y autorizada por Pedro Coloma, contador del ejército de Su Majestad.



dito de 28.777 ducados del tiempo del emperador Carlos V, perteneciente á los herederos de un cierto Daniel Rinfleys, que el archiduque Alberto habia satisfecho y endosado á favor de Struzzi, en que entendió el Consejo de Hacienda; ora el de una partida de 13.000 ducados de principal que la Real Hacienda quedó debiendo á su suegro Wolff Haller, por la cual venimos en conocimiento de que el comisionado italiano, por su familia, no era un hombre enteramente extraño en nuestro país.

Y sin embargo de ser tan idóneo para los negocios de Estado y de Administración, no alcanzó á ver en un principio lo que era la España de su tiempo, donde el maquiavélico recurso de no pagar lo que se debe se hallaba admirablemente sistematizado y erigido en doctrina, con su secreto Código de procedimientos, tradicional y consuetudinario, verdadero dédalo en que se perdían los incautos, y maraña en que se enredaban los más sagaces defensores de la razón y del derecho.

Cuando conoció que sus ocupaciones oficiales habian cesado, y que no se trataba, ni por asomo, del galardón que tan merecido tenía, volvió á instar para que se le despachase; mas viendo que ni le hacía S. M. la merced con que le habian lisonjeado, despues que con tanto celo y tan completa abnegacion de sus intereses le habia servido, provisto de cartas de recomendacion muy expresivas de la Infanta Archiduquesa, del archiduque Alberto y del marqués Ambrosio Spinola, que conceptuaba eficaces, y de cuantos documentos justificativos pudo reunir, se resolvió á presentar la cuenta de lo que creía debérsele. Acudió á S. M. por el Consejo de Estado en 20 de Setiembre de 1620, suplicándole se dignase remitir al de Hacienda la relacion de lo que habia dejado de percibir en Flándes y aquí, y de lo que habia devengado mientras estuvo desempeñando su comision, á fin de que se le pagase lo que se estimase justo. La cuenta del suplicante comprendia tres capítulos, de que formó otras tantas relaciones: la primera, de los gajes de gentilhomme, á razon de 87.500 mrs. al año, y de las pensiones de 25 escudos mensuales, de que habia estado privado, así como de lo gastado de su patrimonio en Brusélas y no incluido en la cuenta que le habia abonado Spinola; la segunda, del gasto hecho desde Brusélas á Madrid; y la tercera, de los honorarios correspondientes á sus ocupaciones en la córte, que estimaba á razon de 12 florines de á 4 rs. al dia, atendida la calidad de su persona, y de los salarios devengados por los oficiales que le habian asistido, más los gastos extraordinarios que aquí habia suplido en el servicio de S. M.

El Rey mandó pasar su instancia, en la parte relativa á los gastos y ocupaciones de Struzzi en esta córte, al Consejo de Hacienda para que acerca de ella informase; y que en lo concerniente á los dos capítulos primeros de la reclamacion, se escribiese á Flándes para que allí se mandasen ajustar las cuentas de las *vacantes* de sus gajes y pension, y de todos los gastos y ocupaciones del comisionado anteriores á su llegada á Madrid. El Consejo de Hacienda pasó las reclamaciones al contador Tomás de Aguilar, para que formalizase la cuenta, y de ésta y del informe de dicho contador se dió traslado al fiscal, el cual se conformó con lo manifestado por Aguilar, acaso sin más razon que la de ser éste contrario á las pretensiones de Struzzi; porque siempre ha habido empleados de la estofa de este contador y de este

fiscal, cuya invariable regla de conducta es negar todo lo que se pide, aunque sea justo, y aprovechar toda ocasion para vengarse de la superioridad del talento, odioso á la medianía.

Murió en esto Felipe III, y el asunto quedó por algun tiempo paralizado. Ocupó el trono, ya mancebo de diez y seis años, el augusto Principe para quien, siendo niño, se habia hecho el precioso juguete: nuevas recomendaciones de la Infanta gobernadora (viuda del Archiduque) para su sobrino D. Felipe IV pusieron el expediente en movimiento: este Rey lo envió al Bureo, por donde habian corrido desde un principio los gastos de la Comision en Madrid, mandando se le diese pronta satisfaccion. Una insidiosa indagatoria que le dirigió de oficio el ministro encargado de ver sus cuentas y fenecerlas, le dió á conocer lo que de aquel centro de la administracion de la Real Casa podia prometerse: pediale una declaracion de los dias que S. M. le hizo la *costa* y pago de la casa, y de la ropa y efectos que le dieron, y de *los dineros* que se le habian librado para el gasto y *ayuda de costa*, y claramente echó de ver adónde iba el tiro. Proponíanse aquellos celosos funcionarios rebajarle del importe de su cuenta todo lo que montase el obsequio y regalo que la Real Casa le habia hecho hospedándole en Madrid como cumplia á la generosidad proverbial del Monarca y al carácter y empleo del enviado, y recibéndole con el agasajo con que eran recibidos todos los que traian comisiones honoríficas de los Archiduques. Ya en el tono despreciativo y altanero en que estaba redactada la censura del fiscal del Consejo de Hacienda se revelaba, por otra parte, la violenta tirantez que no podian ménos experimentar á la sazón los ánimos de los cortesanos todos, por los desagradables acontecimientos de que era teatro la córte. Habia en efecto caido de la privanza del Rey el Marqués de Siete Iglesias, D. Rodrigo Calderon, el mismo que le habia comprado á Struzzi, hacía seis años, ocho de sus caballos frisonos: en su propia casa, centro pocos meses ántes de mundanal felicidad y de deslumbrador boato, despojada ahora de todas sus riquezas y galas por la confiscacion de sus bienes, y reducida á desmantelada cárcel, sufría el tormento, preliminar de su muerte en afrentoso cadalso, aquel magnate, triste padron, en la memoria de las generaciones venideras, de la inconstancia de la fortuna; el egregio Don Pedro Tellez Giron, duque de Osuna, descendia de la cumbre de su grandeza, víctima de los encubiertos tiros de sus émulos y envidiosos, para ir en breve á expiar en estrecha prision su demasiada arrogancia; fuera de España, las horrosas matanzas de Bohemia y la ruidosa victoria de Praga servian de preludio á la funesta *guerra de los treinta años*..... Los pequeños juegan á los soldados cuando los grandes se baten de véras. ¿Qué mucho que se les hincháran las narices á aquellos adocenados oficinistas en la atmósfera dramática y sangrienta que respiraban, y que cogiendo por su banda al pobre Struzzi, extranjero desvalido, quisieran hacerle devolver el dulce bocado con que le habian halagado el paladar? No se contentaban ellos con que pagase las provisiones que le regalaron y la hermosa vivienda en que le tuvieron, respecto de lo cual, pareciéndoles ambas agasajo excesivo, habia él mismo pedido al Marqués de Velada que se moderasen, respondiéndole éste que *no daba S. M. á sus huéspedes ménos honrado trato*, sino que ademas le carga-



ban todo lo gastado con Soplillo; ¡ como si él hubiera vestido y engalanado al enano para su recreo!

La cuenta que en 6 de Setiembre de 1623 le ajustó el contador Mateo de Navacerrada, de orden del Duque del Infantado, presidente del Bureo como Mayordomo mayor de Su Majestad, era en resúmen la siguiente:—La reclamacion de Struzzi, sumadas todas las partidas que, segun él, se le debian tomar en cuenta, ascendia á 1.873.264 mrs.; con las reducciones que en dichas partidas hacia Navacerrada, importaba sólo 1.383.082; pero Struzzi habia recibido en Lerma 74.800 mrs. (ó sean los 200 ducados que dijimos haberle facilitado el Marqués de Velada para que pudiera concluir su viaje); otros 7.500 en Madrid para comprar una caja de coche, que tambien recordará el lector; luego 12.427 en el pago de su cama de damasco á Sebastian Juarez, que la habia dado en alquiler; 815.945 en alquileres de casa y ropa á César Acosta; 1.126.866 en la comida que se le suministró por la Real Despensa á él y á su gente, y 375.000 en el libramiento de 1.000 ducados que le mandó dar el Duque de Lerma en 11 de Junio de 1615: total, 2.480.038 mrs.: de manera que, siendo esto lo que se le tenia abonado, é importando lo que se le debía 1.383.082 mrs., léjos de tener que recibir nada, salia alcanzado en 1.096.956 mrs.!

Cuando Navacerrada presentó esta cuenta al Presidente, el caballeroso Duque se negó á aprobarla, diciéndole con severidad que no era razon pagase Struzzi el gasto hecho por el enano del Príncipe, y que nunca habia sido costumbre en la Casa Real imputar á un huésped de S. M. el gasto de casa, comida y ropa. Debiera entónces haber moderado aquel oficinista su exagerado celo, pero en 16 de Noviembre del mismo año 1623 le presentó esta otra cuenta: «*Cargo y datu que el conttador Matheo de Nauacerrada hizo tocante a las quantas de Alberto Struz.—Lo que se le adado y librado. Montta la cassa y Ropa que sse le dio, 828.372 mrs.; la comida, 1.126.866; se le dio en dinero en Lerma, 74.800; se le dio en esta corte para una caja de coche, 75.000; se le dio por ayuda de costa para boluer a flandes, 375.000. Total 2.480.038 mrs.—Lo que demas de lo rreferido se le podra dar. Por el salario de dos oficiales que el dicho Struci trujo de flandes, 28.050 mrs.; a los dichos para boluersse a flandes, 10.200; por el gasto de bestidos del enano, 35.700; por el gasto de vna haquilla, 10.302; por el entierro de Juan brandet (entiéndase Juan Vander Elst), 24.310; para el gasto del camino de boluerse a flandes, 48.960. Total, 157.522 mrs.—Montta lo que se le a dado y librado, 2.480.838 mrs., y lo que parece se le podria dar demás de lo susso dho., 157.522 maravedises: que vno y otro montta 2.637.560 mrs., como mas particularmente se contiene en la dicha Relacion antecedente, etc.*» Persistia, pues, Navacerrada, ya que no compensase lo que se le habia de dar á Struzzi con lo recibido por razon de casa, comida y ropa, en que el importe de este capital renglon se hiciese constar, y figurase siempre en su cuenta por la suma de cerca de dos millones de maravedises.

Y ¡ con qué feroz complacencia desarrollaban las oficinas el cómputo sugerido por su grosera malquerencia al pobre extranjero! Hé aquí un impagable documento que lo consigna. Es un papel sin fecha, encabezado: «*Relacion de lo que por los libros y papeles del Bureo del rey Ntro. Sor. (que haya gloria [Felipe III]) parece haverse dado a Alberto Struci gentilhomme, etc., para su possada y comida desde*

*once de nouyembre de 1614 hta. fin del año de 1616.*» En ella se le ajusta la cuenta de las tortillas, panecillos, libras de carne de carnero, cabrito y ternera, pollos y pichones, gallinas, huevos y demas que él y su gente se han comido en todo ese tiempo, y del vino que se han bebido, y se le da en rostro con el diario de la fruta, fresca y seca, que segun las estaciones se le ha pasado; y se saca el siguiente abrumador resúmen: «*Monttan 7.590 tortillas, á 6, 45.540; 18.216 panecillos, á 5, 91.080; 4.554 azumbres de bino, á 50, 227.700; 216 libras de carnero, 204 de ternera ó cabrito, 152 gallinas, 124 pollos, 68 libras de tocino, etc., etc., 762.036 mrs.—Monta luego la fruta, a razon de 200 mrs. al dia, uno con otro, 151.800 mrs.*» Sólo el cómputo de aquellas 7.590 tortillas bastaba para dar al traste con toda la fuerza moral de cualquier hombre tan estoico como el mismo Epicteto. ¡ Lástima grande que el Duque de Lerma no hubiese conocido este delicado modo de coronar el agasajo hecho á sus huéspedes, cuando algunos años ántes—en 1603—se llevó á Rubens á su estado de la Ventosilla para que le concluyera su retrato ecuestre; porque al despedirse el gran maestro flamenco, le habria podido pagar parte de su obra con una cuentecita del plato que le habia dado!

Aun no tenia conocimiento el italiano del modo como se habia ajustado su cuenta: instaba para que se le despachase, y el Duque del Infantado nada resolvía. Llegó la época de la jornada de Andalucía; llamó el Duque al contador para que le informase; llamaron despues al interesado á un aposento donde se hallaba el Conde de los Arcos y el grefier de S. M., y allí leyó Navacerrada el ajuste que habia hecho, del cual protestó Struzzi, diciendo que acudiria al Rey para que se le hiciese justicia. Siguióse un altercado, en el cual el Duque, de ordinario imparcial y recto, se mostró, acaso por impaciencia, harto desabrido, el contador muy terco, y el postulante exasperado, negándosele á éste hasta la devolucion de sus papeles. Todos se retiraron, y entónces el infeliz Struzzi cayó desplomado en un sillón como herido de un rayo, y llevándose las manos á la cabeza, prorumpió en llanto como un niño. Regresando á su posada, tomó la pluma, dirigió al Duque un memorial reclamando sus documentos, que le fueron restituidos, y esperó paciente la vuelta del Rey de su viaje de Andalucía. Falleció el Duque del Infantado, entró á hacer sus veces en la presidencia del Bureo el Conde de los Arcos, y habiendo Struzzi obtenido de él que por el secretario Luis Mendoza, que lo habia sido del Duque, se le expidiese certificacion de las gestiones que habia hecho cerca del presidente difunto para la resolucion de su expediente, acudió con ella de nuevo á aquella oficina, rebatiendo la liquidacion practicada por el *contador entretenido en la Contaduria mayor* (que tal era su sonoro título oficial), Mateo de Navacerrada.

Decretó el Bureo que pasase el negocio al Conde de Montalban, quien volvió á hacer la *cuenta y ajustamiento*, siendo de dictámen que se diesen al reclamante, sobre lo recibido, 3.437.396 mrs. Acordóse en 20 de Setiembre de 1626, en vista de lo exorbitante de esta suma, que el Conde de los Arcos se concertase con el reclamante en la menor cantidad posible, y que se consultase á S. M. lo que se conviniera á fin de hacer el pago del modo más llevadero, por hallarse los recursos ordinarios excesivamente sobrecargados. Pero no se avino Struzzi á hacer rebaja alguna, alegando





S. M. LA REINA DE PORTUGAL

(De fotografia de A. Camacho, de Lisboa.)



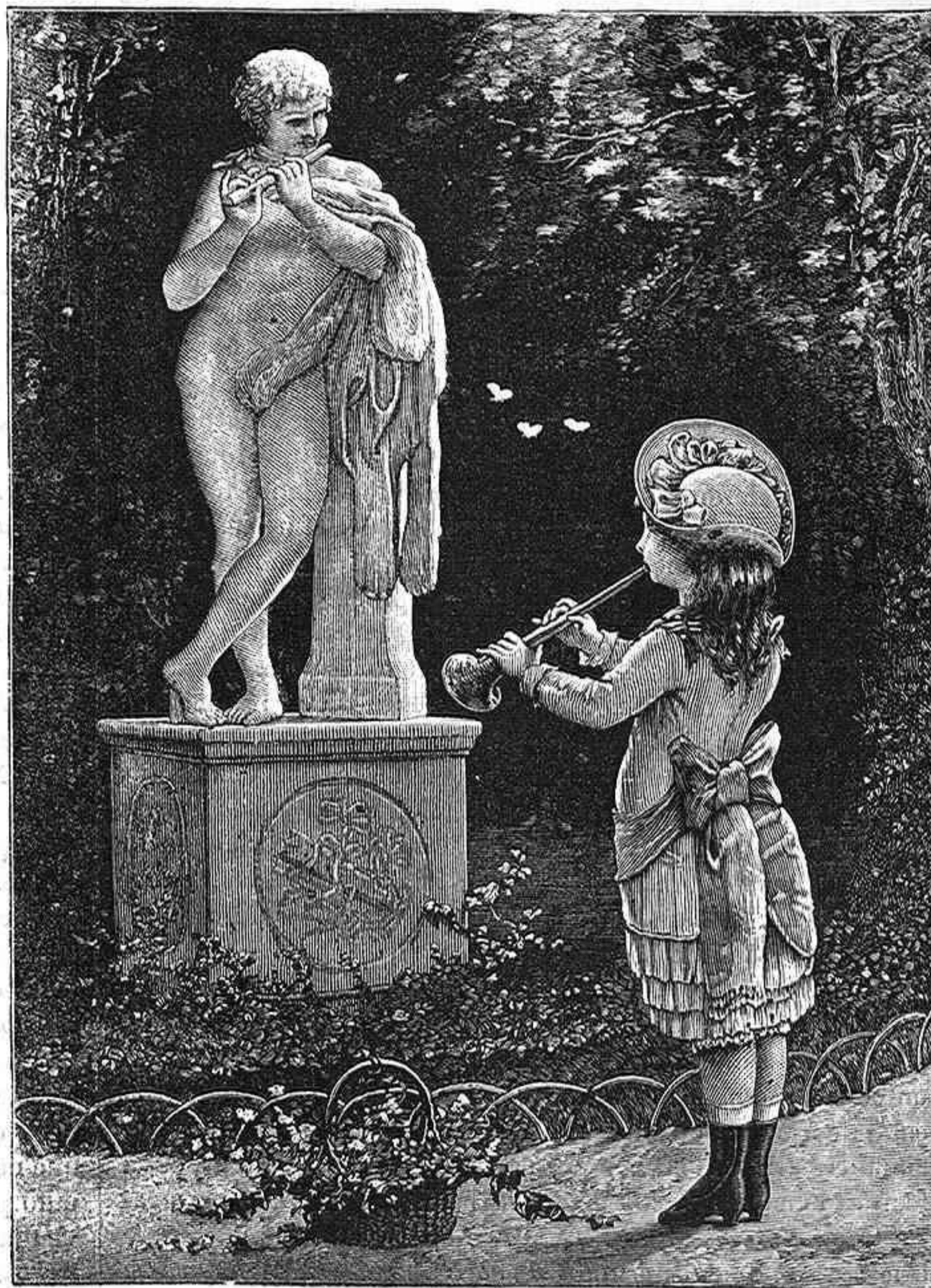
que ya en la liquidacion del Conde de Montalban resultaba bastante perjudicado. En vista, pues, de que las tres cuentas ajustadas por el contador Aguilar, por el contador Navacerrada y por el Conde arrojaban resultados distintos, S. M., á quien acudió el demandante de nuevo, determinó oír al Consejo de Hacienda, que por segunda vez pasó el negocio al contador Aguilar.

Consecuente éste con su primera opinion, fruto de un entendimiento mezquino y preocupado, opuso reparos á la cuenta ajustada por el Conde. El Consejo, para más amplia instruccion, determinó que el mismo Aguilar y otro contador llamado Simon Vazquez de Arce, tan pobre hombre como él, apurasen más el exámen de los documentos traídos al expediente, é hiciesen otro tanteo oyendo al interesado. Struzzi se quejó luégo de que no le dieron audiencia: ellos, por el contrario, afirmaron que le habian oído — averigüe la verdad quien pueda. — El papel que ambos contadores redactaron ahora, fechado en el dia último de Octubre de 1626, y que no era tanteo ni nada parecido, consignaba como resultado haberse dado á Alberto Struzzi 2.632.530 maravedises; y terminaba con unas reflexiones cuya quinta esencia era: que puesto que el reclamante habia atendido en Madrid á asuntos propios, la pretension de que se le diera salario durante el tiempo que aquí le habia detenido el Rey, carecia de fundamento, y que con la merced de 1.000 ducados que se le hizo quedó pagado. Este absurdo dictámen, en que se establece la luminosa teoria de que el empleado no debe hacer cosa alguna, ni áun durante el descanso que le consiente su empleo, que sea extraña á sus ocupaciones oficiales, perdiendo, si tal hace, todo derecho á su salario, y que conduce lógicamente á declarar que el oficinista que invierte diez minutos en ajustar un par de zapatos, renuncia por este mero hecho á su sueldo, concluia, sin embargo, con el siguiente arranque humanitario: « *Assi en rraçon de quenta, no hallamos que la aya para acelle bueno cossa alguna, Remitiendo a la piedad de su Mag. el Remedio de la neçessidad que este hombre Representa.* »

Struzzi, á quien le fué comunicado de órden del Consejo, dió respuesta victoriosa á aquellas insulsecas con sólo recordar que si las mercedes que se dispensan para ayuda de costa hubieran de compensarse con los salarios y gastos, dejarían de ser mercedes; que el tiempo que él estuvo detenido en Madrid porque á S. M. le convino trasladar tres veces la máquina del ejército del Principe á distintos parajes despues que la dejó instalada en el cuarto de la Reina, fué tiempo invertido en servicio del Rey, sin que pudiera decirse que fué despedido cuando en fin de Diciembre de 1616 mandó el Duque del Infantado que cesase el abono de casa y mesa, supuesto que posteriormente, y hasta fin de Noviembre de 1619, le ocupó S. M. en dichas traslaciones; que desde entónces habia constantemente gestionado que se le despachase para poderse volver á Flándes, sin conseguirlo, á pesar de las reiteradas recomendaciones que en su

favor interpusieron SS. AA. los Archiduques; y por último, que la compensacion de lo devengado por sus ocupaciones con lo recibido por razon de su alojamiento, raciones y ropa, habia sido resueltamente desaprobado por el Duque del Infantado, el cual habia dicho que tales compensaciones no eran de uso en la Real Casa.

Sin embargo de esto, nada se resolvía: el italiano instó en 16 de Octubre de 1627, valiéndose de una recomendacion que le proporcionaron para el poderoso Conde-Duque de Olivares, ya dueño de la voluntad del Monarca: el Conde-Duque escribió al Conde de los Arcos, el negocio volvió al Bureo para que las cuentas de Struzzi se feneciesen y acabasen, hasta tomar con él final resolucion, y de lo que resultase se le diera la satisfaccion que fuera justa, y de una vez terminase tan enojoso asunto. Y considerando el Bureo que todo el tiempo que se detuviese su despacho cederia en perjuicio de la Real Hacienda, constando, por otra parte, la mucha necesidad que el interesado padecia, pues casi le obligaba á pedir limosna y estaba muy empeñado, determi-



«DUO.»

(CUADRO DE H. F. BURGERS.)



nó representar al Rey y suplicarle, por lo que convenia á su Real servicio, y por las instancias de S. A. la Infanta gobernadora, se dignase mandar que la relacion sacada de los papeles presentados por Struzzi, y de los remitidos por las oficinas fuese examinada de nuevo, y que el *ajustamiento* y última resolucion de aquellas reclamaciones se encomendasen á los Condes de los Arcos y Montalban, para que pudiese aquel infeliz *volver de los Reales piés de S. M., por cuyo servicio vino á España, con la satisfaccion que tan conforme era á su Real grandeza.* Esto decia á Felipe IV su Bureo en 23 de Abril de 1628.

Á esta consulta no se dignó responder S. M. cosa alguna: Struzzi volvió á pedir «se *hiciese recuerdo de ella*, y que mientras no se dictase final resolucion, *por ser su necesidad muy grande*, se le pagasen cada dia los 10 florines que le estaban señalados en la cuenta del Conde de Montalvan (en vez de los 12 que él habia reclamado), ya como raciones, ya en otra forma, *para poder sustentarse y vestirse, siéndole ya imposible pasar adelante.*» Hizolo así el Bureo en 2 de Agosto de 1628; y decretó el Rey: *tómese luego asiento.* Entónces dispuso aquel Consejo de señores mayordomos de S. M. que la liquidacion final se practicase por los dos referidos condes. Reuniéronse éstos várias veces, y el de Montalban insistió en que se habia de estar y pasar por la cuenta que tenia él formada en 1626, consentida por el interesado: cuenta con la cual no se avenia el de los Arcos, sin más razon que por ser «muy crecida la suma á que subia» y «por ciertos escrúpulos», que no llegó á manifestar. En tal conflicto, propuso el Conde de Montalban que se remitiese el negocio á personas competentes; y habiéndose juntado en presencia de ambos, en casa del Conde de los Arcos, el grefier de S. M., Carlos Sigoney, Alonso Ladron de Guevara y Eugenio de Molina, *contadores de resultas*; Pedro Fernandez de Lorca, *contador entretenido*; el del Conde de Montalban y otros, se vieron y reconocieron con detenimiento todos los decretos, consultas y papeles del tiempo del Marqués de Velada y del Duque del Infantado, y los del Bureo y demas Consejos, y por mayoría se resolvió aprobar la cuenta del Conde de Montalban. El contador Molina, con cuyo parecer se conformó el de los Arcos, reducía todo lo que á Struzzi se le habia de pagar á 2.269.789 mrs., es á saber: 1.927.120 por ocupaciones, y 342.666 por lo que habia gastado de su hacienda; con lo que venia á bajársele una parte considerable de lo ajustado por el Conde de Montalban hasta fin de Enero de 1626, y á excluirse el asiento de lo corrido hasta que se tomase resolucion. El Conde-Presidente elevó su consulta á S. M. juntamente con la de la mayoría, y el Rey nada resolvió por entónces.

Aburrido el interesado de ver que ni aun así se dictaba resolucion y que estaba reducido á la triste condicion de un pretendiente importuno, siendo su verdadera situacion la de un comisionado regio injustamente desairado; hallándose al cabo de quince años de permanencia obligada en la córte, como él escribia en un papel del mes de Abril de 1629, cuya lectura llena el corazon de angustia: «*padeciendo vergonzosos y lastimosos trabajos, pues habiendo venido á servir á S. M. con muchos criados y sobra de hacienda, hoy se ve muriendo de hambre y sujeto á morir en un hospital miserablemente*», volvió á hablar á S. M. y á presentar nuevos memoriales, pidiendo que este negocio se sustanciase por

*trámites de justicia*; y en 4 de Mayo comisionó el Bureo á D. Pedro Marmolejo para que viese el memorial y diese su parecer. El cual, emitido en 13 del propio mes, decia: «No es justo se conozca en esta causa por tela de justicia, volviendo de nuevo á sustanciarse y publicando sentencia, sino que está muy bien sustanciado. Y así le parece (al asesor) que el Bureo haga ahora otro nuevo recuerdo á S. M. para que responda á lo consultado, y el recuerdo se motive en el gran daño que causa la dilacion á la Real Hacienda y al interes particular del reclamante. Y parécete tambien que puede S. M. conformarse con cualquiera de los dos pareceres que el Bureo le ha consultado. Y pues es de tanta importancia el breve despacho, será muy conveniente que el Bureo, no sólo haga por escrito este recuerdo, sino que alguno ó algunos de los señores dél se lo supliquen á S. M. y den noticia al Sr. Conde-Duque.» El Bureo decretó, á 25 de Mayo de dicho año, que el Marqués de Frómista informase á S. M. y al Conde-Duque sobre lo consultado en los dos dictámenes que habia elevado *en razon de amparar las pretensiones de Alberto Struzzi*, para que se dignára resolver lo que más conviniese á su Real servicio. Y aquel Monarca, familiarizado desde la infancia con el buen italiano, á cuyo ingenio debia el peregrino juguete que tanto le habia recreado en sus inocentes ocios; que conocia mejor que nadie la justicia de sus aspiraciones, sus servicios, sus méritos, su no afectada modestia, casi en vísperas de morir su noble protector el Marqués de Spinola en el castillo de Sorribia de un arrebato de pundonorosa pasion, decretó friamente, optando por el voto particular del Conde de los Arcos, con notable injusticia disfrazada de caridad: «*Tómese medio luego con Alberto Struzzi nonbrando el Bureo la persona que le pareciere para que ajuste lo que se le vbiere de dar por todo, no excediendo de 2 quentos 269.789 mrs. que me consulto el conde de los Arcos, pero libresele luego alguna cantidad aquenta para que se socorra y con mucha brevedad se le dara entera satisfacion.*—(Rubricado.)»

Así lo dispuso el Bureo en 8 de Mayo de 1630, cometiendo al Conde de Montalban la ejecucion de lo resuelto por el Rey. El Conde se excusó, como era natural, alegando perentorias ocupaciones, y encargado del cumplimiento de la Real orden el de los Arcos, en 17 del propio mes de Mayo dirigió al grefier Carlos Sigoney el siguiente oficio: «..... consulté á Su Magd. de conformidad con el parecer del contador Eugenio de Molina, no se le havia de dar por todo (á Struzzi) mas que 2 quentos 269.789 mrs.; aora digo lo mismo; y que el sueldo de veinte y cinco escudos al mes que le va descontado en el ajustamiento contenido en la dicha consulta y los gajes de Gentil ombre de la cassa de la Señora Infanta, se le an de pagar en flandes sin interpelacion de tiempo (sin *interpolacion* quiso decir), y que es justo que aqui se le libre luego lo que ha de hauer para que remedie su neçesidad. V. merced lo asiente así en los Libros y le dé Certificazion de los 2 quentos 269.789 mrs., y al protonotario auisso de lo que en conformidad de la resolucion de Su Magd. se ha ajustado para que se embien las ordenes necesarias donde conenga, en M.<sup>d</sup> A 17 de Mayo de 1630.—El conde de los Arcos.»

Dirigiéronse las órdenes consiguientes, el Rey escribió á la Infanta gobernadora para que en Flándes se le pagáran á Struzzi sus atrasos por los gajes de gentilhomme y por la



pension de los 25 escudos mensuales; y el Bureo, en vista de que, aun despues de haberle dado cédula de los dos millones y doscientos mil y pico de mrs. que se le habian de pagar aquí, no lograba del Presidente de Hacienda que se los consignára donde pudiese hacerlos efectivos, compadecido de su triste situacion, trocándose de juez severo en abogado solícito, comenzó á dirigir por él al Rey una serie de representaciones, encaminadas á despertar la compasion en el corazon del Monarca, y que iniciadas en Setiembre de 1630, continuaron sin interrupcion, aun en las épocas de públicas calamidades y de los más ruidosos sucesos — que fueron no pocos dentro y fuera de España — Noviembre del año 1636. El silencio que respecto del pago de atrasos por gajes y pensiones se guardaba en Brusélas, donde todo el calor manifestado en favor del italiano mientras vivió la infanta Doña Isabel era ahora glacial indiferencia, y la consideracion de que Struzzi los habia devengado aqui sirviendo al Rey su hermano, y de *ser conveniencia de la Real Hazienda supuesto que salen de ella las provisiones para Flándes* (1), obligaron á Felipe IV á mandar, prévias las correspondientes consultas, en que se volvió á consumir mucho papel y tiempo, que ese crédito se le satisficiera en Madrid desde el año 1621, en que murió el archiduque Alberto, hasta el de 1633, en que faltó su viuda la Infanta-Archiduquesa y se extinguió su casa; quedando lo devengado anteriormente en ambos conceptos, desde que partió de Brusélas hasta 1621, por cuenta de los *Reales descargos*. Importaba esta deuda 2.505.780 mrs., y debia satisfacerse por mano del maestro de la Cámara de S. M.

Peño todo era excusado: el Consejo de Hacienda, que habia de dar las oportunas órdenes de ejecucion, no sabia de qué recursos echar mano, porque todos estaban agotados. Struzzi suplicó que, atendidas su extrema necesidad y las deudas que le abrumaban, se le librasen á cuenta siquiera 1.000 ducados, en parte donde pudiera cobrarlos, y que lo demas se le consignase en cualesquier juro de millones de los llamados *de resguardo* y de los aplicados para el consumo del vellon, ó en otros donde cupiese, dándole en ellos la renta correspondiente al capital, como se habia hecho con otros servidores de S. M. Accedió el Rey á la súplica, previo informe favorable de su Bureo, y recorridos todos los trámites de la complicada administracion, ó más bien de la maraña administrativa de aquel felicísimo tiempo; pero transcurrieron meses, y nada se adelantaba, y la necesidad crecia, y tambien la penuria del Estado, donde se mendigaban donativos voluntarios para derrochar sus productos en públicos regocijos; y el pobre extranjero, viejo y enfermo, *consumido en la prosecucion de sus despachos*, como decia al Rey su Bureo al fenecer el año 1636, ni tenía ya el recurso de llamar, implorando una limosna, á las puertas de sus verdugos, convertidos en protectores, porque estaba en cama postrado y tullido. Por fin, el magnánimo Consejo de Hacienda le consignó «6 ducados mensuales á cuenta de todo!!!...» Y aqui acaba la documentacion del triste desenlace que tuvieron las ilusiones del desdichado Alberto Struzzi.

¡Ah! Cuando tullido y muerto de hambre, con el vestido roto y las carnes al aire, considerase él — que de seguro lo pensaria muchas veces — que á un D. Estéban de los Reyes,

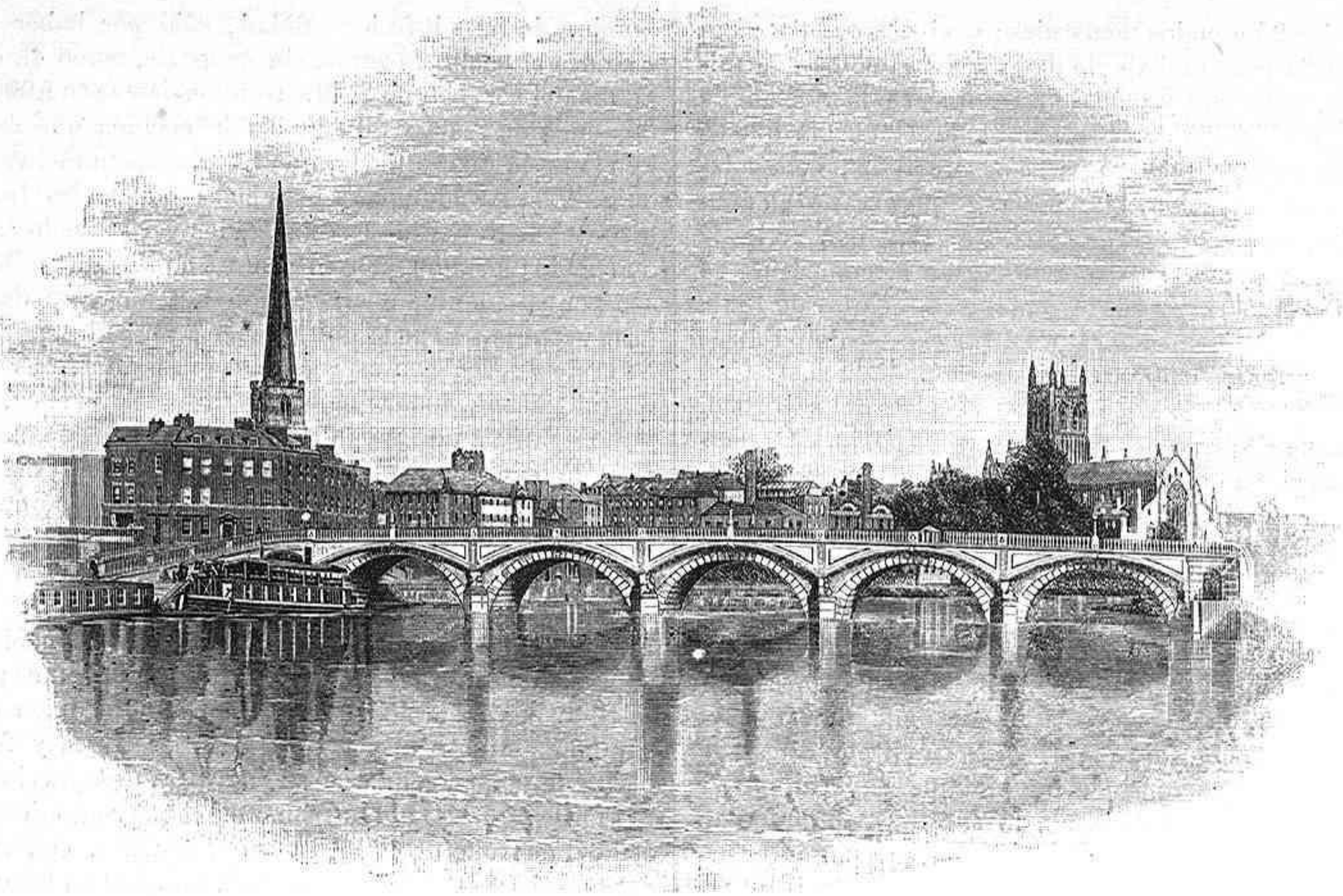
hombre de muy inferior calidad, sólo por haber traído de Flándes al enano Bonamí, sin ocuparse, como él, en arduas tareas del servicio de S. M., se le habian dado 1.000 ducados de ayuda de costa y 30 escudos de sueldo; que á un mero ayuda de la guardajoyas, que trajo unas muñecas de parte de S. A. la Archiduquesa para sus sobrinas las Infantas, le hizo dar el Rey otros 1.000 ducados y 15 escudos mensuales de sueldo; cuando, encumbrándose á más altas esferas, pasasen por su mente, exaltada con tan amargos desengaños, cual vertiginosa rueda de fantasmas evocados por el delirio de la fiebre, los cien espectáculos deslumbradores que ofrecia ese palacio, madriguera de cortesanos serviles, pródigos y avarientos á un tiempo mismo, que le condenaban á morir de hambre mientras hacian correr los rios del oro americano bajo las enramadas del Buen Retiro, en las fiestas de toros y cañas y en cuantos espectáculos, profanos ó religiosos, sugerian las circunstancias, ayer en la despedida de las damas y camaristas de la reina D.<sup>a</sup> Isabel de Borbon que se volvian á su tierra, hoy en los nacimientos y bautizos de sus hijos y en sus dias y cumpleaños; ora para celebrar la venida del Príncipe de Gáles, á quien obsequiaban con suntuoso hospedaje y costosos trajes y festejos de desusada pompa semioriental; ora para desagravio del ultraje sacrilego hecho al Santísimo en el convento de San Felipe el Real en Julio de 1624, en cuya ocasion, con motivo de haber levantado cada persona Real un altar en los corredores de Palacio, se hizo allí una exhibicion de joyas cual no se habia visto nunca, ¡qué clase de sensaciones experimentaria su alma, tan cruelmente atarazada por la injusticia de los hombres! El año mismo en que el contador Aguilar tanto se ensañaba por arrebatarle el fruto de sus honrados sudores, habia la adulacion cortesana hecho costear á la Casa Real, para el bautizo de la malograda infanta D.<sup>a</sup> Maria Eugenia, tal solemnidad, realizada con galas y joyas, que uno de los allí presentes, D. Jerónimo Gascon de Torquemada, escribió *no haber lengua capaz de referirlo por haberse echado el resto al lucimiento*. Estas grandezas, sobre todo cuando se mezclaba lo sagrado con lo profano, eran diversiones mucho más entretenidas para el sensual monarca y sus favoritos, que el juguete de soldados de movimiento que habian traído de Brusélas para el príncipe D. Felipe cuando niño, y del cual sólo se acordaban los soldados de la guardia alemana encargados de quitarle de vez en cuando el polvo. ¡Con cuánta tristeza no oiria Struzzi hablar de ellas, y del desperdicio de tanta opulencia mal repartida, con una de cuyas particulas, sin disminuir en nada el esplendor de la córte, hubieran podido remediarse sus infortunios! Acaso vino á remediarlos la muerte, que por las apariencias le rondaba muy de cerca; si bien no consta cuál fué su fin.

La moraleja de esta historia favorece poco á nuestra administracion del siglo XVII, respecto de la cual procedió su pobre protagonista con evidente error de cálculo. El pródigo y derrochador — pensó él, planteando mal el problema — paga cuando tiene: para el acreedor todo es cuestion de paciencia: el que quiere tomar agua de una fuente que corre con intermitencias, debe tener su cántaro siempre debajo del caño. Se equivocó de medio á medio: el derrochador no siempre paga, porque muy á menudo niega las más sagradas deudas.

PEDRO DE MADRAZO.

(1) Así lo consultó el Duque de Alba en 24 de Abril de 1624.





«UN PUENTE EN WORCESTER.»

# EL DIABLO AZUL.

## CUENTO DE COLOR DE FUEGO.

**M**EFISTÓFELES se hallaba en escena.

Selva, el famoso Selva, representaba á Mefistófeles. Gran actor, además de gran cantante, él solo lograba que el mismo diablo llenase de gente el paraíso. Parecía de alto abajo el teatro Real aquella noche, con algo del que nos pinta suave y persuasivamente el libro sagrado, y con un ligero fulgor del que con piedad soñamos como eterno lugar de los justos.

¡Cuánta Eva, con la conciencia ya de la caída, pero sin una hojita supletoria en los atrevidos descotes! Cuánto Adán de frac y corbata blanca, y á los que alguna sonrisa de ángel soberbio decía tal vez: «Ganarás mis brillantes con el sudor de tu frente, y, si no, con un soplo de buena fortuna en los campos siempre verdes y fecundos del gran salón del Casino.»

Y allá, en el fondo de algun palco, en el olvidado extremo de alguna de las últimas filas de butacas, ó apoyándose con delicada modestia é infantil curiosidad en la delantera del paraíso, la inocencia misma, vestida de mujer, y ya de largo, pero con la sencilla y encantadora forma del no poder, del no querer, del no saber nada de todo aquello que

ó llevan consigo tantos esplendores comprados y tantas premeditadas desnudeces.

Esos pocos puntos oscuros y, sin embargo, tan celestialmente luminosos, representados por hermosas mujeres ignoradas hasta de sí mismas, significan allí, en aquella sala espléndida, algo como fulgor lejano é inapreciable, pero igual, fijo, portentoso, de estrellas de un cielo trasparente, oscurecido durante una sola hora por las efímeras llamaradas de una sorprendente fiesta de fuegos de artificio.

Pero ¿quién mira los puntos tímidamente luminosos del cielo, cuando un pueblo se festeja á sí mismo con los mágicos incendios de árboles, castillos y alcázares que deslumbran con todos los cambiantes del iris?

El gran mundo es un pueblo alegre y ocioso, que se divierte con frecuentes noches de sus propios fuegos artificiales, cuyas vivas llamaradas no le dejan ver la tímida estrella de fulgor eterno.

Pero el doctor Fausto es ya jóven. Mefistófeles ha evocado ya con sus conjuros la hermosa imagen de la soñada Margarita.



Selva representa allí la seducción, con su mal disimulada sonrisa diabólica, y su roja elegante ropilla, y su casquete, rojo también, rematado con aquellas dos plumas que parecen dos cuernecillos rizados á fuego en la fragua de los condenados.

Aquella barba roja y apuntada; aquellas cejas que huyen de la suavidad de la curva y tiran con atrevimiento hácia lo alto de la frente, como disparos de la desesperada impotencia del ángel caído; aquel cuerpo flexible de culebra que busca la sombra, denunciándose con sus infernales fosforescencias; aquellos ojos que despiden chispas de desafío á la virtud humana; todo aquello, junto y en detalle, da al gran artista la más viva apariencia del funesto espíritu.

Sobre todo, es rojo de arriba abajo, y los caracteres de fuego imprimen la figura con vigor extraordinario en la imaginación ménos despierta.

Retuércese ya ante las cruces de las espadas, que le presentan para combatirle y ahuyentarle. Su propia espada flama, con los gabilanes caídos huyendo de la forma santa en la empuñadura, y la mano nerviosa de Selva traza rápidamente rayas y semicírculos en el suelo, como si marcara la jurisdicción satánica, donde no había de llegar nunca la acción de los cristianos conjuros.

Plegado el cuerpo; recogidos los brazos en ademán á la vez hostil y medroso; contraídas las piernas, que rastrean como las de la fiera acorralada; con la mirada encendida y aviesa de la traición que quiere herir y huir á un tiempo; la figura del artista convence, y la seda roja de su vestido, coronado por las dos rizadas plumas, aparece á los ojos no prevenidos como un vivo marco de fuego, que encierra allí en el fondo y brotando chispas el ojo airado del rey de los espíritus infernales.



Y se cerraron entónces de terror los párpados de Pura.

—¡Vámonos, madre!—suspiró como una súplica al oído de la anciana.

Pura era uno de aquellos puntos celestialmente luminosos, y se hallaba en un extremo de la delantera del paraíso del teatro. Era la inocencia misma del ángel, prematuramente vestida de mujer, y llevada allí por la novedad del espectáculo y por la curiosidad infantil que despierta á todos los ruidos y á todos los colores soñados.

El diablo era del color que le pintaron, como propio y único, en los cuentos infantiles. Pero la verdad artística de sus llamaradas y de sus convulsivos movimientos la había estremeado.

—¡Ese, ése es el diablo, madre! ¡Vámonos!.....

—Pero, hija, si todo eso es mentira. Es la fábula inventada por el poeta, y en la que el músico ha encontrado sus temas preciosos. Quiero que oigas el aria de las joyas de Margarita.

—No, madre, no; ¡vámonos, vámonos!

Pura había acompañado ya la acción á la palabra, y sin reparar en las sonrisas burlonas de los paradisiacos vecinos, se había levantado, arreglándose con mano temblorosa la mantilla.

La pobre anciana no tenía más voluntad que la de su hija, que había querido oír el *Fausto*, y que se empeñaba en marcharse sin oírle.

¡Diablo de Selva! Los grandes arristas reciben ruidosas ovaciones del público; pero sus triunfos superiores, los triunfos del silencio, quedan ignorados.

Pura huía de ver y oír á Mefistófeles, y aquella huida de un ángel—arrojado del paraíso por el diablo—era una gloria para el artista.

Y el diablo no puso puente de plata al enemigo que huía. Con dificultad salieron por fin hija y madre de aquel mar hirviente de los *dillettanti* de sotabanco; y se detuvieron á respirar en el pasillo, y empezaron á bajar lentamente la larga escalera.

En la escena quedaba el diablo de las poéticas ficciones, el diablo rojo, y aún Pura, apoyándose temblorosa en el brazo de su madre, volvía el rostro con infantil espanto.

Pero sus ojos se serenaron de repente.

Habían visto que los seguían, fijos y tenaces, pero tímida y piadosamente amorosos, los suaves rayos de dos ojos azules.



Negros eran los de Pura. Á la luz de una lámpara, sola ya en su gabinete, se miraba en ellos al espejo del tocador, más que por gozarse en su propia hermosura, de la que apenas tenía conciencia, por ver si hallaba en el foco luminoso de sus pupilas la dulce expresión de aquellas de los ojos azules que, más que de amante, le parecían de su propio ángel de la guarda.

Por tercera vez los había visto; pero nunca más celestiales los había juzgado que en los momentos en que habían venido á curarla del espanto producido por la terrible figura de Mefistófeles.

Nada tenía ella en la suya de los rasgos que nos ofrece la Margarita de los sueños de Fausto. Del color de sus ojos eran sus cabellos, que en haces apretados y como en ondas de ébano bruñido le iban cayendo por la espalda, al soltarlos con mano aún temblorosa, y con el abandono de la costumbre de todas las noches.

La palidez producida por las emociones recientes prestaba al moreno mate de su rostro ovalado ese tinte indefinible y misterioso de que se ven inundadas algunas figuras místicas que se nos presentan en antiguos y admirables retablos.

Lo mundano de su natural belleza tenía algo como de la Magdalena ántes del pecado; es decir, ántes del amor. Pero Pura llevaba á la vez en lo más persuasivo de esa belleza como una especie de traspiración encantadora de la virginidad de su alma y de lo santo de sus pensamientos.

Por temperamento, por educación religiosa, hasta por necesidad de su soñador espíritu, era mística, con ese misticismo supersticioso de fuerza meridional, frecuente en la mujer de aquella tierra donde Pura, al darse por primera vez cuenta de los colores, había repetido una misma oración ante el estrellado manto azul y los azules ojos de una pretendida virgen de Murillo.

Allí la tenía, á la cabecera de la cama. La copia de la Concepción era sencillamente un artístico sacrilegio. Pero acompañó á Pura desde Andalucía á Madrid, y para ella era siempre el retrato vivo de una santa madre que tenía en el cielo, y con la cual su madre propia le había enseñado á hablar desde la tierra.

—¡Madrecita de mi alma!—decía en aquel momento



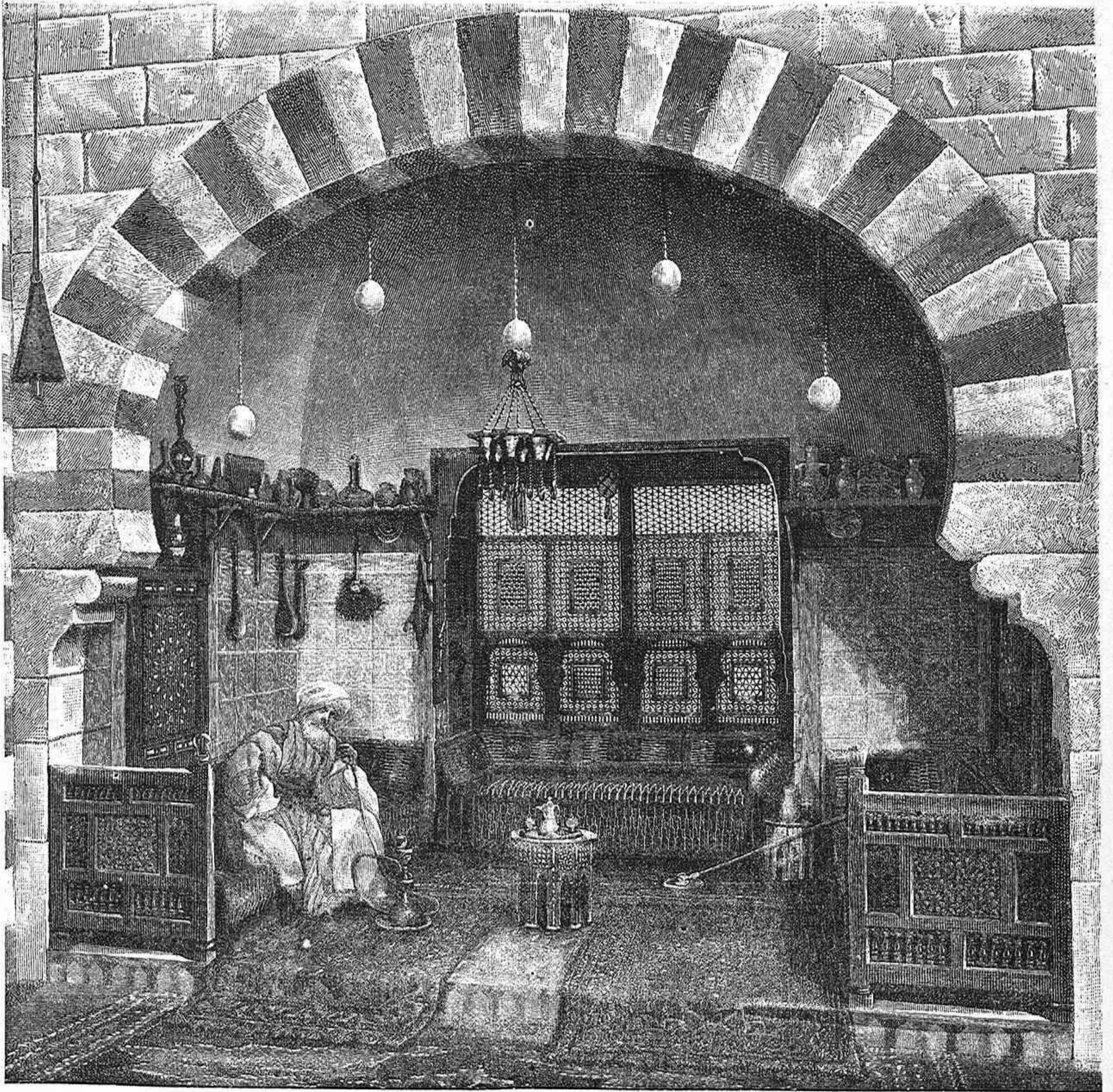
ella, por su cuenta y en frases de su original repertorio. — ¡Bendita sea esa boquita de rosa, y esas manos de jazmines, y esos ojos azules, y ese manto azul que te envuelve, y esos angelitos que entre azuladas nubes te coronan, y ese pié chiquitito y desnudo que aplasta al reptil, en cuya lengua veo el color de fuego de aquel infernal espíritu!....

Y en sus últimas palabras tremaba su voz como la de una debutante acobardada artista; y en medio de su devoción, un tanto gentilica, y de sus inocentes flores á la Virgen, de

penetrante aroma profano, cerraba Pura los ojos cuando llegaban bajo el pié de la Concepcion, y los abría desmesuradamente, con deleitacion y arrobamiento, cuando se elevaban abismándose en todo aquel fondo azul, en que las nubes, los ángeles, el vuelo del manto y los ojos dulces de la Virgen la representaban el paraíso de sus sueños de niña.



Y como una niña se durmió. Murmurando todavía floreci-



GABINETE DE UN LITERATO ARABE.



tas que ella creía puramente religiosas, y buscando en la entrada del sueño todos los cambiantes del color celestial con que se había defendido contra las obsesiones de la endiablada inventiva del artista de la Ópera.

¡Oh! Si la madre de Pura, más temerosa ó ménos confiada en el carácter infantil de las alarmas y estremecimientos nerviosos de su hija, hubiera entrado sin ruido en la alcoba y, á la incierta luz de la mariposa que ardia en el trasparente vaso de porcelana, hubiera podido penetrar con su vista maternal á través de la carne palpitante, hasta el fondo de aquel espíritu satánicamente despierto en medio del que parecia tranquilo sueño del ángel!

La santa evocacion de Pura soñolienta habia triunfado entre los últimos inarticulados suspiros de sus extrañas oraciones; y la espada flameante y el vivo rojo de calzon, capotillo, casquete y plumas de Mefistófeles, y las ascuas de ojos y lengua de la serpiente quebrantada por el pié divino, fueron juntos, y pronto, y allá, muy léjos, un punto ígneo apenas perceptible, como el de un carboncillo que, al apagarse entre las amontonadas cenizas del ancho hogar, espera todavía un soplo para producir un incendio.

Y aquel punto ígneo parecia el ojo entornado de un diablo burlon, que se retiraba haciendo guiños maliciosos al ceder el campo á las imágenes de los predilectos sueños de la inocencia.

Y aquel ojo desapareció de los de Pura que, soñando, sonreía palpitante sobre la almohada, y movía los labios rojos como en actitud de dar besos infantiles á una imagen, traslado de la que pendía sobre la cabecera. Y luego aquellos codiciosos besos de niña juguetona, que rompe las estampas que acaricia, iban, como con la humedad del aliento, disipando la túnica azul que envolvía á la Virgen, y las alas azules con que revoloteaban los angelitos; y poco á poco, se dibujaban, destacando en aquel fondo de santa evaporacion, aquellos dos ojos azules que, tres veces y con dulce timidez, habian acariciado á la soñadora.

Y aquellos dos ojos humanos que así se guarecian tras las divinas visiones, avanzaban, avanzaban tímidos, pero elocuentes, iluminando los contornos de un rostro varonil y hermoso, cuya boca, humedecida por la aspiracion insaciable del amor, se acercaba entreabierta á los labios puros que tocaban las borrosas y confusas imágenes.

Y Pura sonreía y esperaba; y sintió, al fin, que las sedosas y largas pestañas de los párpados de aquellos serenos ojos azules le rozaban la frente y bajaban con suavidad hasta el cristal de sus pupilas, por donde le iban penetrando los resplandores de un cielo en que se abismaba su espíritu sorprendido, hasta que sus labios de niña, rezando y besando á un tiempo, sentían una dulce opresion, que terminaba rápidamente con un ruido así, como de gota de rocío cayendo en el cristal sereno de una fuente, ó de roce de ala de un pájaro sobre el apretado boton de una rosa.



Y Pura amaneció así; volviéndose temblorosa á rezar sus oraciones ante el cuadro adorado, y sin llamar en su limpia conciencia beso á aquella opresion ligera de otros labios, y á aquel ruido de gotas de rocío que caen, y de aleteos de pájaros que acarician flores.

La madre de Pura no veía jamás aquel despertar mundano en brazos de los sueños místicos. Pero el jóven de los hermosos ojos azules conocía los secretos más íntimos de las dos mujeres, y los accidentes todos de su existencia; y aunque todavía apenas habia murmurado al pasar alguna lisonja al oído de Pura, sabía bien que él tenía los ojos del color de los sueños del ángel.

Estos sueños llenaban toda la casa de alegría, y en la casa, además de la madre y la hija, habia otra mujer que hallaba diablo tentador y amable y risueño, el oro puro en las manos blancas y suaves de un jóven rico, rubio y elegante.

Sería cosa de formal y á la vez ameno estudio la influencia de los colores en los progresos del amor de la mujer, contando con el temperamento, la educacion, y, sobre todo, con las preocupaciones.

Ello es que Pura, que, al terminar la primavera de aquel año, no tenía ya el menor recuerdo de haber visto á Selva y, cuando oía hablar del *Fausto*, creía siempre que se trataba del lujo tropezó cierto día de gran festividad religiosa, y dentro de un rico devocionario—como la Inés del Tenorio—con una esquelita en rico papel vitela, azul pálido, y que, sin ripios poéticos, y con la elocuencia de una prosa sencilla, decia poco más ó ménos:

«Pura: Sé que te lleva tu madre al alegre puertecito de mar donde naciste. Allí te buscarán mis ojos, que se extasiarán junto á los tuyos ante la azul inmensidad de mar y cielo. Al rezar tus oraciones, piensa en el amor de tu

*Angel de la Guardia.*»

Pura besó aquel nombre escrito, como si fuera la revelacion de un destino santo. El color del papel no le dejaba ver aquel ojo de fuego del diablo burlon, que sonreía con más malicia que nunca detras de aquella firma trasparente.

Hay nombres que tienen la virtud—temible á veces—de prestar vigor á la influencia moral del que los lleva.

Cualquier demonio de hombre puede llamarse Angel, y el apellido de la Guardia no es tampoco muy raro en esta noble tierra de Girones y Guzmanes.

Pero llamarse Angel, y nada ménos que *de la Guardia*, el amante de una niña tan meridionalmente supersticiosa, y que de un modo tan sencillo confundía los límites del amor divino y del amor humano, era traer al campo de la seducion todos los elementos conjurados contra el cielo mismo.

¿Qué sabía la madre de todo aquello? Pura, con infantil ingenuidad, se lo hubiera dicho todo: lo que soñaba, lo que leía, lo que escribía, si el diablo azul, con su sonrisa insinuante, no se le hubiera mostrado siempre con el dedo sobre el labio, imponiéndole dulcemente silencio como á una niña, y como condicion de aquellas glorias ligadas así con las visiones celestiales que habian nacido en el maternal regazo y al rumor de las olas de la playa nativa.



Desierta está la playa. La madre duerme en su lecho. Pura pasea por el jardín, soñadora, como Margarita presintiendo á Fausto.

Otra sombra de mujer da cautelosamente vueltas, como un fantasma en acecho, de la puerta de la alcoba, donde se



para á oír la tranquila respiracion de la anciana, á la puertecilla del jardin, que se entreabre á veces á impulso de la brisa marina.

Allí se respira el ambiente de una cita de amor mundano. Pero Pura sueña sin estremecerse, y en sus pasos por la arena no se nota la vacilacion de una conciencia alarmada.

Se detiene alguna vez á acariciar las violetas mal escondidas, ó las campanillas azules que cuelgan de la enredadera, entoldando la ventana baja, y que, al agitarse suavemente, parece como que la llaman á aquel mundo de espíritus que llenó de místicas armonías la santidad de su infancia.

—«Habladme de amor»—hubiera cantado tambien á sus flores, si en la noche célebre se hubiera detenido á oír el lírico apóstrofe del prometido de Margarita, á trueque de oír tambien la burlona serenata amorosa de Mefistófeles, entrecortada con carcajadas de demonio seguro del triunfo.

Muy cerca del jardin de Pura se oía tambien una serenata. Serenata torpe y grosera de marineros borrachos y maldicientes, en que uno llevaba la voz cantante al compás de una guitarra, destemplada y ronca como la musa de las orgías, respondiendo á cada concepto obscuro y atrevido, carcajada estridente y en coro brutal de ocho ó diez gargantas encendidas por un alcohol de mil diablos.

Pero Pura no oía nada de aquello en sus sueños de despierta y sencilla enamorada, cuando la sombra fatalmente protectora de Angel de la Guardia abrió de par en par la puertecilla del jardin, murmuró dos palabras al oído de la niña, y desapareció por la puerta de la casa.

Las confusas notas de la báquica serenata se oían ya léjos, muy léjos, y como eco débilmente repercutido de carcajada diabólica, cuando Angel se detuvo en la puerta del jardin con sencilla elegancia vestido del color de los sueños de Pura, que entónces le daba la espalda, cerrando los ojos sonriente, y contemplándole en el espejo de su imaginacion meridional.

Hermosa de cuerpo, inocente de espíritu, divinamente transfigurada en aquel instante solemne de su vida, recibía en sus párpados, cerrados ante las flores, las suaves caricias de los rayos de la luna, que de luz la inundaban.

En aquella actitud, ligeramente inclinada sobre pensamientos, violetas y campanillas, que besaban los pliegues de su túnica blanca, parecía una virgen que cerraba pudorosamente los ojos al escuchar las inocentes confidencias de la flora de sus breves dominios.

Y Pura temblaba como una sensitiva á la que llega ya el calor de una mano febril que va á tocarla. Pero sonreía tambien con la gracia de la niña juguetona que hace como que no oye detras los pasos cautelosos del que pretende sorprenderla.



Angel de la Guardia se acercó tan sin ruido, que al adelantar inclinado el cuello por encima del hombro de Pura, ésta se volvió con una especie de beatitud, como ante una aparicion de sus adoradas visiones, y abrevó con ansiedad su mirada en las húmedas ondas azules de los ojos de su amante.

Ni una palabra, ni un suspiro; mirada larga, lenguaje silencioso; primer reflejo suave de aquel místico sueño de aquella noche de eterna memoria. El carbon infernal, apa-

gado é imperceptible entre el monton de cenizas; el pié breve, desnudo y casto cerrando la boca y el ojo del reptil; y en primer término, los ojos de Angel, los luminosos puntos azules, que surgen, avanzan y acarician al revuelo del manto estrellado de la Virgen.

Y luégo, dos sombras entrelazadas que se prolongan fantásticamente á lo largo del muro, y que se encogen y achican y desvanecen, desapareciendo por la puerta del jardin.

La playa, desierta; la marea, baja; el rumor de las olas, lento y grave y sostenido, como la nota última de una melodía misteriosa; el aire, tibio y saturado de inhalaciones marinas, y de perfumes de flores, y del acre y penetrante aroma de los pinos silvestres, que alzan su cabeza en el montecillo que domina la playa.

Ni un rumor extraño que descomponga aquella solemne monotonía, á no ser de tarde en tarde, y como discordante latido de la dormida naturaleza, el gemir entrecortado y áspero de la gaviota que se agita dormitando en lo alto del peñon, entre el salitroso musgo.

Pura y Angel están fuera del alcance de las miradas de los hombres. Entre el pinar y las rocas ha hecho el amor un paraíso.

Pura se ha dejado llevar allí sin la menor resistencia. Su pié ligero apénas ha hollado el húmedo arenal que la separa de la casa; veinte varas de arena que representan ya la inmensidad infranqueable de un abismo. Las habia andado ella tantas veces sola, niña casi, soñando con las vivas imágenes de sus devociones, subiendo á aquella misma eminencia encantadora, entre mar y bosque, en alas de una poesía ingénita en su espíritu, y fortificada por una aspiracion insaciable que hubiera hecho de ella en el claustro una santa!

Subió allí con Angel como con un sér sobrenatural que, sin confidencias, poseyese todo el inocente secreto de la vida de su alma; como con un astro que la hubiera guiado ántes invisible, y que ha tomado humano cuerpo para que ella le diga allí, en altas voces del corazon, lo que apénas ha oído su propia conciencia.

La exaltacion de ideas y sentimientos religiosos, que se llama misticismo, no es á veces más que una especie de transfiguracion de sentimientos más humanos y de ideas instintivas que buscan, desbordándose, formas y colores y ruidos y escenarios reales en que representarse para el propio recreo del espíritu engañosamente fanatizado.

Nada más atrevido y peligroso que las bellas figuras retóricas del *Cantar de los Cantares*, y la forma de los conceptos espirituales de algunos poetas místicos, y muchas de las ingenuas confidencias de amor divino de Teresa, la enardecida, sublime y Santa Doctora.



La pasion religiosa de Pura en aquel estrecho paraíso á donde subió con Angel, llevaba ademas en sí una especie de manera de panteísmo inconsciente, que la hacía ver y adorar á Dios y á la Virgen y á los ángeles en el movable manto azul del mar, en la inmóvil y estrellada bóveda azul del cielo, en los azulados tímidos fulgores de la luciérnaga que resbalaba sobre la brizna del aterciopelado musgo.

Y con una mano entre las manos de Angel, en una de las





BLANCA DONADÍO.

CÉLEBRE «PRIMA DONNA».





cuales oscilaban en cambiantes profundos las luces de una piedra preciosa; murmurando la palabra *amor* como un suspiro; estremecido todo su sér por el grandioso espectáculo de aquellos dos abismos que sobre su frente y bajo sus piés se le mostraban, Pura se dejó atraer con suavidad hácia el pecho de su amante, y compenetrando la mirada de sus ojos negros con la de aquellos otros tan soñados, exclamó, en un arranque lírico de pasión arrebatada:

— ¡Ángel mío!  
¡Qué azul

brillante de la sortija de su mano un fulgor rojizo que disipaba los suaves cambiantes azulados.

Y la luna, ántes pálida, tocando ya en el horizonte la línea en que mar y cielo se confunden, parecía un inmenso globo de fuego que enrojecía toda la extensión del mar, y venía, como por reflexion sobre cristal inmenso, á envolver de alto abajo el cuerpo esbelto y arrogante de Ángel de la Guardia, ya de pié y transfigurado por la satánica pasión satisfecha.

Pura cerró los ojos, horrorizada ante aquel cambio brusco de decoración que le representaba en sus tonos el escenario de la Ópera, lleno por la figura terriblemente agrandada de Mefistófeles; dió un grito ahogado, intraducible, resumen expresivo de los profundos dolores del desencanto mortal; se llevó la mano crispada al corazón, desgarrando la blanca túnica, y como si hubieran estallado de una vez todos los vasos de la sangre de su cuerpo hermoso, cayó exánime en los brazos de Ángel de la Guardia, del diablo santamente disfrazado, del diablo azul, el más temible, y del que nada temen los ángeles de este mundo.

EDUARDO BUSTILLO.

es todo lo hermoso!

Y era en aquel instante tan hermoso lo que no era azul; fulguraba de tal modo el fuego de la mujer en el fondo de los ojos negros de la niña mística, que el demonio de la seducción acabó de encender todos los torpes apetitos de Ángel. Se acercaron, como en aquel sueño santo de aquella noche, pero con expresión más humana, las pupilas amorosas; rozaron las largas y sedosas pestañas la frente de Pura estremecida; acariciaron sus párpados, que se cerraban temblorosos, y en sus entreabiertos labios, húmedos por el tibio rocío de la pasión que estallaba, sintió una opresión creciente, prolongada, á la vez dolorosa y dulce, sin ruido que pudiera percibirse, como si aquel beso fuera largo porque había de ser único, y fuera silencioso como crimen confiado á la discreción de aquella naturaleza perezosa y dormida que guardaba todos los secretos de un ángel, ya caído.

Salir de aquel encanto, fué para Pura despertar de un largo sueño.

El ángel se sintió mujer con honda pena. Su sonrisa era triste, como de la nostalgia infinita de un amor inocente y santo.

Y su sonrisa se apagó de repente, y empezó á temblar al descubrir en los ojos de su amante un fuego que nunca había visto en ellos, y en el fondo del





## UN DRAMA DEL RENACIMIENTO.

**P**OR 1497 había arreglado el pontífice Alejandro VI en tales términos la fortuna de sus hijos, que brillara con brillo extraordinario. A Juan dióle con solicitud el ducado de Gandía, á César la legacion de Nápoles, y respecto á Lucrecia, pensó el descasarla de Pesaro y casarla con algun príncipe, que añadiese á sus gracias la mayor y más codiciada, la de una régia corona. Era la noche del 14 de Junio, y las estrellas brillaban tan serenas como dice Tácito que brillaron las estrellas del cielo de Bayas en la noche del asesinato de Agripina, indiferentes, en su eterna luz y en su eterna serenidad, á los crímenes y á los horrores de nuestra oscura tierra. Juan Borgia, César Borgia, el cardenal de Monreal y otros muchos amigos, de alegre vida todos y de ligeras costumbres, habíanse reunido á cenar en viña cercana de San Pedro *In Vinculis*, donde pasaba la mujer preferida de Alejandro VI, la célebre Vanozza, los rigores del estío, cuando no podia dejar la malsana campiña de Roma. Cenaron, bebieron, cantaron, reinando durante toda la fiesta una loca y desatentada alegría; como que celebraban el ducado concedido al mayor de los Borgias en su reino de Valencia, y la legacion concedida en la ciudad de Nápoles al menor. Y en esta palabra, el menor, encerrábase toda entera una horrible tragedia. En efecto, César Borgia, nacido con desapoderadas ambiciones é impaciente por lograrlas, cavilaba en su interior que si el Papa tuviera un solo hijo, este unigénito granjeárase coronas é imperios á la sombra feliz de su tiara. Pero ¿qué podia esperar un segundon? Y si este segundon era, como el mismo César, de la Iglesia, un cardenal de Santa Maria Nova, un príncipe teocrático, podia esperar, á lo sumo, rentas, beneficios, dinero que le procurase algunos placeres para sí ó la satisfaccion de proteger y amparar á los artistas, teniendo por toda suma esperanza tiara incierta, recogida en los últimos achaques y en las últimas horas de trabajosa existencia; pero no la guerra en que se vence á los hombres y se conquista á las mujeres; pero no la corona que realza la frente y eleva un pedestal bajo las plantas; pero no los azares de la política, los goces del mando, las tortuosidades de la diplomacia, las satisfacciones de una ambicion sin límites, que sólo puede saciarse viendo los pueblos hundidos en el polvo y en la adoracion de un guerrero, de un conquistador ó de un monarca. César Borgia, que consideraba la satisfaccion de todas estas ambiciones como el supremo bien de la vida, había meditado dos cosas: primera, desasirse de su capelo, que le molestaba para la vida civil, y segunda, deshacerse de su hermano, que, como primogénito, se interponia en el camino de sus esperanzas. Los escritores del tiempo aquel, dados á ennegrecer la memoria de los Borgias con

sombras espesísimas, atribuyen la enemiga de los dos hermanos á causas todavía más repugnantes, á mutuos celos de Lucrecia, su propia hermana, de la cual decíase que estaban ambos á dos enamorados, y con la cual decíase que ambos á dos habían yacido.

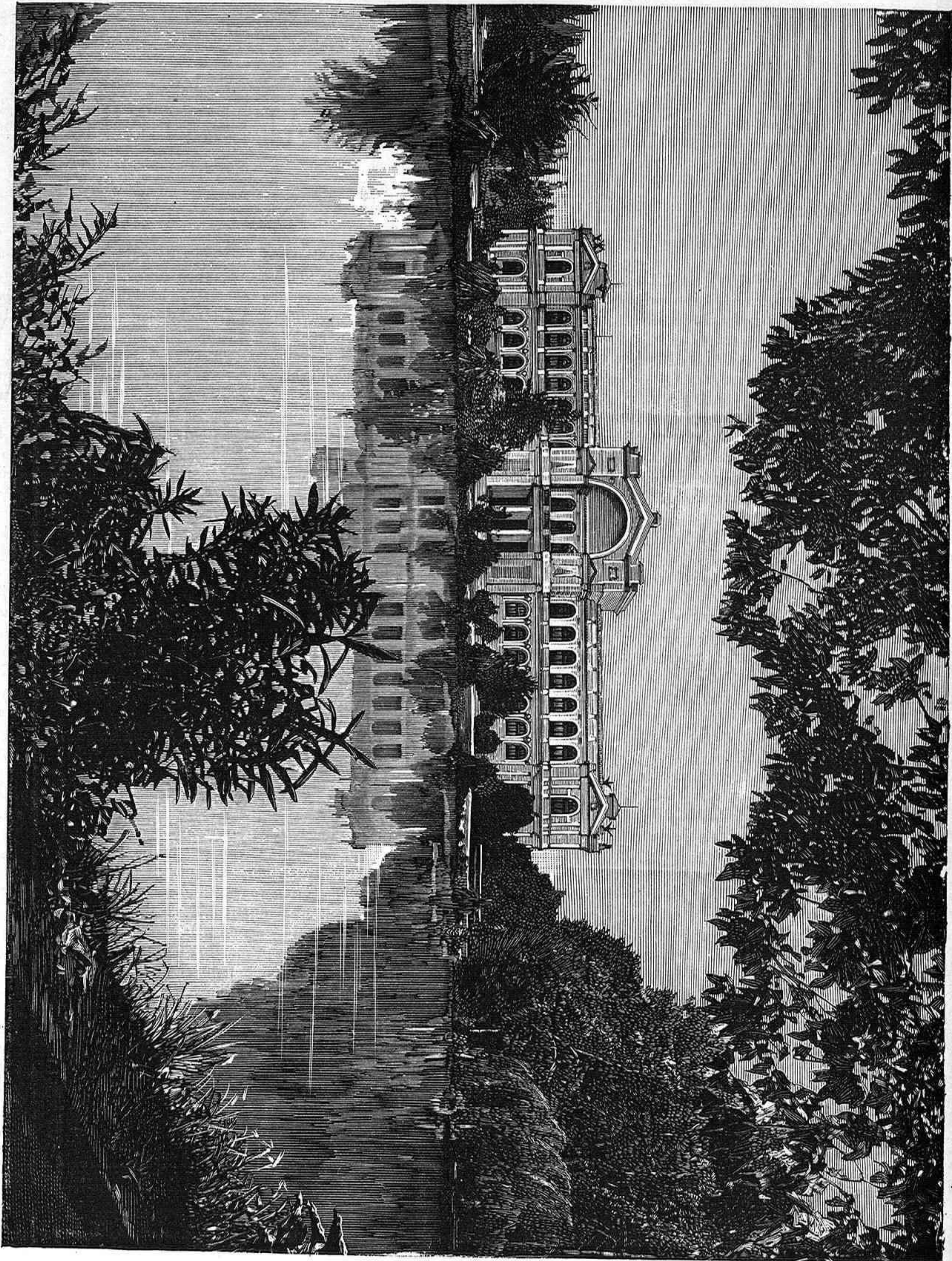
Pero no se necesita recurrir á estos monstruosos expedientes, ni creer en estas cancerosas corrupciones, para explicar hechos fácilmente explicables por un afecto que se ciega y se desvanece tan pronto como la desapoderada ambicion, el más inmoderado, el más vehemente y el más firme de los humanos deseos, dispuesta siempre al crimen, cuando no la modera un severo natural, y no la ilumina una clara conciencia.

Pero sigamos narrando.

Concluida la cena, levantáronse los dos hermanos, y descendieron á coger sus respectivas mulas, cabalgadura que se usaba entónces para hacer las visitas dentro del radio de Roma. Anduvieron juntos cierto espacio; y llegados al sitio donde se alza el palacio del cardenal Ascanio, hoy palacio Cesarini, despidiéronse Juan y César con apacible despedida. Quien los hubiera visto superficialmente, admirára el mutuo cariño de los dos hermanos; pero quien los hubiera conocido á ambos, sacára de aquel extremo afecto bien opuesta consecuencia. Cosa extraña para nosotros y para nuestro tiempo de verdadera prosa. Acompañaban al Duque de Gandía un palafrenero y un misterioso enmascarado, que de algun tiempo á aquella parte solia visitarlo á la continua y nocturnamente en el Vaticano. Al llegar á la llamada plaza de los Judíos, díjole á aquél que lo esperase, y que si en una hora no parecia, que se volviese á casa. En efecto, quísose ir el palafrenero, pero una mano misteriosa le atajó el pasó, le apuñaló el vientre, y le tendió medio muerto en tierra.

Á la mañana siguiente preguntó por su hijo el Papa, y como le dijeran que no había parecido, entregóse á toda suerte de cavilaciones, generadoras de toda suerte de angustias. Pero, temeroso del escándalo, mandó que se recatara la increíble ausencia, y se callasen á todo el mundo sus dolores y sus zozobras. Encerróse en su cámara, y anduvo de un lado á otro todo el dia, doliéndose de que sus hijos hubiesen salido tan inclinados á las mujeres, y que esta inclinacion les trajese aventuras como la nocturna de Gandía, en la cual presagiaba con acierto de padre una verdadera desgracia. En efecto, pasó todo el dia siguiente á la noche de tan terrible aventura; pasó la noche del dia siguiente, sin que el Duque volviera á la casa de su padre. Nada se traslucia de su paradero, nada se averiguaba. Solamente unos carboneros esclavos, que habitaban á las orillas del Tiber, dieron algunos indicios, con cuales ilumináran aquella catástrofe, diciendo cómo vieran á la una de la noche salir del lado del hospital esclavon, ascender á la orilla del Tiber, pararse cerca de la





SANTIAGO DE CHILE.—PALACIO DE LA EXPOSICION Y LAGO DE LA QUINTA NORMAL DE AGRICULTURA.



fuelle por donde se echan al río las inmundicias, dos hombres que se detuvieron un minuto, y tras aquellos dos hombres misteriosos, otros dos de la misma catadura, que dieron tres palmadas, aún no desvanecidas en el aire, cuando apareció un caballero en gentil caballo blanco, llevando sobre el arzon inerte cadáver, cuyas manos pendían de un lado y cuyos pies de otro lado, prontamente recogido por las dos parejas allí apostadas, y echado al agua con gran fuerza y gran deseo de que desapareciese; pues como flotara la capa del muerto, arrojáronle innumerables piedras para que se hundiese pronto en las profundidades infernales del siniestro cauce. Los que tal contaban, añadían una especie bien expresiva del carácter y naturaleza de aquellos tiempos, añadían cómo en breves días vieran arrojar más de cien cadáveres por igual manera, sin que nadie fijase la atención ni les hiciese caso.

El Papa no descansó hasta que no dió con el cadáver de Gandía. Su temperamento nervioso, su carácter exaltado, la vehemencia de sus deseos, la cavilosidad de su pensamiento, la inquietud de sus antojos, la costumbre de alcanzarlo todo, le atormentaron con tormentos indecibles en esta hora de suprema angustia, en que desaparecía uno de los objetos por los cuales había cohechado el Sacro Colegio y corrompido su santa magistratura de Pontífice, un hijo de sus entrañas. Centenares de pescadores fueron enviados al río, dando ocasión á epigramas callejeros que regocijaron á Roma, y á epigramas literarios que divirtieron á la posteridad sobre la diferencia entre el primer pontífice-pescador, San Pedro, y el último pontífice-pescador, Alejandro VI, y sobre la diversa especie y clase de su pesca. Dos días después de muerto, sobre las doce de la mañana, hallaron los pescadores el cuerpo del Duque completamente vestido y calzado, con la ropilla, el gregüesco y la capa que llevaba en casa de su madre, intacta la bolsa donde había treinta ducados, atadas las manos á la espalda, con nueve heridas en la cabeza, en las piernas y en otras partes del cuerpo, y una mortal en la garganta; tranquilo y sereno de rostro, como si en vez de pasar de este mundo tan violentamente, hubiérase conciliado con la virtud y con la fe el eterno feliz sueño concedido á los justos por la divina misericordia.

Imposible decir los extremos de dolor á que el Papa se entregó con ocasión de esta dolorosa tragedia. Creyéronle por algunos momentos loco y próximo al suicidio. Viéndole tan desesperado, las compañías españolas que guardaban el Vaticano, salían con las espadas desnudas por las calles y gemían con espantosos alaridos é imprecaban á todos cuantos entreveían al paso. Cinco días estuvo sin comer el Papa, en los cuales decía palabras descompuestas y aseguraba que sólo él ¡ay! lo había asesinado. El 19 de Junio, sesenta horas después de encontrado el cadáver y hecho el sepelio, reunió un consistorio Alejandro VI, en el cual se presentó demacrado, lloroso, tético, trémulo, balbuciente, cual si de su epicureismo natural se hubiera desplomado en la vida y en las costumbres de un asceta; y juró que nada le iba en el poder, en la gloria, en la influencia, y que sólo deseaba consagrarse á la reforma de la Iglesia para conseguir de Dios la remisión de las propias culpas y la eterna salud del alma de su hijo. Si aquel dolor hubiera tenido tanto de duradero como tuvo de intenso, víeráse bien á las claras la naturaleza redentora del dolor. En el mismo día de tal consistorio notificó á

las potencias su desgracia y los medios escogitados para consolarla y obtener de la misericordia divina el necesario perdón. Pero al mismo tiempo buscaba los asesinos de su hijo con todo el furor y toda la rabia de una verdadera venganza. Visitáronse todas las casas relacionadas con el muerto; pusieronse á cuestión de tormento varias dignas personas; faltóse al pudor de una doncella tan sólo porque vivía cerca del sitio donde el Duque había sido arrojado al río. Unos decían que el asesino era el cardenal Ascanio, porque le había el muerto asesinado un camarero favorito suyo; otros que el asesino era Pesaro, esposo de Lucrecia, por haberse cerciorado de que el Duque tenía relaciones incestuosas con su propia hermana Lucrecia Borgia. Lo cierto es que un día todas estas investigaciones se suspendieron y todos estos procesos cesaron. ¿Por qué? Porque Alejandro VI había encontrado el verdadero asesino de su hijo; y al encontrarlo, encontró también el castigo tremendo de sus propios crímenes.

La pérdida del Duque de Gandía no sirvió más que para aumentar el amor á sus otros cachorros en el ánimo exaltadísimo de aquel hombre. Lucrecia, sobre todo, le desvelaba por no tener una posición á la altura de su nombre y del nombre de su padre. Con la vehemencia propia de sus deseos y la celeridad propia de su vehemencia, separó á su hija del señor de Pesaro y la casó con D. Alfonso de Visella, bastardo de Alfonso II. Las bodas de Lucrecia con su tercer marido celebráronse en el Vaticano; y excedieron en magnificencia á las bodas con el segundo, representándose comedias, églogas, dramas y otras fiestas, en las cuales vióse aparecer á César, su hermano, disfrazado de místico unicornio. Diez y siete años tenía el esposo y diez y ocho la esposa. Amáronse desde el primer momento en que se miraron, y vivieran felices de no haber nacido en las alturas vertiginosas del trono, bordeadas de tan pavorosos abismos. Lo cierto es que el esposo de Lucrecia se escapó á los once meses de casado, dejando encinta á su mujer y huyendo á los temores que le inspiraban tanto su cuñado como su suegro. Lucrecia, enamorada quizás por vez primera en su vida, lloró con lágrimas amargas la ausencia de su esposo, y para consolarla, su padre no encontró más recurso que revestirla con el título de regente en Espoleto y en Foligno. Curiosa carta aquella en que la nombra, con fecha 10 de Agosto de 1499, para tan alta dignidad, mandando á los de Espoleto y Foligno que obedezcan á la noble dama Lucrecia Borgia, su hija en Jesucristo. La idea que le movía en tan extraña determinación se comprende con sólo considerar que, exaltado aquel Papa hasta el fanatismo y la superstición por sus hijos, quería convertir el patrimonio de San Pedro en propio patrimonio, y repartir, como los reyes feudales de los siglos décimo y undécimo, la monarquía á pedazos entre su adorada familia. Y no se contentó con cederle estos territorios, sino que más tarde le hizo donación de Nipi, con lo cual crecían desmesuradamente así los territorios como las rentas de aquella extraña mujer. Bien pronto tuvo un hijo Lucrecia, cuyo bautizo se verificó en la Capilla Sixtina, presente el Papa, los cardenales, los embajadores de todas las naciones, siendo padrino el prefecto mismo de la Ciudad Eterna. Y de esta suerte los dominios y las riquezas de la hija del Papa se aumentaron por desmedida manera y constituyeron una grande monarquía, si no por el número de los vasallos, por la importancia de los rendimientos.



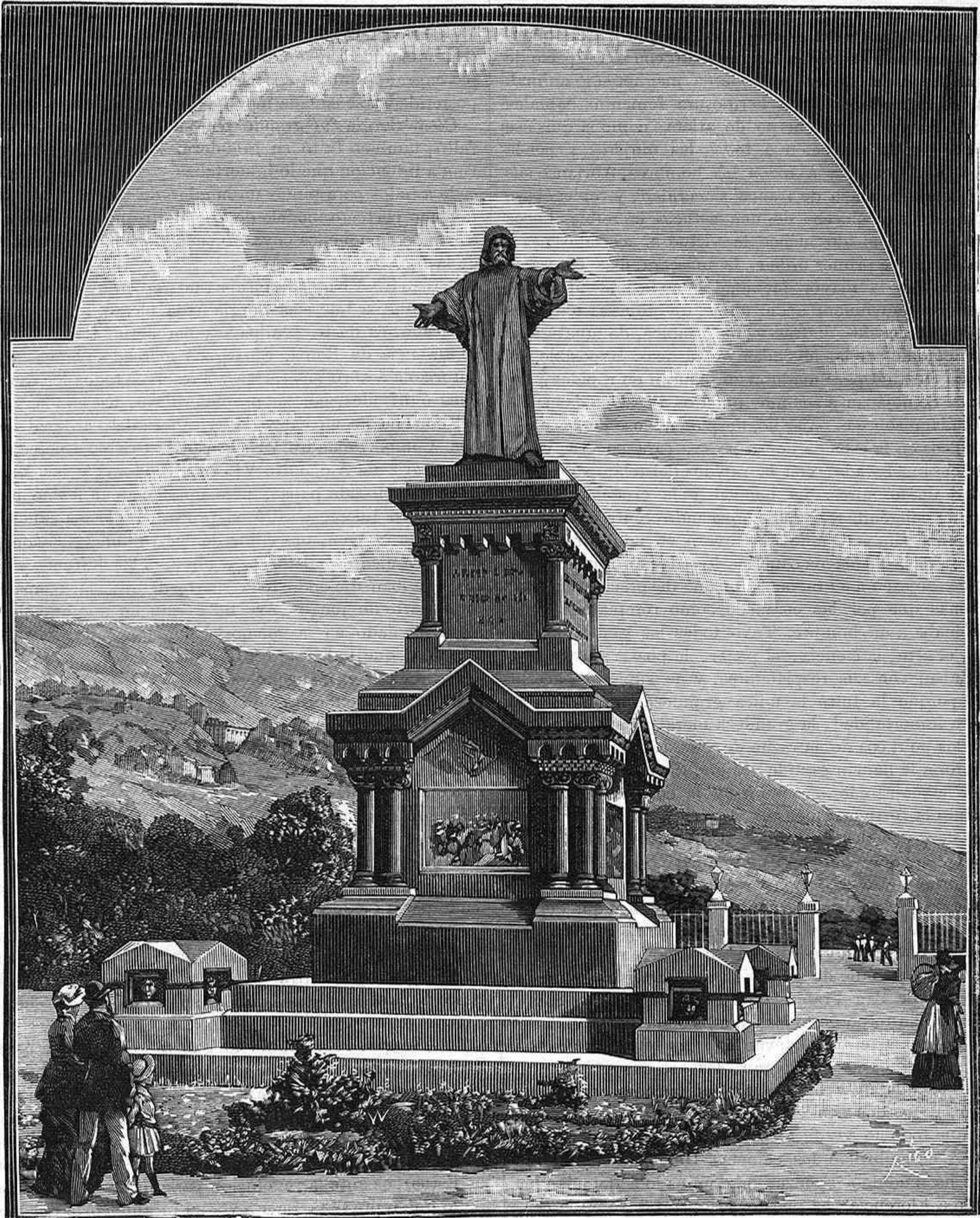
Sin embargo, un nuevo crimen se cernía sobre la cabeza de Lucrecia. Enamorada del tercero de sus maridos y querida también por éste, como hemos dicho, parecía que en el colmo de la fortuna, del poder, de la riqueza, no había sombra capaz de eclipsar tantas dichas. A pesar de todo esto, deslizábanse en el palacio Vaticano tales terrores, que el pobre mozo Alfonso huía á Nápoles, como si después del enlace con la proterva familia, quisiese y necesitase huir á toda prisa de sí mismo. Mas no en vano se anudan ciertos lazos, difíciles de romper con la voluntad tan sólo. Y Alfonso, movido á ello por su propia familia, tuvo que volver resignado al horrible palacio que las crueldades del indigno sucesor de Cristo trastocaban en una carnicería. El infeliz ignoraba que resultando ya obstáculo á las ambiciones de César y á los proyectos de Alejandro, estaba destinado, como el Duque de Gandía, al sacrificio. No había medio de disolver el matrimonio con el príncipe de Nápoles, como se disolvió el matrimonio con el príncipe de Pesaro. La falta de sucesión sirvió entonces de pretexto á las bulas pontificias que separaron á los dos esposos. En este caso concreto, lo que no pudieron cortar las bulas cortáronlo ¡ah! los puñales. Una noche que Alfonso se dirigía, por la hora de las once, al Vaticano en busca de su esposa, varios enmascarados se dirigieron á él en la escalera misma del palacio pontificio y le apuñalaron tan cruelmente, que resultó herido de mortal gravedad. Estaba Lucrecia en la cámara de su propio padre, cuando apareció el tierno y joven esposo todo ensangrentado, y al verlo venir cayó en el suelo como si la hubiera herido fulminante rayo. No murió el marido de este golpe, pero quedó malparado, y sobre todo, con la señal en la frente de que los Borgias lo habían condenado al sacrificio y de que debía cumplir fatal y necesariamente esta implacable sentencia. Mujer y hermana le cuidaban como pudieran asistirse á sí mismas, y le apercebían los caldos y los licores y los elixires necesarios á su curación, á fin de preservar su vida con prevision y devolverle la salud con cuidado. Mas en torno de aquella estancia rodaba César Borgia como el león del desierto en torno de los aduares, despidiendo amenazas de sus ojos y aullidos de su garganta. Por fin, una noche, cuando más cuidadosa estaba la infeliz princesa de la salud de su marido, y más embargada en sanarlo, apareció César, la arranca con violencia á la cabecera del lecho, la arroja fuera, y dirigiendo imperioso gesto á su esbirro favorito, que le acompañaba, se goza en ver cómo extrangula y deja yerto al joven príncipe: que tales procedimientos se empleaban y tales crímenes se cometían con sin igual indiferencia por aquella sazón horrible en el palacio de los papas. El cadáver es arrastrado á San Pedro sin ningún acompañamiento, sin ninguna pompa, sin ceremonia de ningún género. Ni las campanas doblaron, ni los cirios ardieron, ni los sacerdotes cantaron: el último de los perros de caza, el último de los caballos de silla, cualquiera de los animales domésticos de aquella corte, hubiera dejado mayor vacío y producido más honda y terrible pena. El Papa supo que el asesinato de su hijo natural era también el asesinato de su hijo político. Pero poseído de una pasión exaltadísima por aquella especie de fiera, conociéndole, y sin embargo amándolo como el condenado al demonio, de quien quisiera huir y á quien busca, lo sufre todo, lo acepta todo y á todo se resigna con tal de llamarle á boca llena su

hijo y de tenerle por objeto predilecto de su amor de padre.

César conoce que lo domina en todo, y juega con la tiara como con dócil instrumento de sus desapoderadas ambiciones. Lo primero que de él exige es que lo redima de su carácter sagrado y que le arranque ese capelo, con el cual no puede, no, aspirar á los principados civiles y laicos. Buen cardenal, precedido de hombres en armas, rodeado de cortesanos y de mancebas, con gran turba de conspiradores á un lado, y á otro lado gran turba de esbirros y de asesinos; pasando de las guerras á las orgías, de las orgías á los asesinatos; especie de demonio nacido con toda la hermosura física y toda la fealdad moral que debió tener el ángel caído en la hora misma de su rebelión y de su culpa. Un consistorio convino en despojarle de su carácter sagrado. El Papa mismo aseguró que para salvar su alma era necesario desconsagrar y desungir su cuerpo. Desde aquel momento sólo pensó César en dos cosas: en granjearse la voluntad de cualquier rey que le ayudase á reinar, y en hacerse con una mujer cualquiera, en cuyo dote hubiese mucho cebo y mucho alimento á sus exaltadas ambiciones. En efecto, César Borgia recogió de Francia un ducado, comenzó á mayores empresas y á mayores medros. Llamóse Duque de Valentinois, y como tal prestó al Rey francés homenaje. Aun recuerdan las crónicas del tiempo todos los esplendores de aquel espléndido viaje. Agotaron las fábricas los brocados de oro y las telas de seda. Vendió la curia, en cantidades fabulosas, todos los beneficios vacantes. Presentóse César el día de su partida como una aparición fantástica de caballerisca novela: sobre la espaciosa frente, gorra cubierta de vistosísimas plumas, prendidas todas ellas con broches de rica pedrería; ceñido al cuerpo traje de damasco blanco relumbrante de pasamanerías y de brocados; á la espalda, la capilla francesa de damasco negro; al cuello, deslumbrador collar de fabulosa riqueza, y en torno un cortejo como jamás lo tuvieron los reyes, compuesto de príncipes eclesiásticos y laicos, caballeros todos en briosas cabalgaduras, que pifaban de orgullo y relucían deslumbradoras con sus arneses de vistosos colores, sus frenos de oro y sus herraduras de plata. Y había para qué. Este bastardo de oscura mujer romana, este hijo sacrilego de epicúreo Papa, este cardenal dimisionario, este asesino impudente, este ladrón con corona ducal, condotiero y jefe de condotieros, sin pudor y sin conciencia, emparentó con la casa real de Francia y tuvo por mujer á toda una hermana del Rey de Navarra.

Duque, hijo predilecto del Papa, enlazado con régias familias de Europa, ningún obstáculo se podía oponer ya en el mundo á sus ambiciones, ningún freno á sus apetitos, ningún valladar á los impulsos de su voluntad intensa é imperiosa. Como se cuenta de Tiberio, la hermosura del cuerpo sólo en él podía compararse á la fealdad del alma, serpiente venenosa de brilladoras escamas, abismo cubierto de aromáticas flores, lago de superficie azul y de traidoras entrañas. Cuantos recorran Roma deben correr á mirar aquel retrato, en el cual todavía está vivo, presentando el tipo perfecto de la raza heleno-arábica que puebla las costas de Sagunto, las huertas de Játiva, las vegas de Gandía. Nada más griego que su perfil olímpico, nada más atractivo que sus ojos profundos, nada más pérfidamente engañoso que su sonrisa tranquila, nada más vasto que su frente espaciosa,





BRESCIA (ITALIA).

ESTATUA DE ARNALDO DE BRESCIA, INAUGURADA EN AGOSTO DE 1883.



nada más gallardo que su apostura caballeresca, nada más elegante que su traje, ni nada más terrible que su alma. Naturaleza puso en él todos los medios de la seducción, todo lo que puede encantar al sentido, todo lo que materialmente puede arrastrar, encadenar y dominar con esa especie de fluido al que llama la ciencia moderna magnetismo animal. Todas las delicadezas de la hermosura femenina habíalas puesto Dios en robusto cuerpo de atleta; como si quisiese someterle por la seducción á todas las mujeres y por la fuerza y por la energía á todos los hombres. Abriáanse sus labios á una elocuencia de franca sinceridad, y replegábase su alma en los dobleces de una astucia increíble. Pocos hombres han conocido ménos la virtud ni acertado más á fingirla. Actor de primer orden, la máscara más espesa se sobreponía con la mayor facilidad á las íntimas ideas y á los interiores movimientos del alma, que tomaba todos los aspectos y todos los disfraces imaginables, de igual guisa que los demonios de las leyendas monásticas. Imposible superarle en lentitud para madurar un plan ni en rapidez para cumplirlo. Semejábanse sus movimientos á esas caídas súbitas del milano sobre el pajarillo, desplomándose de los abismos cerúleos en la espalda de su presa, para cogerla y llevársela ensangrentada, con la rapidez del relámpago, á la vaguedad de los aires. La bondad y la crueldad le eran igualmente congénitas, y las ejercía indiferente una y otra segun las necesitaba. Nadie más avaro en adquirir ni más pródigo en dar. Todos los caminos le parecían iguales, con tal que condujesen á su meta. El mismo desprecio tenía por las personas que por las cosas; y como rompía una joya, ¡oh! asesinaba á un hombre. Tuvo todas las grandezas; la religión, el arte, la ciencia, el poder, la poesía, la política le iluminaban con sus resplandores, y no supieron hacerlo grande, porque le faltó la única grandeza que granjea la verdadera inmortalidad, la grandeza moral. Los hábiles del mundo, los políticos de la razón de Estado, los adoradores de la victoria le llaman grande y digno de estudio y de envidia por haber sabido prescindir de la conciencia y haber encadenado la fortuna, mientras llaman pequeños y misérrimos y despreciables á hombres como Savonarola ó como San Francisco, que sólo han sabido amar, padecer y morir. Pero en torno de César Borgia y de su nombre, las furias de la historia, coronadas de serpientes que silban y que derraman veneno de sus fauces entreabiertas, arrojan toda suerte de maldiciones, que se dilatan de siglo en siglo y extienden el frío del odio de generación en generación, mientras en torno de San Francisco de Asís, en torno de Savonarola, como en torno de todos cuantos han sabido padecer y amar, los monasterios se levantan, las leyendas se cuajan, los peregrinos se congregan, los artistas se inspiran, los ideales se dilatan y las esperanzas vuelan; porque sus ideas y sus recuerdos son como rayos de luz y de calor espiritual, que todo lo vivifican y engrandecen. Aquel genio brilla, pero como brillan los cometas. Ha conquistado á Sinigaglia; ha rendido á Faenza; ha dominado á Bolonia; ha combatido á Florencia; ha puesto sus plantas sobre la cerviz de Roma; ha mandado sus condotieros á los cuatro puntos del horizonte, como los lebreles, para que le cacen castillos, condados, reinos; ha sometido los barones feudales; ha mandado ejércitos; y sin embargo, todas estas grandezas pasaron como el humo de sus orgías, como el

eco de sus bailes, como las carcajadas de sus placeres, á causa de tener por objeto único el propio engrandecimiento y la propia medra; pues sólo resultan grandes y duraderos los servicios prestados á nuestros semejantes, á los pueblos, á la humanidad, y aquel que únicamente se cura de su propio engrandecimiento, se achica de seguro á los ojos de la posteridad y se suicida moralmente en la historia.

César Borgia fué grande por su padre; y en cuanto éste faltó, también faltó su grandeza. Maquiavelo, con la profunda intención que lo inmortaliza y con el arte en que excede á todos para pintar un hombre de un rasgo, le presenta como perfecto modelo de lo incierto que es en la sociedad el estado de aquellos cuya fortuna depende en algun grado de la fortuna de otro.

Alejandro VI no se cansaba, no, de proteger á sus hijos. Así nombró á Lucrecia Borgia nada ménos que regente del Vaticano, es decir, semipapisa por algun tiempo, durante su ausencia de Roma. Entregó á merced suya los sellos y autorizola á abrir sus cartas y á resolver todos los casos, fáciles ó difíciles, por su propio criterio, asesorada tan sólo del consejo de un cardenal, á saber: del cardenal de Lisboa. Como Alejandro VI vicario de Cristo, Lucrecia Borgia vicaria de Alejandro VI. Las Teodoras y las Marocias habian nombrado papas, pero no se habian hecho papas á sí mismas. Lucrecia salió en procesion por las calles como una santa imágen, precedida de cuatro obispos, acompañada de trescientos caballeros y circuida de bufones y juglares, que iban diciendo toda suerte de gracias, ocupados en toda suerte de juegos. Así, no es mucho que aquella edad haya quedado en la memoria humana como una eterna tragedia; que toda suerte de crímenes y de vicios se haya atribuido por el concepto público á sus principales personajes y representantes; que las consejas populares hayan dicho cómo el Tiber se salió de madre para tragarse aquellos Faraones y cómo el querubín que coronaba el castillo de San Angelo, el cual saltó á causa de una explosion de pólvora, se subiera al cielo por no ver y por no presenciar tanta infamia; y que la historia narre la muerte de Alejandro VI, no como un caso natural, producido por las fiebres de Agosto en la palúdica y envenenada Roma, sino como una consecuencia de horrible equivocacion, de haberse tomado por descuido el veneno que tenía en una comida preparado para un cardenal enemigo suyo; y que hoy mismo se crea por la tradicion popular cómo, negándose la muerte á matarlo, hubo de entrar el diablo en persona dentro de su estancia para conducirlo sobre sus hombros en cuerpo y alma al infierno.

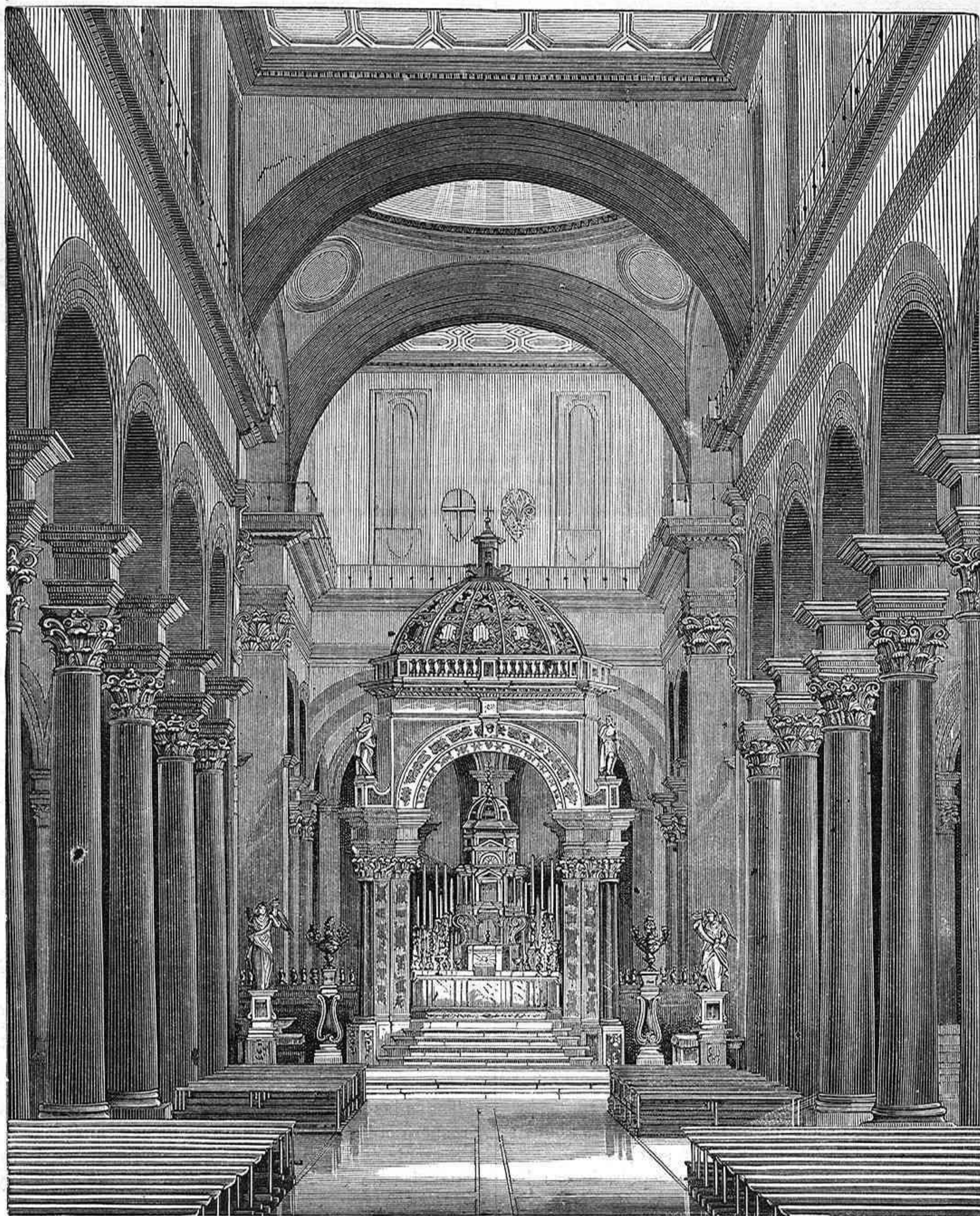
Los Borgias representan lo que representa Augústulo ú Honorio ante la revolucion producida por las irrupciones de los bárbaros; lo que representan los reyes gaudules ante la revolucion producida por las usurpaciones de los carlovingios; lo que representan los Trastamaras ante la revolucion producida por las monarquías modernas; lo que representan los Estuardos ante la revolucion parlamentaria de Inglaterra; lo que representa Luis XV y su infame córte del Parque de los Ciervos ante la revolucion francesa; lo que representan Cárlos IV, Godoy, María Luisa, ante la revolucion española; es decir, la podredumbre, la gangrena, la muerte de las instituciones antiguas, que se descomponen y se pierden y se caen á una en esta universal corrupcion, cuando



necesitan que nueva idea, que nuevo espíritu, que nueva sociedad las sustituya y las reemplace. También tiene la sociedad su putrefacción como la naturaleza; también sus instituciones se alimentan de la caída de otras instituciones anteriores, como cada generación va empujando, con su crecimiento hacia la eternidad, á la misma generación que la ha engendrado. Misterios de la vida, secretos de la muerte, sombras

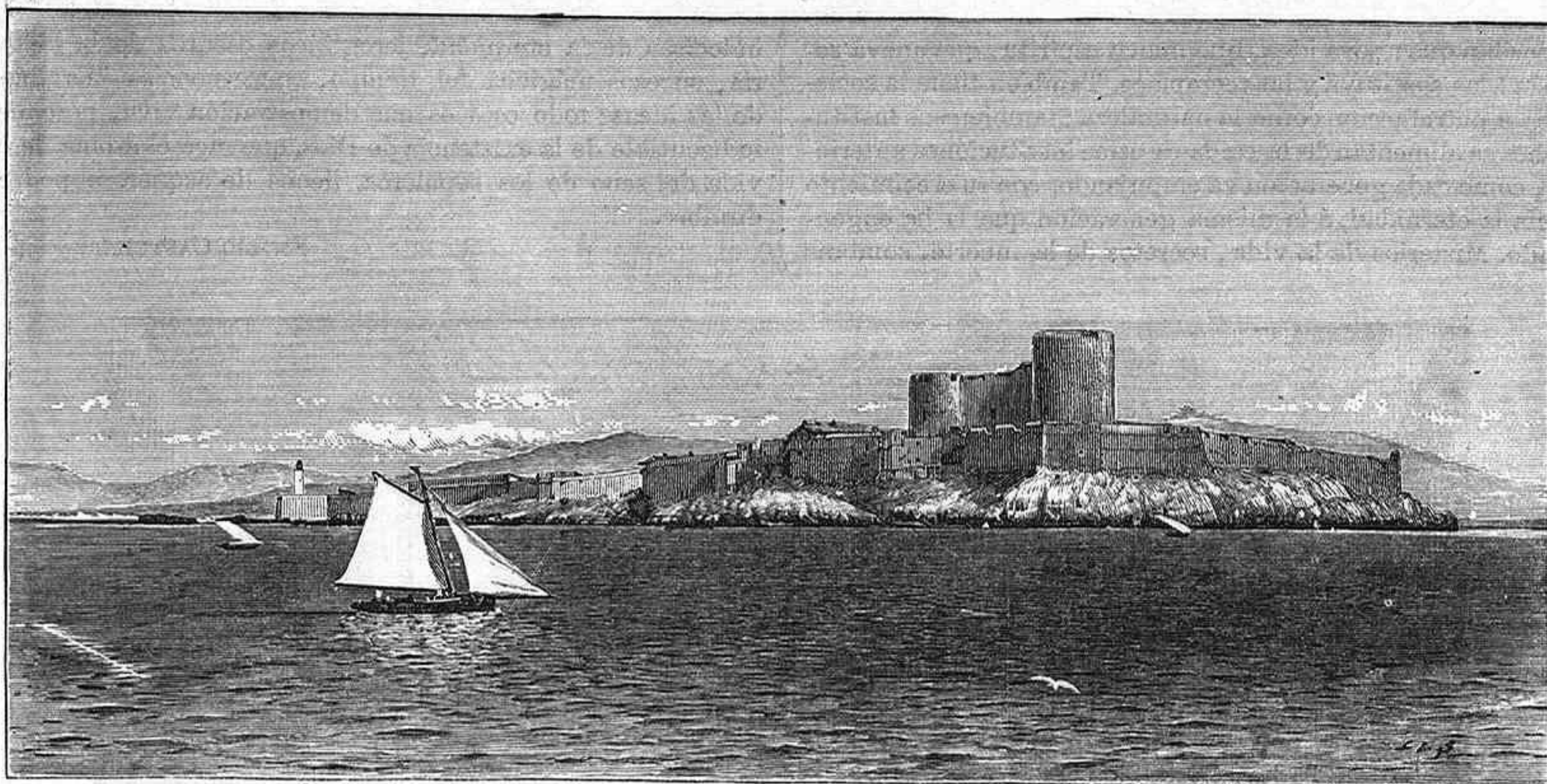
indecisas de la eternidad, jeroglíficos oscuros de la historia, sucesos mágicos del tiempo, consecuencias increíbles de las ideas; todo esto es una demostración viva, perenne, indiscutible de la existencia de Dios, que saca el aroma de la vida del seno de los sepulcros, llenos de asquerosa podredumbre.

EMILIO CASTELAR.



ROMA. — INTERIOR DE LA IGLESIA DE «SANTO-SPIRITO.»





EL CASTILLO DE IF, EN MARSELLA.

# GACETILLA.

**T**AN enfermo estuvo un personaje célebre, que todos creyeron llegada su agonía: el enfermo empezó á mejorar sin embargo, hallándose en poco tiempo fuera de peligro. Cuando estaba ya convaleciente, le pidió y obtuvo de él audiencia un editor.

—¡Señor—le dijo, vengo á cumplimentar á V. E. por su alivio, que indirectamente me ha arruinado!

—¿Mi alivio?

—Sí, señor: vea V. E. esta necrología impresa, estos grabados, que representan la capilla ardiente y las ceremonias mortuorias tales como se hubieran efectuado, á no ocurrir.....

—El fracaso de mi restablecimiento, ¿no es verdad?

—¡Oh! no tal: celebro la pérdida y vengo á pedir algun favor.

—Comprendo: Vd. viene á suplicarme que me muera.

—Sería abusar.

—Entonces, explíquese Vd.

—Pues bien, señor, deseo que mande V. E. se me abonen esos gastos de las cantidades destinadas á su entierro.

—¡Oh! concedido, concedido, y quede sepultado ese libro en mi lugar.

El editor salió del palacio, murmurando:

—Era seguro el negocio. En caso de vivir me abonaria

los gastos con mucho gusto el enfermo: en caso de muerte hubieran pagado muy contentos la edicion sus herederos.



Un sabio se arruinó haciendo experimentos. Su mujer, desconsolada, le presentaba á menudo sus hijos, suplicándole con lágrimas en los ojos que tomase otra profesion y se hiciera ignorante.

—Créeme, eso produce más—le decia.

El sabio prometió no hacer sino el último experimento para hallar una fuerza que le haria seguramente rico.

La operacion se efectuó, produciendo una explosion horrible, y el sabio salió por la ventana.

—¡Eureka!—decia revolcándose y lleno de magulladuras:—el problema está resuelto: somos ricos.

—¿Quiénes?—le preguntó un amigo mirándole con lástima. ¡Desgraciado! ¡acabas de volar á toda tu familia!



Todas las noches se arregla el mundo en la tertulia de don Próspero el boticario, hombre de ideas avanzadas.

Sostenia éste la justicia de que se repartiesen á prorata las ganancias de cada industria entre los que contribuyen á la produccion.

—Todos los que llevan á ella las materias y el trabajo indispensables, deben ser accionistas—decia.



— Bueno — le contesto un fabricante que le hacía la contra ; — pero si se realizase tu teoría, ¿sabes, Próspero, quién sería el principal accionista en tu farmacia?

— ¿Quién?

— El aguador.



Habia sido tan abundante en un lugar la cosecha de uvas, que faltaron pipas y tinajas para guardar el líquido.

Dióse aviso para que acudiesen á beber todos los vecinos. Las viejas llenaron sus botijos ; se fregó el suelo con mosto, derramándose el sobrante con una manga de riego.

Apénas concluyeron de verterlo, llegó al pueblo un comisionista para comprar todo el mosto que hubiese.

Los cosecheros maldijeron su precipitación, y dijo uno de ellos :

— Se me ocurre una idea para aumentar el vino.

— ¡ Habla !

— Voy á reunir al vecindario y pisotearle en el lagar.



Cuando visité la Casa de locos de Zaragoza quise ver á un amigo que vive allí feliz, muchos años hace, imaginando ser el Padre Eterno.

El loco me reconoció y me dió á besar la mano.

— ¿ Cómo estás ? — le dije con cariño.

— Yo, bien — respondió ; — pero á tí te encuentro mal. Ni siquiera has notado que estás hablando á Dios de tú.



Fragmento de una carta que dirige á su padre político un recién casado :

« Acabo de visitar las tierras que constituyen el dote de su hija : en ellas no se puede sembrar ni edificar, porque no son tierras, sino arenas. ¡ Caballero ! Cuando se entrega á un hombre un trozo de desierto, se le dan siquiera camellos para atravesarle. »



Secuestraron á un propietario y le llevaron á un sitio agreste : cuando espiró el plazo del rescate le dijeron los ladrones :

— No envían el dinero : prepárate á morir.

El propietario suplicó tanto, que le concedieron por último plazo el tiempo que emplease él mismo en cavar su sepultura.

Púsose el preso á la obra con poca precipitación ; pero el hoyo iba ensanchando y haciéndose profundo : el secuestrado seguía dando azadonazos y extrayendo tierra.

— ¿ Qué haces ? — le preguntaron al día siguiente los ladrones. — ¿ Estás construyendo un panteón de familia ? Vas á morir ahora mismo por soberbio.

— Deteneos : no es soberbia, sino humildad. Sigo y seguiré cavando, porque quiero que me enterreis en el hoyo grande.



Dos banqueros, ya maduros, hablan de su juventud y sus amores.

— ¡ Qué tiempos aquéllos ! — exclama uno.

— ¡ Y qué conquistas ! — añade el otro ; — ¿ te acuerdas de Amparo ?

— ¿ No me he de acordar ? Todos los días visito á otra Amparo en memoria suya. ¡ Si vieras cómo se parecen !.....

— ¿ De véras ?

— Pero encuentro entre las dos una diferencia. Aquélla sólo exigía que la convidase á buñuelos. Ésta sólo se contenta con que la convide á diamantes.



— Hijos míos, mujer mía — decía un pobre hombre que entraba en su casa cojeando — me ha mordido un perro rabioso, y dentro de pocos días rabiaré.

La mujer y los hijos prorumpieron en verdaderos alaridos de dolor ; luégo trataron de llevar el herido á su lecho.

— Conozco mi situación, — decía el padre resistiéndose : — he descendido de categoría ; hacedme la cama en la perrera.

Al oír tantos lamentos se asomaron á los balcones los vecinos.

— ¿ Qué ocurre en esa casa ? — preguntaban los transeúntes.

— Nada — respondían los vecinos ; — es un padre rabioso que debe estar devorando á su familia.



Hay frases proverbiales que resultan á veces muy absurdas.

El banquero Fulano es tuerto, pero ve con sólo el ojo izquierdo lo que no ven los demás con dos ojos. Tomó últimamente un secretario, y resultó tan inútil, que tuvo necesidad de despedirle.

— ¿ Conque no le ha servido á Vd. ese hombre ? — le preguntaron.

— De nada absolutamente — contestó ; era mi ojo derecho.



Don Lucas es un patán enriquecido. Ha oído que su hija quiere tener un plato pintado, y se dispone á sorprenderla, para lo cual entra en el estudio de un pintor y le manifiesta su deseo.

— Bueno — dice el artista ; — ¿ y qué quiere Vd. que pinte en ese plato ?

— En ese plato..... en ese plato..... — responde D. Lucas rascándose la oreja. Pues bien : pínteme Vd. una chuleta.



Don Isidro construye otra casa enfrente de la suya y visita la obra con frecuencia. Ayer cayó en un baño de yeso, quedando completamente blanco. Refugióse á la carrera en su domicilio, pero el portero le detuvo.

— ¿ No me conoce Vd. ? — dijo con acritud el propietario.

El portero se quitó la gorra respetuosamente, pero siguió cerrando el paso.

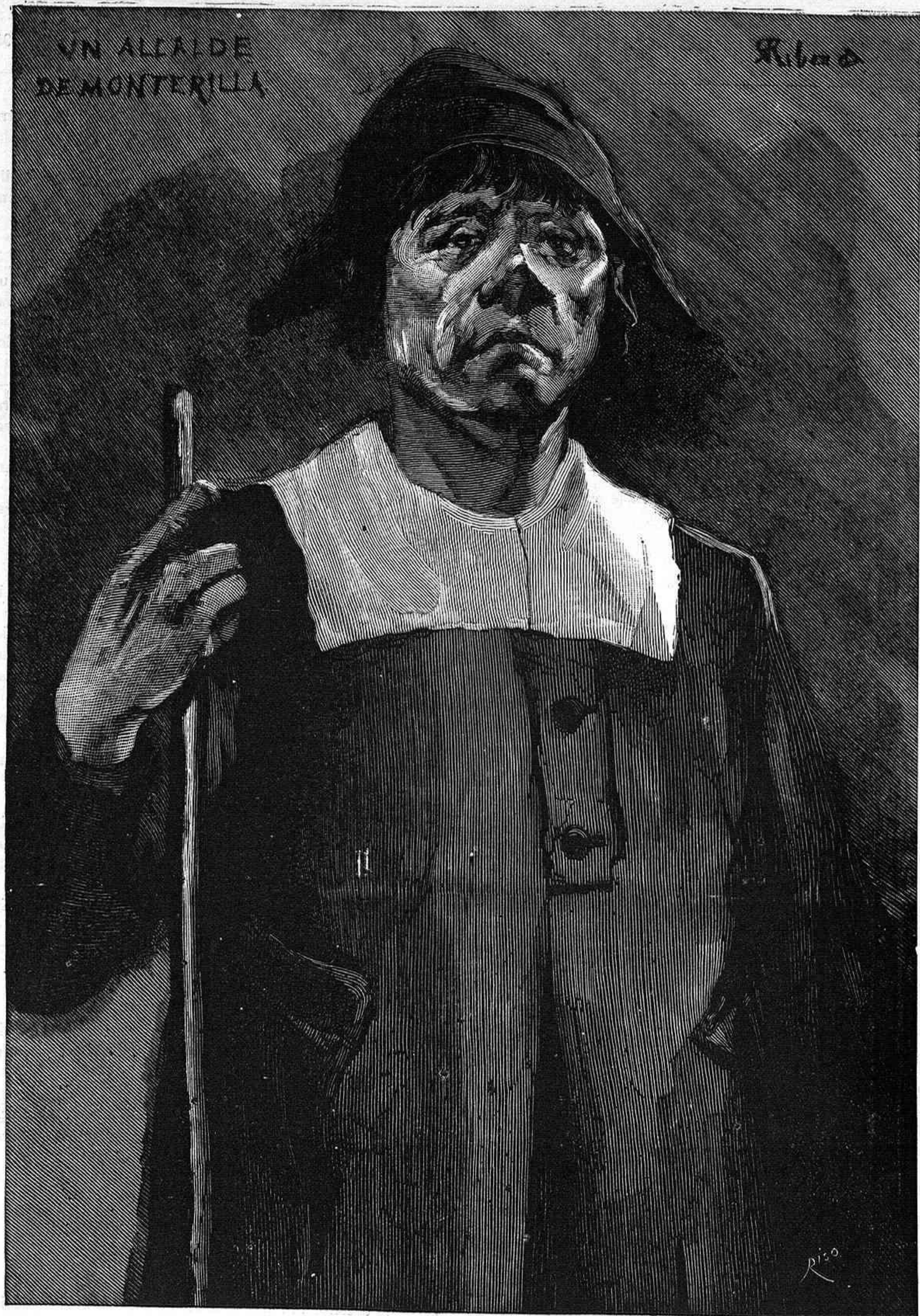
— ¿ No me conoce Vd. ? — repitió D. Isidro cada vez más enfadado.

— Sí, señor ; pase Vd. adelante ; usted debe ser la estatua de mi amo.



— ¡ Qué escritor tan concienzudo es D. Froilan ! — decían en el salón de la Academia. — Borra y corrige sus escritos como ninguno.





«UN ALCALDE DE MONTERILLA». — (DIBUJO ORIGINAL DE RIBERA.)



—Perdone Vd. —repuso un académico:—yo tenía escrita una obra en cinco tomos; me puse á corregirla, y borrando y borrando, ¿saben Vds. lo que conservo del libro?

—¿Un tomo?

—No, señor: me he quedado con el título.



Un hombre excesivamente delgado fué á consultar á su médico: éste le dijo:

—Tiene Vd. la solitaria.

—¿No podría Vd. extraérmela? —preguntó el enfermo.

—Hombre, la cosa es fácil; pero si la extrajese, ¿qué le quedaria á Vd. dentro de su cuerpo?

—¿Qué me aconseja Vd.?

—Puesto que han de vivir juntos, le aconsejo que se lleve usted bien con ella.



Discutiendo acerca del Dios-Mundo y el No-Dios, se insultaron dos sabios.

—Eso me lo dirá Vd. aquí —exclamó el agraviado.

—Pues salgámonos fuera.

—Señores —dijo el presidente —¿y adónde irán Vds.? Ya se han salido de la cuestion y de sus casillas; han recorrido mentalmente la Creacion y todo lo comprendido en el tiempo y el espacio. Para reñir en otra parte sólo les queda el recurso de salirse fuera del infinito.



Se comieron los ratones la edicion de un libro insustancial.

—¿Qué sobrios son esos animalitos! —decia un amigo del autor: —de cualquier cosa se alimentan.



—Hermanos míos —exclamaba en el púlpito un predicador; —huid de los saraos, huid de los paseos y teatros, donde las mujeres excitan las pasiones con todos los artificios del demonio. Vedlas aquí mismo, con trajes provocadores y lascivos, y ved en sus miradas todo el fuego del infierno. Pero no las mireis si no quereis condenaros; y si las mirais, hermanos míos..... ¡sálvese quien pueda!



Doña Juana es una señora de bastante edad, á quien molesta la indiferencia de su esposo. La doncella, de acuerdo con su ama, trata de dar celos al marido.

—¡Señor! ¡señor! —le dice; —si entra Vd. ahora mismo sorprenderá á mi ama quemando unos papeles.

—Comprendo lo que será, —responde el señor con mucha calma; —estará quemando su partida de bautismo.



Un amigo mio fué á la plazuela de Santa Ana á comprar un loro.

—¿Tiene Vd. un loro que hable mucho? —preguntó al pajarero.

—Todos los de mi casa hablan mucho y bien.

—¿Serán muy caros?

—Hay que pagarlos, caballero; pero no son loros los que vendo; son oradores emplumados.



La cocinera Petra se despide de su novio hasta el dia siguiente.

—Cuando estés en la calle —le dice —avisa y bajaré.

—Bien, daré unas palmadas.

—No: da un silbido, que á esa hora estará mi amo leyendo una comedia.



Un coronel de coraceros muy forzudo y que tenía una mujer hermosa, aunque algo madura, sorprendió á un jovencito arrodillado delante de su esposa.

El coronel, furioso, levantó en el aire al pretendiente y salió con él en brazos, diciendo:

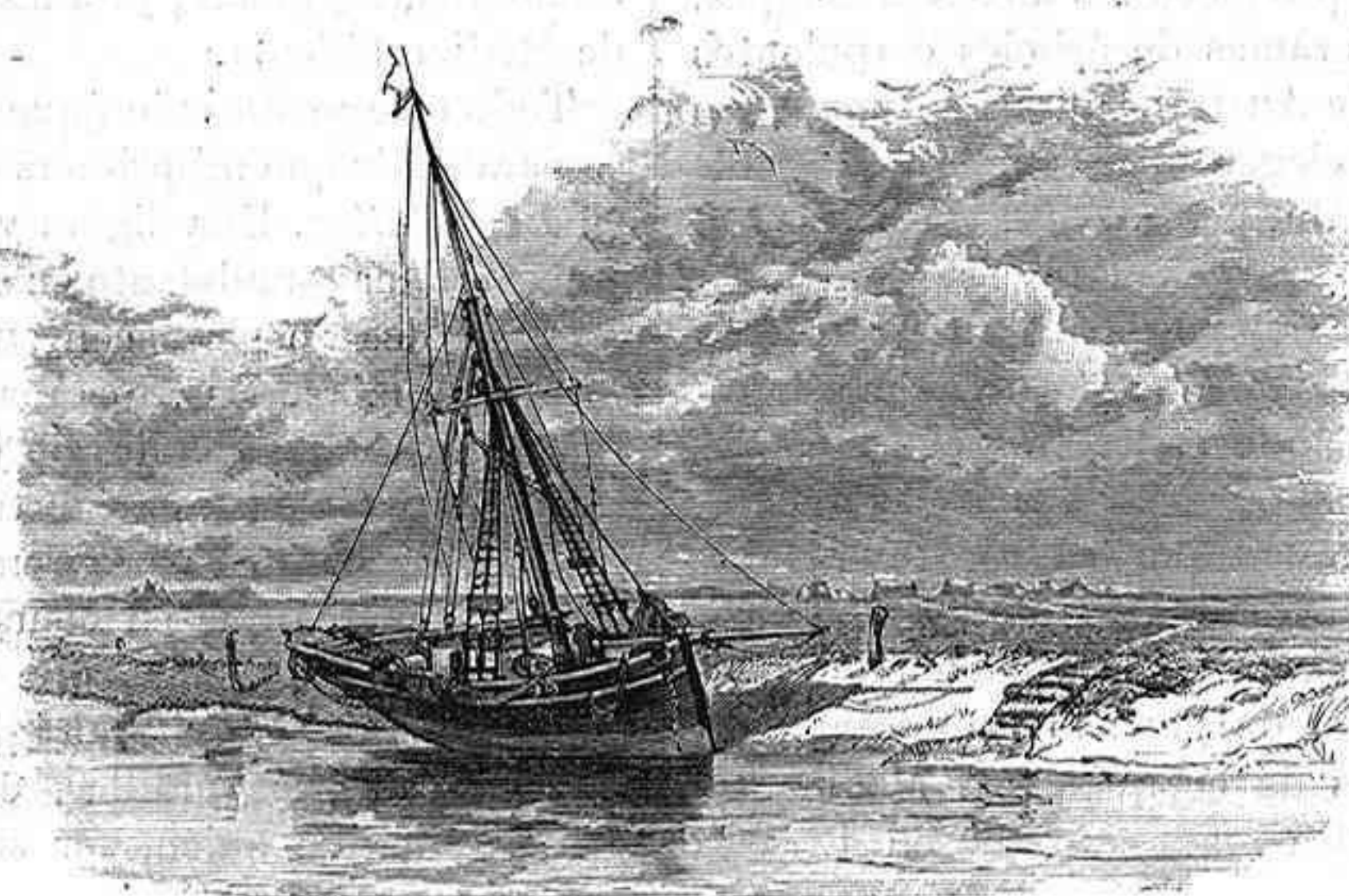
—No quiero estrellarle á Vd. dentro de mi casa.

La mujer quedó aterrada. Media hora despues volvia el coronel: la señora se arrojó á sus brazos, exclamando:

—¿Qué has hecho, qué has hecho? Era inocente ese chiquillo.

—Tranquilízate —repuso el coronel; —le he metido en el torno de la Inclusa.

JOSÉ FERNANDEZ BREMÓN.







« UN DIA DE SIROCCO. » — (CUADRO DE GIOVANNI COSTA.)

4 + M

## EPISODIO DE CAZA Y PESCA

POR EL DOCTOR THEBUSSEM.

ASI todas las aventuras cinegéticas se hallan tan vecinadas con la fábula, y es tan escaso el crédito que merecemos los cazadores, que necesito protestar una, dos y tres veces de la certidumbre de cuanto voy á referir.

Figúrate, lector, seiscientas hectáreas de terreno llano y arenisco pobladas de acebuches, chaparros, jaras, carrascas y palmitos; figúrate lagunajos, arroyos, zarzas, juncias, cañas y todas las variedades de maleza que producen los tartesios campos, creciendo hasta aprisionar las ramas de árboles corpulentos como sucede en los bosques de Australia; figúrate una torre árabe alta, robusta, sólida y elegante, coronada con restos de carcomidas almenas; figúrate, por último, varias aceñas de arquitectura moruna que aprovechan las aguas de aquel terreno, sirviéndole al mismo tiempo de bella y pintoresca orla, y tendrás idea del campo de *Ben-Halluz*. En seis siglos de dominacion no han podido el hacha y el fuego del cristiano esquilmar la finca ni destruir las obras musulmanas. En *Ben-Halluz* siempre se admira el lujo de la Naturaleza y se recuerda siempre la dominacion de los agarenos.

Dicen antiguos pergaminos con letras miniadas de oro y colores, que este castillo hubo de ganarlo trabajosamente Don Alfonso el Sabio, despues de conquistar á Medina Sidonia, en cuyo término se halla; y agregan que en 1271 lo

donó, con sus tierras, montes, fuentes y rios, á fray Juan Martín, primer obispo de Cádiz. Desde este dueño pasó, en 1422, por precio de cuatrocientas doblas de oro moriscas, á D. Pedro Gonzalez, tesorero y canónigo de la Santa Iglesia de Sevilla, quien, dudando de la validez de los títulos de propiedad, hizo que se confirmasen por privilegio rodado de Don Juan II, fecho en Valladolid en 1434. Poco tiempo despues, ó sea en 1439, vendió el D. Pedro Gonzalez, en mil doblas de la banda castellana, la *Alcaria é Castiello de Benalú* al concejo, alcaide, alcaldes, alguaciles, caballeros, escuderos, regidores, jurados y hombres buenos de la villa de Medina Sidonia.

Todo este preámbulo (que se pudiera muy bien excusar), es para decir que mi primera expedicion de caza se verificó en *Ben-Halluz*. Una ligera y excelente escopeta de piston, que era el mayor adelanto en aquellas calendas, llena de adornos nielados de plata con sus correspondientes pertrechos, formaban mis arreos. Los maestros, consejeros y directores, fueron tres notabilidades de justo renombre en el territorio.

El Padre Córdon, exclaustro franciscano, alto de cuerpo, ágil y valiente por extremo, con más pericia en tirar lobos y gallinetas que en conocer las *Súmulas de Villalpando*; Manuel de Reina, que no solamente era diestro en matar y adobar conejos al igual de un maestro de cocina, sino en cantar seguidillas, cautivando con la guitarra, y Frasquito Gil, á quien, por su certeza en tumbar corzos y



jabatos, le daban el mote justísimo del *Tirador*, pues, como dijo un célebre poeta,

.....Lo era tan extremado,  
Que nunca erró puntería,  
Clavando siempre las balas  
Donde clavaba la vista.

Yo, que no había pasado de matar un pajarillo en cada cinco tiros, podía considerarme junto á aquellos príncipes de la escopeta como el ricacho de una aldea de Galicia al lado de los Salamancas, Urquijos ó Manzanedos.

La hermosa cuadra de la torre del homenaje de *Ben-Halluz* lleva años, y áun siglos, de hallarse entregada al brazo secular del campesino. De las labores, leyendas, taraceas y ajimeces que cubrían y adornaban sus muros y gallarda bóveda, no quedan más que vestigios carcomidos por la humedad y por el tiempo. Hoy adornan las paredes groseros clavos de madera, que sostienen frenos, espuelas, escopetas, ristras de ajo, mantas, alforjas, capachos y otros menesteres de campo y de labranza.

Delante del gigantesco hogar en el cual ardía un mediano monte de leña, y en torno de la escasa superficie de la mesa, nos hallábamos cazadores y comensales, haciendo la digestion del gazpacho, pernil, queso, nueces y alfajores, que con riego de buena manzanilla de Sanlúcar había sido nuestra cena. Se hablaba de caza, refiriendo lances y sucesos en el estilo difuso y con las exageraciones y ponderaciones peculiares del vulgo andaluz. El tío Bernardo de Cozar, colono del cercano molino de Abeancos, se condolia amargamente de los grandes daños que unas malditas zorras, burlando toda clase de trampas y armadijos, hacían en su palomar y gallinero. El senado de los oyentes confirmó la justicia y la verdad de aquellas quejas, asegurando que las raposas de la dehesa de Rejuelga, nacidas en la tierra del moro, y que pasaban á nado el estrecho de Gibraltar, excedían en talento y luces al hombre más sabio y astuto. Adujeron como probanza el caso de dos célebres zorras de dicho país, cuya habilidad llegaba al extremo de ladrar y maullar fingiéndose perros ó gatos, y de disfrazarse de cabras cubriendo su cuerpo con pieles y cuernos que ellas mismas habían preparado al efecto. En resolución, después de mucho hablar y discutir, se averiguó, con más certidumbre que si se tratara de la órbita de un astro, el derrotero que seguían y la hora á que llegaban las alimañas al corral de Abeancos. Con tales antecedentes Manuel de Reina condenó á muerte á las zorras, agregando que no habían de salvarlas todas sus camándulas y bellaquerías, ni áun la misma bula de Meco. El Padre Cordon y Frascuito el *Tirador* confirmaron el fallo, y dispusieron que la sentencia se cumpliera á las seis en punto de la mañana del siguiente día.

Me aconsejaron que no asistiese á tan árdua empresa, porque la espesura del monte y la cautela y maestría que para el caso se necesitaba, pudieran estropearme y descomponer la fiesta.

Á las siete no habían regresado los cazadores. Viéndome solo, tomé la escopeta con intención de pasear por aquellos contornos, seguido de un perro advenedizo que voluntariamente quiso acompañarme. Pasados quince ó veinte minutos de camino, sin recordar siquiera que llevaba escopeta y podenco, éste dió un ladrido agudo, estridente y alegre; corrió en derredor de una zarza, y por último saltó con gran

ligereza, trayendo un conejo en la boca. Abandoné el arma para quitar su presa al verdadero cazador. Éste huía de mí; pero al fin, después de una lucha moral de astucia y de baja-jeza, logré arrancar de sus dientes el conejo. Acaricié al podenco, y le hice más halagos que candidato á elector influyente del distrito. Recogí la escopeta y seguí adelante con mi compañero, alejándome á paso largo de *Ben-Halluz*.

Comenzaba á saborear mi alegría, cuando el perro latió otro conejo..... y otro después..... y otro luégo. Dueño de las cuatro piezas, empecé á madurar un delito. No quería que fuesen testigos ni el can ni las distantes almenas del castillo. Á aquel cometí la ingratitud y la vileza de echarlo á punta de guijarro, y de éstas me oculté en la hondonada ó cauce viejo de un arroyo. Mi plan era dar un tiro á cada conejo para figurar que los había matado el plomo de la escopeta. Este proyecto resultó irrealizable, porque yo no traía más municiones que las encerradas en el cañon del fusil.

Imaginé entónces arcabucear en junto á los muertos. Hace de esto un tercio de siglo, y tengo la escena tan presente como si hubiese pasado en el día de ayer. El corazón me palpitaba de un modo violento. La idea de que faltase la escopeta, me estremecía tanto como pudiera espantar á Julio Gerard la presencia de un leon. Recorrí aquellos cortornos para cerciorarme de que no tenía más espectadores que los árboles. Ningun falsario ni ladrón tomó en su vida tantas precauciones. Sobre una piedra llana y limpia, que salía de la tierra como tres palmos, coloqué los cadáveres de vuelta encontrada; es decir, alternando la cabeza de uno con las patas de otro. Me retiré veinte pasos; la distancia me pareció larga, y la fui acortando hasta quedar en la mitad ó menos; busqué la rasante del tiro con la superficie de la peña; hiqué una rodilla en tierra; monté la escopeta, apoyándola, para mayor seguridad, en las ramas de un cambron; apunté..... recogí el aliento..... hice fuego..... y pum.....

Los conejos desaparecieron como por ensalmo, y creí por un instante que se habían marchado. Hallábanse en el suelo destrozados y empujados por el tiro. Los metí precipitadamente en el zurrón; volví á registrar los alrededores para convencerme de la soledad en que me hallaba, y más ufano que el Cid Campeador tomé á paso largo el camino de la torre. Creí que la jugada estaba hecha, pero áun faltaba el rabo por desollar.

Cuando llegué á *Ben-Halluz* se encontraban allí los maestros.

—¿Murieron por fin esas zorras?—les pregunté.

—En paz descansan—dijo Manuel de Reina.

—¿Y quién las mató?

—La escopeta del Reverendo Padre Cordon.

El Padre, á causa de su estado, tenía la delicadeza, ó la costumbre, de no decir nunca *yo maté*. Todo lo refería á su escopeta, como si ella se disparase por impulso propio y de un modo sobrenatural y milagroso.

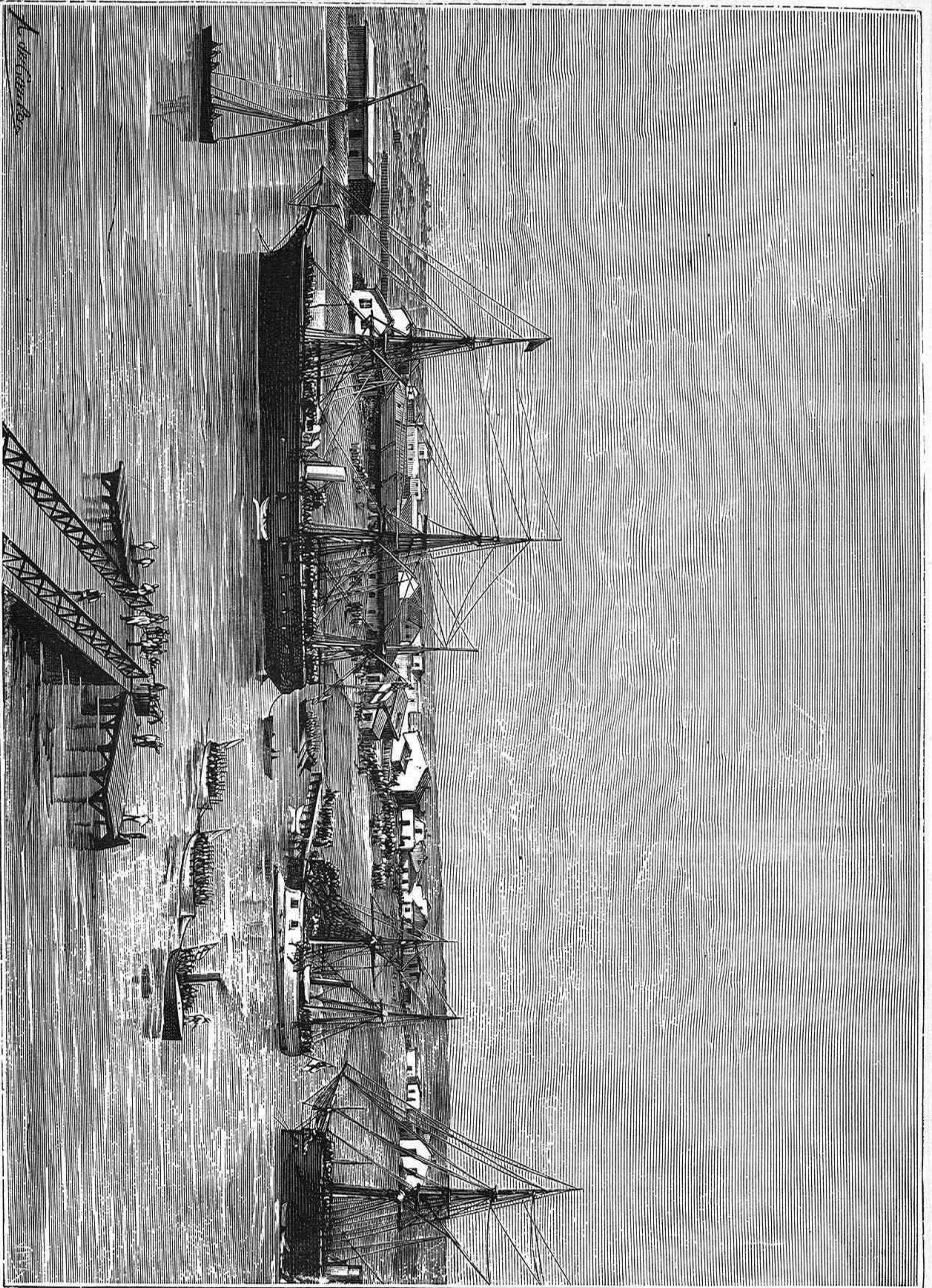
—Y tú ¿qué has hecho?

—Yo, mi querido Cordon, poca cosa. Tu seráfico Padre San Francisco me ha favorecido. Aquí tienes. Y con estudiada calma é indiferencia saqué una pieza del morral.

—¡Bien! ¡bravo! ¡magnífico!.....—exclamaron mis maestros; por ahí se empieza.

Y en seguida fui arrojando con orgullo á los piés del tribunal el segundo..... el tercero..... y el cuarto conejo.





*A. de Casanovi*

CANAL DE SUEZ. — ESTACION DE «EL-KANTARAH».



La sorpresa, la admiracion y el asombro se pintaron en las caras de aquellos jueces. Acudieron los guardas, pastores, mayordomos y capataces de la casería, atestiguando todos que mi ausencia no llegaba á una hora, y que habian escuchado los tiros.....

Los médicos más hábiles y escrupulosos en practicar una autopsia no registran el cadáver con la prolijidad é interes con que aquellos hombres examinaban el tiro de cada conejo.—Este tiene deshecho todo el cuarto trasero; á ése le falta media cabeza; aquél no conserva ni señal del plomo, y á estotro le han rozado los perdigones una oreja.—¡Qué tiros tan raros!—decian en coro y mirándome á la cara el Padre Cordon, Manuel de Reina y Frasquito el *Tirador*. El célebre Goya hubiera pintado un gran cuadro con solo copiar la escena que refiero.

Despues de mil preguntas, que me ponian en grave aprieto, y de manifestar que yo mismo no podia dar cuenta de las minuciosas explicaciones que ellos deseaban, resultó lo siguiente: Que dos de los conejos se habian tirado á boca de cañon, y otros dos á larguísima distancia; y que el golpe de un grano de municion casi frio puede, sin que resulten señales, cortar la vida de un conejo. Citáronse casos prácticos que confirmaban semejante doctrina, y con gran contento mio terminó aquella terrible indagatoria, apresurándome á colocar la escopeta vacía junto á los arreos de caza que dejé olvidados, y cuya circunstancia, por lo rara quizá, pasó inadvertida para los circunstantes. Todos ellos creyeron á pié juntillas que el discípulo se habia estrenado en buena lid, y así lo publicó la fama trompetera entre los cazadores y aficionados de la comarca.

Al poco tiempo volví á *Ben-Halluz*. En el acto fui al teatro de mi hazaña y hallé en el antiguo cauce la piedra limpia, dura y hermosa que sirvió de altar para el sacrificio, conservando aún señales de los perdigones.

Quise marcar un signo que perpetuase á mis ojos el lugar de la aventura, y con cincel y martillo grabé esta especie de leyenda algebráica:

4 + M

en la cual no decia *cuatro más eme*, sino que, considerada la cruz como señal, el guarismo y la letra eran abreviatura de las palabras CUATRO MUERTOS. . . . .

Á los veinte y tantos años de estos sucesos, que por primera vez revelo, el dueño de unas tierras colindantes con *Ben-Halluz* quiso dar un ensanche de treinta ó cuarenta hectáreas á su finca; y promovió el deslinde de la misma. Los golillas otorgaron lo que se les pedia, por ser de justicia, y considerando que segun el dictámen de los peritos y reconocimiento judicial la piedra con la CRUZ, el número CUATRO y letra EME, que se halla en la cuenca del Arroyo Viejo, es indudablemente y segun dichos signos confirman, el antiguo CUARTO MOJON de la dehesa de *Ben-Halluz*, que por olvido y á causa, tal vez, de la hondonada en que se halla no se mencionó en el apeo practicado el año de 1690.....

Al llegar aqui solté la carcajada y los papelotes forenses, calculando que un aficionado á escribir máximas podia apuntar en su libro que EN MIL OCASIONES EL CAZADOR CON LOS OJOS ABIERTOS Y LA JUSTICIA CON LOS OJOS VENDADOS, NO SUELEN VER MÁS ALLÁ DE SUS NARICES.

De lo expuesto se infiere que si el cazador fui yo, el pescador fué otro.

EL DOCTOR THEBUSSEM.

Medina Sidonia, Julio de 1883 años.



«FLOR DE LOS CAMPOS.» — (CUADRO DE DANIEL STRAIN.)





DON DIEGO HURTADO DE MENDOZA,  
BUEN SOLDADO, MEJOR POLÍTICO, DISCRETO POETA Y GRAN HISTORIADOR.  
Nació en Granada, en 1503. Murió en Madrid, en Abril de 1575.



# DON DIEGO HURTADO DE MENDOZA.

## APUNTAMIENTOS ACERCA DE SU VIDA Y SUS ESCRITOS.

..... El gran Mendoza,  
Diplomático, prócer, estadista,  
Y que de historiador y novelista  
Al par que de poeta,  
Lauro inmortal conquista.

FERNANDO DE GABRIEL Y RUIZ DE APODACA.—  
*La Espada y la Lira*, epístola.

### I.

CONSIDERACIONES ACERCA DE LO QUE SUELE ENTENDERSE POR TALENTO, CON MOTIVO DE LA VARIEDAD DE ESCRITOS Y OCUPACIONES DE DON DIEGO HURTADO DE MENDOZA.

**F**ALSA es á todas luces la teoría de los pensadores sensualistas, que dicen que la palabra es el origen de nuestras ideas. Entre lo que el escritor concibe y lo que consigue expresar por medio de la palabra, existe casi siempre inmensa distancia. Aparte de que los sentimientos, en lo que tienen de más profundo, de más íntimo, de más personal, son y serán siempre inefables. La palabra es impotente para expresar el dolor que raya con la desesperación, ó la alegría que se manifiesta en la sonora carcajada que priva por el momento de la facultad de hablar.

Y sobre las dificultades de carácter permanente que siempre existen para expresar por medio de la palabra todo lo que conciben y todo lo que sienten los seres humanos, existe también, en ocasiones, otra dificultad transitoria, que aparece cuando el valor histórico de una calificación no se halla de acuerdo con lo que razonada y exactamente debiera significar aquella calificación. Así acontece en el momento actual, en que nosotros deseamos establecer con exactitud la verdadera y real distinción que existe entre lo que generalmente se llama talento, y sólo debiera llamarse aptitudes especiales para tal ó cual orden de la actividad humana, y lo que debiera ser designado con tan honrosa calificación.

Se cree por la generalidad de las gentes, por aquella multitud á la cual Cervantes llamaba vulgo, siquiera estuviere formado de señores y príncipes; se cree por el vulgo de las gentes, que el autor de hermosos cuadros ó de bellas poesías necesariamente han de ser personas de talento; y sin embargo, de vez en cuando tal creencia no suele resultar de todo punto verdadera. La aptitud especial para escribir poesías, pintar cuadros, modelar estatuas, resolver problemas matemáticos, en suma, la aptitud especial que pide cualquier orden de la actividad humana, no siempre se halla informada en el carácter de generalidad que debe tener el verdadero

talento. De aquí se infiere que la valía intelectual de los personajes históricos es tanto menos controvertible, cuanto mayor es el número de las diferentes esferas en que han demostrado sus aptitudes especiales; y por esta causa aparecen tan grandes muchos insignes varones, que llenan con la relación de los hechos de su gloriosa vida inmortales páginas de nuestra historia patria durante los siglos XVI y XVII.

Á este número de insignes varones pertenece D. Diego Hurtado de Mendoza. Poeta, acepta en sus versos la reforma de la poesía castellana, conforme al gusto italiano, pero sin olvidar la tradición de nuestros antiguos escritores; historiador, escribe apasionándose de lo que cree justo y verdadero, sin que le ciegue el amor á su patria, ni siquiera el afecto á las personas de su propia familia; novelista de costumbres, se inspira en la realidad de la Naturaleza y de la vida humana, necesario fundamento de toda belleza en este género de obras literarias; diplomático, mantiene briosa y hábilmente los fueros de lo que entiende como justos derechos de la grandeza de su patria y del Emperador á quien representa; caballero sin tacha, si se cree herido en su dignidad personal, pone en olvido todo cortesano miramiento, y arroja por un balcon del regio alcázar el arma con que procuraba herirle el menguado que provocó su noble indignación.

El talento, la aptitud general para llevar á feliz remate todo género de empresas y la energía para mantener sus convicciones, lo mismo con la pluma del escritor que con la espada del caballero; tales son los rasgos que caracterizan al soldado, diplomático, historiador, poeta lírico y novelista D. Diego Hurtado de Mendoza, de cuya vida y obras literarias vamos á ocuparnos en el presente escrito.

### II.

PROSAPIA ILUSTRE DE DON DIEGO HURTADO DE MENDOZA :  
SU PATRIA : SUS ESTUDIOS Y SUS PRIMEROS SERVICIOS MILITARES.

Nació D. Diego Hurtado de Mendoza en la ciudad de Granada (1), á fines del año de 1503 ó á principios del siguiente: su padre, uno de los más célebres generales que sirvieron á los Reyes Católicos en la conquista de aquel reino, fué don Iñigo Lopez de Mendoza, segundo conde de Tendilla y pri-

(1) Decimos que D. Diego de Mendoza nació en Granada porque así lo afirman todos sus biógrafos; pero la verdad es que D. Tomás Tamayo de Vargas sostiene, al parecer con algun fundamento, que es natural de Toledo; y hasta ahora nosotros no conocemos ningun documento en que se demuestre que el autor de *El Lazarillo de Tórmes* es granadino, y no toledano, como pretende que sea el comentarista de Garci-Lasso.



mer Marqués de Mondéjar, hijo del Conde de Tendilla que fué hermano entero del primer Duque del Infantado, don Diego Hurtado de Mendoza, y ambos hijos del célebre don Íñigo Lopez de Mendoza, primer Marqués de Santillana y conde del Real: su madre, D.<sup>a</sup> Francisca Pacheco (D. Nicolas Antonio la llama D.<sup>a</sup> Juana), segunda mujer del Marqués, era hija de D. Juan Pacheco, Marqués de Villena y primer Duque de Escalona. Fué el quinto entre sus hermanos, que todos han merecido honroso lugar en nuestra patria historia: D. Luis, el primogénito, capitán general del reino de Granada, y despues presidente del Consejo; don Antonio, virey en ambas Américas; D. Francisco, obispo de Jaen; y D. Bernardino de Mendoza, general de las galeras de España. Consta tambien que tuvo dos hermanas: D.<sup>a</sup> Isabel, que casó con D. Juan Padilla, y D.<sup>a</sup> María, mujer de D. Antonio Hurtado, conde de Monteaugudo.

Dícese, no sin fundamento, que la instruccion que recibió D. Diego de Mendoza en su niñez y en los primeros años de su juventud, debió ser muy esmerada; y como por aquel entónces el célebre italiano Pedro Mártir de Angleria vino á España bajo la proteccion del primer Conde de Tendilla, y este sabio maestro tuvo correspondencia epistolar con el padre de nuestro D. Diego, no es aventurada la suposicion de que franquearia al nieto de su protector los tesoros de su ciencia, como lo hizo con gran número de los hijos de los magnates de aquella época (1). Parece que en estos tiempos de su niñez y de su adolescencia fué cuando el futuro historiador de la *Guerra de Granada* comenzó á aprender los rudimentos de la lengua arábica, que cultivó despues durante toda su vida. Ya más entrado en años, pasó el jóven hijo del primer Marqués de Mondéjar á la Atenas de España, á la célebre ciudad de Salamanca, en cuya Universidad cursó latin, griego, filosofia, y derecho civil y canónico. Por esta época es cuando se cree que escribió el D. Diego la famosa novela picaresca intitulada: *Vida de Lazarillo de Tórmes*.

«Inclinado por su genio, dice un biógrafo de D. Diego de Mendoza, á engolfarse en acciones de mayor estrépito y renombre, pasó á Italia, y militó muchos años. No consta en particular, añade este mismo biógrafo, las guerras ni las campañas en que se halló; pero hablando él mismo del mal aparejo y desórdenes que veía en la guerra de Granada, los compara con los numerosos ejércitos en que yo me hallé, dice, guiados por el emperador Carlos, y otros por el rey Francisco de Francia; de donde se puede conjeturar se halló en el ejército que sitió á Marsella en 1524, y en la batalla de Pavia, en que afirma Sandoval que se distinguió la compañía de D. Diego de Mendoza, que es favorable conjetura para creer fuese nuestro autor; si bien eran algunos los que en aquel mismo tiempo se conocian con el mismo nombre y apellido, que no se puede

»afirmar por cosa cierta. Igualmente es verosímil que concurriese á la guerra que se hizo contra Lautrech, sobre el ducado de Milan, y á la batalla de Bicoca, en 1522, así como á la entrada de Carlos V en Francia, en 1536. Lo cierto es que áun siguiendo la inquietud y estruendo de las armas, manifestaba su ardiente inclinacion á la literatura, y en el tiempo de invierno, en que aquéllas regularmente permitian más descanso y ociosidad, dejaba los cuarteles y pasaba á las más célebres Universidades, como Bolonia, Padua, Roma y otras, para aprender de los maestros de mayor mérito, matemáticas, filosofia y otras ciencias. Oyó entre estos maestros á Agustin Nifo y á Juan Montescoca, famoso filósofo sevillano, muy aplaudido y premiado en las Universidades de Italia, y que murió en 1532.»

Se ve, pues, por los párrafos que de copiar acabamos, que los servicios militares que prestó durante su juventud Don Diego Hurtado de Mendoza nos son enteramente desconocidos; y que sólo por conjeturas más ó ménos fundadas, pueden señalarse las guerras y campañas en que es probable que tomase parte, y sólo tambien conjeturalmente cabe decir que el capitán D. Diego de Mendoza, que mandaba una compañía que se distinguió por su esfuerzo en la batalla de Pavia, tal vez seria la misma persona que el estudiante de Salamanca, de quien se dice que en sus ratos de solaz habia escrito la *Vida de Lazarillo de Tórmes*.

Las biografías de D. Diego Hurtado de Mendoza últimamente publicadas suelen dar como hechos averiguados las fundadas conjeturas acerca de los servicios militares de este personaje, que ántes trascribimos; pero en verdad, que lo único que se sabe con certeza es que el historiador de la *Guerra de Granada* militó durante su juventud en los ejércitos que guiaba el emperador D. Carlos V, pues así lo dice él mismo en las páginas de su justamente celebrada y famosa historia (2).

(2) Escasas y confusas son las noticias que existen acerca de las particularidades de la vida de Hurtado de Mendoza. Don Baltasar de Zúñiga, autor de la *Breve memoria de la vida y muerte de D. Diego Hurtado de Mendoza*, que se publicó acompañando á la primera edicion de la *Guerra de Granada* (Lisboa, 1627), y se reprodujo en la segunda (Madrid, 1674); D. Baltasar de Zúñiga se limitó á referir, con exagerada concision y sin precisar fechas, algunos de los acontecimientos de más bulto en la vida de nuestro D. Diego; y Lopez de Sedano, en la biografía que se halla en su *Parnaso Español*, poco añadió á lo que ya habia dicho el mencionado biógrafo.

El célebre Ticknor, en su estimable *Historia de la Literatura Española*, afirmó que la biografía que precedia á la edicion de la historia de la *Guerra de Granada*, hecha en Valencia, en 1776, por D. Benito Monfort, estaba escrita por D. Íñigo Lopez de Ayala, y esta afirmacion fué aceptada como verdadera por D. Cayetano Rosell y el Dr. William I. Knapp, autores respectivamente de las biografías de D. Diego de Mendoza, que se hallan en la *Biblioteca de Autores Españoles* y en la *Coleccion de libros españoles raros y curiosos*, publicada por el Sr. Marqués de la Fuensanta del Valle y D. José Sancho Rayon, si bien uno y otro escritor creyeron equivocado el nombre de Íñigo, y dijeron que el autor de la tragedia *Numancia*, D. Ignacio Lopez de Ayala, era el biógrafo á quien Ticknor se referia. Nada más dudoso que todo esto. En la *Advertencia del editor* de la edicion de la *Guerra de Granada*, publicada en Valencia, en 1830, despues de destruir el error cometido por D. Nicolas Antonio al decir que la primera edicion de este libro se publicó en Madrid, en 1610, siendo así, como ya ántes dijimos, que fué en Lisboa y en 1627, habla de otras varias ediciones, diciendo que parece que las prensas de Valencia tomaron á su cargo perpetuar la obra del Salustio español, pues la reimprimió en dicha ciudad, en 1730, Vicente Cabrera, y Salvador Fauli en 1766; y finalmente, añade, en 1776 la volvió á dar á la estampa nuestro infatigable D. Gregorio Mayans, en la oficina de D. Benito Monfort, adornándola con una docta vida del autor y su retrato. Parece, pues, que la *Vida de D. Diego Hurtado de Mendoza*, que Ticknor, Rosell y Knapp atribuyen á

(1) En el elogio histórico de D.<sup>a</sup> Isabel la Católica que escribió D. Diego Clemencin, se lee lo siguiente: «En 1487, el Conde de Tendilla, embajador en Roma, habia convidado á venir á España y traído consigo á Pedro Mártir de Angleria, erudito milanés, que se presentó á los Reyes en Zaragoza. Doña Isabel, aunque ocupada á la sazón en los aprestos para continuar la conquista del reino de Granada, deseó que Mártir de Angleria se dedicase á la enseñanza de los jóvenes palaciegos; y aquí relata Clemencin la forma en que se realizó el propósito de la Reina Católica; pero no copiamos sus palabras, porque con lo ya escrito se halla cumplido el fin que nos proponiamos en la presente nota.»



## III.

## MISIONES DIPLOMÁTICAS DE HURTADO DE MENDOZA EN VENECIA Y EN EL CONCILIO DE TRENTO: SU GOBIERNO EN LA CIUDAD DE SIENA, Y SU EMBAJADA EN ROMA.

La vida de D. Diego Hurtado de Mendoza, á contar desde el año de 1538, en que ya desempeñaba el cargo de embajador en Venecia, corre enlazada con los acontecimientos políticos de mayor resonancia en la primera mitad del siglo XVI. Otorgó el invicto César Carlos V á Hurtado de Mendoza señaladas muestras de su singular estima, confiándole la ya dicha representacion diplomática en Venecia, con el fin de que evitase que esta aristocrática República, rompiendo la liga que habia hecho con el Papa y con el mismo Emperador para amenguar el poderío del turco, se aliase con Francia; nombróle despues gobernador de Siena, ciudad levantisca y que difícilmente soportaba la dominacion de los españoles; y andando el tiempo, en 1542, le mandó que pasase á Trento en compañía del gran canciller Granvela y su hijo el obispo de Arras, para que le representasen en el Concilio que en dicha poblacion habia de verificarse; pero sin que por esto dejase su embajada en Venecia, ni su gobierno de la ciudad de Siena.

Don Gregorio Mayans, en la biografía del autor de la *Guerre de Granada* que precede á la edicion de esta obra, hecha en Valencia, en casa de D. Benito Monfort, refiere larga y detenidamente los servicios prestados al Emperador por don Diego Hurtado de Mendoza, ora demostrando al Senado veneciano la inconveniencia de romper la liga santa contra el turco, ora evitando con sus acertadas consideraciones que el Emperador vendiese al Papa los estados de Milan y Siena, como ya habia vendido á Cosme de Médicis las fortalezas de Florencia y Liorna (1), ora sosteniendo enérgicamente las preeminencias que correspondian al Emperador y á sus representantes en el Concilio tridentino, y ora, por último, contribuyendo con las tropas que levantó al asedio de la ciudad de Siena, alzada en armas en ausencia suya, y despues reuniendo gente en la Romanía para defender las costas de Italia, amenazadas por los turcos, y enviar á los ejércitos de

Lopez de Ayala, está escrita por D. Gregorio Mayans; y así tambien persuade á creerlo la vária erudicion que en sus páginas se halla, tan propia de la docta pluma de aquel sabio valenciano.

Los biógrafos de Hurtado de Mendoza, posteriores á Zúñiga, Sedano y Mayans, que son los Sres. Rosell, Knapp y el anónimo autor de la noticia biográfica que precede al tomo XLI de la *Biblioteca clásica* (*Obras en prosa de D. Diego Hurtado de Mendoza*, Madrid, 1881), no han añadido ninguna noticia de importancia á las anteriormente sabidas; y la biografía de D. Diego de Mendoza, que se halla en el tomo del *Semanario Pintoresco Español* del año 1843, es sólo un mal extracto de la de Mayans, que, dicho sea en verdad, es la ménos incompleta, aun cuando lo es mucho, puesto que nada dice de las embajadas en Inglaterra y en la corte del Gran Turco, que, segun parece, desempeñó Mendoza, aunque no se pueden fijar las fechas en que esto se verificó.

(1) En el primer tomo de *Historiadores de sucesos particulares* de la *Biblioteca de Autores Españoles*, ha publicado D. Cayetano Rosell un escrito que Mendoza dirigió á D. Luis de Ávila para que este personaje lo hiciese llegar á manos del Emperador, donde se discurre con gran libertad acerca de los sucesos que en aquel entónces agitaban á Europa. Por este escrito y por el que hizo para persuadir al Emperador de que no vendiese los Estados de Milan y Siena, escrito que tambien ha publicado el Sr. Rosell en el citado volumen, se confirma la idea, que ya ántes se presume, de que el varonil carácter de D. Diego de Mendoza le impulsaba á mantener sus convicciones, siquiera fuesen contrarias á las del augusto César Carlos V.

o Africa pertrechos y refuerzos al cargo de Antonio Doria y D. Berenguer de Requesens.

Recordando estos servicios militares y políticos de D. Diego de Mendoza, y recordando tambien el mérito de las obras literarias del capitán general de Siena y del embajador de Carlos V en Venecia y en Roma, se comprende que no son exagerados los calificativos que aparecen en el letrero de la lámina de la Calcografía Nacional que representa el retrato de este personaje; en cuyo letrero se lee lo siguiente: *don Diego Hurtado de Mendoza, buen soldado, mejor político, discreto poeta y grande historiador.*

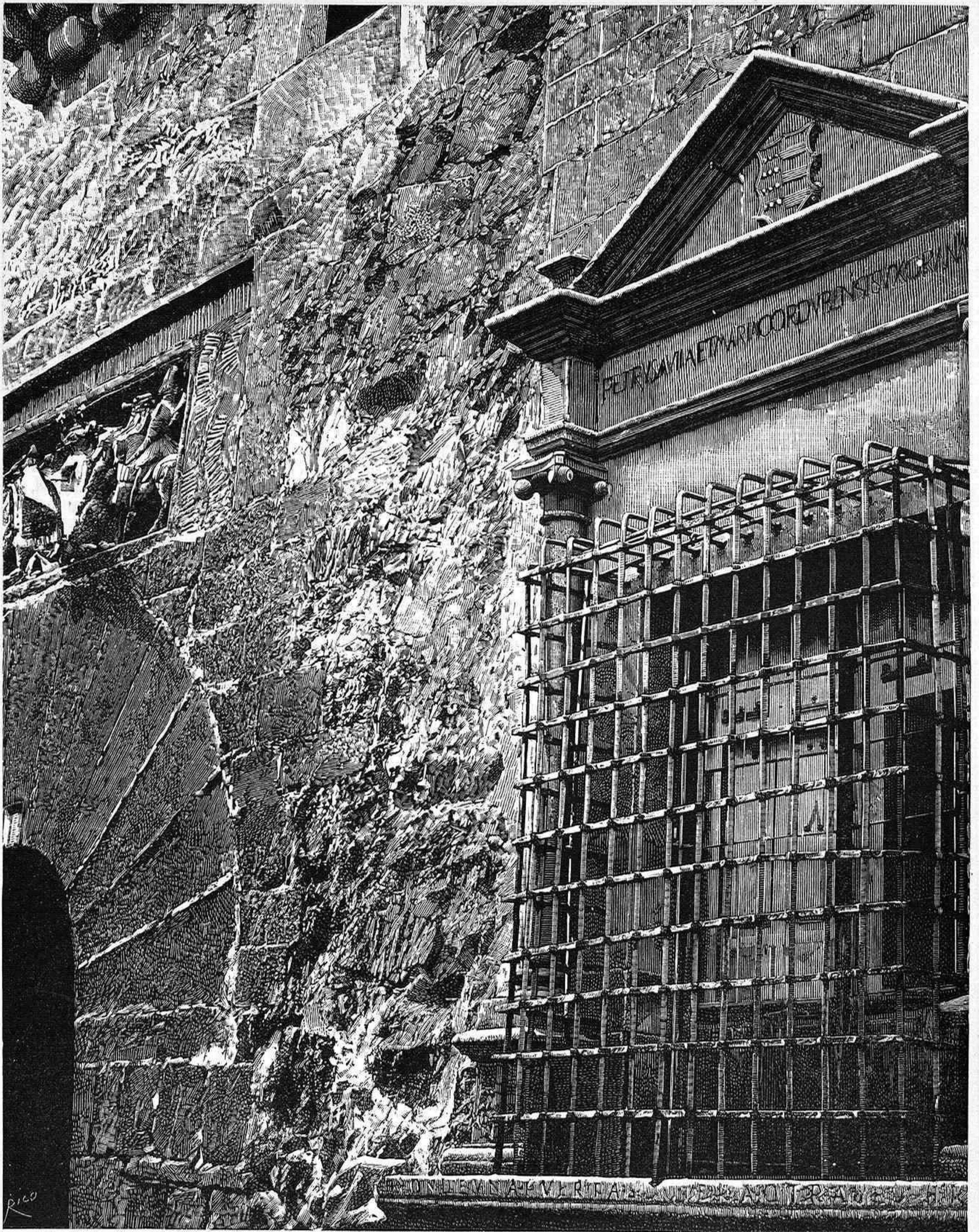
Sí, buen soldado era D. Diego de Mendoza, pero aún mejor político, y donde mayormente demostró las altas dotes de su enérgico carácter y de su clara inteligencia, fué, sin duda alguna, en el desempeño de su embajada en Roma, cargo para que fué designado por el Emperador, en el año de 1547. Tratábase de trasladar el Concilio que se celebraba en Trento á otra ciudad, y aún quizá de interrumpir su celebracion por plazo indefinido, resoluciones ambas que eran de todo punto contrarias á los deseos del Emperador; y así, para cumplir la mision que se le habia encomendado, al poco tiempo de llegar á Roma el nuevo embajador D. Diego Hurtado de Mendoza, presentó un escrito al Pontífice, alegando las razones que tenia el César Carlos V para oponerse á la traslacion ó suspension del Concilio. Pero todo fué en vano. El Pontífice, que lo era á la sazón Paulo III, respondió negando la validez de las razones que el Emperador alegaba para que el Concilio continuase en Trento; y en la octava session que éste celebró, en el día 11 de Marzo de 1548, decidióse la traslacion del Concilio á Bolonia por cuarenta y cuatro votos contra doce que se opusieron, casi todos españoles.

Pintar el enojo del emperador Carlos V al saber esta resolucion de los padres del Concilio, y relatar todo lo que se hizo para evitar que se llevase á cabo la traslacion á Bolonia, traspasaria los límites en que deben encerrarse estos apuntamientos biográficos (2); baste decir que fueron tales y tan enérgicas las reclamaciones que hizo contra la resolucion de que se trasladase el Concilio á Bolonia el embajador don Diego de Mendoza, que todos los historiadores están contestes en referir que en cierta ocasion le dijo el Papa: *que parase mientes en que estaba en su casa, y que no se excediese; á lo cual le respondió D. Diego: que era caballero, y su padre lo habia sido, y como tal habia de hacer al pié de la letra lo que su señor le mandaba, sin temor ninguno á Su Santidad, guardando siempre la reverencia que se debe á un Vicario de Cristo, y que siendo ministro del Emperador, su casa era donde quiera que pusiese los piés, y allí estaba seguro.* Y Pablo Sarpi añade otro rasgo que indica la energía y hasta la violencia del carácter de D. Diego, cuando relata que amenazó al cardenal de Santa Cruz con arrojarle al rio Adige si se obstinaba en aconsejar la disolucion del Concilio de Trento.

Cuando la discordia entre el Pontífice y el Emperador ha-

(2) La publicacion del famoso *Interim* (1548) de Carlos V, y el asesinato del hijo del papa Paulo III, Pedro Luis Farnesio, son acontecimientos que ocuparían la pluma de quien escribiese una verdadera historia de la vida de D. Diego de Mendoza; pero de tan graves acontecimientos no se puede hablar ligeramente, como por necesidad habria de suceder en estos breves apuntamientos biográficos, y por esta causa nos limitamos á hacer la indicacion que se expresa en la presente nota.





ÁVILA.—VENTANA Y REJA DE LA CASA-FUERTE DE D. PEDRO DÁVILA.

(De fotografía de Laurent.)



bia llegado á su más alto grado murió Paulo III, en el día 10 de Noviembre de 1549; y en el mes de Febrero del siguiente año ocupó el solio pontificio el cardenal Juan Maria de Monte, que tomó el nombre de Julio III, el cual estimaba en todo lo que valian las prendas personales de D. Diego Hurtado de Mendoza y le concedía su leal amistad, y sea por estas circunstancias ó por temor al enojo del Emperador si se desatendian sus pretensiones, lo cierto es que el nuevo Papa dispuso que las sesiones del Concilio continuasen celebrándose en Trento, en cuya ciudad se reunió de nuevo el Concilio en 1.º de Mayo de 1551; asistiendo como embajador del César D. Francisco de Toledo, que llegó á Trento el día 29 de Abril del año que de citar acabamos.

Señal es tambien de la estimacion que alcanzaba D. Diego de Mendoza con S. S. Julio III, el nombramiento que este Pontífice le dió de Confalonier ó Alférez Mayor, general que diriamos hoy dia, de la Santa Iglesia Romana, con motivo de la guerra contra el Duque de Castro, que á la sazón lo era Horacio Farnesio.

Los cuidados del gobierno de Siena, cargo en aquel entonces más militar que político, como lo demuestra en su mismo nombre, capitán general de Siena; los cuidados del gobierno de Siena obligaron á D. Diego de Mendoza á volver á esta ciudad, en la cual, con el apoyo de los franceses, se preparaba un levantamiento en armas para destruir la dominación española; levantamiento que D. Diego trató de evitar dictando rigurosas medidas, que enconaron tanto los ánimos en contra suya, que un día que paseaba por los alrededores de la ciudad, recibió varios disparos de armas de fuego, y uno de ellos le mató el caballo que montaba. No se atemorizó por esto el gobernador de Siena; pero conociendo que era inevitable el alzamiento en armas de la ciudad, y sabiendo la próxima venida de la armada turquesa para amenazar las costas de Italia, levantó tres mil soldados italianos, que puso á las órdenes de su íntimo amigo el Conde de Petillano; y cuando ya se hubo verificado la sublevación de Siena, contribuyó personalmente á la dirección de las primeras operaciones militares, hasta que, convencido de las grandes fuerzas de los sublevados, á quienes ayudaban los franceses con socorros de hombres y pertrechos, y quizá porque su presencia sería necesaria en Roma para continuar ejerciendo influencia en los asuntos del Concilio tridentino, volvió á desempeñar su embajada en la Corte pontificia, hasta que por un incidente desagradable fué relevado de este cargo. Fué el caso, á lo que parece, que habiendo faltado al respeto debido al Emperador el *barrachelo*, ó sea el jefe de los esbirros, D. Diego le hizo castigar sin anuencia de las autoridades romanas, de quien este funcionario dependía; por cuyo hecho se lastimó tanto el amor propio del Pontífice, que se quejó amargamente al César de la conducta de su embajador; y Carlos V, atendiendo á estas quejas, nombró, en los comienzos del año de 1551, á D. Juan Manrique de Lara, hijo de los Duques de Nágera, para que le representase en Roma con el carácter de su embajador extraordinario, ordenándole que se avistase con su antecesor D. Diego de Mendoza, á fin de que éste le señalase los medios más conducentes para poner en ejecución las instrucciones que llevaba con arreglo al estado de los negocios pendientes con la corte romana. Así terminó D. Diego Hurtado de Mendoza su embajada en Roma, habiendo mostrado en el tiempo que la

desempeñó su habilidad diplomática y la energía de su carácter, aunque, quizá en lo concerniente á este último punto, traspasó alguna vez los límites de la prudencia.

Tal vez cuando el César Carlos V se vió obligado á relevar á Mendoza del alto cargo que desempeñaba en la corte pontificia, sería cuando le nombrase su embajador en Inglaterra, pues en las poesías de D. Diego aparece consignado que desempeñó esta embajada; y es presumible que la desempeñase en la fecha que acabamos de indicar, si el Emperador quiso mostrarle que su relevo de la embajada en Roma no era señal de que hubiese caído en desgracia. También, según Sedano, en un códice florentino se dice que D. Diego de Mendoza fué embajador de Carlos V cerca del Gran Turco; pero se ignora por completo la época en que esto pudo verificarse.

Además de haber servido D. Diego de Mendoza los elevados cargos diplomáticos y militares que dejamos mencionados, perteneció también al Consejo del emperador Carlos V y fué comendador de las casas de Calatrava y de Badajoz en la Orden de Alcántara.

#### IV.

MOTIVOS QUE PRODUCERON EL DISFAVOR CORTESANO DE DON DIEGO HURTADO DE MENDOZA; SU DESTIERRO Á GRANADA; SU REGRESO Á MADRID, Y LA FECHA DE SU MUERTE.

Parece que D. Diego de Mendoza regresó á España por los años de 1554, y fijó su residencia en Madrid, pero el favor que había gozado durante el reinado del emperador Carlos V cesó de todo punto en el de su hijo y sucesor el rey D. Felipe II. Quizá por respeto á sus re'evantes servicios se le concedió un sitio en el Consejo de Estado, pero bien sea porque no consiguió llevar á buen término la comisión que Felipe II le confió al encargarle de que en Aragón se aceptara por virey á cierto magnate no nacido en aquel reino, lo cual era *contra-fuero*; ó bien por otra causa que ahora apuntaremos, la verdad es que el antiguo embajador en Venecia, en Inglaterra, en Roma y en el Concilio de Trento vivió olvidado de la corte, hasta que se halló un pretexto para desterrarle á Granada (1).

Don Juan José Lopez de Sedano, describiendo á Hurtado de Mendoza en la biografía que publicó en su colección de poesías titulada *Parnaso Español*, dice así:

«Fué D. Diego de grande estatura, robustos miembros, el color moreno oscurísimo, muy enjuto de carnes, los ojos vivos, la barba larga y aborascada, el aspecto fiero, y de extraordinaria fealdad en el rostro. Fué asimismo dotado de grandes fuerzas corporales, y de no ménos valor y firmeza en las fuerzas del ánimo, como notado también de áspera condición y riguroso genio, que le opinaron de algo arrojado é intrépido en la conducta de los negocios de Estado.»

(1) El canónigo D. Tomás Gonzalez, en carta dirigida á D. Martín Fernandez de Navarrete, fecha 19 de Marzo de 1819, dice que D. Diego de Mendoza estuvo preso y procesado por las cuentas de las obras del castillo de Siena y de su embajada en Roma, y que el proceso original se conserva en el Archivo de Simancas. Sin duda la sentencia que recayó en este proceso no sería desfavorable para Hurtado de Mendoza, cuando fué preciso aguardar al lance ocurrido en las régias habitaciones para poder decretar su destierro de Madrid. Véase acerca de este asunto la *Vida de Cervantes* de D. Martín Fernandez de Navarrete.



La afirmación de la extraordinaria fealdad del rostro de Don Diego de Mendoza que hace el colector del *Parnaso Español*, no se halla muy de acuerdo con lo que aparece en el retrato que de este personaje se conserva; demás que la fisonomía de hombres de tan elevadísimo talento como el autor de la *Guerra de Granada* siempre se halla alumbrada por la luz de la inteligencia, cuyo poder es tan grande, que dicen que cuando Sócrates se dedicó asiduamente al estudio de la filosofía se mejoraron sus facciones, que, según parece, no eran nada bellas. Pero, sea lo que quiera de esta cuestión de estética, la mayor ó menor hermosura personal de Hurtado de Mendoza no le impidió dedicarse, en ocasiones, á galanteos amorosos; y sin duda fué fruto de alguno de ellos un hijo natural que tuvo; cuyo hijo, según cuenta D. Baltasar de Zúñiga, residía en Valladolid, y era muy parecido en el rostro á su padre, pero no en el entendimiento, pues era de todo punto imbecil. Se dice que los galantes atrevimientos del noble embajador del César Carlos V le llevaron á rivalizar hasta con el rey D. Felipe II, que cuando era príncipe había obsequiado á cierta ilustre dama, que se llamaba D.<sup>a</sup> Isabel de Velasco, á quien dió cédula de esposo al enviudar de la princesa María. Viendo que no era posible que se efectuara su matrimonio con el Príncipe, D.<sup>a</sup> Isabel de Velasco hizo poner en sus reposteros el siguiente mote: *Es imposible y forzoso*, mote que comentó D. Diego, quizá celoso ó desengañado, con tanta libertad en los conceptos, que no nos atrevemos á copiar aquí la cuarteta en que lo hizo, por más que se halle ya impresa en una obra literaria muy conocida, y que anda en manos de todo el mundo.

Acaso esta antigua rivalidad amorosa entre Felipe II y el preclaro descendiente del primer Marqués de Santillana (1), le ocasionó á este último el olvido en que se pusieron sus altos merecimientos militares y políticos, y el destierro con que se le castigó por causa harto liviana. Aconteció que hallándose cierto día D. Diego de Mendoza en las habitaciones de Palacio, trabóse de palabras con un caballero, y en el calor de la disputa sacó éste un puñal, pero D. Diego, defendiéndose, se lo quitó y lo arrojó por una ventana que daba á un corredor del Palacio. Consideró este hecho el rey D. Felipe como grave desacato á su persona por haberse verificado en la regia morada; mandó prender á D. Diego de Mendoza, y le ordenó que saliese desterrado de la corte, sin consideración á su ya avanzada edad de sesenta y cuatro años, ni á los grandes servicios que había prestado á su patria durante el reinado del César Carlos V.

En una carta dirigida al cardenal Espinosa, que ha sido publicada por los Sres. Gayángos y Vedia, traductores de la *Historia de la Literatura Española*, de Ticknor, en las anotaciones de esta obra, y también por el Sr. Rosell en la *Biblio-*

(1) Puede que sea alusiva á las fatales consecuencias de esta rivalidad la indicación que hizo Cervantes en el terceto final del soneto que escribió al publicarse en 1610 las poesías de D. Diego de Mendoza; terceto final que dice así:

Que así el suelo sabrá que sabe el cielo  
Que el renombre inmortal que se desea,  
Tal vez le alcanzan amorosas culpas.

También Lope de Vega, en su *Laurel de Apolo*, al tratar de Mendoza, mezcla confusamente ideas de amorosos triunfos, con la afirmación de que le hurtaron su bien y de que fué cuanto discreto, desgraciado.

*teca de Autores Españoles*, procura D. Diego justificar su conducta en el lance acaecido en Palacio, mencionando otros lances de mayor gravedad, y en que no se procedió contra sus autores con tanto rigor como en el suyo se procedía, y termina diciendo:

«Pudiera traer muchos ejemplos de más de estos de hombres que se ha disimulado con ellos, ó han sido restituidos brevemente, y no fueron tenidos por locos; sólo D. Diego de Mendoza anda por puertas ajenas, porque de sesenta y cuatro años, tornando por sí, echó un puñal en los corredores de Palacio, sin poder excusarlo, ni poder exceder de lo que bastaba.»

Sin duda las disculpas de D. Diego no fueron atendidas, pues continuó viviendo desterrado en Granada hasta poco tiempo antes de su muerte, en cuya época Felipe II le permitió volver á Madrid, según se infiere de una carta dirigida al famoso cronista de Aragon, Jerónimo de Zurita, donde le encarga que le busque vivienda proporcionada é inmediata á la suya. Á los pocos días de haber llegado á la Corte cayó en cama, comenzando su enfermedad por el pasmo de una pierna, y concluyendo su vida en el mes de Abril de 1575, cuando contaba setenta y dos años de edad. Habiendo sido desterrado Hurtado de Mendoza á la edad de sesenta y cuatro años, esto es, por los años de 1567, y habiéndosele consentido volver á la Corte en 1575, se deduce fácilmente que su destierro duró no ménos de ocho años; pena desmedida para la falta que había cometido, y que no deja bien parada en esta ocasión á la justicia del rey D. Felipe II.

## V.

### VARIADOS CONOCIMIENTOS, Y RELACION QUE EXISTE ENTRE LA VIDA Y LOS ESCRITOS DEL AUTOR DE LA «GUERRA DE GRANADA».

Reúnense en D. Diego Hurtado de Mendoza cualidades y condiciones de carácter que rara vez andan juntas. El filósofo, engolfado en sus profundas meditaciones acerca de lo que es permanente, á pesar de las mudanzas continuas de la naturaleza y de la vida, y acerca de lo que es eterno, á pesar del fugaz correr de los tiempos; el filósofo, ocupado en reducir á sistemático conocimiento la variada trama de la Historia, suele poner en olvido particularidades al parecer insignificantes, y que en ocasiones determinan grandísimos acontecimientos; el filósofo puede acertar cuando discurre acerca de lo universal y de lo eterno; suele errar casi siempre cuando trata de lo particular y transitorio. El poeta, viviendo en las regiones del sentimiento que inspira la contemplación de la belleza, ve el aspecto estético de los acontecimientos humanos, y queriendo realizar en la vida la sublime idealidad que su pensamiento concibe, choca con lo que Hegel llamaba las *impurezas de la realidad*, y suele adquirir, no sin fundamento, fama de extravagante, cuando no de rematadamente loco. El erudito, viviendo entre los libros, llega á desconocer por completo las condiciones de la vida social, y llega á dar más importancia al hallazgo de un manuscrito raro y curioso que al descubrimiento de las leyes biológicas por las cuales se rige la sociedad humana. De aquí que el guerrero, el político, y hasta el hombre de mundo sue-





len llamar ideólogo al filósofo, loco al poeta, é inepto al erudito. No así el caudillo de las primeras tropas que acudieron á sofocar la sublevacion de Siena ; no así el hábil diplomático del Concilio de Trento ; no así el cortesano galanteador, que, segun Simonde de Sismondi, concitó en contra suya tantas enemistades, durante su residencia en Roma, por el feliz resultado de sus aventuras amorosas, como las que le ocasionaba la tenaz defensa de los intereses del César frente á los intereses de la córte pontificia ; no así, en fin, D. Diego de Mendoza, que, guerrero, político y hombre de mundo—si vale la calificacion—cultivaba la filosofía, escribía inspiradas composiciones poéticas, y abarcaba con su constante estudio el dominio de las lenguas latina, griega, hebrea y arábica, y el conocimiento de las antigüedades españolas, de las matemáticas y del derecho civil y canónico.

No es D. Diego de Mendoza el sabio abstraído en sus meditaciones, ni el poeta soñador, ni el erudito indigesto ; pero tampoco es el rudo guerrero, despreciador de la ciencia ; ni el político empírico, ni el frívolo cortesano ; D. Diego de Mendoza reúne en su inteligencia y en su carácter las varias aptitudes del pensador y del poeta, sin que estas aptitudes le priven del conocimiento de la realidad ; y así en su vida se armonizan sus pensamientos y sus acciones, y es á la vez, lo que muy raras veces acontece, filósofo y guerrero, poeta y político, estudioso erudito y galanteador cortesano.

Toda obra literaria tiene necesariamente algo de auto-biografía ; y los escritos de Hurtado de Mendoza, léjos de apartarse de esta regla, la confirman aún con mayor amplitud de lo que en su enunciado se promete. En efecto, la novela picaresca titulada *Vida de Lazarillo de Tórmes*, que se dice escribió D. Diego de Mendoza siendo estudiante en Salamanca, bien pudiera haberse escrito en cualquiera otra época de la vida de su autor, que no tenía ese carácter duro y severo con que pretenden pintarle los historiadores que sólo se fijan en los altos cargos políticos y militares que desempeñó, y en las serias ocupaciones que estos cargos ocasionan.

El Embajador del emperador Carlos V en Venecia, Roma y en el Concilio tridentino, y segun parece, tambien en Inglaterra y en Turquía, es el mismo que escribe, hablando de los embajadores, estos burlescos endecasílabos :

¡ Oh, embajadores, puros majaderos,  
Que si los Reyes quieren engañar,  
Comienzan por nosotros los primeros !

El tirano de Siena, como, con más pasión que justicia, llama á Hurtado de Mendoza el autor del libro *De la littérature du midi de l'Europe*, es el mismo que se deja tiranizar por los encantos de femenil hermosura, y quizá en momentos de celoso despecho comenta la leyenda escrita en los reposteros de D.<sup>a</sup> Isabel de Velasco, en la forma libre y agresiva que ántes indicamos ; y escribiendo á D.<sup>a</sup> Magdalena de Bobadilla una carta *con cuentas de tutor y quejas de galan*, alardea de ingenio y la dice que padece cuatro engaños, á saber : los amigos que la aconsejan ; los criados que la comen ; los confesores que la absuelven, y ella misma, que cree en todas estas personas.

El D. Diego de Mendoza que, en los últimos años de su vida, buscaba en la comunicacion epistolar con Santa Teresa de Jesus los consuelos y enseñanzas del misticismo católico, es tambien el autor de gran número de burlescas poesías, es-

critas con tanta libertad de pensamiento y de forma, que el P. Fr. Juan Diaz Hidalgo no las consideraba dignas de ver la luz pública (1).

De todo esto se colige cuán sin fundamento se pretende quitar á D. Diego de Mendoza la gloria de ser autor de *El Lazarillo de Tórmes* (2), diciendo que los donaires y las truhanerías en que este libro abunda no son propios del austero carácter que *debía tener* el político y el canonista que representaba al emperador Carlos V en el Concilio tridentino. No en verdad : *El Lazarillo de Tórmes* representa una de las fases de la flexible y múltiple condicionalidad del carácter de Hurtado de Mendoza ; así como en la historia de la *Guerra de Granada* aparece el político sagaz y el capitán experimentado, en *El Lazarillo de Tórmes* se refleja el ingenio del hombre curtido en los azares de la vida, y por esto creemos, contra la opinion de todos los biógrafos que nos han precedido en la tarea que ahora estamos llevando á cabo, que *El Lazarillo de Tórmes*, que por vez primera se publicó en Amberes, en 1552, no es la obra del estudiante de Salamanca, hijo del primer marqués de Mondéjar, sino más bien la del embajador de Carlos V en la Córte de S. S. Paulo III. Y ya se comprende que es muy posible que, por mal entendidos miramientos, se haya dicho y se haya propalado la idea de que sólo en los años de su florida juventud es cuando el grave estadista D. Diego de Mendoza pudo imaginar y escribir la novela picaresca que tan alto coloca su nombre entre los cultivadores de este género literario.

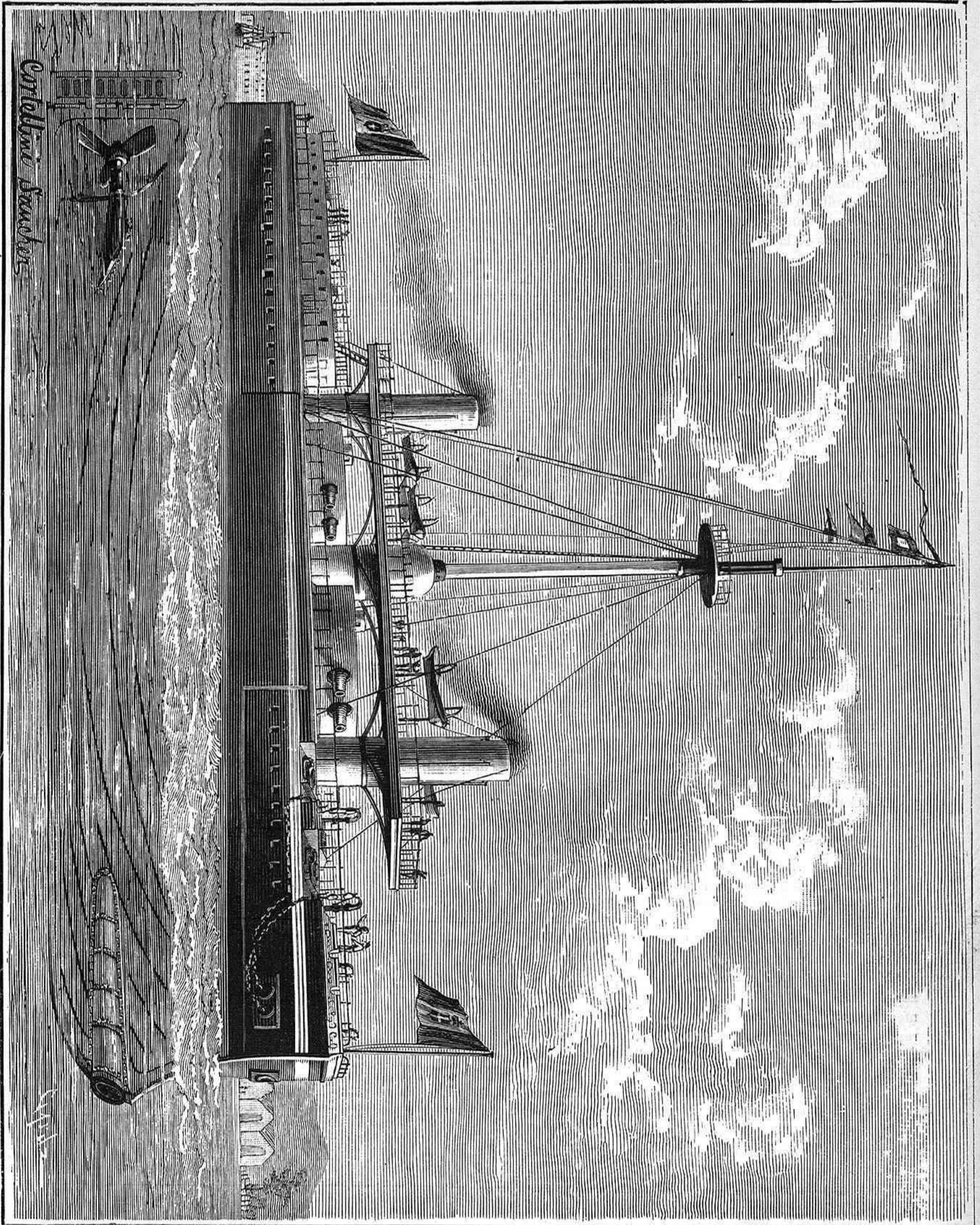
Pero si Hurtado de Mendoza en su *Lazarillo de Tórmes* y en su *Guerra de Granada* ha dejado impresos muchos rasgos de su carácter, donde aparece retratado, digámoslo así, de cuerpo entero, es en la coleccion completa de sus poesías líricas, que en el año de 1877 han dado á la estampa los señores Marqués de la Fuensanta del Valle y D. José Sancho Rayon, en su notable *Coleccion de libros españoles raros y curiosos*. Cumpliendo la ley más ineludible de la poesía lírica, don Diego de Mendoza, aunque conocedor de los clásicos, no se propone imitarlos servilmente, ántes por el contrario, procura sostener su vigorosa personalidad, y principalmente usando los metros cortos, siguiendo la escuela poética que defendía Cristóbal de Castillejo, escribe discretísimos versos ; y en sus epístolas nos revela, ya los deseos de paz y tranquilidad que suelen cruzar por la mente de todo el que vive arrastrado por el torbellino del mundo, ya el conocimiento de los hombres y de las cosas que sólo puede adquirirse en la experiencia de los negocios y en las luchas de la vida. Filósofo moralista, diestro político, enamorado galán, sabio hu-

(1) Frey Juan Diaz Hidalgo, que en 1810 publicó por primera vez la coleccion de las poesías de Mendoza, sólo incluyó en su libro noventa y seis composiciones. Las demas poesías de D. Diego han permanecido inéditas hasta el año 1877, en que se dió á luz el tomo undécimo de la *Coleccion de libros españoles raros y curiosos*, en cuya portada se lee : *Obras poéticas de don Diego Hurtado de Mendoza. Primera edicion completa*; y en efecto, en este volumen se hallan ciento setenta composiciones poéticas, casi doble número del que componían las publicadas por el P. Hidalgo, que eran las mismas, con escasa diferencia, que despues se reimprimieron en la *Biblioteca de Autores Españoles*.

(2) Fray José de Sigüenza, por algun otro motivo, además de los que en el texto se refutan, supone que *El Lazarillo de Tórmes* fué escrito por un fraile jerónimo llamado el P. Fr. Juan de Ortega ; pero confesamos que no nos convencen sus razonamientos ni las pruebas que alega en favor de su aserto.







MARINA MILITAR ITALIANA.—EL «DANDOLO», BUQUE ACORAZADO DE PRIMER ORDEN CONSTRUIDO EN EL ARSENAL DE SPEZIA.



manista, ingenioso cuando era menester el uso del ingenio, severo y profundo cuando la gravedad de las circunstancias así lo exigían, tal fué, sin duda alguna, D. Diego Hurtado de Mendoza, y tal aparece moralmente retratado en la colección completa de sus poesías líricas.

## VI.

SERVICIOS PRESTADOS POR DON DIEGO HURTADO DE MENDOZA AL PROGRESO DE LA CULTURA HUMANA: JUICIO ACERCA DE SU NOVELA «VIDA DE LAZARILLO DE TÓRMES» Y DE SUS POESÍAS LÍRICAS.

Las ideas de los políticos pueden clasificarse en progresivas, conservadoras y retrógradas. Quizá sorprenderá que nosotros calificamos de progresivas las ideas políticas de D. Diego Hurtado de Mendoza. Ciertamente que el embajador en Roma del César Carlos V representaba la política imperial; pero si esta política ahogó en Villalar las libertades castellanas y conservó la Inquisición, creada por los Reyes Católicos, también esta misma política destruyó el feudalismo, enalteció en varias ocasiones la importancia del poder civil, y sosteniendo los fueros y preeminencias del Emperador en el Concilio de Trento, puso las bases para que, andando el tiempo, los juristas expusiesen la teoría del regalismo, mediante la cual se niega la unidad absorbente de todo poder teocrático.

La libertad de juicio del estadista Mendoza se halla patente en su historia de la *Guerra de Granada*, donde se leen las veladas censuras que dirige contra las medidas adoptadas para que los moriscos dejaran su religión y sus tradicionales costumbres, y tales censuras sólo en nombre de ideas progresivas podrían fundamentarse; y esta misma libertad de juicio le llevaba á sostener que el mucho tiempo que en la juventud se dedica al estudio del latín se emplease en aprender las ciencias en la lengua materna (1), doctrina que dos siglos después volvió á sostener el insigne Feijóo, y aún entonces fué considerada como prematuro adelantamiento.

Pero si, á pesar de lo dicho, los servicios prestados á la causa del progreso de la civilización por el político D. Diego de Mendoza, podrán ser más ó menos cuestionables, no lo serán, ciertamente, los servicios que prestó á la cultura de su siglo, siendo su casa el centro de reunión de sabios y eruditos, gastando grandes sumas en hacer copiar antiguos manuscritos griegos, juntando una copiosísima biblioteca y una colección de monedas, siendo tales y tan grandes sus esfuerzos para fomentar el estudio de todo orden de conocimientos, que Mr. Simonde de Sismondi dice que, posteriormente al Petrarca, nadie ha hecho más de lo que hizo el

(1) Se halla esta noticia en la dedicatoria á D. Diego de Mendoza de una edición de las obras filosóficas de Cicerón, cuidadosamente corregidas por el célebre humanista Paulo Manucio. Por esta misma dedicatoria se sabe que una hermana de nuestro D. Diego era muy instruida en la lengua latina. En el *Elogio histórico de la Reina Católica*, de D. Diego Clemencín, se citan á las dos hermanas de Hurtado de Mendoza como sobresalientes por su saber y doctrina; pero aquí debe haber algo de error, porque se llama á una de estas damas D.<sup>a</sup> María Pacheco, y á la otra se le da el título de Condesa de Monteagudo; y la verdad es que D.<sup>a</sup> María Hurtado de Mendoza y Pacheco era Condesa de Monteagudo.

autor de la *Guerra de Granada* por el progreso de las letras en la época del Renacimiento (2).

Y á pesar de esta ocupadísima vida de embajador, que tiene á su cargo los más altos intereses del Estado; de político, que gobierna una república inquieta; de caudillo, que levanta tropas en plazo perentorio; de magnate, que recibe en su casa y anima y protege á sabios y eruditos, D. Diego de Mendoza halla tiempo bastante para componer cerca de doscientas poesías líricas, traducir del griego la *Mecánica* de Aristóteles, escribir en latín epístolas como la que dirigió al dominico Fr. Bartolomé Carranza, dándole las gracias por la dedicatoria de su libro *Suma de los Concilios*; adquirir tal grado de conocimiento en las antigüedades de España, que era consultado hasta por los más doctos acerca de los puntos dudosos de las antiguas divisiones geográficas de la Península, y leer y anotar de su puño y letra tantos libros, que en su vejez escribía á Jerónimo de Zurita: «Estoy maravillado de los muchos libros que he leído, habiendo aprendido tan poco de ellos.»

Eternas pruebas de la gran valía intelectual de Hurtado de Mendoza se hallan en su novela picaresca *El Lazarillo de Tórmes*, en su historia de la *Guerra de Granada*, en la colección de sus poesías líricas y en algunos otros escritos suyos de menor importancia (3). El examen detenido de todas

(2) Dice Mayans que el embajador Mendoza puso particular esmero en juntar manuscritos griegos, haciéndolos copiar á gran costa, y buscándolos hasta en los más remotos confines de Grecia, valiéndose para esto de Nicolás Sofiano, Arnoldo Ardenio y otros doctos griegos, y que por este medio se logró en Europa el conocimiento de obras que no se habían visto, y quizá se hubiesen perdido; tales eran las de San Gregorio Nacianceno, San Basilio, San Cirilo de Alejandría, todas las de Arquímedes, Heron, Apiano y otros; que tomadas de un códice de su biblioteca, se publicaron las obras de Josefo; y sobre todo esto, añade, el regalo de manuscritos que le hizo el Gran Turco Soliman, por haber dado libertad á un cautivo que alcanzaba su estimación, sin pedirle ningún rescate, fué de tanta importancia, que hay quien dice que consistió nada menos que en una nave cargada exclusivamente con los manuscritos regalados; y ya se comprende lo que pudo contribuir tal suma de códices al conocimiento y conservación de algunas obras de los antiguos escritores griegos y romanos.

Y la erudición de D. Diego de Mendoza no se limitaba á la antigüedad greco-romana; véanse los elogios que le tributa Ambrosio de Morales en su dedicatoria de las *Antigüedades de España*, por sus variados conocimientos; véase la obra de Dormer, *Progresos de la historia del reino de Aragón*, donde se hallan varias cartas suyas, entre las cuales hay una dirigida al historiador Jerónimo de Zurita, remitiéndole una copia de la *Crónica del rey D. Alfonso el XI*, escrita en verso, obra que ha permanecido manuscrita hasta hace pocos años, y que el eruditísimo D. Nicolás Antonio conocía muy imperfectamente, según puede verse en su *Biblioteca antigua*.

Por último, D. Diego de Mendoza, para que no se perdiesen los tesoros bibliográficos que había reunido, regaló su librería al rey D. Felipe II, destinándola á que formase parte de la Biblioteca del Escorial, pues decía el mismo D. Diego con arrogante desenfado y algo de exageración andaluza, que siendo el Monasterio escorialense «la más suntuosa fábrica antigua y moderna que yo he visto, no me parece que le falta otra parte que poner en ella la más suntuosa librería del mundo.»

(3) Las obras escritas por D. Diego de Mendoza de que hay noticia son las siguientes:

Una carta censurando un libro de historia del capitán Pedro de Salazar. Esta carta se imprimió por primera vez en Nápoles, en 1548; está dirigida al autor del libro censurado, y aparece escrita por el Bachiller de Arcadia, que es el pseudónimo que tomó Hurtado de Mendoza. El eruditísimo D. Adolfo de Castro dice que cree haber leído otra carta dirigida á la misma persona y tratándose del mismo asunto antedicho, escrita también por nuestro D. Diego, pero no recuerda en qué biblioteca leyó el códice donde se hallaba dicha carta. Véase sobre estos particulares el tomo de la *Biblioteca de Autores Españoles* titulado: *Curiosidades bibliográficas*.—*Vida de Lazarillo de Tórmes*, Amberes, 1552. Un tomo en 4.<sup>o</sup>—*Obras péclicas*. Ya hemos dicho en otra



estas obras literarias ocuparía mayor espacio del que ahora podemos disponer. Habrémos, pues, de limitarnos á decir lo preciso para que se pueda formar juicio del mérito de don Diego de Mendoza como novelista, historiador y poeta lírico.

Después de los libros de caballerías y de las novelas pastorales, obras en las cuales la fantasía del autor campeaba libremente, relatando maravillosas aventuras ó creando zagales y pastores de todo punto imaginarios, apareció la novela picaresca, género literario en que el ingenio de los españoles adivinó las condiciones más principales que deben llenar las obras novelescas, según hoy afirma la novísima escuela del naturalismo literario. La observación de los hechos, la realidad de la vida como fuente y fundamento de la belleza en las obras de entretenimiento, ya sean dramáticas ó ya novelescas, ésta es la enseñanza fundamental de la escuela naturalista, y observación de los hechos y exacta pintura de la realidad de la vida se halla sin duda alguna en las llamadas novelas picarescas, que no son ni más ni menos que novelas de costumbres escritas en forma á veces festiva y otras veces satírica; y de aquí el mérito innegable de estas producciones, consideradas como documentos históricos, que es uno de los aspectos que más realza la importancia de las obras literarias. Y es común dictamen de críticos é historiadores de las letras, que *El Lazarillo de Tórmes* es la mejor de nuestras novelas picarescas, y no solamente la mejor, sino acaso la única que por la brevedad del relato, por la viveza de las descripciones, por la exacta pintura de los caracteres, puede leerse sin fatiga aún por las personas menos conocedoras del mérito

nota la fecha de la primera edición (1610), y de la única edición completa de las poesías líricas de Mendoza (1877).—*Guerra de Granada*. En la biografía que precede á la colección completa de las poesías de D. Diego de Mendoza, su autor, que, á lo que parece, es un compatriota del ilustre Ticknor, cree que por primera vez destruye el error cometido por D. Nicolás Antonio y por D. Cayetano Rosell, que fijan en 1610 la fecha de la primera impresión de este libro; pero ya se habrá visto en una nota anterior que en la *Advertencia del editor* de la edición de Valencia de 1830 se demuestra que la historia de la *Guerra de Granada* no se imprimió por primera vez hasta el año de 1627.—*Diálogo de Caronte y el ánima de Pedro Luis Farnesio, hijo del papa Paulo III*, impreso por primera vez en el tomo de la *Biblioteca de Autores Españoles* que se titula: *Curiosidades bibliográficas* (Madrid, 1855); tomo que fué dirigido por el notable escritor gaditano D. Adolfo de Castro.—*Paraphrasis in totum Aristotelem*.—*Mecánica de Aristóteles*, traducida del griego al castellano, dedicada al Duque de Alba.—*Comentarios políticos*, escritos en latín, manuscrito.—*La Conquista de Túnez*.—*Batalla naval*.

El autor de tan diversas obras bien se comprende que era digno de los elogios que tributaron á su erudición y ciencia Ambrosio de Morales, Paulo Manucio, Fr. Bartolomé Carranza y otros ilustres contemporáneos suyos. Para terminar esta nota copiaremos aquí un trozo de una carta escrita en Trento por el docto aragonés D. Juan Paez de Castro, y dirigida al historiador Jerónimo de Zurita, en cuyo trozo, ocupándose de D. Diego de Mendoza, se dice lo siguiente:

«Su erudición es muy vária y extraña: es gran aristotélico y matemático, latino y griego, que no hay quien se le pare; al fin es un hombre muy absoluto. Los libros que aquí ha traído son muchos, y son en tres maneras: unos de mano, griegos, en gran copia; otros impresos de todas facultades; otros de los luteranos; todos están públicos para quien los pide, si no son los luteranos, que no se dan sino á los hombres que tienen necesidad de los ver para el Concilio. Ha sido una gran cosa ésta, y tan grandemente dispuesta, que allende, de grandes costas que ha excusado, ha dado gran luz á todos, que ni supieran qué libros eran necesarios, ni de dónde se habían de traer.»

Se halla la carta á que pertenece el trozo que acabamos de copiar, en la obra de Dormar, *Progresos de la historia del reino de Aragón*. Creemos innecesario llamar la atención de los lectores sobre la variedad de conocimientos que requiere la formación de una biblioteca tan numerosa y tan útil como la que, según Paez de Castro, había llevado á Trento el sabio embajador don Diego Hurtado de Mendoza.

de las producciones novelescas. *El Lazarillo de Tórmes* puede ser leído con tanto placer por el más culto académico como por su iliterato cocinero; lo cual quizá no pasaría ni aún con la *Vida del Gran Tacaño*, del insigne D. Francisco de Quevedo. Y signo es de gran valía en los libros de entretenimiento que gusten á la vez á los doctos y á los indoctos, porque para que esto suceda, preciso es que reunan condiciones al parecer contradictorias; la delicadeza de expresión que á los doctos enamora, y la *pintura de efecto*, lo que pudiera llamarse el *efectismo*, que siempre alcanzará los aplausos y hasta la admiración del vulgo de las gentes.

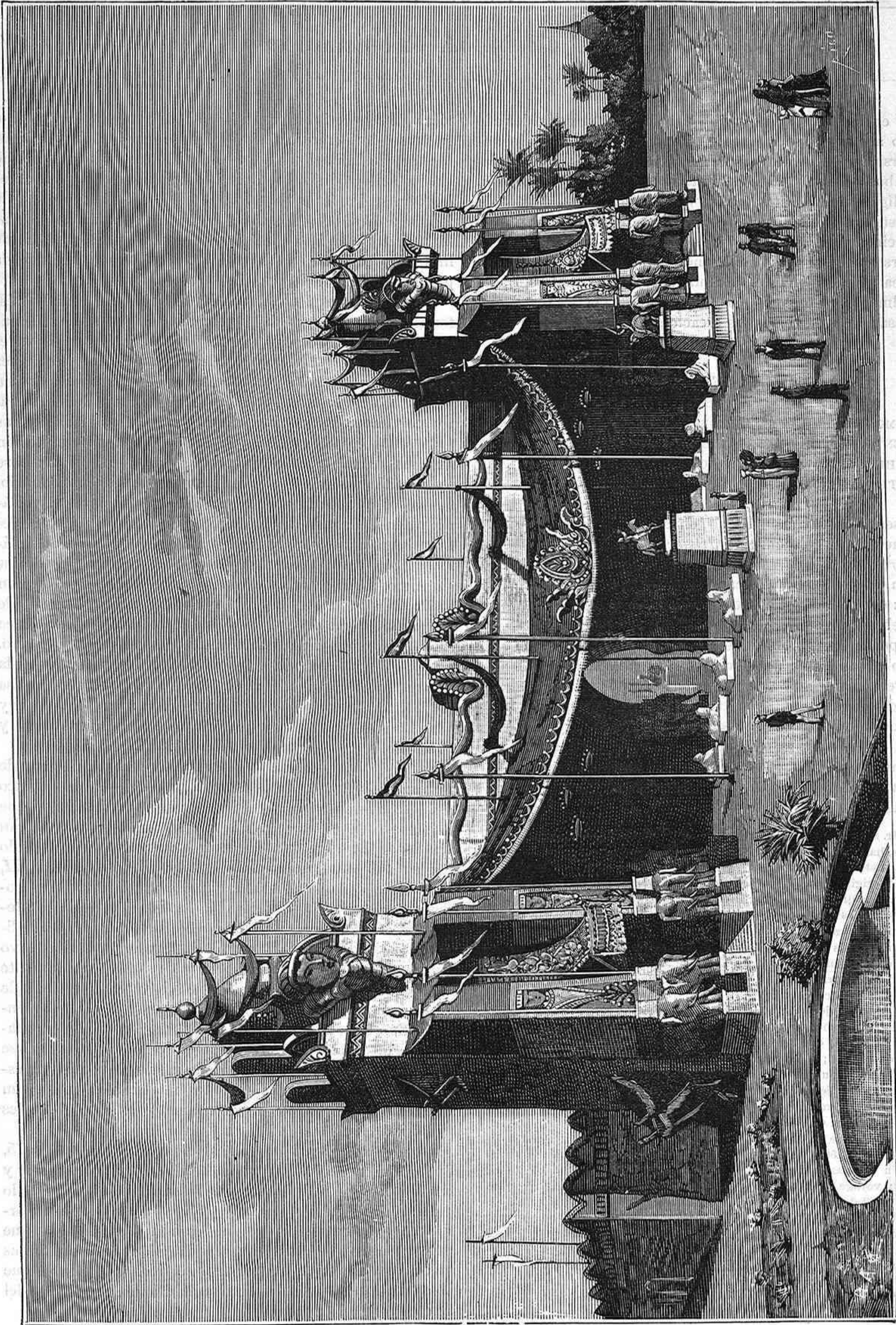
Traducido *El Lazarillo de Tórmes* á casi todas las lenguas europeas, ha colocado el nombre de su autor, D. Diego Hurtado de Mendoza, entre los primeros novelistas de su época, y así la fama del prosista ha oscurecido en parte la del poeta lírico, que, según comun parecer de sus contemporáneos, compartía con Garcilasso y Boscan la gloria de haber reformado la poesía castellana conforme al gusto italiano, introduciendo en ella el uso frecuente del endecasílabo y la imitación, más ó menos libre, de los grandes poetas griegos y latinos. No negarémos nosotros la influencia que podría ejercer Hurtado de Mendoza en los cambios verificados en el gusto poético de los ingenios españoles; sus contemporáneos cuentan á D. Diego de Mendoza entre los reformadores de la métrica castellana, y sus razones tendrían para hacerlo así; pero es lo cierto que los endecasílabos del autor de *El Lazarillo de Tórmes* son en realidad de verdad lo menos á propósito que cabe imaginar para que, mediante su lectura, se adquiriera afición á este género de metro (1).

Lope de Vega decía:—¿Qué cosa aventaja á una redondilla de D. Diego de Mendoza?—Y D. Tomás Tamayo de Vargas escribía en sus anotaciones á Garcilasso:—El ingenioso caballero D. Diego de Mendoza, ¿qué quiso decir, que no pudiese, en sus coplas castellanas? Verdad decían el Fénix de los Ingenios y el anotador de Garcilasso: usando los metros cortos es Hurtado de Mendoza un poeta fácil y generalmente correcto, pero cuando escribe sonetos ó epístolas en tercetos endecasílabos, da lástima ver profundas ideas, y hasta poéticas imágenes, encerradas en versos de insoportable dureza, ó tan flojos y desmayados, que justifican plenamente la censura que de ellos hizo D. Diego de Saavedra Fajardo en su *República Literaria*.

El ilustre historiador de la literatura española, F. Bouterwek, que siendo alemán, por más que supiese la lengua castellana, sin duda no podía apreciar todos los primores de sus formas poéticas, dice que las epístolas de D. Diego de Mendoza son superiores á las de Horacio; juicio que quizá no sea injusto si se comparan los conceptos expresados por el protegido de Mécenos con los que el embajador de Cár-

(1) Justo es decir, sin embargo, que en la época del Renacimiento no era privativo de D. Diego de Mendoza el escribir con incorrección los versos endecasílabos, pues como atinadamente observa D. Martín Fernández de Navarrete, en su *Vida de Cervantes*, al tratar de los reformistas de la poesía castellana conforme al gusto italiano, «es necesario confesar que la versificación de estos mismos innovadores (si exceptuamos la de Garcilasso) era dura y escabrosa, como se nota en Boscan, don Diego Hurtado de Mendoza y Hernando de Acuña, pues con frecuencia asonantaban una copla ó estrofa, concluían sus versos en acento agudo, ó no elegían las palabras más sonoras y corrientes, haciendo áspera la pronunciación con las repetidas diéresis y sinalefas, sin percibir cuánta armonía y rotundidad perdían sus versos por semejantes omisiones ó negligencias.»





HOLANDA. — FACHADA PRINCIPAL DEL PALACIO DE LA EXPOSICION COLONIAL DE AMSTERDAM.



los V en sus epístolas expone, pero juicio que sería de todo punto absurdo si se intentase comparar la forma, la elegante versificación de Horacio con los mal hechos tercetos endecasílabos del autor de la historia de la *Guerra de Granada*.

Coligese de lo hasta aquí expuesto, en orden al asunto de que estamos tratando, que de D. Diego de Mendoza se puede decir con justicia que es un notable pensador, que escribe en verso cuando usa del metro endecasílabo (1); y que cuando emplea los metros cortos, cuando emplea los metros tradicionalmente castellanos, es un verdadero poeta, pues sabe expresar en bella forma las creaciones de su mente.

## VII.

DE CÓMO SE ESCRIBIA LA HISTORIA EN LA ÉPOCA DEL RENACIMIENTO.—JUICIO ACERCA DE LA «GUERRA DE GRANADA», DE HURTADO DE MENDOZA.—CONCLUSION DE ESTOS APUNTES CRÍTICOS Y BIOGRÁFICOS.

Observa D. Cayetano Rosell, en la introducción del primer volumen de la colección de *Historiadores de sucesos particulares*, de la *Biblioteca de Autores Españoles*, que lo que hacían Garcilaso y Boscan en orden á la poesía lírica, á saber: considerar que el estudio y la imitación de los antiguos y celebrados vates griegos y latinos era condición precisa para poder crear obras poéticas dignas de eterna loa, esto mismo hacían los historiadores de la época del Renacimiento, que pretendían ganar el laurel de la fama póstuma, estudiando asiduamente é imitando, con más entusiasmo que cordura, las inmortales producciones históricas de Tucídides y de Xenofonte, de Tito Livio y de César, de Tácito y de Salustio. Pero así como en poesía la imitación de los *modelos escritos*—si vale la frase—sólo puede producir, por ejemplo, odas pindá-

(1) Mr. Simonde de Sismondi, en su libro *De la littérature du Midi de l'Europe*, ha traducido en prosa francesa varias poesías de Mendoza, y como en estas traducciones ha desaparecido la incorrecta versificación de las composiciones originales, conservándose los pensamientos que en ellas se expresaban, resulta que los versos de D. Diego de Mendoza aparecen menos poéticos, menos bellos que la prosa de Mr. Simonde de Sismondi. Lean los que sepan francés y castellano la siguiente traducción de un trozo de la epístola dirigida á D. Luis de Ávila y Zúñiga, y después de leída compárenla con los tercetos de la misma epístola de D. Diego de Mendoza, y se convencerán de la verdad de nuestras palabras.

Dice así la traducción citada:

«Le monde que je souhaite est tout autre, c'est un autre lieu, un autre temps que je cherche; tout mon désir est de retourner jouir du repos dans ma maison. C'est là que ma vie s'écoulera sans passion, loin du mécontentement et du trouble; là je ne servirai le roi que pour mon plaisir. Si sa clémence s'étend jusqu'à moi, s'il me donne de quoi vivre dans la médiocrité, j'en jouirai; sinon, je prendrai patience. Je me reposerai jusqu'à indulger ma paresse; je mangerai sans soucis à mes heures, je dormirai d'un sommeil libre d'inquiétudes. Cependant, j'apprendrai que les enseignes victorieuses de la flotte d'Hespérie parcourent le Levant. Les enfans, les jeunes filles, les matrones et les prêtres, toute cette troupe timide, écoutera, pétrifiée d'étonnement. Un ambassadeur de haute naissance arrivera peut-être chez moi, fatigué du voyage, et contera ses longues courses; avec le vin qu'il répandra sur la table, il dessinera sa route, il voudra narrer tous ses hauts faits, tandis qu'il cachera le but de sa venue. Par deux mille tourmens, on ne pourrait obtenir de lui ce qu'on désirerait en savoir, dût-on même creuser jusque dans ses entrailles.»

Por no alargar esta nota no copiamos los tercetos de Mendoza á que se refiere la anterior traducción; tercetos que pueden verse en el primer tomo de los *Poetas líricos de los siglos XVI y XVII*, de la *Biblioteca de Autores Españoles*.

ricas, de seguro inferiores á las odas de Píndaro, ó sátiras horacianas, de seguro inferiores á las sátiras de Horacio, así también la imitación de los historiadores de la antigüedad clásica sólo produjo, como no podía menos de suceder, obras históricas, donde la forma no se hallaba de acuerdo con la índole propia de los hechos que en ellas se narraban; obras históricas donde hasta la antigua forma que se trataba de imitar aparecía sin vida, como pálido reflejo de luz rodeada por las sombras de lo pasado.

De la censura que acabamos de formular acerca de los historiadores de la época del Renacimiento, se debe exceptuar casi siempre, según con razón afirma el Sr. Menéndez y Pelayo, á D. Diego Hurtado de Mendoza, «el cual, por haber pasado su vida, no en un claustro, ni en los bancos de una escuela, sino á todos los soles de la política y de la guerra, y por haber puesto las manos y el entendimiento en las más altas empresas de su siglo, comunicó á la imitación misma algo de personal y jugoso, y un cierto andar libre y desenfadado, émulo de la inmortal brevedad de Salustio. Á veces traduce literalmente á sus modelos, v. gr., á Tácito, en la llegada de Germánico al campo, donde perecieron las legiones de Varo; pero nunca nos parece más clásico, es decir, más empapado en el grande arte de los antiguos (que él había estudiado más directamente y con más independencia de juicio que ningún otro español de entonces), que cuando da más ensanches á la espontánea vivacidad de su natural cáustico, maldiciente y severo. Entonces sí que verdaderamente dilata los términos de la lengua castellana, con aquel decir suyo, de tan precisa rapidez y de tan enérgica condensación: finales bruscos y desgarrados, sentencias que aún parecen correr sangre y quejarse de los dientes de la sierra que las ha dividido.»

Hemos copiado los párrafos que anteceden del discurso de ingreso en la Academia de la Historia del joven catedrático D. Marcelino Menéndez y Pelayo, porque entendemos que en ellos se expresan acertadamente los méritos que avaloran el libro de D. Diego de Mendoza, que corre con el título de: *Guerra de Granada, hecha por el rey D. Felipe II, contra los moriscos de aquel reino, sus rebeldes*. En el comienzo de este libro su autor dijo lo siguiente:—«Mi propósito es escribir la guerra que el Rey Católico D. Felipe II, hijo del nunca vencido emperador D. Carlos, tuvo en el reino de Granada contra los rebeldes nuevamente convertidos; parte de la cual yo vi, y parte entendí de personas que en ella pusieron las manos y el entendimiento.» En efecto, D. Diego de Mendoza, desterrado en Granada desde el año de 1567 hasta el de 1575, puede decirse que fué testigo casi presencial de la guerra cuya historia escribió, puesto que la rebelión de los moriscos se verificó en Setiembre de 1568, y el vencimiento de estos rebeldes en 1570.

Murió Hurtado de Mendoza, como ya dijimos, en 1575, dejando inédita su historia de la *Guerra de Granada*; y esto sucedió así, no por impensado azar, sino porque es lo probable que D. Diego escribiese dicha historia con la determinación, ya tomada, de no publicarla durante su vida, que si otro fuera su propósito, hubiera mirado más en medir sus palabras y encerrarlas dentro de los estrechos límites en que cabía tratar de los asuntos de Estado durante el reinado del rey católico D. Felipe II.



El licenciado Tribaldos de Toledo, bibliotecario del Duque de Olivares y cronista mayor de Indias, publicó en Lisboa, en 1627, la primera edición de la *Guerra de Granada*, con un prólogo, que, según el uso de la época, decía: *Luis Tribaldos de Toledo al lector*, y precedida de una *Breve memoria de la vida y muerte de D. Diego Hurtado de Mendoza*, escrita por D. Baltasar de Zúñiga.

Tribaldos de Toledo, para explicar la tardanza en la publicación de la historia de la *Guerra de Granada*, escribió en el antes citado prólogo: «que es muy antiguo en el mundo el odio á la verdad, y muy ordinario padecer trabajos los que la dicen; y que del conocimiento de este principio nace que todos los historiadores cuerdos comprendan lo sucedido antes de sus tiempos, ó guardan la publicación de los hechos presentes para siglos en que ya no vivan los de quien ha de tratar en su narración.»

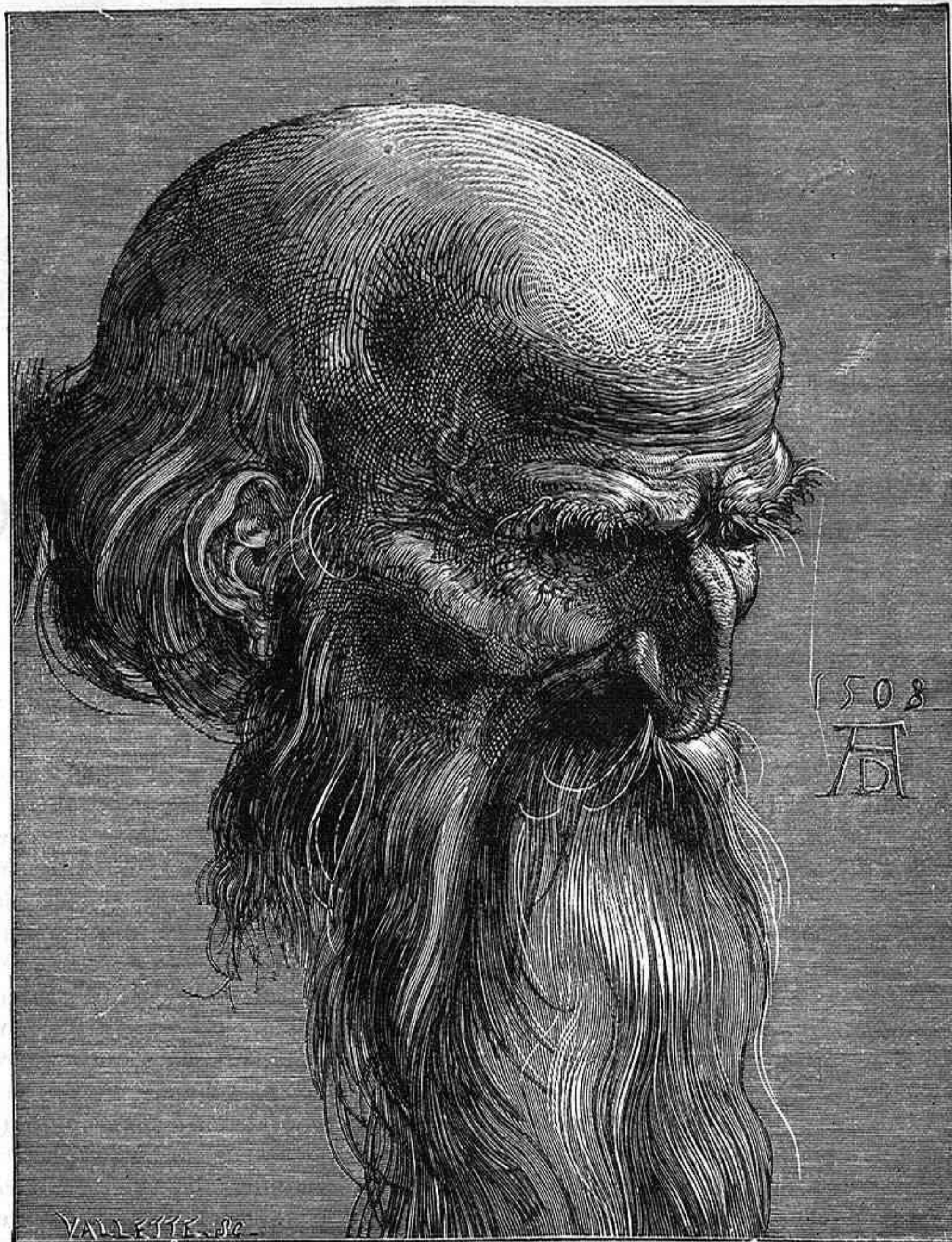
Tiempo es ya de poner término á estos apuntamientos bio-

gráficos. Varon tan eminente como D. Diego Hurtado de Mendoza requería más detenido estudio acerca de su vida y sus escritos, que el que nosotros le hemos podido consagrar en la ocasión presente. Antes de terminar queremos hacer hincapié en un punto sobre el cual ya hemos procurado llamar con insistencia la atención de los lectores durante el curso de este escrito; la grandeza del carácter y de los talentos de Hurtado de Mendoza se refleja en la variedad de sus aficiones y de sus aptitudes; variedad que en ocasiones parece engendrar cualidades contradictorias, y de esta aparente contradicción hizo gala el mismo D. Diego de Mendoza al escribir un soneto amoroso, donde, para pintar las ocupaciones de su vida, comenzaba diciendo:

Ora en la dulce ciencia embebecido,  
Ora en el uso de la ardiente espada.

LUIS VIDART.

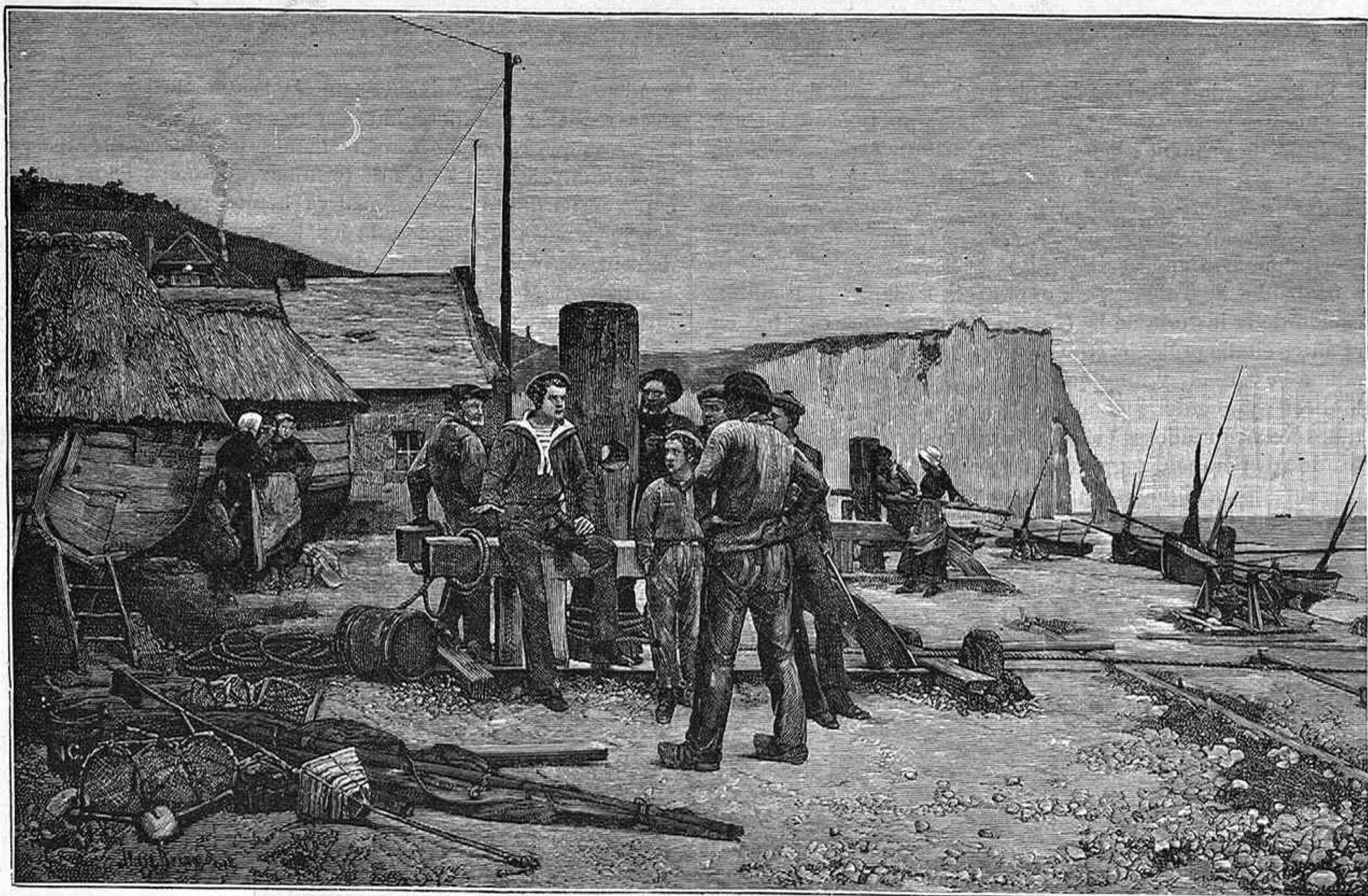
Madrid, 4 de Julio de 1883.



CABEZA DE UN APÓSTOL, POR ALBERTO DURERO.

(De la obra *La Gravure*.)





«LA NARRACION DEL MARINO.»  
(CUADRO DE H. BACON.)

## UNA CACERÍA MARAVILLOSA.

(RECUERDOS DEL RIO CAUTO.)

I.



De poca memoria gozo y voy á referir sucesos ocurridos hace diez años; háganme merced de fechas y de nombres, que así ganaremos mucho.

Como dudo interesar al lector descontentadizo, para el indulgente escribo estos recuerdos de tiempos mejores, es decir, de tiempos pasados; basta de exordio.

II.

En Junio de 1872 me dieron el mando, no precisamente de un acorazado de primer orden, sino de una lancha cañonera recién construida en la Habana.

Yo era entonces alférez de navío, y encontré mi buque espléndido.

Se llamaba la *Lista*..... Media 14 metros de eslora, 3 de manga, 1,5 de puntal é igual calado. Su máquina era de dos hélices con fuerza indicada de 24 caballos y nominal de 12; su velocidad debiera exceder de 6 millas (pero no cumplió con lo debido). Montaba un cañon de bronce rayado de 8 centímetros. Su tripulación era de 14 hombres.

Como la *Lista* estaba destinada á operar en el rio *Cauto*, plagado entonces de insurrectos, fué blindada con hierro de suficiente grueso para detener la bala de fusil. También se le dotó de planchas movilizadas y manejables que engancharon en una baranda sobre cubierta. Despues vimos que todo aquello era nulo ante los proyectiles Remington.

Desde la Habana á Manzanillo (pasando por cabo San Antonio) hay más de 300 leguas: distancia que salvó la *Lista* á remolque del cañonero *Criollo*, cuyo comandante, D. Luis Gonzalez de Oliváres, aún recordará con emocion las peripecias de aquel viajecito de *placer* que duró quince dias.



Por milagro escapamos de una catástrofe.

Una semana cumplida tuve que mantenerme con tocino crudo y galleta. El pequeño camarote de mi barquichuelo era una sucursal del Océano, donde nadaban los libros, el calzado y mi perro de Terranova.

Por fin llegamos á Manzanillo, y poco despues entré en el *Cauto*, rio de 40 leguas de curso, cuya boca dista 15 millas de aquel puerto, y cuyo nacimiento arranca de las sierras del Cobre.

### III.

El rio *Cauto* es angosto y muy profundo; sombreado en casi toda su extension por altísimos árboles de selva virgen, donde casi no penetra el sol, pero tampoco la brisa, su temperatura es sofocante en invierno, y en verano insufrible; cierto día vi caer asfixiadas algunas gallinas de Guinea en medio del rio al procurar atravesarlo.

Nada más pintoresco que aquellas márgenes, ni más insalubre; nada tan majestuoso y bello durante el día, y tan imponente y triste durante la noche. En las horas de sol animan el paisaje innumerables pájaros de diversos tamaños y colores, desde la garza real á la cotorra, desde el ave de rapiña á la perdiz, y surcan las verdosas aguas el cocodrilo y la gicotea (especie de tortuga). En las horas de tinieblas interrumpen el natural silencio los mugidos del toro salvaje, los aullidos del perro gíbaro y otros ruidos extraños é indefinibles.

La mayor anchura del rio no llega á 100 metros, y sus tornos y revueltas, sembrados de troncos sumergidos, hacen peligrosa la navegacion. En todo su primer tercio, ó sea hasta donde alcanza la manigua, hay plaga de mosquitos. Una noche que decidí fondear cerca de la desembocadura en espera de una balsa con insurrectos, fué mi gente acribillada de tal modo, que toda se arrojó al agua ocho ó diez veces; así pues, los pequeños insectos se posesionaron del barco en absoluto.

Yo tenía á bordo á un cabo de mar, con carácter de contramaestre, que era una alhaja: jóven, fuerte, trabajador, enérgico y entendido á fuer de valenciano; se llamaba Baeza. Confieso que en diez y seis años consecutivos de vida de buque no he encontrado otro que le igualara.

Baeza fué el único hombre de la tripulacion de la *Lista* que salió conmigo del rio *Cauto*; todos los demas murieron en él.

Si, allí murieron no solamente los que componian la tripulacion primitiva, sino los enviados por su desgracia para cubrir las vacantes; así como tambien la casi totalidad de los que sucedieron á estos últimos.

¡Y si entónces hubiera terminado la terrible renovacion! Pero, por más que sorprenda, fué verdad tristísima que tambien sucumbieron los que podrian considerarse como tercera *tanda* (1).

Esto produjo horror en el Apostadero, y como medida salvadora me enviaron una tripulacion de negros y de ma-

(1) El cañonero *Martin Alvarez* (mandado por D. Joaquín Lazaga), que tambien estuvo algun tiempo operando en el *Cauto*, llegó á contar á veces con sólo cuatro ó cinco hombres hábiles entre los 40 que componian su tripulacion.

nilos. En efecto, fué acertado; pues sólo una tercera parte pagó con la vida su estancia en el rio.

Las fiebres en primer término, el tifus y hasta el cólera, eran azotes tan terribles como inevitables. No bastaba salir del *Cauto*, que así lo hacia yo á menudo para llevar los enfermos al hospital de Manzanillo. A bordo de mi lancha no habia médico, ni era posible que lo hubiera; ni medicamentos de ninguna clase; cierto que la mejor botica habria sido tan inútil como un libro en japonés.

Allá en el fondo del rio, donde comienza á ser navegable, se hallaba (y se hallará) un pueblecito llamado *Cauto el Embarcadero*; en él acuartelaba un batallon de cazadores: el batallon de Antequera.

Aquel punto, distante unas 60 millas de la boca, era el que más frecuentaba yo para dejar enfermos y hacer viveres. Tambien solia visitar un fuerte, situado entre dicho pueblo y la desembocadura, en el que existia un corto destacamento. Se llamaba el *Guamo*.

*Cauto el Embarcadero* y el *Guamo* eran, pues, los únicos lugares donde hallaba socorros y gente amiga.

Todas las orillas estaban desiertas, ó debian estarlo, pues mis instrucciones mandaban hacer fuego sobre cualquier persona que alcanzara á distinguir.

### IV.

¡Cuán cierto es que el sentimiento se embota ó se adormece! Yo me habia acostumbrado á ver cómo desaparecian los hombres de mi cañonera, y con rubor lo confieso, encontraba muchas horas de encanto en aquellas agrestes márgenes, en aquel silencioso y magnífico bosque, atravesado por una larga cinta de agua verde y tranquila, cual fácil camino abierto por la industria más bien que por la Naturaleza.

La pasion por la caza me enloquecia. ¿Dónde pudiera ejercitarla con más latitud? Desde el tierno pajarillo á la sabrosa gallina de Guinea solicitaban constantemente el tiro de perdigones; y no de tarde en tarde un tiro de bala, el jabali, el toro, el caiman y (Dios me perdone) el hombre, el insurrecto, que aparecia entre los árboles sólo el instante preciso para disparar su fusil y lanzarnos una carajada ó una blasfemia.

Así es que, por lo comun, navegaba yo sentado á proa sobre cubierta con la escopeta Lefauchaux á un lado y el rifle Spencer á otro, los que debidamente empleaba segun se ofrecian á la vista ejemplares de caza menor ó de caza mayor. Imagínese bien el poco cansancio con que caminaba muchas leguas, y lo abundante y variado de las piezas que recogeria.

En las instrucciones oficiales se me recomendaba mucha movilidad, y á fe que las cumplia concienzudamente. El tránsito del rio por las partidas insurrectas era tanto, que diariamente hallábamos y destruíamos dos ó tres balsas. Algunas llegué á distinguir con *cargamento*; pero de súbito, *todo* se arrojaba al rio, y en cuatro brazadas ganaban el bosque. Sorprenderlos era imposible; el ruido de la máquina se oia á enorme distancia en aquel desierto. Sin embargo, mucho lográbamos, porque el constante deshacer balsas (alguna de 200 piés de superficie) dificultaba en extremo al enemigo la frecuencia del paso.



Mas como no es mi propósito referir hechos de guerra ni escaramuzas, sino episodios de caza, á éstos voy á concretarme.

Yo era el proveedor *egoista* de la cocina de á bordo (1). Los marineros disfrutaban de manjares que no desdeñaría un gastrónomo cortesano. Hé aquí el *menú*:

Sopa de gicotea ó de cangrejos.

Frito de pajaritos ó de patas de cerdo gíbaro.

Pescado de várias especies.

Guisado de gallina de Guinea, ó garza con arroz, ó ternera con patatas.

Asado de vaca ó toro (á la parrilla).

Postres: frutas de guayaba y de coco.

Sólo por excepcion comiamos *hutias* ó *jutias* (especie de rata

(1) Algunas veces, por encargo de los destacamentos que pedían carne fresca, nos reuníamos las tripulaciones de mi lancha y la de otra igual (la *Vira*, destinada también al río), y dábamos grandes batidas á las reses vacunas: en cierta ocasion se cobraron siete toros magníficos.



enorme que sabe á conejo). Este animal abunda allí extraordinariamente, y se le halla siempre encaramado á los árboles. Su caza es facilísima. Jamas huye; puesto un cazador al pié del árbol le puede disparar veinte tiros, hasta que herido ó muerto cae pesadamente.

Las gallinas de Guinea levantan el vuelo cuando se les acosa en tierra; pero si el bando está posado y repartido en las ramas de un árbol frondoso, en él permanecen aunque se les fusile; así he matado sucesivamente ocho ó diez gallinas. No respondo que sea regla general, pues casi siempre he herido á esta clase de aves ó peonando en los claros del bosque, ó de tenazon al levantar el vuelo.

Las garzas y otros muchos pájaros acuáticos, cuyos nombres he olvidado, revoloteaban por las orillas; para cobrarlos me servía á la perfeccion un magnífico perro, legítimo de Terranova, que habia adquirido en el muelle de la Habana, presintiendo su mucha utilidad.

Dik era su nombre. Cierta vez una garza herida le dió tan fuerte picotazo cerca de un ojo, que por poco se lo vacía. Desde entónces anduvo muy reacio y precavido en el desempeño de sus funciones.

Dik tenía la costumbre de arrojarse al agua en persecucion de los caimanes que aparecian cerca del barco. Su audacia era digna de mil laureles, y como la bala de mi rifle heria ó espantaba al terrible anfibio ántes de que lo alcanzara el perro, Dik regresaba siempre lleno de orgullo por su victoria. La confianza en sí mismo llegó á ponerlo en riesgo grave. Un dia, estando yo en la cámara, oí los ladridos de Dik, su caída al agua, y á poco las voces de Baeza, que pedía una carabina; subo y llego en el momento de ver al perro que mordía una pata del caiman; vuélvese éste con las mandíbulas abiertas y las clava en el hocico de Dik. Entónces disparé, destrozando el cráneo del anfibio; éste murió y Dik continuaba preso, chillando como un condenado; hubo que ayudarle á desprenderse, y en seguida curarle un labio partido y una oreja rasgada.

Dik no echó en saco roto la suave advertencia; en lo sucesivo le enardecía muchísimo ménos la presencia de los caimanes, y aún diríase que le era poco grato hasta el olor á almizcle que los denuncia. Jamas volvió á perseguirlos.

La caza del caiman es muy sencilla. Una bala cónica atraviesa su coraza como si fuera de papel; dudo que el cocodrilo del Nilo sea impenetrable á tales proyectiles; las dimensiones de aquél exceden á las del caiman de las Antillas, pero no mucho, pues entre los 30 ó 40 de estos reptiles que he matado, algunos median más de tres metros de longitud.

## V.

Pero ni la caza del caiman, ni la del cerdo salvaje, ni la del toro son dignas de recordacion, á pesar de los lances curiosos (para los cazadores) que en ellas ocurrieron, singularmente con uno de aquellos últimos animales.

En cambio, juzgo de interes grandísimo, por sus peripecias y originalidad, una cacería que realicé, y sobre la que hasta ahora no he visto, oído ni leído cosa que se le parezca.





TIPOS DE LA AMÉRICA DEL SUR.—DAMA CHILENA EN TRAJE DE MISA.

(De fotografía.)



Creo que los verdaderos aficionados me agradecerán les haga una relacion de ella, rigurosamente histórica y perfectamente exacta.

En uno de mis viajes de *Cauto* á Manzanillo supe que los tiburones estaban haciendo estragos en la rada; que aparecian por debajo del muelle de madera, que rondaban de continuo al rededor de los buques; que algunos dias ántes habian devorado á un hermoso perro, y poco despues, partido por mitad á un pobre muchacho, negrito, de catorce años.

Los tiburones solian verse entre dos aguas é imponian terror por sus dimensiones. Concebí la idea de pescarlos, mas no tenía á bordo un currican de bastante resistencia, y marineros del puerto habian empleado aquel medio inútilmente.

Pero es el caso que cada vez que yo veia pasearse á los tiburones en libertad me cegaba la ira, y (véase qué extraño efecto) llegué á sentir hácia ellos un ódio feroz y un deseo ardientísimo de exterminarlos.

Resuelto firmemente á conseguir este propósito, quedé más tranquilo, pues sé por experiencia que casi siempre *querer es poder*. Desde luégo decidí no regresar al *Cauto* por entónces, y cada dia practicaba alguna idea poco feliz.

Una tarde maté á un gran cocodrilo en un riachuelo cercano, é imaginé ponerlo de cebo á los tiburones; hícelo así amarrándolo fuertemente y atando la cuerda á un poste de la punta del muelle.

Yo me coloqué allí de centinela con mi rifle.

El cocodrilo muerto no enseñaba más que la prolongada cabeza y permanecia perpendicular.

Trascurrió media hora.

De pronto la cuerda dió un tremendo estrechazo; el agua se removia furiosamente, trocándose en fango puro; una lucha de gigantes parecia entablada bajo la superficie, y por momentos aparecia ante mis ojos un lomo negruzco ó una aleta blanquecina. El tiburón habia hecho presa del caiman y procuraba partirlo ó arrancarle un trozo.

—¡Esa carne es muy dura!—decia Baeza, que estaba á mi lado.

Yo esperé uno de los instantes en que el tiburón descubria el lomo y le *planté* un balazo.

Inmediatamente cesó la lucha y el ruido: todo quedó en calma. Miré y nada distinguí; sondé y no hallé más que el fondo. El caiman habia desaparecido y tambien el tiburón.

Yo no abrigaba duda que habia herido al escualo, pues casi le tocaba la boca de mi rifle; si hubiera huido, se lo hubiera visto alejar; si hubiera muerto, allí, en el fondo debería hallarse, y no se le encontraba.

Traté de convencerme y salí en un bote con tres marineros para explorar un buen espacio.

En el sitio del disparo la profundidad no llegaba á dos brazas y á traves del agua se distinguia el fondo vagamente. Despues de algunos minutos de pesquisas, vimos un enorme cuerpo gris que reposaba en el fango.

Era el tiburón, tendido boca arriba y sin ningun movimiento. Otro enorme escualo se hallaba reconociéndolo, al parecer, y al fijarse en nosotros se alejó.

Todos lanzamos un grito de alegría.

—Es preciso extraerlo y llevarlo sobre el muelle—le dije á Baeza.

Éste procuró enganchar el largo bichero (1) en una aleta del escualo. Fué muy sencillo, y entre los tres hombres empezaron á cobrar del bichero y subir el tiburón á la superficie. Como todo cuerpo sumergido pierde de su peso el del agua que desaloja, elevábamos aquél sin trabajo á pesar de que media seis metros de extension.

Cuando la gente que ocupaba los muelles vió aparecer al terrible escualo, rompió á palmotear y á decirme que lo llevara hasta ellos para sacarlo del agua.

Ese era mi propósito; mas de repente el bote sufrió un vaiven que casi lo vuelca; el mortecino tiburón habia revivido y daba fuertes coletazos.

Baeza, que tenía agarrado el bichero, pidió auxilio, y los otros dos hombres corrieron á ayudarle; así los cuatro nos agrupamos á proa, yo con el rifle y los demas asidos al bichero con todas sus fuerzas.

El tiburón arrancó como una flecha, arrastrando el bote hácia fuera del puerto.

Corria con tal velocidad, que la proa (ya sobrecargada) iba casi debajo del agua.

Yo temia que el bichero se desprendiese, mas estaba profundamente clavado en la aleta; preciso era que los marineros no lo abandonáran.

—¡Apretad los puños, cuidado con soltar!—gritaba yo.

—¡Primero me cortan las manos!—respondia Baeza.

—¡No hay cuidado, mi comandante!—decian los demas, duplicando sus esfuerzos.

Miéntas, yo disparé sobre el tiburón, que aceleró su marcha (2).

El rifle Spencer contiene siete cartuchos que pueden consumirse en dos minutos; preparé el segundo é hice fuego.

El escualo tampoco se detuvo, y el bote seguia anegándose y los borbotones de agua nos habian empapado de piés á cabeza, sin aplacar nuestra sed de persecucion. Los del muelle daban gritos que no podiamos comprender. Sin duda celebraban lo curioso del espectáculo.

No hay en el mundo una nave que haya corrido sobre el mar con tanta rapidez como nuestro bote, remolcado por el enorme tiburón.

Un tercer disparo tambien fué ineficaz. Sentí impulsos locos de echarme con un cuchillo sobre aquel lomo tragalbas.

Los marineros jadeaban de cansancio. Un minuto más y el escualo se marcha con el bichero.

—¡Baeza—grité—si se escapa te mato!

—No habrá lugar, señor; el tiburón va muerto.

—Pero corre.....

—Es que lleva mucha *arrancada*—respondió gravemente.

Al fin dí con un medio eficaz. Puesto un pié sobre la borda y otro sobre el hombro de Baeza, dominando mucho mejor al enemigo, le lancé el cuarto proyectil.

Entónces el tiburón se detuvo y comenzó á descender.

Ya era nuestro. Un quinto tiro lo dejó totalmente exánime y se pudo remolcar.

(1) Palo fuerte y flexible, de tres á cinco metros de longitud, que termina en un hierro de punta y un gancho; sirve en las embarcaciones menores para atracar y desatracar.

(2) Siempre que recuerdo esta aventura le hallo mucha analogia con la del famoso globo de Julio Verne remolcado por un elefante.



En el acto le pasamos unos cabos ó cuerdas por el cuerpo, y una vez seguros de no perder la presa, se achicó el bote, que estaba casi anegado.

En seguida lo llevamos al pié del muelle. Allí fué recibido con atroz algarabía por el pueblo y los soldados de la guarnición, que apoderándose de las cuerdas, subieron al terrible pez.

Sobre las tablas del muelle lo descuartizaron en pocos minutos, y cada hombre se llevó un trozo de aquella carne dura, coriácea é indigesta. En vano les grité que no se comía, que casi no se mascaba; ¡ inútiles clamores!

Aun ignoro las consecuencias.

No se crea que yo quedára contento al ver á mi *enemigo* hecho jigote.

Faltábame el *otro*, no ménos grande y temible, que habíamos visto reconociendo al herido.

Seguramente aquellos dos eran autores de todas las fechorías ejecutadas en el puerto. Destruyéndolos, éste se hallaría libre de malos huéspedes, es decir, hasta que lo invadieran otros barateros de su jaez.

Sobre el muelle no quedaba más que la enorme cabeza del escualo.

Contemplándola se me ocurrió ponerla de cebo, como habia hecho ántes con el caiman, y aunque *nunca segundas partes fueron buenas*, en este caso resultó inmejorable.

Á poco de echarla al agua fué cogida por el otro tiburón. Lo mismo que anteriormente, hice fuego sobre el lomo á boca de jarro, y quedó mal herido en el fondo, cerca de un pailebot.

Desde allí lo enganchamos con el bichero, se atrajo hasta la superficie y se envasó con rapidez. Sólo en los momentos de *levantarlo* fuera del agua comenzó á agitarse y á dar terribles coletazos en el aire.

Le encajé tres tiros, y ya muerto se introdujo á bordo.

Allí le abrieron el vientre, hallándosele un tiburoncito muy bien formado, que vivió cuatro dias en una tina con agua.

De este modo extraordinario y original exterminé á la *amable* familia. Quiere decir que si alguna vez caigo al agua y me come uno de estos peces feroces, no habrá sido impunemente.

El que sepa lo difícil que es apoderarse de un tiburón; lo duros que son para morir; lo temibles dentro y fuera del agua, y la astucia que poseen para librarse del cebo; no prestará mucho crédito á mi relato (1).

(1) De las obras completas de Buffon, tomo XXVIII, *Historia Natural de los cetáceos y de los peces*, por el Conde de La Cépède, transcribo los siguientes curiosos datos sobre el tiburón:

« Este formidable escualo llega hasta una longitud de más de diez metros; pesa algunas veces más de mil libras, y estamos muy distantes de poder afirmar que es exagerado el aserto de los que han pretendido que se habia pescado un tiburón cuyo peso excedió de cuatro mil libras.

» Pero la magnitud no constituye su único atributo; recibió además una fuerza prodigiosa juntamente con armas mortíferas, y tan feroz como voraz, impetuoso en sus movimientos, ávido de sangre, é insaciable en la matanza, es realmente el tigre del mar. Busca sin temor á sus enemigos, los persigue con más obstinación, los ataca con más denuedo y los combate con mayor encarnizamiento que todos los demás habitantes de las aguas. . . .

» Terrible, aunque se le haya agobiado de cadenas, luchando violentamente para quebrantarlas, conservando un gran vigor aun cuando esté completamente bañado en sangre, y pudiendo con sólo el impulso de su cola esparcir la desolación en torno de él, cuando ya está próximo á espirar,

Afortunadamente el lance tuvo mil testigos de vista. La maravillosa cacería de los tiburones fué objeto de conversacion en todas las casas de Manzanillo, y yo podría probar plenamente la exactitud de sus puntos, si en ello ganára algo, por ejemplo: una apuesta contra cualquier incrédulo.

¿ por ventura no es el más formidable de todos los animales, á los que no concedió la naturaleza armas ponzoñosas? El tigre más furioso, en medio de las arenas abrasadas por los rayos perpendiculares del sol, el cocodrilo más colosal en las costas ecuatoriales, la serpiente de mayor magnitud en los desiertos africanos, ¿ deben inspirar tanto temor como un enorme tiburón en medio de las olas agitadas? . . . . .

» Algunas veces la escasez de alimentos más sustanciales les obliga á contentarse con *sepias*, moluscos ó gusanos marítimos, pero los mayores animales son los que busca con más ardor, y á consecuencia de la perfección del olfato, así como de la preferencia que da á las sustancias cuyo olor es más fuerte, se apresura á lanzarse donde quiera que haya cuerpos muertos de peces ó cuadrúpedos y cadáveres humanos. Sigue, por ejemplo, á los buques negreros, que, á pesar de las luces que esparció la filosofía, de la voz del verdadero interés, y el grito indignado de la humanidad ultrajada, salen aún de las costas africanas. Digno compañero de tanto cruel conductor de estas funestas embarcaciones, las escolta con constancia, las sigue con tesón hasta los puertos de las colonias americanas, y mostrándose sin cesar al rededor de los bajeles, agitándose en la superficie del agua, y por decirlo así, con su boca siempre abierta, espera con ansiedad los cadáveres de los negros que sucumben bajo el peso de la esclavitud ó de las fatigas propias de tan largo tránsito. Se ha visto uno de estos cadáveres de negro ahorcado en la extremidad de una verga que distaba más de seis metros sobre el nivel del agua del mar, y á un tiburón hacer varias tentativas hasta alcanzar el cadáver, conseguirlo por último, y despedazar sin temor cada uno de sus miembros. ¿ Qué energía en los músculos de la cola y de la parte posterior del cuerpo no debemos suponer para que un animal tan voluminoso y tan pesado pueda elevarse como un dardo á tan considerable altura! ¿ Qué prueba del vigor que hemos creído debíamos atribuirle! Y en vista de esto, ¿ pudiéramos poner en duda los demás rasgos que acreditan la voracidad de los tiburones? Y todos los navegantes ¿ no saben el peligro que corre un pasajero que cae al mar cerca de los parajes más infestados por estos animales? Si procura salvarse á nado, no tarda en verse cogido por un tiburón, que violentamente lo hunde en el agua. Si se llega á arrojarle una cuerda de socorro, levantándole así por encima de las olas, se lanza el tiburón y se vuelve con tanta prontitud, que á pesar de tener la abertura de la boca debajo del hocico, detiene al desgraciado, que ya se creía libre, lo desgarrá completamente y lo devora delante de sus compañeros horrorizados. . . . .

» Pero ¿ cuál es el medio que puede emplearse con buen éxito para librar á los mares de un escualo tan peligroso?

» La pesca.

» Se prefiere para esto que el tiempo esté en calma, y en algunas costas, tales, por ejemplo, en las de Islandia, se espera á que lleguen las noches más largas y más oscuras. Se prepara un anzuelo cebado generalmente con una gran porción de tocino y se ata á una cadena de hierro larga y fuerte. Si el tiburón no está muy hambriento se acerca al cebo, gira alrededor, lo examina, por decirlo así; se aleja, vuelve de nuevo, comienza á tragarle, y desprende por último su boca ya ensangrentada. Si entonces se mueve el cebo, como si se quisiese sacar del agua, sus apetitos se reaniman, su avidez se exalta, se arroja sobre el cebo, lo traga con ansiedad y procura hundirse en los abismos del Océano; pero como se siente detenido por la cadena, hace esfuerzos violentos para arrancarla y llevarla en pos de sí: como no puede vencer la resistencia que se le opone, forcejea, salta, se pone furioso, y segun se dice, procura vomitar todo lo que ha tomado y vaciar en cierto modo su estómago. Cuando ya se agitó por mucho tiempo y sus fuerzas principian á debilitarse, se tira de la cadena de hierro hácia la costa ó hácia el buque pescador, á fin de que la cabeza del escualo se presente fuera del agua: entonces se le tienden cuerdas con nudos corredizos para oprimir su cuerpo fuertemente, y con más particularidad hácia el origen de la cola, y despues de haberle así rodeado de cuerdas se tira de él completamente para trasportarle á la embarcación ó á la playa, donde sólo se acaba de matar tomando las más exquisitas precauciones contra su terrible mordedura y los golpes que con su cola puede dar.

» Ultimamente, es muy difícil privarle de la existencia, pues resiste, sin exhalar el último aliento, á la acción de las más profundas heridas, y aun mucho despues de haber espirado, las diferentes partes de su cuerpo manifiestan todos los indicios de una excesiva irritabilidad. »



## VI.

He dicho que no quiero referir episodios de guerra, pero antes de terminar estos apuntes de mi estancia en el río *Cauto*, debo enviar un saludo cariñoso á los entónces oficiales del valiente batallon de Antequera, algunos muy conocidos y apreciados hoy en la república literaria, como el escritor D. Felipe Ovilo y el poeta D. Adelardo Calle. También era un publicista muy distinguido el ya difunto coronel que mandaba aquel batallon, D. Nicolás Castor de Caunedo.

Con ellos tuve la gloria de compartir las fatigas y los trabajos de una expedicion que duró seis dias, recorriendo cuarenta leguas de un territorio por donde hacía mucho tiempo no transitaba ningun soldado.

Raro parecerá que yo abandonára el buque para seguir á la tropa en tan larga expedicion, mas la cosa fué muy *correcta*: persiguiendo un dia una balsa á toda fuerza de máquina, saltó en cien pedazos la tapa del cilindro; atraqué entónces á *Cauto el Embarcadero* para remediar la avería (que inutilizaba la cañonera durante una semana), y enterado de que el batallon salia á operar, puse un oficio al Jefe de la Division naval notificándole que iba á unirme á los expedicionarios con algunos marineros, medio que se me ofrecia de prestar servicios al país miétras el buque se hallaba inútil.

Dejé, pues, muy recomendado á Baeza el mayor celo y al maquinista la compostura del cilindro.

Poco ántes de salir y miétras me colgaba el machete y

recogia cartuchos, exclamé en voz alta para mí mismo, recordando á Paul de Kock:

— Vamos allá. ¡Ahora tengo mi liebre!

— ¿Una liebre aquí, mi comandante? — repuso Baeza asombrado.

— Aun no; pero la traeré; es mi secreto: por ella vine al *Cauto*.

Seis dias despues habia yo regresado al cañonero sin la más pequeña novedad. En las cuarenta leguas que recorrimos, hallamos dos veces á las partidas insurrectas y las derrotamos completamente. La más numerosa (de 500 hombres) en los montes de *Curaito*, y la menor en *Laguna de Indios*. Entónces supe apreciar todo el valor y el sufrimiento de nuestras tropas, y más particularmente de la veterana que componia el batallon de Antequera y su caballerosa oficialidad.

Cuando entré abordo, me dijo Baeza con malicia.

— ¿Y la liebre, señor?

— La traigo en el bolsillo: ¡no lo dudes!

Poco despues dejé el mando de la *Lista*, porque me hablaba muy mal de salud, y vine á España.

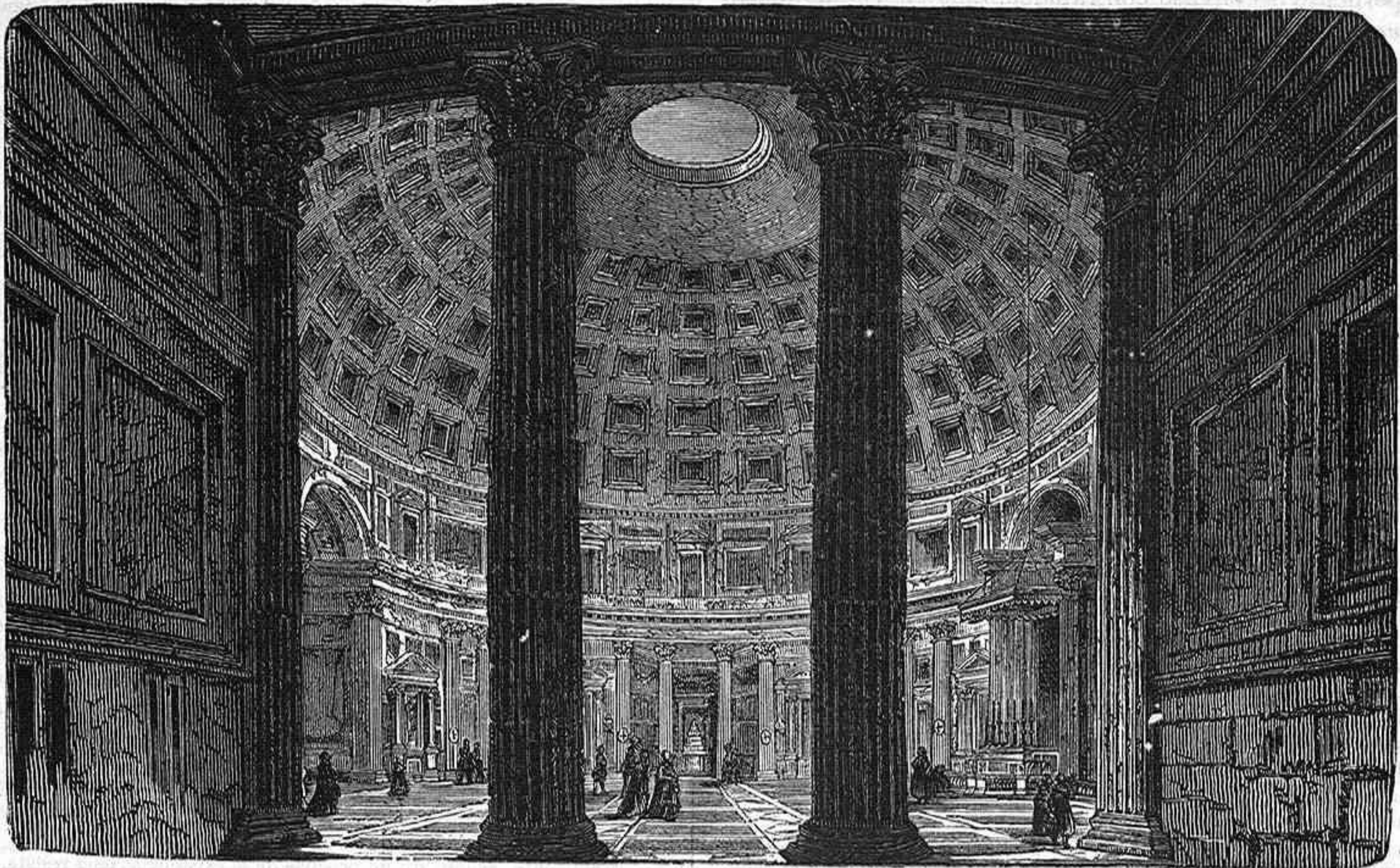
Trascurridos algunos meses me concedieron el empleo de capitán de ejército, por las operaciones en el *Cauto*. . . .

Pero ¿qué habrá sido del honrado Baeza?

Hubiera visto la *liebre* que yo perseguia.

PEDRO DE NOVO Y COLSON.

Madrid, 5 de Julio de 1883.



ROMA.—INTERIOR DEL PANTEON



## Á MI AMIGO EL POETA VELARDE.

Feliz te escribo, de mi dicha cierto,  
Al arribar, al fin, ¡oh dulce amigo!  
Del santo hogar al suspirado puerto.

En él mi suerte está; yo lo bendigo:  
¡Bien hallada la costa que me espera  
Brindándome al llegar calma y abrigo,

Para formar mi nido en su ribera,  
Como el ave en la selva florecida,  
Al lado de mi dulce compañera,

Ya tiene empleo mi agitada vida  
En la paz de este hogar; paz venturosa,  
Cuanto más ignorada, más querida;

Donde el cansado espíritu reposa  
Sin la sed de ambición rebelde y brava  
Que en la lucha del siglo nos acosa.

Rompa el orgullo del deber la traba  
Y arrastre al hombre con soberbio anhelo  
Por una senda, del error esclava,

Dejándole la duda por consuelo,  
Sin amparo, sin luz, sin fe, sin guía,  
Sin la suprema aspiración al cielo.

Busque ese amor fugaz, que dura un día,  
Quien no sepa, por cándido ó vehemente,  
Que no es amor el que logrado hasta.

Siga del mundo la veloz corriente  
Quien anhele la dicha transitoria  
Del triunfo que persigue locamente;

Tal vez mande, cual sierva, á la victoria;  
Mas tal vez en el pecho ó en las manos  
Se clave las espinas de la gloria.

Del mundo loco los placeres vanos  
Queden por siempre atrás; que la conciencia  
Halla goces más dulces y más sanos.

¿Qué debo de ese mundo á la experiencia?  
Helando sin piedad mis ilusiones,  
No me dió en su lugar ni una creencia;

Y al cabo, ¿qué logré con sus lecciones?  
¡Sólo olvidar lo que aprendí en la cuna  
Entre besos y sueños y oraciones!

Cortesano servil de la fortuna,  
Con todos mis placeres ha gozado;  
Mis lágrimas..... ¡jamás enjugó una!

Y escéptico, procaz y degradado,  
Siempre le vi pidiendo al poderoso  
La protección que debe al desgraciado.

Mas ¿quién recuerda el vendaval furioso  
Cuando el iris dibújase en el cielo  
Y surge el sol del porvenir dichoso?

¿Qué más compensación, qué más consuelo,  
Que el muro de mi hogar, que me defiende  
De torpe envidia y punzador recelo?

No es el amor que en público se vende  
El que en torno de mí canta y anida  
Y sus alas blanquísimas extiende.

Manantial de ternura bendecida,  
Se temple en el dolor y se ennoblece,  
La virtud y el respeto son su vida,

Da brío en el trabajo, que enaltece,  
Animo al que vacila en la pelea,  
Fuerzas al que en la lucha desfallece,

Y con la fe del mártir en su idea,  
Ni le arredra el dolor, ni teme al llanto,  
Ni se dobla su fuerza gigantea.

Abrazado al deber en lazo santo,  
Jamás en su misión duda un segundo,  
Ni el sacrificio le produce espanto;

Y el sacrificio, por amor fecundo,  
Alienta al corazón, llena la vida,  
Señala al cielo y embellece el mundo.

¡Oh dulce paz soñada y conseguida,  
Contigo, hasta el dolor juzgo dichoso;  
Sin tí, la misma dicha me intimida!



Ya el trabajo no es hoy yugo ominoso,  
Porque al cesar me espera confiada  
La que me ofrece bienhechor reposo.

¡ Ah, cuán dulce imagino la velada  
Allá en la noche del invierno frío,  
De cierzos y de nieves azotada !

Léjos el viento bramará bravío  
Y arderá en la espaciosa chimenea  
El leño, que dió frutos en estío ;

El fuego, que se aviva y culebrea,  
Se enroscará sobre la seca rama,  
Que al sentirse abrasar chisporrotea,

Y miéntras una cruje y otro brama,  
Vence el fuego voraz y el leño cae  
Envuelto en los penachos de la llama.

Junto al fuego, que al par templa y distrae,  
Nos juntará, con íntima delicia,  
La profunda pasion que nos atrae.

Allí la confidencia y la caricia,  
La esperanza feliz mal encubierta,  
De la ilusion la virginal primicia,

El placer, el afan, la dicha cierta.....  
¡ Ah, qué hermoso es soñar ! ¡ Bendito el sueño  
Que sólo en brazos del amor despierta !

¿ Hay porvenir más grato y halagüeño ?  
Aun tal vez nos lo guardé la fortuna  
Si Dios bendice nuestro afan risueño,

Y al colmar nuestras dichas una á una,  
El ángel que en su nombre nos envia  
Baja á llenar la venturosa cuna.

Ya mi sér se estremece de alegría  
Pensando cuando el dulce pequenuelo  
En sueños con los ángeles sonria,

Y de sus ojos entreabriendo el cielo,  
Le aparte cuidadoso de la frente  
La rizada guedeja de su pelo.

Tal vez ya me extravió locamente,  
Mas déjame soñar que está á mi lado,  
Aunque sufras creyéndome demente.

Yo lo conozco, sí, yo lo he soñado;  
Yo he visto en amoroso desvarío  
Circular por su rostro nacarado

La sangre que heredé del padre mio,  
Junta con la que late por las venas  
Del dulce sér, mitad de mi albedrío.

Mas ¡ ah dolor, cuán pronto me encadenas !  
Las dichas que han de ser luz de mi historia,  
Al nombrar á mi padre ya son penas.

Ni el noble anciano mirará mi gloria,  
Ni el hijo mio sus palabras sanas  
Grabará para siempre en su memoria,

Ni yo veré con dichas más que humanas,  
Juntos y unidos en abrazo estrecho  
Tan blondos rizos y tan nobles canas.

Mas siempre al estrechar contra mi pecho  
A ese sér de mi sér, que el alma ansía,  
En suspiros y lágrimas deshecho,

Le hablaré de mi padre cada dia,  
Y entónces él sabrá por mi cariño  
Lo que el honrado viejo me queria.

Y con voz trabajosa y sin aliño,  
El venerado nombre de su abuelo  
Será el primero que pronuncie el niño,

Y rezará por él, con firme anhelo,  
Esa pura oracion de la inocencia  
Que ya sabe el camino que va al cielo.

En su ejemplo formando su existencia,  
Le enseñaré desde su edad temprana  
La senda del honor y la conciencia,

Y ayudando á mi empresa soberana,  
Su madre verterá sobre la cuna  
La dulce esencia de la fe cristiana.

Con ella, despreciando la fortuna,  
Caminará seguro por el mundo  
Si su vaiven constante le importuna,

Y unidos siempre por amor profundo,  
Podré pensar, mirándole á mi lado  
Cuando cierre mis ojos moribundo,

Que dejo en él mi nombre asegurado  
Con digna estimacion, si no con gloria ;  
Tal vez nunca inmortal, mas siempre honrado.

¡ Feliz el que consigue la victoria  
De ver, al caminar hácia la muerte,  
Prolongarse en sus hijos su memoria !

¡ Ah ! tú ya conseguiste de la suerte  
El bien que yo ambiciono y necesito :  
¡ Cuán dulce envidia me consume al verte

Quando te sigue, con discordes gritos,  
La alegre turba de tus hijos bellos,  
Aves y flores de tu hogar bendito !



La fama, que te manda sus destellos,  
Ya te ofrece entre palmas y loores  
Glorioso nombre que recojan ellos.

Ellos son de tus obras las mejores,  
Y Dios sabe el fervor con que le pido  
Que su vida feliz siempre de flores,

Adios; aquí concluyo y me despido,  
Sabiedo el alma que feliz la sella,  
Que aunque muera esta carta en el olvido,  
No morirá nuestra amistad con ella.

JUAN ANTONIO CAVESTANY.



«DUELO Á MUERTE.»—CUADRO DE MEISSONNIER.

(De fotografía de Goupil y Compañía, de París.)





# MIS AMORES.

(Á CAVESTANY.)

I.

Parécenme los cantos que hoy exhalas  
Mariposas que á mí llegan volando  
Con átomos de sol sobre las alas,

É igual tu acento, por lo vivo y blando,  
Al hilo de la fuente cristalina,  
Que rueda reluciendo y murmurando;

Y es que siempre en su trova más divina  
Rompen gozosos, al hacer el nido,  
Alondra, ruiseñor y golondrina.

Encuéntrame tu cántico abatido,  
Luchando en balde por dejar el suelo,  
Cual vencejo que á tierra se ha venido ;

Mas alzóme á tu voz, y cruzo el cielo,  
Que tengo, en todo igual á ese avecilla,  
Si el paso inútil, poderoso el vuelo.

Me crezco ante el poder que á otros humilla,  
Y lucho hasta triunfar, cual vencedora  
Resiste, endureciéndose, la arcilla

Al fuego, que las aguas evapora,  
Los mármoles calcina, el hierro funde,  
Y á sí mismo, insaciable, se devora.

Cual levántase el humo y se difunde  
Por el cielo, primero que la llama  
En resplandor vivísimo lo inunde,

Abatido el poeta gime y clama  
Antes que rompa en claridad el fuego  
Que su alentado corazón inflama.

¡Ay! que vive sin dicha ni sosiego  
Con las pasiones en perpétua lidia,  
Y en él se ceban con enojo ciego



Los tigres del rencor y la perfidia,  
Las bestias del orgullo y la ignorancia,  
Y las sierpes del ódio y de la envidia ;

Y responde del mal á la arrogancia,  
Como el incienso al ascua que le quema,  
Levantándose en nubes de fragancia.

## II.

Deja que alabe su virtud suprema :  
Por loco el vulgo necio le reputa,  
La fortuna le lanza su anatema,

Y la crítica al uso, prostituta  
Por el error ganada y la impudicia,  
Le amarga y le envenena con cicuta.

Aquel á quien mal crítico acaricia  
Llagado debe estar, porque el gusano  
Sólo encuentra placer en la inmundicia.

Del arte eunuco y miserable enano,  
Que puede y se alza más, juzga el idiota,  
Siendo infame, crüel ó chabacano ;

Y ora impío á los débiles azota,  
Y ejerce de verdugo las funciones,  
En altar erigiendo la picota ;

Ora halaga del vulgo las pasiones  
Plagiando obscenidades de Epicuro,  
Muecas de momo, insultos de bufones,

Que entraron á engendrarle, de seguro,  
En contubernio bárbaro y sin nombre,  
La hiena, el jimio y el reptil impuro ;

Ver en él, las más veces, no te asombre,  
Un cuerpo indigno de abrigar un alma,  
Y un alma indigna de animar á un hombre.

## III.

Mas, ah, perdona si perdí la calma ;  
Ya vuelvo en mí, como al ceder el viento,  
Á erguirse torna la abatida palma.

Al poner en tu hogar el pensamiento,  
Ó del mio aplacerme en la dulzura,  
El corazon regenerado sientto,

Y en himnos mis clamores de amargura  
Se truecan, y mis roncas carcajadas  
En ahogados sollozos de ternura.

Las nubes en mi mente condensadas,  
Y los dolores en mi pecho fijos,  
Cual hiedras en los muros arraigadas,

¿Qué son ante los puros regocijos  
Que me brinda el hogar, donde me espera  
La santa madre de mis tiernos hijos ?

¡ Bien haya la bendita compañera  
Que de mi vida, con su fe amorosa,  
Perpetúa la alegre primavera,

La musa fiel, la estrella luminosa  
Que me guia en mi vuelo á lo infinito,  
Más que el sol pura, como el sol hermosa !

¡ Bien haya la que llamas en tu escrito  
*Alegre turba de mis hijos bellos,*  
*Aves y flores de mi hogar bendito !*

¡ Lucir miro en la madre los destellos  
Que le prestan sus hijos, y el tesoro  
De las bellezas de su madre en ellos !

¿ Que soy pobre ? ¿ Qué importa ! ¿ Acaso ignoro  
Que el dorado metal desconocia  
La edad dichosa que llamamos de oro ?

## IV.

Si el social espectáculo te hastía,  
Vén á mi hogar, verás cómo despierta  
Tu espíritu apenado á la alegría.

El ángel de la paz guarda la puerta :  
No llares á ella, no, que ya la tiene  
La vigilancia del amor abierta.

*Ella*, al abrir, el paso me detiene,  
Y de *ella* en pos, gritando y sonriendo,  
La alegre turba de mis hijos viene.

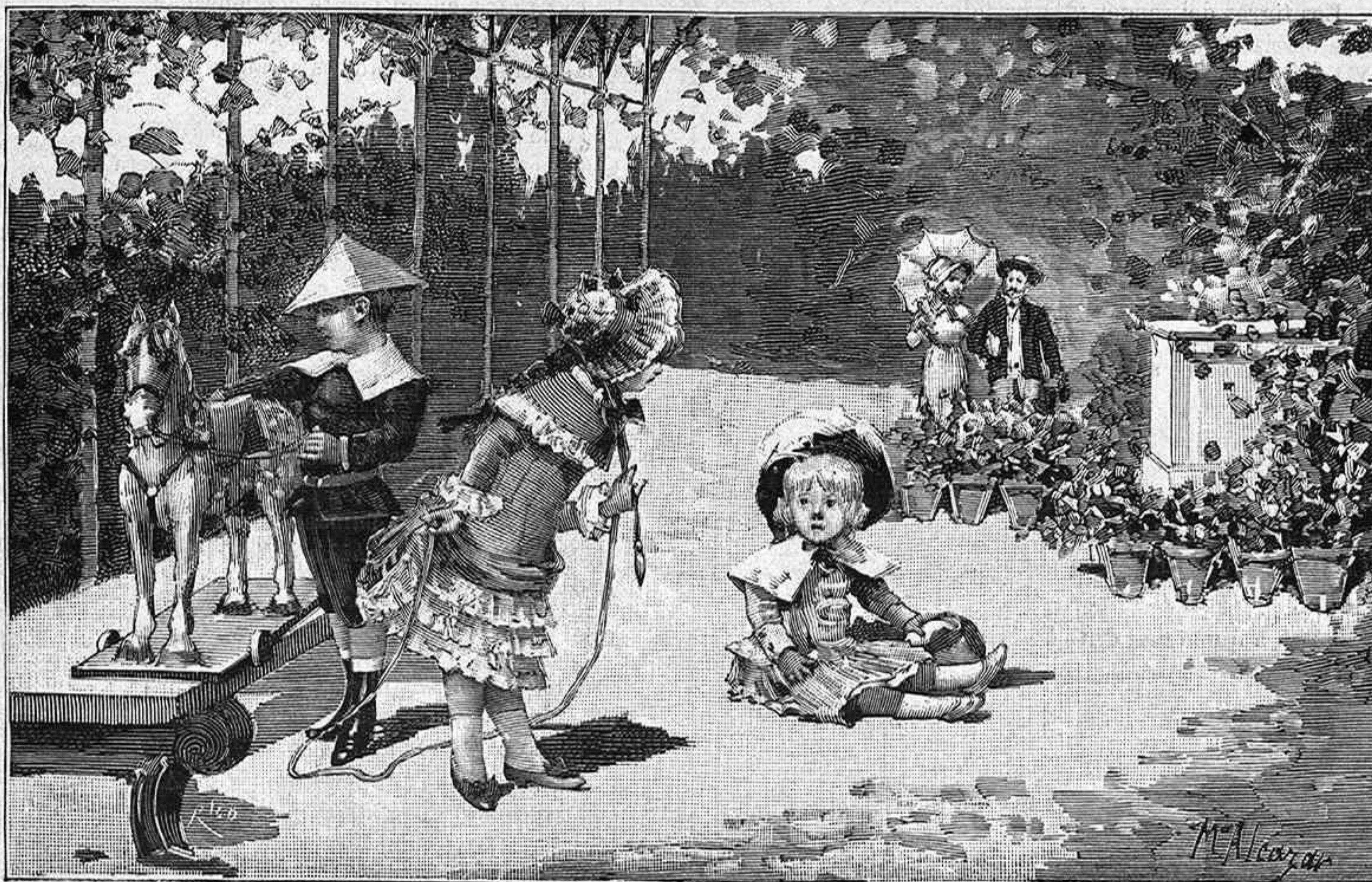
Uno, amigo de escándalo y estruendo,  
Con una cuerda mi baston embrida  
Y en tan bravo corcel sale corriendo ;

Otro emprende á mi cuello la subida  
Y me besa con ánsia, y palmorea  
Despues de la victoria conseguida ;

Aquel, que ni mi nombre balbucea,  
Ni en pié se tiene, de su madre en brazos  
Por venirse á los mios forcejea,

Y *ella*, nudo comun de tantos lazos,  
Entre todos, benéfica, reparte  
Dulces sonrisas, ósculos y abrazos.





## V.

Confabulada en silencioso aparte,  
¡Ah, no te rias! me declara guerra  
La turba, ardiendo en el furor de Marte,

Y á mis ropas, belígera, se aferra,  
Y tal lucha, que al cabo da conmigo  
Y con mi grave autoridad en tierra.

¿Cómo, di, de sus brazos me desligo,  
Si son cadenas para mí de flores,  
Y cómo, recobrándome, les digo

Que cesen en sus risas y clamores,  
Si al oírlos, de júbilo desmayo,  
Creyéndome que cantan ruiseñores?

Parece que viveza les dió el rayo,  
El brote tierno la salud y el brío,  
Color la adelfa, que florece en Mayo,

Y que su aliento refrescó el rocío,  
Y endulzaron sus labios los panales,  
Y encendió sus miradas el estío.

Cuando, rendidos en batallas tales,  
Sus párpados de rosa cierra el sueño,  
Y les sume en arrobos celestiales,

Y el ángel de la paz va con empeño  
Luces y ecos dejando adormecidos  
Con sus alas cargadas de beleño,

Sonámbulos de dicha mis sentidos,  
Embriagados quizás, por doquier hallan  
Orgías de colores y sonidos,

Aromas vivos que entre sí batallan,  
Ondas que bullen, pájaros que trinan,  
Alas que zumban, ósculos que estallan.

## VI.

No sólo estos amores me fascinan;  
Otros, dulces también, me dan consuelo  
Y mi mente fantástica iluminan;

Amores que entre sí no traban duelo,  
Antes, unidos en concordia santa,  
Cual mística oracion suben al cielo.

Los tengo en un país de gracia tanta,  
Que el sol, enamorado de los seres,  
Con más rico pincel los abrillanta;

Donde todo convida á los placeres,  
Horizontes sin fin, campiñas bellas,  
Mares azules, lánguidas mujeres;



Allí, donde con más dulces querellas  
Se encienden en amor los ruiseñores  
Al trémulo irradiar de las estrellas;

Donde son pura miel frutos y flores,  
La noche ténue albor, la aurora día,  
El día vivo incendio de colores;

Y el culto y el amor idolatría,  
La sangre lava, rayo el pensamiento,  
Poeta el hombre, la mujer poesía:

¡Ah! que Dios, al tomarte por asiento,  
Más dones, patria mía, te ha otorgado  
Que estrellas derramó en el firmamento.

## VII.

Hay en ella un lugar casi olvidado,  
Donde amor, como al ave emigradora,  
Otro nido me tiene reservado.

La mar besa, allí siempre rugidora,  
Los blancos caseríos de una aldea,  
Que le parecen, cuando el sol los dora,

Al nauta que al mirarlos se recrea,  
Caracoles y conchas nacarinos  
Que amontonó en la orilla la marea.

Allí mi nido está; vientos marinos,  
Que de las sales el olor intenso  
Juntan al resinoso de los pinos,

Mantienen claro el horizonte inmenso,  
Y vencen en perfume y en templanza  
Al hálito que brota del incienso.

Aquel nido es el iris de bonanza  
Que me presta en mis luchas con el mundo  
El místico placer de la esperanza,

Y hácia él mirando con amor profundo  
Mi corazón, como la tierra, se hace  
Cuanto más lo desgarran más fecundo.

## VIII.

¡Oh! deja que me engria y me solace  
Trayendo lo pasado á la memoria,  
Que á nueva vida así mi alma renace;

Que me olvide del arte y de la gloria,  
Y pinte, y ria, y llore dulcemente  
Al narrar episodios de mi historia.

¡Venid, recuerdos míos, á la mente,  
Y brotad y corred, sin órden, puros  
Cual surge y corre el agua de la fuente!

Evocaré ante tí con mis conjuros,  
Para que al verlo, plácido sonrias,  
Mi antiguo hogar de enjalbegados muros,

Patio espacioso, verdes celosías  
Y blancas azoteas, escenario  
De mis pueriles juegos y alegrías.

Las flores hacen de él un incensario,  
Y animanle palomas en bandadas,  
Que se alzan á la voz del campanario.

Las olas del Atlántico encrespadas,  
Llorando aún de Trafalgar la rota,  
Se tienden á sus piés desconsoladas,

Y al surgir de la espuma la gaviota,  
Y la aldea al cruzar, con su graznido  
Las domésticas aves alborota.

## IX.

Allí, cuando el mar ruge enfurecido,  
La barca pone en salvo y la red deja  
Tendida al viento el pescador curtido,

Y aguijando de bueyes la pareja,  
Surca, en vez de las aguas con la quilla,  
El fértil suelo con la corva reja;

Y en cambio, el labrador, hecha la trilla,  
Bajar suele á la pesca del marisco  
Ó á tirar de la jábega á la orilla,

Y el pastor trafagar de risco en risco,  
El retorcido caracol buscando  
Con que el hato congrega en el aprisco.

## X.

De un fuerte que se va desmoronando  
Las ruinosas murallas y bastiones  
Dan al lugar aspecto venerando,

Aunque en vez de banderas y cañones,  
Corónase de hiedra el almenaje  
Y de nubes de gárrulos aviones.

Rompe al pié del castillo el oleaje,  
Llegándole á ceñir, cuando se explaya,  
Con una cinta de nevado encaje,

Y una y otra fortísima atalaya,  
De trecho en trecho en la ribera erguidas,  
Dibujan el contorno de la playa.

A espaldas del lugar, vegas tendidas,  
Abruptas cumbres y apacibles lomas  
Se muestran al trabajo agradecidas,

Y el naranjal esparce sus aromas,  
Ufánase la vid, la mies ondea,  
Arrúllanse en los pinos las palomas,

La cabra en los barrancos ramonea,  
Y el arroyo entre mirtos y juncuales  
Más vivo que el azogue culebrea.

Allí, hasta en infecundos arenales,  
Las hiedras y las zarzas lujuriosas  
Enrédanse en las pitas y nopales,

Es todo el año Abril para las rosas,  
Y está el espacio trasparente lleno  
De enjambres de pintadas mariposas.



Dando vida á paisaje tan ameno,  
Y belleza y unción, un templo santo,  
Que alza su torre á la region del trueno;

El templo aquel que con alegre canto  
Me saludó al nacer; el que Dios quiera  
Que acompañe á mis hijos en su llanto,

Cuando, llegado al fin de mi carrera,  
Entre los míos y mirando al cielo,  
En la casita de mis padres muera.

## XI.

¡ Mis padres ! ¡ Ah ! ¡ Si vieras con qué anhelo  
Su amor busco, en la sed que me devora,  
Como fuente de paz y de consuelo !

Bebo en ella ternura embriagadora,  
Mi pecho acongojado se dilata  
Y más lágrimas vierto que la aurora ;

Lágrimas dulces y congoja grata,  
Como hijas del placer que, cuando es hondo,  
En suspiros y en llanto se desata.

Del corazón en el oculto fondo,  
Donde lejos del mundo indiferente  
Mis amores dulcísimos escondo,

La imagen de mis padres sonriente  
Se ve con más pureza retratada  
Que el cielo azul en cristalina fuente.

A mí vuelve la luz de la mirada,  
En mis secretos íntimos penetra,  
Y verás la vehemencia apasionada

Con que del cielo mi cariño impetra  
El dejar, siempre que su nombre escribo,  
Un pedazo del alma en cada letra.

## XII.

En medio del escándalo en que vivo,  
¡ Cuántas veces oír juzgo el acento  
De mi madre, que me habla persuasivo,

Y hasta me llega á parecer que siento  
Mi faz, que ajan las penas y los días,  
Acariciada por su dulce aliento !

Entonces, á los triunfos y alegrías  
De las artes y el mundo, á la opulencia,  
Á cuanto sueñan locas fantasías,

Prefiriera el volver á la inocencia  
Del tiempo en que ella con afán sembraba  
La semilla del bien en mi conciencia,

Y mi razón dormida despertaba  
Con leyendas piadosas, y mi sueño  
Con besos y cantares arrullaba.

Nadie dijera, al ver mi torvo ceño,  
Que aún incólume guardo la ternura  
De aquel amor tan cándido y risueño,

Olvidando, al chocar con mi rudeza,  
Que cuanto más el fruto es delicado  
Necesita más áspera corteza.

## XIII.

¡ Cuántas veces también quedo arrobado  
Las virtudes trayendo á la memoria  
De mi padre y maestro idolatrado !

Con él por guía, al recorrer la historia,  
Vislumbré al Hacedor tras el destino,  
Al hombre conocí y amé la gloria.

Él de los pueblos me enseñó el camino,  
Y reguló á mi vista en el espacio  
De tanto sol y mundo el torbellino.

Hizo á mi mente caminar despacio,  
Ya á las riendas del cálculo sujeta,  
Ya á las leyes artísticas de Horacio.

Viendo dentro de mí como un profeta,  
Me mostró el cielo azul, y fui creyente ;  
La natura despues, y fui poeta ;

Y á fin de que pintára vivamente  
Y con belleza lo que el alma humana  
Mira en torno de sí, medita ó siente,

Ante mí desplegó la pompa ufana  
Y el tesoro de gracias y hermosura  
De la robusta lengua castellana.

## XIV.

Mas ¡ cuánto de mi amor á su ternura !  
Ellos viven por mí, sueñan conmigo,  
Reducen su ambición á mi ventura,

Gozan lejos de mí si la consigo,  
Transidos de pesar si me abandona,  
Me abren sus brazos para darme abrigo ;

Si triunfo, su entusiasmo me corona ;  
Si desmayo, su acento me espolea ;  
Si delinco, su gracia me perdona ;

Adáptanse á mis gustos y á mi idea,  
Cual toma el agua pura de seguida  
El color del lugar que la rodea ;

Aun más que yo se duelen de mi herida  
Si me muerde el rencor, y el de mi muerte  
Fuera el último instante de su vida.

## XV.

Más no pido ni quiero de la suerte,  
Que con darme tal bien me dió bastante  
Para vivir en paz, dichoso y fuerte.

Quien pretende ambicioso y delirante  
Las dichas apurar á todo costo,  
Páreceme en locura semejante



Al labrador que por hacer su agosto  
Tanto y con fuerza tal prensa el racimo  
Que al fin concluye por agriar el mosto.

Más la humildad que la arrogancia estimo:  
Estéril es la roca aunque bravía,  
Y muy fecundo, aunque rastrero, el limo.

La montaña que al valle desafía  
Porque en luz y en grandeza le aventaja,  
Encuentra castigada su osadía

Por el rayo que airado la desgaja,  
El huracan que indómito la azota  
Y el hielo que perenne la amortaja.

Débil soy, mas sin miedo á la derrota;  
A luchar con los fuertes me aventuro;  
Y así como la aligera gaviota

Ni teme el ronco mar ni el viento duro,  
Y cierta del empuje de su vuelo,  
Todo lugar parécele seguro,

Yo afronto toda lucha sin recelo,  
Cierto de que la fe me da sus alas  
Para que pueda remontarme al cielo.

## XVI.

Más grato que pisar doradas salas  
Y verme deslumbrado por el brillo,  
Riqueza y hermosura de sus galas,

Me es el hogar de humilde pueblecillo,  
Donde el ajuar es pobre, el aire sano,  
El pan moreno y el vestir sencillo.

No allí el lenguaje artificioso y vano,  
Ni la mortal ponzoña que adereza  
Con mieles el astuto cortesano,

Sino el candor y rústica nobleza  
De quien todo lo aprende de la pura,  
Grandiosa y liberal Naturaleza.

La paz, que es en el mundo la ventura,  
Suele habitar callada alguna choza,  
De los bosques perdida en la espesura.

Bajo aquel techo de apretada broza,  
Que al crujir por los vientos combatido,  
Parece que se queja y que solloza,

Los dias pasa quien allí ha nacido,  
Sin sentir otro afan ni otros temores  
Que los tiernos del ave por su nido.

Emblema son allí de los amores  
Las mariposas que en tranquila calma  
Se besan en el cáliz de las flores,

Y llévanse en fructíferos la palma,  
Que para ser fecundo el amor pide,  
Salud al cuerpo y castidad al alma.

## XVII.

Nadie allí con zozobra el tiempo mide,  
Que pasa tan callado, que parece  
Querer que á reposar se le convide.

Como plata bruñida resplandece  
En medio del ajuar el limpio acero  
Del arado que el ocio no enmohece.

Para avivar la lumbre, en vez de tuero,  
En el hogar anchísimo se quema  
La mata de tomillo ó de romero,

Siendo de lujo la ambicion suprema  
El vestir limpia ropa perfumada  
Por el denso humo azul de la alhucema.

A lo que abarca allí con la mirada  
Reduce el hombre la extension del mundo,  
Del que no anhela ni conoce nada;

Para él no existe sabio más profundo  
Que quien le augura, consultando al cielo,  
Si el año será estéril ó fecundo;

Trabaja todo el dia con anhelo,  
Sin quejarse jamas del peso grave  
Del azadon con que remueve el suelo;

Halla sueño en la noche largo y suave,  
Y cuando el alba azul toca sus ojos,  
Se despierta cantando como el ave.

## XVIII.

Ante tal majestad caigo de hinojos,  
Desprecio la mundana logrería,  
Los héroes de la fama danme enojos,

Y ansioso de verdad y de poesía,  
Busco en la gran Naturaleza asilo,  
Como en el seno de la madre mia.

Rompiendo entónces, para mí, el sigilo  
Que cierra sus arcanos, abrillanta  
Los apagados tonos de mi estilo,

Con sus grandezas mi ánimo levanta,  
Con sus dulces amores me enajena  
Y con su pura sencillez me encanta.

## XIX.

Muéstrame aquí la singular escena  
De los nuevos enjambres zumbadores  
Que, al salir en tropel de la colmena,

Se apiñan en racimos bullidores,  
Y parten en tendida caravana  
En busca de otro asilo y otras flores;

La oruga que en su cárcel se arrellana,  
Esperando el instante lisonjero  
De convertirse en mariposa ufana,



O cómo, tras de súbito aguacero,  
Sus víveres y larvas asolea  
La hormiga en derredor del hormiguero.

Allí el pino me llama y lisonjea,  
Imitando, al mecerse en el espacio,  
El rumor y el vaiven de la marea,

Ofreciendo á las tórtolas palacio,  
Y abriendo el duro tronco á la resina,  
Que se cuaja en botones de topacio.

Allá encuentro la alegre golondrina,  
Que hasta que el nido abandonado toca,  
Por desiertos y mares peregrina,

Ó la alondra, que canta como loca,  
Bañándose en el agua que el rocío  
Deposita en los huecos de la roca.

## XX.

Aplázcome los dias del estío  
Recorriendo los altos matorrales  
Que se alzan en las márgenes del río,

Donde flores me ofrecen los rosales,  
Agraces uvas la silvestre parra  
Y zarzamoras dulces los zarzales;

En oír cómo canta la cigarra,  
Sobre la mies saltando de ola en ola,  
Hasta que al fin sus élitros desgarran;

En escuchar la alegre batahola,  
Del gallo pendenciero, cuya cresta  
Parece, en lo encendida, una amapola,

Y en buscar en el soto ó la floresta  
Manso arroyuelo y pabellon de flores,  
Que alivien los bochornos de la siesta.

## XXI.

Aguas, hojas y pájaros cantores  
Me acuerdan los afanes de la vida,  
Con sus varios y múltiples clamores.

Miro la paz del alma apetejada  
En la fuente que muda se dilata,  
Quedándose en el lago adormecida;

La ambicion que á los hombres arrebató,  
En el estruendo y en el polvo vano  
Con que viene á morir la catarata,

Y el batallar del pensamiento humano  
En el constante hervir y en el eterno  
Bramar y rebramar del Oceano.

Cuando aparecen en el brote tierno,  
Escucho en los rumores de las hojas  
La voz del niño y el cantar materno;

En el otoño, ya sin savia y rojas,  
Las oigo que murmuran del destino,  
Y me lloran tristísimas congojas

Cuando van á merced del torbellino,  
Ó el haz inmenso de apretada leña  
Las barre, despiadado, del camino.

El duro traquear de la cigüeña  
Imita los ruidos del trabajo  
Y el sonoro pisar de la almadreña;

El codicioso afan habla en el grajo,  
En el mirlo la burla descarada,  
Y en la fiel golondrina el agasajo.

Contrastan del pinzon con la balada,  
Del mochuelo el pronóstico que aterra  
Y el llanto de la tórtola cuitada.

Es del gallo el cantar grito de guerra,  
La alondra entona la oracion más pura  
Que al cielo se levanta de la tierra,

Y el ruiseñor, oculto en la espesura,  
Llena la triste noche de armonía  
Y el corazon humano de ternura.

## XXII.

Sencillez, majestad, gracia, poesía  
Adonde quiera que á mirar acierto;  
Moviendo por igual mi fantasia

Las mudas soledades del desierto,  
La sublime altitud de las montañas  
Y de huracanes y olas el concierto,

Que el gárrulo murmullo de las cañas,  
El prado que de fértil hace alarde  
Y el calor patriarcal de las cabañas.

Tan hermoso hallo el sol cuando en la tarde,  
Cansado de su altura y poderío,  
Lento declina y sin fulgores arde,

Como al surgir con indomable brío,  
Limpiando de vapores el ambiente  
Para verse y quebrarse en el rocío.

Y tanto cual la risa de la fuente,  
Las auras ledas, el azul sereno,  
Y el canto de las aves elocuente,

Amo la tempestad, en cuyo seno  
Los vientos chocan, cuájase el granizo,  
Fulgura el rayo y se revuelve el trueno.

## XXIII.

Mas no hay belleza, majestad ni hechizo  
Que tanto me fascinen cual las glorias  
De la patria, que adoro y divinizo.

Llena mi mente está de sus memorias,  
Lleno mi corazon de amor por ella,  
Cual la tierra y el mar de sus victorias.

Mas ¡ay! que al evocar la edad aquella  
En que sus hijos, grandes y viriles,  
La hicieron fuerte, respetada y bella;



Y al verla hoy presa de congojas miles,  
Los grandes sabios charlatanes hechos,  
Y los caudillos mercaderes viles;

Sin fe las almas, sin valor los pechos,  
La honra sin culto, bárbaro el idioma,  
Y los altares de Jesus deshechos,

Del Dios imploro que los vicios doma,  
Que arroje sobre tanta villanía  
Las llamas que arrasaron á Sodoma.

## XXIV.

¡Quién hubiera logrado ver el día  
En que el fiero león de nuestro escudo  
Los campos castellanos recorria,

La crin revuelta y el mirar sañudo,  
De ira en la boca sanguinosa baba  
Y desgarrando con zarpazo rudo

El corazón de la morisma brava,  
Que huyendo de la muerte con espanto,  
Á los desiertos líbicos tornaba!

Escarmiento de infieles y quebranto,  
Los persiguió en Orán y hasta en las olas  
Del golfo alborotado de Lepanto,

Y anheloso de luchas y aureolas,  
Y hallando á sus hazañas poco grandes  
Los lindes de las tierras españolas,

Clavó sus garras en Italia y Flándes,  
É hizo de asombro enmudecer la tierra  
Al rugir en las cumbres de los Andes.

## XXV.

Mil veces con amor pensé en la guerra,  
Como vivo cauterio al ocio blando,  
Que de los pechos el valor destierra,

Y otras mil veces me dormí soñando  
Que el polvo de la muerte sacudia  
En la tumba el Apóstol venerando,

Y en pro y en honra de la patria mía,  
Requiriendo el brido y la armadura,  
Á combatir magnánimo volvía.

Levantarse le vi en la sepultura,  
Y recorrer del templo el laberinto  
En el silencio de la noche oscura,

Medrosos retumbando en el recinto  
De su paso el rumor, y el resonante  
Crujir del hierro que llevaba al cinto;

Después, en fortaleza semejante  
Al ariete que el muro desportilla,  
Desencajar la puerta rechinante,

Y echar, al fin, á su corcel la silla  
Y al grito de « ¡Santiago y cierra España! »  
Lanzarse hácia los campos de Castilla.

## XXVI.

Iba bufando su corcel con saña,  
Sobre la suelta crin floja la brida,  
Turbia la vista que el furor empaña,

La cola al viento, la cerviz tendida,  
El ijar palpitando con anhelo,  
La ancha nariz al aire apercebida,

Y en su carrera, superior al vuelo,  
Encendiendo los duros pedernales  
Y con vigor desempedrando el suelo.

Del Santo al grito y á pisadas tales  
Alzábanse los muros arruinados  
De castillos y viejas catedrales,

Y los antiguos héroes esforzados  
La losa sepulcral volcaban fieros,  
Aun por la muerte misma no domados.

Le seguían los bravos caballeros,  
Los monjes predicando la cruzada,  
Y en apretados grupos los pecheros;

Y, bullendo cual mar alborotada,  
Y creciendo en caudal, la muchedumbre  
Corría tras del Santo desalada,

Quien, de un monte subiendo á la alta cumbre,  
Con la viva aureola de su frente  
Encendió á España entera en clara lumbre.

## XXVII.

Y en torno de él llegaron de repente  
Los del Salado y Navas de Tolosa,  
La cruz por guarda al corazón valiente;

El Cid, cuya epopeya portentosa  
De los siglos resiste á la balumba,  
Y enciende toda sangre generosa,

Y aún cubiertos del polvo de la tumba,  
Guzmán, en patrio amor sin semejante,  
Y el no igualado capitán de Otumba.

Dando celos al gran Carlos de Gante  
Allí Cisneros, tras la férrea cota  
Ocultando la púrpura brillante;

Con los suyos Colón, que en débil flota  
De no surcado mar venció la saña,  
Un mundo hallando al fin de su derrota,

Y entre inúmeros héroes por compañía  
La reina más grandiosa entre los reyes,  
La primera Isabel, madre de España.

Allí el Rey Sabio promulgando leyes;  
Teresa con sus vivas oraciones  
Al Divino Pastor llevando greyes;

Herrerías y Riojas y Leones  
En fe, piedad y bélico entusiasmo  
Encendiendo los patrios corazones;



Quevedo hiriendo el mal con el sarcasmo,  
Calderon inundando en luz la tierra,  
Y Cervántes llenándola de pasmo.

De nuevo el grito resonó de guerra,  
Retumbando, en mil tonos repetido,  
Por las cóncavas hoces de la sierra;

Rompió la muchedumbre en un rugido,  
Rechinó estremecida la armadura,  
Vomitó la bombardas su estampido,

Y á estruendo tal, la realidad impura  
De la España del logro y la miseria  
Desvaneci6 mis sueños de ventura.

## XXVIII.

Hoy patria, y honra, y Dios, todo se feria;  
Y ¡ay! donde vierte su ponzoña el agio,  
Se extiende corrosiva la laceria.

Indiferente al público sufragio,  
Siempre sea tu hogar un mundo aparte,  
Donde vivas seguro del contagio;

Y las horas aligeras comparte  
Entre la paz del nido que te has hecho  
Y los goces dulcísimos del arte.

Á soberbia ambicion no abras el pecho,  
No sea que, abrasado por su lava,  
Insomne te revuelques en el lecho.

La más grandiosa condicion y brava,  
Como el fuego que vivo nos deslumbra,  
En humo empieza y en ceniza acaba.

Mas si de dulce y pálida penumbra  
La suerte amiga, por honesto modo,  
Á las regiones de la luz te encumbra,

Sé en todo grande, como puro en todo;  
Que sólo los infames ó insensatos  
Arrastran su grandeza por el lodo.

No calme generosos arrebatos  
En tí la ingratitud; que de los hombres  
Es el mejor el que hace más ingratos.

Para herirte el inicuo, no te asombres,  
Recogerá del suelo las espinas  
Cuando de rosas su camino alfombres;

Y si del bueno esperas, desatinas;  
Hoy habla la bondad quedo, muy quedo,  
Y la envidia y la infamia con bocinas.

En la sierpe engañosa está el denuedo;  
El leon de la verdad, amordazado,  
En estrecho cubil tiembla de miedo.

## XXIX.

El Arte, que fué siempre inmaculado  
Como la nieve, y tuvo á vanagloria  
Ser, como el ángel del amor, alado,

Hoy adrede se arrastra por la escoria;  
Y Apolo, en vez de conducir seguro  
El coro de las musas á la gloria,

Sin estro ya y el corazon impuro,  
En campo de inmundicias apacienta  
La cínica manada de Epicuro.

Quien en sus obras la maldad fomenta,  
Y en soez blasfemia contra Dios estalla,  
Y la impudicia por blason ostenta,

Turba de necios y malvados halla  
Que genio le proclamen al ruido  
Del aplauso brutal de la canalla.

¿Juzgas por siempre el público perdido?  
Ya el Hércules vendrá que le contunda  
Y á su carro triunfal le lleve uncido.

Más potente es la bestia furibunda  
De los circos, y al trueno de las hondas  
Rinde ánimo y cerviz á la coyunda.

No se logra ser genio echando sondas  
En las conciencias lóbregas é impuras,  
Para hallar y mover heces hediondas.

¿Y qué hallar en el fango y yendo á oscuras?  
El genio sólo es genio cuando asciende  
Á conversar con Dios á las alturas.

## XXX.

¡ Oh Dios! El rayo vengativo enciende,  
Y ciega la memoria que te olvida,  
Y abrasa el labio impuro que te ofende,

Ó libra del tormento de la vida  
Á quien pone en tu gloria sus afanes,  
Y negada la ve y escarnecida.

¿ No te obedecen ya los huracanes,  
Ni el rayo vibras, ni la mar revuelves,  
Ni haces hervir el fuego en los volcanes?

¿ Por qué nos abandonas, y no vuelves  
Por tu templo, que al golpe se desquicia  
De los malvados, que, inactivo, absuelves?

Mas detén, Padre mio, tu justicia;  
Que al increparte soy más temerario  
Que el mismo que te niega ó maleficia.

¿ Á quién fué el mundo nunca tan contrario  
Como á Ti, que naciste en un pesebre  
Y acabaste en la infamia del Calvario?

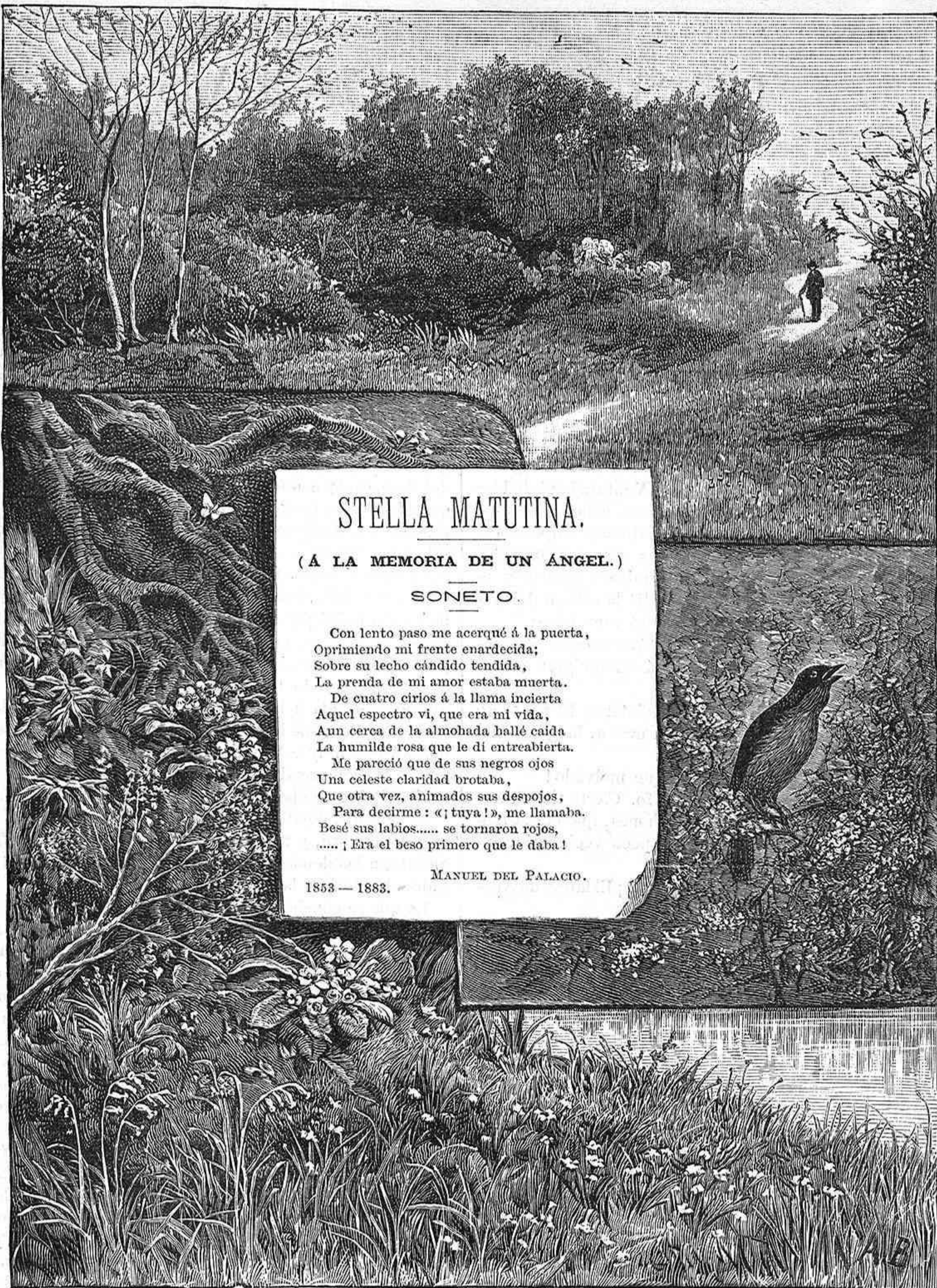
Dame alientos, Señor, con que celebre,  
Ántes que tus justicias y rigores,  
Tu dulce gracia y amorosa fiebre,

Mas haz que contra todos los rencores  
Hallen en Tí seguro baluarte  
Patria y Hogar, Naturaleza y Arte,  
Que son, despues que el Tuyo, mis amores.

JOSÉ VELARDE.

Madrid, 1883.





# STELLA MATUTINA.

(A LA MEMORIA DE UN ANGEL.)

## SONETO.

Con lento paso me acerqué á la puerta,  
 Oprimiendo mi frente enardecida;  
 Sobre su lecho cándido tendida,  
 La prenda de mi amor estaba muerta.

De cuatro cirios á la llama incierta  
 Aquel espectro vi, que era mi vida,  
 Aun cerca de la almohada hallé caída  
 La humilde rosa que le di entreabierta.

Me pareció que de sus negros ojos  
 Una celeste claridad brotaba,  
 Que otra vez, animados sus despojos,  
 Para decirme: «¡tuya!», me llamaba.

Besé sus labios..... se tornaron rojos,  
 ..... ¡Era el beso primero que le daba!

MANUEL DEL PALACIO.

1853 — 1883.



# LAS DOS CAJAS.

## NOVELA.

### I.

**V**ENTURA había nacido para violinista. Fué ésta una convicción comun á todos los de su casa desde que tuvo ocho años el futuro maestro. Nadie recordaba quién había puesto en poder del predestinado el primer violin, pero sí era memorable el día solemne en que cierta celebridad de la música, colocando una mano sobre la cabeza de Ventura, como para imponerle el sacerdocio del arte, dijo con voz profética: «Será un Paganini este muchacho.» A los doce años Ventura hacía hablar al violin y llorar á los amigos de la casa, complacientes y sensibles. La palabra *genio*, que por entónces empezaba á ser vulgar en España, zumbaba algunas veces en los oídos del niño precoz. Un charlatan, que examinaba cráneos y levantaba horóscopos á la moderna, estudió la cabeza del músico y escribió esto en un papel que cobró muy caro:

—Será un portento ó será un imbécil; ó asombrará al mundo por su habilidad artística, ó llegará á ser un gran criminal embrutecido.

La madre de Ventura comenzó á inquietarse. El pavoroso dilema la obligaba á desear, más que nunca, la gloria del artista para su hijo.

—¡Cualquier cosa—decía—antes que malvado!

—El padre sonreía, seguro del triunfo. Cierta tío materno, aficionado también á estudiar chichones, que era la moda de entónces en muchos pueblos de poco vecindario, exclamaba con tono de Sibila:

—¡El templo de la gloria ó el presidio! ¡El laurel de Apolo ó el grillete!

Ventura estaba seguro de no ir á presidio, á lo ménos por culpa suya.

Mucho amaba la música, pero no era un maniaco del arte, y cultivaba sus buenos sentimientos leyendo muchos libros de esos que confortan la voluntad recta, y haciendo todo el bien que podía. Su inteligencia era precoz como su habilidad de artista, y á los quince años ya tenía bastante juicio para comprender que ante todo era hombre y que aquellas teorías que le predicaban parientes y amigos respecto á la misión excepcional del artista, á la moral especial del genio, eran inmorales y muy peligrosas.

Débil de carácter, se dejaba imponer las *costumbres* y el *uniforme* de genio; pero en el fondo de su alma no se dejaba corromper. Tenía vanidad como todos, y se creía y se sentía un gran músico; pero no por lo que ya sabía hacer, que era lo que admiraban los necios, sus paisanos, parientes y amigos, sino por lo que llevaba dentro de sí, y no podían comprender sus imprudentes admiradores. Amaba mucho más sus sueños que los triunfos ruidosos que iba alcanzando.

do. Por amor á su padre, que era el encargado de cobrar y tener vanidad, Ventura daba conciertos, que le valían ovaciones nunca vistas. Y el buen muchacho, con una sonrisa un poco triste, inclinada la cabeza, llena de rizos negros, sobre el violin, como un amante se reclina sobre el seno de su amada, saludaba al público y miraba despues al rincón en que se escondía su padre, como consagrando á éste todos aquellos aplausos y diciendo: «Son tuyos, para ti los quiero nada más.» Para sí prefería otros placeres ménos vanos. Él había descubierto en sus soledades de artista misterios de la música, que eran expresión de las profundidades más bellas é inefables del alma. Creía, con fe inquebrantable, que de su instrumento querido podían brotar notas que dijese todo lo que él inventaba en sus deliquios de inspiración solitaria; pero también sabía que buscar esas notas era empresa superior á sus fuerzas actuales. No bastaba lo que enseñaban los maestros para expresar aquello. Cuanto cabe en la técnica de cualquier arte bello, era inútil para aprender aquella misteriosa manera de ejecución, que era necesaria para llegar al último cielo de la poesía que él columbraba en la música. Si le hubiesen mandado escribir todo lo que él comprendía de aquella nueva estética aplicada á la música, ni aproximadamente hubiera sabido explicar sus ideas. Ni podía hablar con nadie de aquello. Músicos muy celebrados, hasta artistas verdaderos algunos, no le comprendían.

Un célebre compositor llegó á decirle muy seriamente:

—Ventura, déjate de ilusiones y estudia. Puedes ser un grande hombre, y te vas á convertir en un maniaco. Toca lo que tocan los demás, procurando tocarlo mejor, y así conseguirás la gloria y la fortuna.

Lo que se consiguió con esto, fué que el soñador no hablara más á nadie de sus sueños, pero no quiso abandonar aquella esperanza de encontrar lo que él llamaba «la música sincera». Se le había metido en la cabeza, y hasta en el corazón, que todos los usados recursos de la instrumentación eran falsos, afectados; que los efectos de la armonía, y más aún los de las combinaciones melódicas, eran lo más contrario de la sencillez verdadera, que no es la rebuscada. Como para él era el arte religión, pero no en el sentido pedantesco y trivialmente impío en que esto suele decirse, sino como formando parte la expresión artística de la religión misma, como una especie de oración perpétua del mundo, creía que era profanación, pecado, blasfemia la falta de ingenuidad en las formas musicales; halagar los sentidos, expresar lo que quiere referirse á los sentimientos puros con voluptuosas caricias de aire en los oídos, le parecía traición del arte. No quería inventar una música nueva en absoluto; dejaba para quien tuviera las facultades del compositor esta gran empresa; pero pensaba que aún lo que está escrito, lo bueno, que era poco según él, se podía ejecutar



de modo que esa noble y santa sinceridad apareciese en ello. Esto era lo que él procuraba. Pero no acababa de encontrar el medio. Consagraba á tan peregrino intento el tiempo y el trabajo que otros dedicaban á perfeccionarse en el tecnicismo del arte, segun corrientemente se entendia y ponía por obra. Hubo ya quien empezó á decir que habia violinistas de ménos fama que Ventura superiores á él.

— Ese chico se duerme sobre el violin — exclamó un crítico famoso, de esos que hablan de música porque los demas no entienden, no porque ellos sepan.

— Hizo mucha fortuna la frase, y algun gacetillero la repitió mejorada en tercio y quinto, por la ocurrencia de darla en latin: *Quandoque bonus dormitat Homerus*.

El padre de Ventura quiso contestar con un comunicado en el mismo periódico, y sólo se contuvo persuadido por los argumentos del tio aficionado á la craneoscopia.

— Ríete de cuentos, Rodriguez — decia el tio — todos los gacetilleros del mundo, con todos los latines del mundo, no pueden impedir que tu hijo tenga muy desarrollado el órgano de la *filarmónitangibilidad*.

Esta palabreja, que el tio habia compuesto, pareció á la familia un argumento indestructible.

— Que hablen los envidiosos lo que quieran — exclamaba el sabio — todo lo que puedan decir no impedirá que *filo* signifique amo; *armonia*, lo que ello mismo dice, armonía, y *tango, gis, ere, tetigi, tactum*, tocar. Son habas contadas; latin y griego. Pero, amigo, el estudio de las lenguas sábias no se improvisa.

## II.

Pasaban los años. Ventura habia alcanzado muchos triunfos, ya era célebre. Pero aquella fama no crecia. Sobre todo los sueños del padre respecto de la precocidad del chico se habian desvanecido. Como todos los que no tienen un conocimiento justo de lo que vale el talento, ponía el señor Rodriguez la mayor importancia de la gloria en conseguirla muy pronto. Lo que él necesitaba era que su hijo fuese una celebridad europea á la edad en que otros juegan al marro. Pero el muchacho habia llegado á los veinte años y el Emperador de todas las Rusias no le habia llamado todavía para que enseñara á tocar el violin al *czarewich*. Rodriguez leía un diccionario de celebridades todas las noches, como si fuera la *Leyenda de Oro* ó el *Año Cristiano*. Sabía la vida y milagros artísticos de todos los músicos, pintores, poetas y escritores precoces. La anécdota de César llorando ante la estatua de Alejandro, porque á la edad del griego él no habia conquistado el mundo, le llegaba al alma al Sr. Rodriguez. Quería despertar en su hijo la noble emulacion, como él llamaba á la envidia, y le recordaba los triunfos del inmortal Rafael, y la inspiracion precoz de muchos eminentes compositores; y áun de Jesus, disputando en el templo con los doctores, queria sacar una provechosa enseñanza. Hasta el niño campanólogo le echaba en cara y ponía por ejemplo. Otras veces era la situacion económica de la familia la que sacaba á relucir; hablaba de los sacrificios, del capital anticipado para hacerle un violinista eminente. De este argumento no se reía Ventura como de los otros. Contestaba con dinero. ¿No estaban desahogados todos? ¿No vivian como unos principes? ¿No tenía Rodriguez un caballo de paseo?—

— Bueno, bueno, decia el padre, torciendo el gesto.... pero.... eso es poco.

La envidia seguía trabajando. Habia algunos periódicos que, sistemáticamente, combatian el *amaneramiento* y la *incorreccion* del violinista Rodriguez. Era una notabilidad, ¿cómo negarlo? Pero el mundo marcha, y él se empeñaba en no estudiar, y Perez y Gomez, francamente, iban proyectando una triste sombra sobre la fama de Rodriguez....

Esto decian los periódicos enemigos. Se fundó una revista profesional, *Euterpe*, para desacreditar á Ventura. La dirigia un *señor de la orquesta* y la pagaba Gomez, el otro violinista famoso. Rodriguez, padre, quiso desafiar á Gomez, pero Ventura amenazó con romper el violin si no se despreciaba aquella ignominia de las calumnias.

El tio, el de los cráneos, dudó entónces que fuera Ventura un verdadero artista. Se preciaba de conocer el corazon humano, ni más ni ménos que la cabeza, y dijo tristemente en secreto á Rodriguez:

— Tu hijo no es un artista; no le lastiman las censuras, no le hacen llorar lágrimas de sangre.... ¡no es un artista!

Por aquel tiempo no lo tenía para pensar en rivalidades y críticas injustas el bienaventurado mancebo. Se habia enamorado. Estaba en otro mundo su pensamiento. Cuando encontraba á Gomez y á Perez en algun concierto les apretaba la mano con efusion. — ¡Hipócrita, cómo disimula! — decian ellos por lo bajo; y Ventura, con las mejillas un poco encarnadas, los ojos húmedos y muy abiertos, les sonreía y alababa sus progresos en el violin. No era exclusivista; su manera soñada no era la que conocian Perez y Gomez; pero tocaban muy bien, muy bien por el sistema corriente. Los alababa de todo corazon. — ¡Nos desprecia! — decian ellos á los amigos, y el *señor de la orquesta* llegaba en sus censuras á las personalidades, al insulto. Por culpa de su amor Ventura padecía grandes distracciones, le mareaban las disputas, no queria leer periódicos ni libros, y no sabía lo que pasaba en el mundo artístico. No hacía más que tocar, ganar dinero, y á sus solas querer y trabajar en lo que él entendia que era la nueva manera. *Euterpe* llegó á decir « que la educacion debe ser armónica, que el músico no puede ser hoy, en el estado de cultura á que hemos llegado, un ignorante de las materias afines á su arte; debe conocer la historia, la estética, y sobre todo tener sentido comun. Pasó la época de las grandes melenas y de las extravagancias del artista: hoy el músico debe ser como todos: vestir á la moda, conocer el mundo y vivir como la gente. Lo demas es una afectacion ridícula con que se quiere aparentar un genio que acaso no se tiene. »

— ¡Pero si mi hijo no usa melena! — gritaba Rodriguez arrugando la *Euterpe* entre los puños.

Ventura, despues de algunas dificultades, fué correspondido; entró en casa de su novia, y como no tenía pretexto para hacer perder tiempo á la niña, ni él lo queria tener, se casó á los pocos meses.

Don Lucas Rodriguez se quedó estupefacto. Aquello era demasiado. Su cuñado tenía razon; Ventura no era un artista. ¡Que diría *Euterpe*! ¡Casarse un gran violinista! Casarse, así, ¡cómo un empleado de Consumos!.... El tio meneaba la cabeza de derecha á izquierda. Aquello queria decir que la craneoscopia se habia equivocado. No era un artista. Era un instrumentista; no era un artista, no lo era; triste, tristísima confesion.... ¡Pero Ventura era un *burgues*!



## III.

El *burgues* se fué á vivir con su mujer, una rubia de veinte años, que le amaba y le admiraba, á una casita de un barrio, donde tenía jardín con árboles tan altos junto á la tapia, que le ocultaban las casas vecinas; de modo que se creía solo, en el campo, viviendo con su esposa y su violin léjos del mundo. Los más amigos, cuando hablaban del pobre Ventura, á quien no se veía por ninguna parte, ponían una cara compungida, como si se tratase de un muerto; y todos hacían el mismo ademán expresivo, que era figurar con la mano una cuchilla ó hacha y acercar el filo á la garganta, inclinando la cabeza. Con esto se quería indicar que Ventura *se habia degollado*, habia cortado la carrera: se habia casado, en fin.

El ajusticiado, el verdugo de sí mismo, se creía el hombre más feliz del mundo. Su padre apenas le visitaba, y nunca le hablaba del genio ni de la misión del artista.

El tío no parecía por su casa. Los periódicos le habían olvidado. *Euterpe* misma apenas se acordaba de él. El matrimonio le trajo una porción de ideas serias.

La responsabilidad de un padre de familia, como él pensaba serlo pronto, le parecía lo más grave del mundo.... ¡Y él no sabía más que tocar el violin! Lo que empezaba á escasear era el dinero. ¡Si en vez del violin habré yo tocado el violon toda mi vida! ¡Si estos sueños de la *música sencilla, natural*, serán una locura! ¡Si tendrán razón los otros! Acaso me ciega el orgullo, y esto que yo creo falta de envidia será tal vez sobra de vanidad. ¿Por qué no han de ser, en efecto, superiores á mi Perez y Gomez? Cuando estas ideas se le ocurrían, que solía ser al despertar, el pobre Ventura sentía un sudor frío por todo el cuerpo, y en el rostro mucho calor de vergüenza.... Se le figuraba que el mundo entero se reía de él; y miraba á su mujer, á su hermosa mujer, que dormía tranquila á su lado, y pensaba ¡Pobrecilla! Tal vez le espera el hambre, por lo ménos las privaciones; acaso, por tener fe en un loco, ha expuesto su porvenir.... ¡Y el de sus hijos! ¡Pobres hijos míos! ¡Cuando nazcaís os encontraréis sin más patrimonio.... que la *música sincera*, una música de lo porvenir, que inventó vuestro desdichado padre!.... Pero estas amarguras de la desconfianza duraban poco. De noche, en verano, después de comer, salía al jardín con su querido instrumento; aquel violin que amaba con el mismo respeto que habia en las caricias que encantaban su vida conyugal.

Á sus solas, acompañado por el discreto cuchicheo de las hojas de los árboles, que la luna plateaba, y que la brisa removía, osaba el pobre Ventura tener fe en su alma de artista. El violin sonaba con más dulzura que en las salas ahogadas de los conciertos, donde las notas tienen que flotar en una atmósfera cargada de emanaciones impuras; parecía que las cuerdas en aquella dulce soledad tranquila de la noche apacible, se desperezaban con cierta gracia de ingenua confianza; la humedad del relente pasaba al timbre de la cuerda: era más fresca y algo húmeda la nota del violin.... Encontraba el músico cierto parecido entre el rayo de luna que bajaba y la vibración sonora que subía.... Era una corriente de cierto fluido poético, que ascendía y descendía como la escala de Jacob.

—¿Dónde está lo que no es todavía y ha de ser sin fal-

ta? ¿En dónde viven, en qué espacio flotan el alma del que ha de ser hijo mio, un ángel de cabeza rizada, toda de oro, como la de su madre, y la impalpable idea música que yo sueño, pero que es en la lógica de la belleza una realidad necesaria? Música sencilla y natural, exenta de convenciones rítmicas, amañadas y recompuestas; música de los humildes, dulzura espiritual, remedo de lágrimas y besos y ayes verdaderos, nuevo canto llano, con toda la sublime sencillez del antiguo, pero sin su monotonía; sueño mio, visión benéfica, convicción santa, esperanza, consuelo, virtud, ¡orgullo mio!.... ¿En dónde estás? ¿Qué eres ahora? ¿Idea de Dios? ¿Vives ya en mi cerebro? Como palpita ya en las entrañas de mi esposa el cuerpo del ángel que aguardo, ¿palpitas ya tú dentro de mi espíritu? ¿Eres esto que vislumbro? ¿Ó acaso la ansiedad que siento? ¿Ó la alegría inexplicable, repentina y frenética de algunos momentos en que parece que todo mi ser se transforma y eleva? ¿Dónde estás, música mia? Yo te aguardo; aquí esperaré hasta la aurora. Sé vapor del relente, extracto de aroma, rayo de luna, murmullo de la fuente ó de las hojas.... Vén, vén con el alba á caer sobre las cuerdas de mi violin como el rocío caerá sobre las flores.

Cuando hablaba así para sus adentros, Ventura, gran retórico de lo inefable, en su violin no sonaban más que unos dulcísimos quejidos, que eran como el murmullo que hay en los nidos de las golondrinas cuando los hijuelos aguardan el alimento.... Parecían los ensayos de los gorjeos de aquella bandada de ruiseñores — notas que esperaba Ventura en la próxima primavera.... en la primavera de la música nueva que él debía inventar....

— Ventura, que te vas á constipar, entra — decía una voz amorosa desde una ventana de la casita — y Ventura, volviendo de repente á la realidad, estornudaba cinco ó seis veces, y se metía en su cuarto, con el alma presa de un catarro crónico de desencantos. No sabía su pobre mujercita que al sacar del jardín á su marido, le sacaba del único cielo en que él podía estar contento. Un cielo en que efectivamente habia música.

## IV.

Por lo demás, los *negocios* iban de mal en peor. Ventura cada vez trabajaba ménos; ni él procuraba agrandar á los contratistas de conciertos, ni éstos le buscaban ya con el afán de antes.

Algunos reconocían aún la superioridad de Ventura, pero decían:

— El público aplaude lo mismo, y acaso más á Gomez y á Perez, que son más seguros, que trabajan con más entusiasmo y más asiduamente.

— Vengan Perez y Gomez, y Ventura Rodriguez allá se las haya.

Ventura notó que el *mercado* disminuía, que la *demanda* se alejaba.... El orgullo, lo que él llamaba su dignidad de artista, no le permitía solicitar lo que ya no se le ofrecía espontáneamente. Muchas veces todavía le llamaban para una gran solemnidad, y él contestaba:

— Qué vaya Perez; que toque Gomez....

Cuando nació el ángel rubio que Ventura esperaba, en



aquella casa se iba pasando del lujo prudente y moderado al bienestar modesto y parsimonioso en los gastos.

La *aurea mediocritas* empezaba á no ser *aurea* y se quedaba en *mediocritas*.

El padre de aquel inocente, que no tenía más patrimonio que la música de un sueño, creyó llegado el momento de pensar en algo, de hacer algo. Cualquiera cosa ménos profanar el violin. Él no podía hacer lo que Perez y Gomez. Ni podía ni quería. Pero sobre todo, no podía. Era preciso confesarlo: la habilidad de aquellos hombres era grosera, material, cosa ajena al espíritu, á la inspiración, á la dignidad del ideal artístico..... pero habilidad al cabo. La habían adquirido con mucho trabajo, á fuerza de repetir sus ensayos, dominando poco á poco el instrumento, como quien domestica una fiera. *Le hacían hablar*, y eso era lo que el público exigía. Ventura quería *hacerle vivir*, y eso era imposible por lo visto.

— Si — pensaba él desesperado — el violin de Gomez habla, pero como un loro, como habla Gomez. Mi violin estará mudo hasta que pueda hablar..... como un poeta.

Así es que ni su voluntad, ni sus facultades le permitían sacar del violin el partido que sacaban los otros.

Era un axioma ya en todas partes:

— Gomez es más *correcto* que Rodriguez.

— Rodriguez toca, pero está anticuado.

Esta era una asercion probable.

Y tambien se decia:

— Ese chico no adelanta. Y en este siglo el que se pára se hace aplastar.

— Rodriguez no estudia.

— Dicen que bebe, y por eso.....

— Las mujeres; deben de ser las mujeres.....

— Es su mujer; le ha cortado la inspiración, como Dalila cortó á Sanson la fuerza con los cabellos.....

— Rodriguez se ha *chiftado*.

— Era una medianía precoz. Cuando la precocidad no le sirvió de nada, se quedó con la medianía.

— El gusto cambia; Rodriguez no sigue el gusto moderno.....

— ¡ Rodriguez, Rodriguez!..... Ya me cansa tanto Rodriguez..... ¡ Otra celebridad! ¡ Otro nombre!.....

Ventura recibió algunos desaires mal disimulados del público, su antiguo esclavo, que ahora se desquitaba de los días de la servidumbre.

Tragó las lágrimas del despecho, y olvidado algun tiempo de sus aspiraciones de innovador, procuró eclipsar los triunfos de sus rivales..... ¡ No pudo! Pareció amanerado, inferior al modelo.

Siguió una violenta reaccion de orgullo salvaje y de loca esperanza. Renunció á tocar en público por algun tiempo, y se refugió en su jardín, para dar conciertos á los pájaros dormidos. Tuvo que vivir de sus ahorros, que no eran muy gran caudal.

Un dia su padre entró en casa de Ventura abriendo y cerrando puertas con estrépito. ¿ Qué era aquello? ¿ Se dejaba á un padre y á una madre en el arroyo? ¿ Y los sacrificios? En casa no habia un cuarto; todo, todo se habia gastado en criar aquel portento, que no acababa de dar el fruto esperado. Yo he gastado un capital enorme; lo he tirado todo por la ventana, estoy sin camisa. Y ¿ dónde están los inte-

reses de ese enorme capital? En el viento; mi hijo desprecia al público, y no quiere tocar delante de gente; como si no supusiera nada el capital que yo gasté en educarle y prepararle para un porvenir brillante, el señorito viene á dar conciertos á los árboles de su huerto, y se le va todo en suspiros de violin; esto es regalar una fortuna al viento. En una palabra, tu madre y yo nos venimos á vivir aquí; á no ser que prefieras dejarnos en el arroyo.....

Las necesidades de la casa comenzaron á aumentarse; ya no bastaban los ahorros: Rodriguez padre no queria economizar; se habia acostumbrado al papel de próximo ascendiente del genio, y ni aún despues de renunciar á la gloria de su hijo podía renunciar á los gastos superfluos que á costa del genio hacía. Fué necesario volver á trabajar. Se gastaba en aquella casa tres veces más que ántes. Pero Ventura tenía ódio al público; no queria dar música á nadie. Preferia consagrarse á otra cosa: al comercio, la bolsa, la industria..... cualquier oficio, por prosáico que fuera, ántes que el violin.

Hizo varias tentativas. Se metió en empresas industriales, y le engañaron. Su ineptitud para el tráfico le parecia un crimen; soy un idiota, pensaba el infeliz, nunca he servido para nada.

Y al verse torpe en los negocios más vulgares, que medianías sin cuento manejaban perfectamente, exacerbado su pesimismo, llegó á creer que ni mediano músico habia sido siquiera. Entónces se le representaba su sueño del arte renovado, de la *música sincera* como una vision de loco, como una estupidez trascendental. Y trabajaba en las ocupaciones que escogía, como quien cumple una penitencia, gozándose casi en la repugnancia que le causaba aquel género de trabajo tan contrario á sus gustos. Se habia hecho tímido como una liebre, escrupuloso, cominero. Daba al pormenor una importancia irracional, con una especie de superstición. Hizo esfuerzos dolorosos por adquirir aptitudes que le negara la naturaleza. Pero todos estos martirios eran inútiles; la ruina de la familia iba á ser inevitable.

Rodriguez padre, que habia asistido como testigo mudo y acusador en su silencio á todas las derrotas de Ventura en las varias empresas que acometiera, le dijo al fin, despues de un desengaño que ponía á la casa en grave apuro económico:

— Ventura, no seas tonto.

— El hijo levantó los ojos hácia el padre, como pidiéndole perdon por aquellas tonterías que confesaba, que él tambien creia evidentes. — No seas tonto. Tú no sirves para nada más que para tocar el violin. Yo no puedo ya trabajar; ó tú vuelves á tocar el violin, ó tus padres, tu mujer y tu hijo se te mueren de hambre. Escoge.

Ventura escogió retorcerse las entrañas y volvió á ser violinista. Entónces fué cuando la cabeza se le llenó de canas. El amor propio recibió tales golpes, tal lluvia de saetas, unas impresas, otras de viva voz, otras consistentes en hechos, tales como desaires, desdenes, desprecios, que de aquella vez Ventura se convenció de que algo se le moria dentro del alma. Era el amor propio, con todo lo que tiene de bueno y de malo, lo que se le movia.

Fué como un resorte tirante que estalla; la primera impresion fué casi agradable, un respirar tranquilo, una suspension de dolores agudos; despues, como un ángel que quisiera volar y encontrase roto el juego de las alas, el espíritu de Ventura se sintió como *perniquebrado*, arrastrando; ya no



pretendia volver al cielo del arte: tenía conciencia de aquel descalabro interior; sabía que estaba roto por dentro, que para él se había acabado toda ambición de tender las alas invisibles, en que había creído con fe tan acendrada. *Euterpe*, que había entrado en el año tercero ó cuarto de su publicación, volvió á hablar de Ventura Rodríguez, distinguido violinista.

Ya no le insultaba; tratábase con cierto tono de protección, contaba á los lectores pormenores de su vida, y hacía esfuerzos para persuadirles de que le oirían con gusto. Llegaría á ser una esperanza si se ceñía á seguir el camino de los maestros Perez y Gomez.

El padre de Ventura procuraba que los periódicos no llegasen á manos de su hijo. Pero Ventura los leía en el café, se dejaba insultar como un muerto. Algunos críticos nuevos, que hablaban de música como si tuviesen el arte en estado de sitio y ellos fuesen capitanes generales, se encaraban con el violinista redivivo, y declaraban que había perdido mucho en el largo período de silencio en que se había obstinado. Le injuriaban los más atrevidos, y Ventura leía aquello como si se tratase de otro. Ya no quería más que el dinero que le valía su arte. En este punto era todo lo exigente que podía. Con los empresarios regateaba. Les ponía por las nubes su celebridad de otro tiempo, hablaba como un charlatan. Es más, aquellas teorías suyas de la música nueva, que eran implícita censura acerba de la manera de tocar sus rivales, las sacaba ahora á plaza, procurando ponerlas al alcance de aquellos profanos, incapaces de sentir la música de ningún tiempo ni sistema. Quería ver si así ganaba algo más, si se vendía más caro.

Poco á poco fué pagando algunas deudas, y hasta pudo mantener cierto lujo de su padre, que no podía fumar tabaco malo, ni beber vino comun.

Se figuraba el músico desacreditado que él era un vivo enterrado; todos sus colegas, los músicos, los compositores, los cantantes, los críticos, los aficionados, habían ido echando sobre su cuerpo un poco del polvo del olvido, y ahora estaba separado del mundo por una capa de tierra muy pesada, muy pesada. Se hablaba de él como de un aparecido. El *elemento joven* del arte y la crítica no le conocía ya, en cuanto le sonaba su nombre no sabía á qué.....

Pero á él no le daba esto pena. Ni pena ni gloria, repetía por lo bajo. Y no atendía más que á ganar dinero para sostener los gastos de su casa.

Un día le llamaron para tocar en la inauguración de un café monstruo.

Rodríguez padre fué quien abrió la carta en que se le invitaba y se le ofrecía una buena suma.

—¿Supongo que no aceptarás?..... ¡Esto es demasiado!

—Demasiado es todo,—contestó sonriendo Ventura—pero acepto.

—¿Que aceptas?

—Está muy bien pagado.—Y fué.

Por aquel tiempo empezaron á olvidarle los periódicos. Ni para humillarle le nombraban.

¿Tocaba peor que ántes Ventura? No se puede asegurar que sí ni que no. Pero es cosa evidente que tocaba con menos fe, como una máquina. ¿Y la música sincera? ¿Aquella manera nueva de tocar que él estaba descubriendo? Aquello era su remordimiento. Ya no creía en aquel arte restaurado.

Había sido un sueño del orgullo; una extravagancia de una medianía que se revela y quiere ser eminencia, no por el camino recto, sino discurrendo novedades raras, absurdas.

Eso era él, según él mismo. ¿Cómo se había convencido de ello? ¿Con pruebas sacadas de sus estériles ensayos, de sus tentativas inútiles? ¡Oh! no por cierto, eso no. Ni un solo argumento, ni un solo sofisma había podido discurrir contra la nueva manera de la música que en los tiempos felices de la vigorosa inspiración, de la reflexión seria y sabia, se le había aparecido como una necesidad lógica del arte. Pues entónces, ¿por qué había perdido la fe? No lo sabía á punto fijo. Por todo lo demás, por culpa de *Euterpe*, de Rodríguez padre, del empresario, de Gomez, de Perez, por culpa del mundo..... ¡en fin, por el diablo! ¿qué sabía él? pero le daba vergüenza haber creído en su invención, y haber sacrificado á ella la felicidad de su familia.

Empezó á escasear el trabajo en la corte. No bastaba buscarlo con afán y sin poner condiciones: iba faltando *demandada*..... y Ventura admitió contratos con empresarios de provincias.

Dejó á su padre y á su madre en Madrid, y se fué á recorrer Andalucía y Castilla, Cataluña y Aragón con su violín, su mujer y su angelillo. Lo único que había salido como él lo había soñado.

Era hermoso como una flor su Roberto.—¡Adios, Madrid! Todo Madrid le había aplaudido..... y aquel todo Madrid se quedaba allá arriba..... entre aquellos faroles que se iban apagando en la niebla..... Pronto sería Rodríguez como un muerto olvidado; es decir, nada multiplicado por nada..... ¡Buen viaje!

## V.

El *Íris* se abría á las ocho de la mañana en invierno. Los mozos, soñolientos, barrían, limpiaban los bancos, deshacían las torres de sillas que había sobre las mesas, y se iban los más á dormir otra vez. Quedaban dos ó tres para el poco servicio de la mañana. Leía uno el *Diario*, periódico de primer orden en la provincia; otro jugaba con el gato. En el mostrador, silencio. El piano, bien cerrado y abrigadito con su funda verde, extendía su cola sobre la plataforma de pino blanco, majestuoso en su sueño de toda la mañana. Estaba la plataforma en medio de la sala, rodeada por un antepecho de madera pintada de azul y oro. Sobre un musiquero había algunos libros y piezas sueltas de música. Al otro lado del piano una silla alta forrada en terciopelo carmesí, oriunda de algún teatro. Allí se sentaba el señor de Madrid, la celebridad que cobraba cinco duros todas las noches y cenaba de balde. Los mozos del *Íris* no ocultaban su orgullo. La cerillera del portal, que vendía toda la prensa de Madrid y de provincias, oía con religiosa atención á Lucas, el mozo más viejo del *Íris*, por la milésima vez su maravillosa narración.

—El señor de Madrid fué contratado primero por esos granujas del café del *Gran Mundo*, esos tipos llenos de fantasía, que se están empeñando hasta las orejas por hacernos perder á todos..... pero, ¿ve V. cuánto rumbo y cuánto convite á los de los papeles? pues bueno, señora Engracia, por peso de más, peso de menos, el señor de Madrid se quedó sin la contrata y los de allá sin su músico. Entónces el amo,



que lo supo; el amo, que sabe gastar de véras y sin ponerlo en el diario, fué ¿y qué hizo? Pues nada, llamó al señor de Madrid y le dijo:

—¿Que los cinco duros? pues los cinco duros, ¿y que cena? pues que cena.

—Ahora los de allá, despechaos, claro, dicen que valiente ganga, que ellos hacen más ruido; que este señor de Madrid es un arruinao, un trasto viejo; y la verdad es que la gente se va al *Gran Mundo*, porque este pueblo, señora Engracia, no es filantrópico, y vamos.... que no sabe de música; pero V. lo sabe, V. le ha oído, el de Madrid toca como un ángel; y el pobrecillo pone una cara de bueno pa tocar....

La señora Engracia estaba de acuerdo con Lúcas, y no había disputa; el mozo se volvía á retozar con el gato.

Por la tarde el *Íris* se llenaba de gente del campo, que en aquella tierra dejan sus faenas mucho ántes de que el sol se ponga. Con su manta al hombro muchos, casi todos con su pañuelo de colores atado á la cabeza, entraban con aire satisfecho, pisando fuerte y llamando recio al mozo.

De cinco á siete había música. Pero nada más que piano. El señor de Madrid tocaba por la noche.

El pianista ganaba cuatro pesetas y cenaba también. Era un viejo calvo, grueso, lacio, mustio. La expresión de su rostro era la de un carnero cansado momentos ántes de morir. Vivía de cobrar un tanto por ciento al clero catedral por derechos de habilitado, y de tocar el piano en el *Íris*. En lo mejor de su edad, á los treinta años, había compuesto habaneras y algunas variaciones sobre la jota; pero ya no escribía música, la copiaba y le iba mejor: se vendía, aunque barata. Él prefería la introducción de *Semiramis*, *Safo*, *La Cenerentola*, pero el público quería novedades peligrosas, música francesa, una prostitución. Y tocaba lo que mandaba el amo del *Íris*.

Méno mal por las noches, desde que había venido el señor Rodríguez, un violinista muy aceptable, de la buena escuela. Don Ramon Betegon, el pianista, concluida su tarea de la tarde se iba á comer y volvía al *Íris* á las ocho y media.

Ya estaba allí Rodríguez, con su mujer, su hijo y la niñera al rededor de una mesa cerca de la plataforma.

—Doña Cármen, muy buenas noches—decía Betegon.

Daba un beso á Robertito, un apretón de manos á Ventura y se iba al piano.

Razon tenía Lúcas: los habitantes de aquella ciudad noble y leal no eran *filantrópicos*. El café estaba lleno, eso sí; pero no había lo que en aquella tierra, y en otras muchas, se llama todavía *personas decentes*.

Acudían muchos artesanos con los tiznes del trabajo en la cara, de mano callosa y torpe en el manejo de vidrios y lozas del servicio; abundaban los mozos de coches y carros, los pillastres de variadas profesiones, algunas ilícitas; había algunos soldados, casi todos con galones, más cabos que sargentos, y más distinguidos que cabos. Y sobre todo, muchos campesinos que viven en la heroica ciudad y son capaces de madrugar con el sol y acostarse tarde, por darse aires de señorío y *desembrutecerse* con el café y la música. Algunas mujeres honradas, de pueblo, acompañaban á sus maridos, padres ó hijos, mirándolo todo con curiosos ojos que no ven claro, saboreando el gasto con usura; hablaban en voz baja y tomaban su café con religiosa ceremonia, pensando en la importancia de los 25 céntimos que cuesta.

El sexo débil estaba más bulliciosamente representado por algunas mozas del partido, que ordinariamente guardaban la compostura debida, pero que á veces olvidaban su comedimiento riendo como en el lupanar. Algun prudente; chiss!..... de Lúcas imponía silencio, y la buena crianza volvía á reinar en aquella reunión, donde los pobres procuraban adquirir uno de los vicios más necios de los que pueden gastar dos reales en lo superfluo y mucho tiempo en lo innecesario.

Una noche tocaba Ventura *Dichter und Bäuer* (poeta y aldeano), y le acompañaba con mucho gusto el Sr. Betegon en el piano. Allí cerca, junto á la plataforma, Cármen, la digna esposa, el consuelo constante de tantas pesadumbres, apoyaba un codo en la mesa de siempre y contemplaba amorosa á su marido. Cármen era ya su único admirador; en realidad su único público. ¡Aquellos labriegos, aquellos artesanos le oían como quien oye llover! Se les había dicho que el señor de Madrid cobraba cinco duros (eran tres, pero se había convenido en decir cinco), y con esto tenían bastante: saboreaban el café y el placer de estar oyendo á un ricazo de la córte, que estaba allí para divertirlos á ellos. Entre los pillastres había quien le miraba con cierta insolencia, como diciendo: no creas que me asustas, yo he oído cosas mejores, he estado en Madrid y no me asombro por tan poco.

Al terminar una pieza sonaban algunos aplausos; era cuando querían que se repitiese, por gusto de hacer trabajar más á los músicos, por sacarle más jugo al real del café. Después de la repetición nunca se aplaudía, porque eso sería pedir otra repetición, y allí no se querían gollerías. Los domingos había muchos más consumidores; venían al *Íris* niños y perros, y el estrépito era infernal. Cuando algun trozo de música alegre les llegaba al alma, como un solo hombre los baturros pedían «¡La jota, la jota! Venga la jota....»

Cármen se ponía como un tomate allá abajo, en su banco pegado á la pared, y miraba al pobre Ventura como diciéndole:

—¡Perdónales, no saben lo que hacen!..... y á Ventura aquello de «¡La jota, la jota!» le sonaba como si dijeran— ¡Crucifícale, crucifícale!

Cármen tomaba café en el *Íris*; el niño jugaba con la niñera, porque su padre quería tenerle cerca, le necesitaba allí para decidirse á ganar el pan de cada día. Á las diez, madre, hijo y criada se iban á casa muy tapaditos. Ventura no dejaba á nadie el cuidado de envolver á Roberto en mantones y pañuelos; le daba cien besos y le ponía en brazos de la muchacha.

Cármen se despedía con una sonrisa animadora..... y él les veía marchar, triste, con una tristeza dulce, lánguida, resignada; y entonces, á solas ya con su violín, entre aquel populacho bueno, pero sin ojos para sus penas ni para su arte, tocaba Ventura, sin conocerlo acaso, como en sus mejores tiempos, mejor tal vez, tal vez como lo pedía aquella su invención de la música sencilla, sincera, buena, santa, de que ya no se acordaba, ó por lo ménos en que ya no creía. Y entre el ruido de las cucharillas, patadas, toses, voces de «¡café! ¡que mancho! ¡mozo! ¡El Imparcial!» sonaba el violín como una queja de un alma dolorida por pena eterna ante un Dios eternamente sordo á las quejas de las almas. Don Ramon Betegon, impasible, abofeteaba el piano y aprovechaba los solos de Ventura para dar tres ó cuatro chupaditas al cigarro..... Ventura tocaba entonces en el *Íris* como en su



jardin de Madrid; los parroquianos eran testigos tan inteligentes como los árboles..... peores, porque los árboles no pedían la jota.

## VI.

Como iba diciendo, una noche Cármen miraba desde su banco, apoyada en la mesa, á su querido mártir, como ella para sí le llamaba siempre. El público empezaba á acudir.

Suppé, interpretado, como decia Betegon, por Ventura, adquiria nueva gracia y dulzura.

Los ojos del violinista apénas se fijaban algunos segundos en el papel que tenia delante; miraba más á su mujer, con amor inagotable, tan puro y grande, como el primer día de novios. Se diria que de los ojos de Cármen una corriente eléctrica iba hasta los ojos de Ventura, y le llevaba consigo la inspiracion, la habilidad artistica, aquella *manera sublime de interpretar*, segun el pianista.

Otras veces el violinista miraba á su hijo, que al pié de la plataforma iba y venia, ora procurando coger una pierna de su padre, para lo que metia sus manos de muñeca entre las rejas, ora saltando al rededor del piano, como si fuera mariposa, y la música luz que le atraia. Para seguir los movimientos del niño el padre vigilante necesitaba hacer mil contorsiones, sin dejar de tocar con aquella suavidad y elegancia exquisita de siempre: daba vueltas en redondo; se inclinaba, se ponía sobre las puntas de los piés..... parecia un músico *excéntrico* que lucia su habilidad entre piruetas.

Despues del *Poeta y el aldeano*, hubo un descanso de cinco minutos.

Don Ramon y Ventura fueron á sentarse junto á Cármen. Con la finura del mundo tomó Betegon media copa de anís doble. Roberto se habia subido á las rodillas de su padre, que le acariciaba con la barba y la mejilla, como si fuera su violin, inclinando sobre el niño la cabeza, con los ojos medio cerrados, pálido y triste, con una tristeza que estaba ya petrificada en las arrugas de su rostro. Podia Ventura sonreír, hasta reír á carcajadas: allí estaban las arrugas para protestar, como una fe de muerto de aquel espíritu que se vió adulado con el apodo de genio.

Don Ramon se levantó y volvió al piano. Le siguió poco despues Rodriguez. Comenzaron la *Stella confidente*.

Entónces entró en el café un subteniente de caballeria. Se sentó en una mesa que estaba enfrente de la mesa de Cármen. Pidió café, distraido. Tardó en notar que tocaban el piano y el violin. Atendió. Le gustaba aquello. Se sentó en otra mesa, más cerca del piano. Miró en derredor y echó de ver que allí no habia más *personas regulares* que él y aquella señora..... que debia de ser la de uno de los músicos.

—¡Demonio! qué bien toca ese hombre, pensó, y llamó al mozo.

—Es el Sr. Rodriguez, un músico de Madrid.

—¿Rodriguez? Rodrigue..... ¡Ah! sí, creo haber oido.....

El subteniente se puso el sable entre las piernas y clavó los ojos en el violinista. Positivamente estaba entusiasmado. Á los pocos compases le hizo acordarse de su madre, que estaba en el otro mundo, y de su novia, que le habia dado calabazas. Era forastero, estaba muy solo y muy triste, tenia mucha nostalgia, segun él llamaba á su aburrimiento, y aquella música le estaba llegando al alma. ¡Qué modo de tocar! ¡Y no hay aqui más que plebe!..... Él tambien habia

tocado algo. Era la flauta, pero todo es tocar. Ademas era poeta. Sentia muy bien.

—¡Pues no se me saltan las lágrimas! —Mozo, una copa del *Mono*..... Y aquella señora debe de ser la suya..... es guapa. ¡Canario, yo lo creo, muy guapa!

Tambien él era guapo. Alto, rubio, muy esbelto, de aspecto marcial como un dragon, pero de ojos dulces como un ángel. Y el bigote fino y bien peinado. Era muy guapo. Cármen le habia visto desde el momento en que entró.

Habia observado su atencion, su asombro, su entusiasmo, su enternecimiento. Pero cuando él la miró, ella separó los ojos y los fijó en su marido. Y así estuvieron: el militar yendo con la vista y el alma del violinista á Cármen, de Cármen al violinista.

Cármen mirando á su esposo con fijeza y viendo al subteniente.

Ventura, arrebatado por la música y la contemplacion de sus amores, Roberto y Cármen, no veia al de caballeria. Terminó la *Stella*, y los músicos volvieron á la mesa. El público, que no queria repetir, no aplaudió; el subteniente abrió las manos, pero al ver aquella frialdad, se las metió *intactas* en los bolsillos. —¡Qué lástima! tenia que marcharse sin remedio. Era tarde, le esperaba el coronel. Pagó y salió visiblemente disgustado, segun observacion de Cármen.

—Tendrá una ocupacion urgente— pensó— ¡esos militares!.....

Á la noche siguiente el de caballeria se presentó á las nueve ménos cuarto. Se trataba del *Non tornó*.

El sentimentalismo del amo del café se imponia hasta á los músicos que cobraban cinco duros nominales, tres en efectivo. Ventura vió entrar al subteniente, y no le cayó en saco roto aquel extraño consumidor de café y música. En una de las vueltas que daba con el violin en el brazo para seguir los juegos de Roberto, vió Rodriguez al simpático alférez, que tenia los ojos inflamados por la admiracion, la boca entreabierta, la mirada fija en el músico. Dió otra vuelta y vió lo mismo. El alférez, no cabia duda, era un admirador. Ventura se lo agradeció en el alma: le echó mil bendiciones con el arco; y aunque haciéndose el desentendido, con una coqueteria de artista, se esforzó cuanto pudo, tocó lo mejor que supo; y todo aquello iba dedicado al subteniente, á quien aparentaba no ver siquiera. Cármen notó que su marido se acercaba radiante, como si viniera de un gran triunfo; pero él no dijo nada.

—Está V. hoy contento—dijo D. Ramon, que siempre estaba triste, y sólo simpatizaba con los desconsolados.

—Sí, me siento bien hoy. Y ademas, el médico me ha dicho que lo de Roberto no es nada.

—Sin embargo, yo recomiendo el aceite de hígado de bacalao..... ese niño crece poco; mire V., parece un tapon.

—Pobrecito mio—exclamó la madre—te llaman tapon.

—Un tapon muy bonito, pero un tapon, señora..... Mire usted, apostaria que cabe en la caja del violin de su padre. Se le podria enterrar en ella.

—¡Jesus!—gritó Cármen estremeciéndose—no tanto..... y no lo quiera Dios.

Miéntas la madre apretaba al niño contra su corazon, Ventura tembló reparando la caja del violin; en efecto, parecia un ataúd para un angelito..... como un violin. Era de madera negra con chapas de plata.



—Stradella..... *Pietà, signore*..... dijo D. Ramon, y puso con solemnidad las manos sobre el teclado.

Ventura tocaba con una tristeza religiosa, que llegaba á las entrañas al subteniente. Pensó éste que aquello del infierno era muy verosímil. Pidió otra media copa de anís del *Mono*, y se abismó en reflexiones religiosas. La existencia de Dios era evidente. Pero, á Dios gracias, era un Señor infinitamente justo y misericordioso, que no habia de incomodarse porque un subteniente aburrido se enamorase platónicamente de la mujer de un notable violinista. Porque, no habia para qué ocultárselo á sí mismo, él se iba enamorando de aquella señora. ¡Su posición y su postura eran tan interesantes! Además, él veía en ella un reflejo del talento de su marido. Él habia empezado, y seguía, admirando al músico como tal, pero no era cosa de enamorarse de él..... y..... naturalmente, se enamoraba de su mujer..... platónicamente.

Cármén se confesaba en aquel instante á sí misma que toda la noche habia pensado en el subteniente, que le era muy simpático, aparte de ser buen mozo; porque se le veía que admiraba á Ventura, que sentía aquella manera, que ella comprendía también, y muy á su costa por cierto.

La casta esposa notó al cabo que las miradas del alférez se repartían entre ambos cónyuges..... Pero no lo tomó á mala parte. Con no mirarle ella á él bastaba. Y precisamente para verle no necesitaba mirarle. Ventura volvió á tocar para su admirador; ya le quería, *sin saber por qué*.

—¡Qué vueltas da el mundo!—pensaba—yo desprecié á un público de inteligentes, de maestros..... ¡y ahora me sabe á miel agradar á un alférez que no sabrá ni tocar la corneta!.....

Ventura hacia prodigios de habilidad, de gracia, de elegancia; el violín lloraba, gemía, blasfemaba, imprecaba, deprecaba..... todo lo que quería el brazo. El entusiasmo y el enternecimiento del militar eran sinceros. Pero le gustaba la mujer del violinista, sin menoscabo del arte. La música le cargaba de electricidad, pero la electricidad se le escapaba al depósito comun de las pasiones terrenas por los ojos de aquella señora.

Pasaron días y días. El subteniente debía de estar de guarnición, porque no se marchaba. No faltaba ni una noche al *Iris*. También Ventura le veía en sueños. Le veía, vestido de capitán general, acercarse á él, que estaba en un trono; y después de muchos saludos con el tricornio, le entregaba una corona de laurel y oro, y se marchaba, andando hácia atrás y con grandes reverencias. Rodríguez ya se atrevía á sonreír frente al alférez, y á dedicarle sus saludos cuando habia aplausos.

Una noche, que se pidió la jota, le agradeció mucho que impusiera silencio á un baturro, que gritaba:

—¡Otra, otra, pues!

Pero no quería hablarle. Prefería tener aquel admirador á distancia. Acaso sería un majadero—aunque no lo encontraba probable—y era preferible no conocerle. Así se podía figurar en él al mismo Wagner disfrazado.

El subteniente tampoco deseaba acercarse. Se le antojaba indigno de su nobleza valerse de la amistad para probar fortuna; todo quería deberlo al poder de sus ojos, nada á la falsedad de una estratagema.

Ventura dijo una noche á su mujer:

—¿No te has fijado en aquel subteniente?

—¿Cuál?

—Aquél, no hay más que ése. Viene todas las noches. Creo que le gusta lo que toco.

—No tendría nada de particular—contestó ella.

Siempre habia sido Cármén muy fiel esposa. Amaba y admiraba á su Ventura. Pero hacía muchos años que en las caricias, en los cuidados, en las confianzas del músico, habia una profunda tristeza, una desesperación resignada, atónita, humilde, casi servil, que daba frío y sombra en derredor: parecía el contacto de aquel dolor mudo, el contacto de la muerte; no era posible respirar mucho tiempo la atmósfera de desconuelo en que Ventura vivía: todo organismo debía sentir repugnancia cerca de aquella frialdad pegajosa..... la intimidad del músico amenazaba con una especie de asfixia moral.....

## VII.

Una noche, en Semana Santa, ideó D. Ramon Betegon una especie de concierto sacro, y después de otras cosas se tocó el *Stabat Mater*, de Rossini. La música religiosa le daba á Ventura escalofríos. Un sacerdote de esos que tiemblan con la hostia en la mano, puesta toda el alma en el misterio, no consume con mayor unción y pureza de espíritu que las que habia en el alma de Ventura al hacer llorar á los ángeles y gemir á María en los sonidos de su violín, su sagrario.

Aquella noche, hasta los baturros entendían algo, y habia en el café un silencio de iglesia. El subteniente estaba en su sitio; Cármén en el suyo, toda de negro. Ventura, en el momento en que hablaba con el violín de la soledad de la Virgen al pié de la Cruz, fija la mirada en su esposa, notó en el rostro de ella una dulcísima sonrisa que no iba hácia él; volvióse, y tuvo tiempo de ver llegar aquella corriente de amor triste y lánguido al rostro del alférez, que recibió la sonrisa besándola con otra..... *Dum pendebat filium*, decía el violín á su manera, mientras Ventura se ahogaba. Tuvo valor para seguir espionando miradas y sonrisas..... Iban y venían, y él las sorprendía, no en el camino, que allí eran invisibles, sino al llegar á Cármén, ó al llegar al alférez. ¡Qué sonreír, qué mirar! Y ellos, ¡qué ciegos! no veían que el los observaba. Ya se ve, el éxtasis los tenía esclavos; la música sencilla, sincera, que sonaba allí en toda su grandeza, en el lamento religioso..... los arrastraba á regiones de luz, al mundo invisible de la poesía. Era él quien les facilitaba aquel palacio encantado del sueño de amor..... ¡Infames, infames! debió de decir el violín también, porque se puso ronco de repente, desafinó de manera terrible. Betegon volvió la cabeza..... y vió á Ventura con la suya hundida entre las manos y las manos apoyadas en el antepecho de la plataforma. El violín estaba en el suelo, roto bajo los piés del Sr. Rodríguez.

## VIII.

Cuando aquella noche, suspendido el concierto, por indisposición del violinista, volvieron á casa Cármén y Ventura, Roberto, que se habia quedado en casa muy dormidito, despertó con dolor en la garganta. Otro tenía, en la garganta también, su padre; pero al ver al niño calenturiento, medio ahogado, Ventura se sintió bien de repente, ó mejor, no volvió á sentirse. Ocho días duró la enfermedad del niño, y en todo ese tiempo el padre no pensó en sus propios males. Cármén



men nada sabía de las nuevas penas de su esposo, pues creía que era un secreto para él y para el mundo entero su debilidad, que ella misma maldecía. Velaba al pié de la cuna, queriendo satisfacer con la penitencia del amor de madre puesto en tortura las culpas de pensamiento de la esposa infiel.

Ni una palabra de Ventura pudo hacerle sospechar que su falta estaba descubierta.

Roberto murió á los ocho dias. Cármen estuvo enferma de peligro. Ya convaleciente, Ventura le dijo:

—Cármen, tu madre podria cuidarte muy bien, mejor que yo. Allá en tu pueblo hay otros aires..... Allí la salud vendrá de prisa.

—Sí, vamos..... contestó ella.

—No, yo no. Vas tú sola.

—¿Y tú?

—¡Yo me quedo..... con mi hijo!

### IX.

Bien se acordaba; á Roberto le habian metido en una caja estrecha y larga, es decir, no muy larga; ¡el pobre niño era tan chiquitín! Habia crecido poco. ¿Qué importaba ya? La caja tenia chapas de metal blanco y estaba pintada de azul.....

Ventura se vió solo en su casa. Ya podia hacer lo que quisiera. Si era una extravagancia, que fuese..... Demasiadas veces se habia sometido á los caprichos de los demas. Y ahora iba él á hacer su gusto. Ya estaba de acuerdo con el guarda del cementerio. Su dinero le habia costado. Salió á las doce de la noche; debajo de la capa llevaba un bulto, que no debia de pesar mucho. Ventura corria por la carretera; despues dejó el camino real; tomó á la izquierda..... allí era..... aquella masa negra. Llegó á una verja..... dió tres golpes en el hierro. Abrieron.

—¿Es V., señorito?

—Sí, Ventura.

El guarda se llamaba como él. Era un viejo con cara risueña.

—Venga V. por aquí. Cuidado no tropiece V. con las cruces. No haga el menor ruido, no se despierten los perros..... ¡Ya están aquí! ¿ve V.? ¡Silencio, Canelo; chito, Ney!.....

La luna se asomó para ver la extraña ceremonia.

—Con franqueza, señorito; yo me fio de V..... pero..... la verdad..... en esa caja cabe un recién nacido y algo más gordo..... Yo no digo que haya trampa..... pero..... la verdad..... ver y creer.

Ventura respondió:

—¿Dice V. que es aquí?

—Sí, señor, debajo de esa cruz amarilla está el chiquitín.

Ventura se sentó en el suelo. Apoyó un codo en el bulto que puso á su lado sobre la tierra, y dijo:

—Cave V., Ventura.

Cavó el otro Ventura, y pronto tropezó el hierro con la madera.

—Ya está ahí.

—Limpie V. otro poco, que se vea la tapa.....

Se vió la tapa azul, ya muy sucia y raida..... El músico se tendió á lo largo en el camposanto.

—Ahora, meta V. eso ahí dentro.

—Señorito..... yo quisiera.....

—Abra V. con esa llave.

Ventura cogió el bulto que habia traído Rodriguez. Era una caja negra, parecida á un ataúd de niño, y tenia chapas de plata. El guarda abrió y vió dentro un violin con las cuerdas rotas.

—Ahora haga V. lo convenido.

La caja negra cayó sobre la azul, y encima fué cayendo la tierra. Ventura Rodriguez se habia puesto en pié, al borde de la sepultura. El enterrador, que trabajaba inclinado, se irguió de repente y miró con miedo al músico..... ¡Un hombre que enterraba un violin!..... ¡Si sería!.....

Rodriguez adivinó el pensamiento, y sonriendo, dijo:

—No tema V.; no estoy loco.

CLARIN.




CAMAFEO ANTIGUO.

(De la obra *La Gravure*, A. Quantin, editor, Paris.)









1884

LA MODA ELEGANTE

PERIODICO ESPECIAL

DE

*Señoras y Señoritas*

INDISPENSABLE EN TODA CASA DE FAMILIA

---

*Se remiten prospectos y numeros de muestra, gratis,  
a toda Señora que lo solicite*

Administracion, Carretas 12 p̄ral

MADRID



AÑO XLIII